

**FERNANDO TRUJILLO**



**AGUA  
ROJA**



# Contents

[Copyright](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Contacto con el autor](#)

[Bibliografía](#)

# **AGUA ROJA**

KINDLE EDITION

Copyright © 2018 Fernando Trujillo  
Copyright © 2018 El desván de Tedd y Todd

**Edición y corrección**  
Nieves García Bautista

**Diseño de portada**  
Oscar Camacho

# CAPÍTULO 1

La teta estaba calentita, como a mí me gustaba, y dura. El pezón llenaba mi boca. Cuando me cansaba de chupar, jugueteaba con él, con la lengua y los labios. Me encantaba. Si de mí hubiera dependido, me habría pasado así horas. La pena era que muy pocas cosas dependían de mí. En realidad, prácticamente ninguna.

—Qué mono —dijo mi mamá—. Ahora un poco de la derecha.

Me colocó en el otro lado con la agilidad y destreza de movimientos que proporciona el hacer lo mismo muchas veces. En cuanto el pezón quedó a la vista, lo agarré y me lo metí en la boca, lo saboreé, lo abracé. Cerré los ojos para disfrutar de lo mejor que mi corta vida me ofrecía.

Entonces mamá dijo que ya había pasado mucho tiempo y quiso retirarme de su pecho.

El tiempo era un concepto muy complicado del que mi papá y mi mamá hablaban con frecuencia. Yo estaba casi convencido de entenderlo, pero ellos se referían a él con muchas palabras y expresiones diferentes, que, si no me equivocaba, indicaban algo así como su tamaño. Solían referirse a «horas» y «minutos», pero también «mucho» y «poco», lo que complicaba mis intentos de medir su tamaño. Lo que sí sabía con certeza era que, cuando mi mamá consideraba que había chupado bastante, yo me quedaba con ganas.

Así que lloraba.

—Está bien. Otro poco más para mi pequeñín.

Funcionó. Me acercó de nuevo a su pecho y yo fui feliz «otro poco más». Lloré de nuevo cuando se terminó, pero esta vez ya no resultó. A veces llorando conseguía lo que yo quería, otras no, y no entendía la razón. En algunas ocasiones, muy pocas, mi llanto incluso arrancaba una sonrisa en mis papás. En cualquier caso, ante la duda, lo mejor era intentarlo.

La gente grande, no solo mi mamá y mi papá, sabían más que yo de todas las cosas. Eran muy listos. Podían hacer de todo, controlaban la luz y la oscuridad, los sonidos, y tenían muchos objetos que hacían toda clase de

cosas maravillosas e incomprensibles. Dominaban el mundo a mi alrededor.

Algunos de aquellos objetos eran míos, al parecer. Se llamaban... juguetes, sí. Si los tocaba, mis papás se ponían contentos, excepto cuando me los metía en la boca, algo que me gustaba mucho, por cierto. Sin embargo, si tocaba otros objetos que no fueran juguetes, mis papás casi siempre se... Aún no sé qué palabra se usa para esa situación. Creía que se enfadaban, pero no se trataba de eso. Les cambiaba la voz, eso sí, y ponían los ojos grandes y solían decir mi nombre muy alto. Luego se acercaban muy deprisa, a una velocidad que me parecía increíble de alcanzar, y me quitaban el objeto de las manos.

De ese modo aprendí mi nombre. Hacía tiempo que yo sabía que había una palabra especial para mí, pero no identificaba cuál era porque usaban muchas, como «cielito», «pequeñín» o «cariño». En ocasiones incluso varias a la vez, lo que me confundía más, como «mi bebé» y «nuestro tesoro». Había otra persona grande que a veces venía a nuestra casa que me llamaba de formas muy extrañas. La única que logré memorizar fue «el pequeño cabroncete». Lo de «cabroncete» me tenía desconcertado porque solo se lo oía a esa persona y, al no poder comparar, no conseguía descifrar su significado. Aquella persona grande se parecía mucho a mi mamá, aunque solo en la cara, sobre todo la nariz y los ojos. El resto del cuerpo era como el de mi papá: no tenía pechos.

El caso es que cuando tocaba otras cosas que no fueran mis juguetes, o cuando me colocaba muy cerca del borde del sofá o de la cama, siempre, sin excepción, gritaban la misma palabra.

—¡Dani!

Ese era mi nombre.

Creía que mi mamá me daría ahora los juguetes, que era lo que siempre hacía después de la teta, pero en lugar de eso, abrió el cuadrado de las imágenes. No se tocaba ese cuadrado, me lo repetían mucho, solo se miraba.

—A ver qué ponen en la tele para mi bebé.

Ese era el nombre del cuadrado: «tele». Otra palabra que incomprensiblemente se me olvidaba, porque era una de las que más escuchaba. La tele fue de los primeros objetos que más me llamaron la atención. Se sucedían infinidad de imágenes asombrosas, aunque la mayoría no las comprendía. De la tele aprendí muchas palabras. Al principio solo eran sonidos, pero descubrí que, prestando atención, aquellos sonidos se repetían, no eran al azar, había un secreto en la forma en que se producían. Algunos de

esos sonidos también los decían mis papás. Recordaba todos los que podía, tanto si conocía su significado como si no. También me fijaba mucho en las caras de los que hablaban los sonidos. Hasta comprender que eran palabras y expresiones, las mismas que empleaban mamá o papá.

El problema de la tele era que a veces repetía las mismas imágenes. Y aquella era una de esas veces. Había un lobo y un cerdo jugando con unos objetos de color blanco y negro. Yo creía que eran juguetes, pero no, porque mi papá tenía esos mismos objetos y no me dejaba tocarlos, aunque sí se trataba de un juego. El lobo y el cerdo hablaban de comida mientras jugaban. Luego el cerdo salía corriendo y el lobo le perseguía. Al final venía otro cerdo y tiraban al lobo por un agujero muy grande. La parte en la que el lobo salía del agujero con el cuerpo aplastado me hacía mucha gracia, pero ya lo había visto demasiadas veces y sabía qué iba a pasar. Perdí el interés.

Me giré para buscar algo nuevo y vi la caja en la que papá guardaba los mismos objetos con los que jugaban el lobo y el cerdo. Estaba más cerca que la sucesión de palos blancos, más altos que yo, que me impedían alejarme mucho más allá de la alfombra.

Escuché un sonido muy fuerte que siempre aparecía de repente, en cualquier momento, y a menudo. Y se repetía. Sin embargo, había detalles que me hacían pensar que se trataba de tres sonidos distintos, puede que más. Uno era constante, como si dieran golpes; el otro me resultaba demasiado confuso; el tercero era una voz que hablaba muy raro. Creo que había otra palabra mejor que «hablar» para referirse a lo que hacía esa voz.

El sonido se interrumpió de repente.

—¿Diga? —oí decir a mi mamá.

Yo solo le veía los pies y un poco las piernas. La gente grande era muy alta. Tuve que levantar la cabeza todo lo que pude. El esfuerzo me hizo perder el equilibrio y me caí de espaldas. No me dolió, pero lloré. Si no me ayudaban, tardaba mucho en volver a ponerme a cuatro patas. Mamá me ayudó.

—Luego te llamo, se ha caído el niño... No, no, solo se ha quedado boca arriba, no es nada.

De nuevo, con esa asombrosa agilidad de movimientos, me sentó. Dejé de llorar. Ella me acarició.

—Pero qué guapo eres.

Reanudé mi camino hacia la caja de papá. Estaba un poco alta para mí, encima de una tabla marrón pegada a la pared. Me apoyé en la tabla y estiré

las rodillas para levantarme. De nuevo perdí el equilibrio y caí, pero esta vez el pañal amortiguó el golpe. Volví a intentarlo.

La gente grande se sujetaba solo con las piernas, pero yo no era capaz de hacerlo. Aun así, di con la solución. Si no soltaba la tabla, era mucho más sencillo mantener el equilibrio. Pero necesitaba las manos para coger la caja. Decidí arriesgarme solo con una. En cuanto solté la mano, mis piernas temblaron. Iba a caerme otra vez, así que apoyé la mano de nuevo. Sin darme cuenta, la apoyé en la caja de papá.

Tiré de la caja. Llegó al borde de la tabla y entonces noté que pesaba mucho, que mi brazo no podía sostenerla. La caja cayó sobre mi barriga y me derribó. De nuevo terminé sentado en el suelo. Los objetos negros y blancos salieron de la caja y se movieron por todas partes. Me costó mucho reunirlos todos. Luego los coloqué como hacían el lobo y el cerdo en la tele.

Entonces sonó el timbre de la puerta. Era muy molesto. Oí los pasos de mi mamá acercándose a la puerta.

—Hola, cariño —oí decir a mi papá.

No le veía, pero sabía que ahora estaba juntando los labios con los de mi mamá, siempre lo hacía cuando pasaba por la puerta, tanto para entrar como para salir. Mi mamá estaba siempre conmigo, pero a mi papá le veía poco tiempo.

—Está en el salón —dijo mi mamá.

Enseguida entró mi papá, que sonrió y abrió los brazos. Tenía uno de sus trozos de tela con dibujos colgando del cuello. Me gustaba tirar de esa tela. No me gustaba tanto que papá me cogiera, cosa que siempre hacía al llegar a casa. La verdad era que no quería que lo hiciera nadie, salvo mi mamá, y tampoco demasiado si no iba a darme teta. Cuando la gente grande me cogía no podía hacer nada. Y no sé por qué a la gente grande le gustaba mucho cogerme y abrazarme.

—¡Ya estoy en casa, enano!

Esa era otra palabra que usaba mi papá para llamarme, creo que con más frecuencia que mi nombre. Pasó por encima de los palos blancos que yo no podía saltar y me cogió. Me levantó y me puso los labios en la cara. Luego vio los objetos de su caja y le cambió la cara. La sonrisa le había desaparecido.

—¡Nena! ¿Por qué le das mis cosas al niño? Luego las pierde y...

—¡No le he dado nada!

Hablaban muy alto porque no estaban cerca. Papá me dejó en el suelo y

se marchó.

—Vamos, él no puede haber cogido mi...

No escuché nada más porque se marchó del salón. Yo me giré para seguir jugando, pero mi mamá y mi papá vinieron a verme.

—Te repito que yo no le he dado nada. Estaba viendo los dibujos... ¡Cielo santo!

Mi mamá se tapó la cara con las manos. Los dos tenían una expresión rara. La había visto en la tele alguna vez, se parecía a la que ponían cuando yo estaba cerca del borde de la cama. Intenté averiguar qué provocaba aquella expresión, pero no vi nada extraño.

—Intentas tomarme el pelo, ¿no? —dijo mi papá—. La verdad es que lo haces bien...

—Te digo que yo no le he dado nada. Lo ha hecho él solo.

—Eso es imposible.

De repente pasaba algo interesante, lo notaba. Aquella no era una simple variación de la rutina. Algo nuevo estaba por allí, en alguna parte. Me excité.

—¿Por qué te mentiría?

—Pues no lo sé, la verdad. —Mi papá se acercó y se agachó al lado de los objetos blancos y negros—. Están perfectamente colocadas... Que no me lo creo.

Ahora mi madre sonreía y a la vez arrugaba la frente.

—Es increíble. —Me cogió en brazos—. Mi niño. ¡Qué listo es!

Mi papá nos miró a los dos.

—¿Pretendes decirme que el enano ha cogido la caja del ajedrez de la estantería y ha colocado las piezas sin equivocarse? ¿Él solo? —Tras un instante, mi padre también sonrió de esa manera—. Pero si no tiene ni cinco meses.



Me encantaba volar. Era una actividad de la que nunca me cansaba. Desde las alturas todo se veía diferente, se dominaba una extensión mayor. Cuando ganaba velocidad notaba el aire acariciando mi cara.

Cuanto más alto mejor, en especial cuando mi papá me levantaba hasta casi tocar el techo. A mi mamá la ponía nerviosa que yo volara.

—Ten cuidado, por Dios. Como se te caiga el niño...

Pero mi papá no se detenía.



—Pero si le encanta. Mira la cara que pone.

Hacía un ruido raro con la boca mientras me llevaba volando por toda la casa. Me llamaba de otra manera: añadía «súper» delante de mi nombre. Yo había visto a otra persona grande en la tele que tenía un nombre parecido, que empezaba por la misma palabra. Aquella persona iba con un pijama azul y, a la espalda, una sábana roja. Y podía volar solo, sin que su papá le sujetara por los brazos. Tal vez algún día yo también podría hacerlo.

—Yyy... ¡ya está! —Mi papá me dejó en la alfombra. En mi pecho notaba unos golpes muy rápidos y fuertes—. Ahora, vamos a jugar. —Señaló el ajedrez. Las piezas estaban colocadas como en los dibujos del lobo y el cerdo—. ¿Qué te parece, Dani? ¿Quieres jugar con papá? —Miré hacia otro lado, a un muñeco blandito que tenía forma de elefante—. Si juegas conmigo, luego podrás volar otro rato. ¿Qué te parece?

Me parecía un buen trato. Me acerqué a las piezas del ajedrez.

—Le estás manipulando —dijo mi mamá.

—Pero si está contento. Mírale.

—¿En serio? —Mi mamá se sentó en la alfombra y me miró—. Dani, ¿quieres que realicemos un exorcismo?

Sonaba excitante. No sabía qué era eso, pero cualquier cosa nueva me llamaba la atención. Y tal vez un exorcismo fuera divertido. Gateé hacia mi mamá.

—¿Lo ves? —dijo ella.

—Solo quiero probar, mujer. ¿No sientes curiosidad? Te prometo que, si el niño no quiere, no lo intentaré más.

—Y yo voy y te creo.

Mi papá me agarró por debajo de los hombros y me colocó frente a él, delante de las piezas de color negro.

—Vamos a jugar al ajedrez, Dani. Solo si te apetece, claro —dijo mirando a mamá. Luego me sonrió—. Empiezo yo. A ver... Voy a mover esta de aquí. Así, ¿te gusta? ¿Quieres mover tú una de esas que tienes delante?

Mi papá había hecho lo mismo que el lobo en los dibujos. Había cogido una de las piezas más pequeñas, las más numerosas, y la había cambiado de cuadrado. El cerdo siempre movía después una de las negras, y así sucesivamente. La mecánica era muy sencilla. Supuse que mi papá también había visto esos dibujos. Como él imitó el movimiento del lobo, yo repliqué el del cerdo.

A pesar de que veía claramente el cuadrado en el que quería poner la pieza, mis movimientos no eran muy precisos obedeciendo mis órdenes. Tuve que rectificar un par de veces, pero al final conseguí dejar la pieza pequeña en el que estaba justo al lado del de la pieza que mi papá acababa de mover.

Casi siempre que yo hacía algo, lo que fuera, se producía una respuesta por parte de mis papás. En aquella ocasión se miraron y permanecieron en silencio. Mi papá cogió otra pieza y la cambió de cuadrado. También era el mismo movimiento que hacía el lobo en los dibujos. Comprendí que el juego consistía en replicar al lobo y al cerdo, y eso me decepcionó un poco, pero como quería volar con mi papá, cogí la pieza que me correspondía y la cambié de cuadrado. Me sabía de memoria cómo seguía la partida. Dentro de poco empezaríamos a poner piezas en los cuadrados que ocupaban otras y las quitaríamos del tablero, y al final la pieza negra redonda que tenía en la esquina, acabaría al lado de la pieza blanca más alta de todas, la que tenía una cruz en la cabeza. Ahí es cuando el lobo se enfadaba y comenzaba la persecución.

—No puedo creerlo —dijo mi papá.

—Mueve, vamos —le apremió mi mamá—. Juega con él.

Mi papá hizo algo que no entendí. No debía de haber movido otra de las piezas pequeñas, eso no era lo que hacía el lobo. Así no era el juego. Como no sabía qué hacer, me entraron ganas de llorar. La risa y el llanto eran muy parecidos, en el sentido de que no podía controlarlos. Así que empecé a berrear.

—¿Qué le pasa?

—Se acabó el juego. —Mi mamá me cogió en brazos. Yo seguía llorando—. Tranquilo, pequeñín, ya está.

—Ha hecho dos movimientos correctos —dijo mi papá—. Es... asombroso. Y no puede ser una coincidencia.

—Ya lo sé.

—Parece que te molesta.

—No es eso... Me asusta. No... No es normal.

—Tampoco lo es que gateara con cuatro meses, ¿recuerdas?

—Hay algo más —dijo mi mamá—. Yo creo que nos entiende. A veces, cuando hablamos... No sé, me mira de un modo...

—Los niños ponen mucha atención en todo, es normal. Y, sinceramente, eso me sorprende menos. Al fin y al cabo, hablamos todo el

tiempo. Pero no jugamos al ajedrez todo el tiempo. ¿Sabes lo complicado que es este juego? Estoy seguro de que sabe mover todas las piezas...

—Ahora me asustas tú.

—Pero esto es lo más impresionante que...

—Entonces, ¿por qué llora?

—Se le pasará enseguida.

—No. No quiero que vuelvas a obligarle a jugar al ajedrez.



Los sonidos se podían tocar y tenían sabor. Yo tenía uno en una mano, de color rojo, y otro azul en la boca. El azul sabía mejor. Los sonidos eran blandos y pesaban muy poco. Había muchos.

Junto a los sonidos, en la misma caja, había una tele pequeña. En la pantalla desfilaban los sonidos mientras una canción los nombraba. Si tocaba la pantalla, la canción se detenía y la tele me decía el nombre de ese sonido. La toqué cuando vi el sonido azul que tenía metido en la boca.

—Equis —dijo la tele pequeña.

Luego siguió la canción. Intenté tocar la pantalla de nuevo cuando apareció el siguiente sonido, pero mis movimientos eran lentos y se me escapó.

—Zeta —dijo la tele.

Esa no la había tenido en mis manos todavía. No conocía su sabor. Rebusqué en la caja hasta que la encontré. Tiré la equis y me metí la zeta en la boca. Hice lo mismo con todos los sonidos. Según la canción, al conjunto de los sonidos se les denominaba abecedario y a cada uno por separado se le llamaba letra.

Siempre me fijaba en las cosas que se repetían. Observaba y descubría un orden, una relación, y entonces sentía una alegre excitación.

Cuando la luz venía de fuera de la casa, mi papá no estaba, y yo solía dedicarme a jugar o a ver la tele. Cuando la luz de fuera de la casa se apagaba, nos íbamos a dormir. El ciclo era evidente. Entenderlo y poder predecirlo me producía fascinación y aburrimiento al mismo tiempo. Una vez que comprendía algo, buscaba algo nuevo que descifrar.

Con las personas grandes no lo conseguía.



Mi tiempo era muy importante para mis papás. Hablaban mucho sobre ello, también con otras personas grandes. Según ellos, ahora tenía seis meses. Alguna vez mis padres habían hecho referencia a su propio tiempo, pero al parecer la gente grande no tenía meses, sino años.

—Ahora que no nos ve tu madre...

Mi papá se sentó y puso el tablero de ajedrez entre nosotros. Yo gateé hasta su lado mientras él colocaba las piezas. Lo hacía muy deprisa, con movimientos muy rápidos y precisos.

—No, Dani, tú tienes que ponerte allí, enfrente de mí.

Yo no quería jugar, quería volar. Hacía mucho que mi papá ya no me llevaba volando por la casa, silbando y riendo conmigo. Me puse de pie apoyándome en su pierna, traté de agarrar su mano.

—Eh, cuidado, que te vas a caer. Ven, siéntate aquí.

Mi papá no me entendía, aunque no solo él. Era curioso que cuanto más entendía yo a la gente grande, menos me entendían ellos a mí. No conseguía transmitirles mis deseos por más que lo intentaba; además, ellos siempre interpretaban mis reclamos como ganas de comer, de dormir o de jugar, y no siempre se trataba de eso. En especial, me irritaba bastante cuando trataba de avisarles de que iba a hacer caca. Yo llamaba su atención de mil formas, pero ellos sonreían y me hacían cosquillas, o me daban mis juguetes. No veía la relación entre la caca y los juguetes, pero ellos al parecer sí. Solo se daban cuenta cuando el olor se hacía evidente, y para entonces yo llevaba ya un tiempo muy molesto con la caca pegada a la piel. Lo que nunca fallaba era llorar. Así siempre conseguía atención, aunque no comprensión.

Mi papá movió el peón y me miró fijamente. Se me ocurrió que, si jugaba con él, a lo mejor luego me llevaría volando. Moví mi peón.

Sucedió lo mismo que la primera vez que empezamos a jugar. Enseguida mi papá dejó de colocar las piezas como en los dibujos del lobo y el cerdo, así que yo hice lo mismo.

—Ahí no se puede poner un alfil —dijo mi papá—. Los alfiles no pueden moverse a una casilla de otro color, ¿lo ves? El que está en una casilla blanca, nunca ocupará una negra. ¿Lo entiendes? Lo pondré en esta de aquí, que está al lado. Lo estás haciendo muy bien, Dani. A papá le gusta mucho jugar contigo.

Yo ya sabía cómo se movía un alfil, era una de las reglas más sencillas que había aprendido al ver jugar al ajedrez en la tele. Me costó más entender el movimiento del caballo. Mi papá había puesto el alfil en la casilla que yo

quería ocupar, solo que mis manos no eran como las suyas, era complicado agarrar las piezas y situarlas exactamente donde yo quería. Si las casillas fuesen más grandes...

Hubo un momento en que tuve que gatear para alcanzar un cuadrado negro en el que situar una torre. Al hacerlo, mi rodilla chocó con las piezas sin que yo me diera cuenta y las derribó. Mi papá no se enfadó, aunque dijo muy alto una palabra que yo no conocía. Fue increíble lo rápido que colocó de nuevo las piezas en sus respectivas casillas.

—¿Qué haces? —dijo mi mamá.

Tenía esa expresión que no me gusta y su voz sonaba más alta de lo normal. Miraba a mi papá, no a mí.

—Solo estamos jugando, no pasa nada.

—Dijimos que no...

—Escúchame, cariño, Dani no solo entiende el movimiento de las piezas, sabe jugar. Defiende y ataca. ¡Y juega bien! ¡Con seis meses! Estoy seguro de que ganaría a mucha gente.

El peón que quería mover estaba muy cerca del lado de mi papá, así que gateé hacia él mientras ellos hablaban. Esta vez lo puse a la primera en la casilla que yo quería.

—¡Ae! —dije tan alto como pude.

No me oyeron.

—La última vez el niño acabó llorando —dijo mi mamá—. Se estresa con ese juego.

—¡Ae! ¡Ae!

—No entiendes lo que esto significa. Es algo grande, déjame que termine la partida.

—¡Aeeeeeeeeeeeeeeee!

—Juega. Termina.

—No entiendo por qué te enfadas.

—Lo digo en serio —aseguró mi mamá—. Mira el tablero.

Por fin me prestaban atención. Se agacharon, pero parecían más interesados en el ajedrez que en mí.

—Ae —repetí.

—Bueno —dijo mi papá—. La verdad es que el niño es bueno.

—¿Te estás dejando ganar?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Mira bien.

—Ha movido un peón. Puedo...

—No puedes hacer nada. El peón no es la amenaza. Lo ha movido para no estorbar a su alfil que ahora apunta directamente a...

—No puedo creerlo. —Mi papá se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, a tu rey. Creo que «ae» quiere decir «jaque».

Mi mamá lo había entendido. Y mi papá también. Su rey ya no tenía escapatoria, de modo que la partida había terminado. Llegados a este punto, el lobo perseguía al cerdo para comérselo. Me excité mucho y salí corriendo, seguro de que mi papá me perseguiría. La idea me pareció muy divertida, me reía mientras corría. Me detuve al llegar al sofá y me preparé para que mi papá me cogiese, seguramente me haría cosquillas.

Ni siquiera se había levantado. Me miraba fijamente y mi mamá también, inmóviles, como las piezas del ajedrez. Agité las manos, pero nada. Las ganas de llorar comenzaron a formar una bola en mi garganta. La cara de mis papás era muy extraña.

—¿Lo has visto? —preguntó mi mamá.

Habló casi sin mover la boca.

—¿Que si lo he visto? ¡Joder, lo estoy viendo ahora! ¿Tú sabías que ya puede andar?

Andar era lo que hacían las personas grandes. Entendí que se referían a mí y entonces fui consciente de que efectivamente estaba de pie sobre mis piernas, sin usar las manos. No me costaba mantener el equilibrio. Fue una pena que en ese mismo instante mis piernas perdieran fuerza y se doblaran. Me caí.

Repasé mi propio trayecto desde la alfombra hasta el sofá y me impresionó la velocidad que de pronto había ganado mi forma de desplazarme. Era maravilloso. Quería reír y gritar. Pero mis papás no estaban contentos. No aplaudían ni me decían «muy bien» ni me ponían los labios en la cara, como siempre que alcanzaba un nuevo logro. Me sentí muy confundido y la bola de mi garganta creció hasta que no pude contenerla. Lloré.

Mi mamá me cogió en brazos y se apresuró a darme la teta. En cuanto la agarré y la metí en mi boca, todo fue mejor. Me sentí bien, seguro, calentito.

—Hay algo —dijo mi mamá— que no te he contado sobre el mequetrefe.

—¿Mequetrefe? —preguntó mi papá.

Yo tampoco entendí esa palabra, pero ahora nada me importaba, solo la teta. Cada vez oía menos lo que decían.

—No quiero que pille lo que rajamos —dijo mi mamá.

—¿Hablas así porque crees que nos entien... que se percata de nuestra comunicación?

Vi la cabeza de mi mamá subiendo y bajando. Yo me acurruqué más. Estaba muy calentito, muy cómodo.

—Sí. Lo pilla todo.

—No es posible.

—Espera un poco y te lo explicaré. Enseguida caerá en los brazos de Morfeo. Hay... algo que te oculté. Dios, espero que puedas perdonarme.

Me costaba mantener los ojos abiertos. Estaba muy relajado, muy calentito... Me quedé dormido.



Desperté porque mi garganta hacía un ruido muy raro y muy molesto. Hacía ese ruido, aunque yo no quería, y siguió así un rato. También me picaban un poco los ojos.

Había una nube negra dentro de la casa. Yo solo había visto nubes en el techo azul, muy, muy lejos, pero eran blancas. Aquella nube, la negra, se amontonaba y se extendía. Me bajé del sofá y caminé en busca de mi mamá. Oí un golpe muy fuerte. De repente una luz naranja apareció por la puerta y desapareció. Olía de un modo extraño. La luz naranja se pegó a uno de los cuadros de la pared y se quedó allí, moviéndose.

—¡Apaga el fuego! —gritó mi papá—. ¡Maldito hijo de...!

Me di la vuelta y le vi cerca de la pared. Había otra persona grande con él, se abrazaban muy fuerte. Yo fui hacia mi papá para que me explicara por qué me picaban los ojos. Se separó de la persona grande y le dio una silla. La persona grande, en lugar de cogerla, se agachó, y la silla rompió la ventana. Luego se abrazaron de nuevo, pero mi papá se cayó al suelo. La otra persona grande lo cogió, se lo puso sobre los hombros y saltó por la ventana.

Yo también quería ir con ellos, pero tropecé y me caí. Desde el suelo vi que me había tropezado con mi mamá, que estaba tumbada. Era muy extraño que mi mamá durmiese en la alfombra del salón. Le toqué la cara tan fuerte como pude, pero no se despertaba. Le levanté la piel del ojo y tampoco así conseguí que despertara. Debía de estar muy cansada. Volví a empujarla con todas mis fuerzas. El sonido de mi pecho era muy rápido. Yo quería que mi

mamá me abrazara y me diera teta. Dejé de empujarla cuando noté que mi pie estaba mojado. Al mirar vi que también estaba rojo. Salía agua roja de alguna parte y formaba un charco alrededor de la cabeza de mi mamá.

Mi garganta empezó a hacer mucho ruido. La nube negra se acercaba y me rodeaba. También las luces naranjas, que ahora estaban encima del sofá, y en la mesa, y también sobre algunos de mis juguetes. La tele estalló.

Yo estaba paralizado junto a mi mamá, que continuaba dormida. Las luces naranjas llegaron a la alfombra. Se acercaban a mí y a mi mamá. La luz naranja hacía daño a las cosas y yo sabía que no podía dejar que tocara la cabeza de mi mamá. Como no era capaz de moverla, fui hacia la luz naranja para detenerla. Justo en ese momento aparecieron más luces alrededor, cercándome. Todo estaba muy negro y borroso, y lo que veía empezó a girar y a dar vueltas. Me agarré a la cabeza de mi mamá y lloré.

Sonaron nuevos golpes, como cuando se rompían las cosas. Las luces naranjas que estaban más cerca desaparecieron y vi a una persona grande. Llevaba una ropa muy rara, sobre todo en la cabeza, un tubo y un trozo de plástico se la cubrían. En las manos sujetaba un tubo muy largo por el que salía agua, mucha. El agua apagaba las luces naranjas.

—¡Por aquí! ¡He encontrado a un bebé!

La persona grande se quitó el plástico de la cara y dejó el tubo.

—Tranquilo, pequeño —me dijo mientras me cogía—. Ya estás a salvo.

Luego vinieron más personas vestidas igual que él. Oí muchos ruidos y vi muchas luces.

Y me desmayé.



## CAPÍTULO 2

La mujer tenía la cara muy arrugada. Fue lo primero que vi al despertarme. Sus ojos eran muy grandes y estaban tan cerca de mí que parecían dos pelotas azules. Los labios, también arrugados, se torcieron tras una cortina de pelo gris que le caía por encima de la cara.

—¿Cómo estás, pequeño?

La pregunta no era complicada, pero mi cabeza no funcionaba como siempre, zumbaba, y todo se movía más lento que de costumbre, incluidos los sonidos y las palabras. Creo que hice algún ruido con la boca, no estoy seguro.

La mujer arrugada me enseñó algo que parecía una botella. Vestía una camisa de color blanco tan larga que le llegaba casi hasta los pies. Alrededor del cuello llevaba una cuerda de la que pendía un objeto circular.

—Seguro que tienes hambre. Toma, pequeñín.

Me cogió en sus brazos y me metió en la boca una teta de plástico que encajó en la botella que antes me había enseñado. Mi boca se llenó de leche enseguida. Como no me lo esperaba, me atraganté y tosí. La mujer sonrió. Aquella teta de plástico y su botella soltaban mucha más leche que la teta de mi mamá y yo casi no tenía que chupar, era más fácil. La leche sabía diferente, peor, pero yo tenía hambre. De hecho, tenía tanta hambre que, cuando la botella se quedó vacía, yo aún quería más. Lloré cuando la mujer arrugada me metió en una caja transparente.

—¿No estás cómodo? —me preguntó.

Yo lloré más. Aquella mujer me entendió muy bien y muy rápido. Volvió a cogerme en brazos y me dio otra botella de leche con su teta de plástico.

—Despacio... Qué rico eres. No hace falta que comas con tanta ansia, hay mucha leche.

Apenas la escuchaba, concentrado como estaba en tragar. No entendía por qué ella hablaba de comer... No le di importancia. Un hombre grande vino a verme, o tal vez a la mujer arrugada. También tenía una camisa blanca

que le llegaba hasta los pies y llevaba papeles debajo del brazo. Su cara estaba deformada porque lo veía a través de la botella de leche, que era muy grande y abarcaba casi todo lo que había delante de mis ojos.

—¿Cómo está? —preguntó el hombre.

—Muy bien —contestó la mujer arrugada—. Sano. Sus pulmones no se han llenado de humo, los bomberos llegaron a tiempo. Y te aseguro que tiene apetito. Es el tercer biberón y no parece que se sacie.

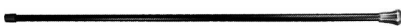
—Dale toda la leche que pida. No durará mucho en el hospital. Ya lo he arreglado para la adopción. —El hombre le tendió los papeles a la mujer, que los cogió sin que yo apenas notara su movimiento—. Tienes que cambiarle tú el expediente. ¿Podrás hacerlo sin que te descubran?

—Desde luego. —La mujer arrugada miraba con interés los papeles. Yo no podía verlos, pero no parecían tener dibujos—. ¿Dos años y medio? Me parece demasiado. Se notará que no es su edad.

—Su desarrollo pronto alcanzará el de un niño de tres años. Luego se estancará un tiempo y, para cuando supere a los chicos de su edad de un modo evidente, ya será suficientemente mayor. O eso espero. Mejor que parezca un poco atrasado en los primeros años. Mucho mejor, si lo piensas bien. Si no cambiamos su fecha de nacimiento, en seis meses llamará la atención de todos los médicos, padres, profesores y cualquiera que tenga dos dedos de frente.

—Si descubren que falsificamos... ¿Estás seguro?

—No. No lo estoy. Pero mira cómo ha ido hasta ahora. ¿Quieres arriesgarte? Tú misma. Mañana lo recogerán sus nuevos padres. Tú les entregarás la documentación, así que la decisión final es tuya.



Pero esa mujer no era mi mamá. Se habían equivocado el hombre y la mujer de las camisas blancas alargadas al decir que mis papás venían a buscarme. O puede que yo, distraído con la leche, no les hubiera entendido del todo bien.

Me había sucedido antes que mis ojos mejoraban y al mirar de nuevo un mismo objeto, apreciaba más detalles, parecía diferente. El gusto y el oído también cambiaban, pero lo que nunca me había fallado era el olfato.

Por eso no había forma de engañarme. Esa mamá no era la mía porque no olía como mi mamá de verdad.

—Es precioso —dijo con una voz un poco rara. Yo creí que iba a llorar.

—Sí que lo es —dijo la señora arrugada.

—¿Y ya está? —preguntó el hombre que acompañaba a la mujer que habían confundido con mi mamá—. ¿Podemos llevárnoslo ya?

—Por supuesto. Se acabó el papeleo por ahora. Se les hará un seguimiento, como en todas las adopciones, pero estoy segura de que no tendrán ningún problema. Este niño ha sido muy afortunado por el hogar que ustedes le darán.

—Gracias. Puede estar segura.

—Gracias a ustedes.



Aquella tampoco era mi casa.

Mi cama debía estar rodeada de palos; la nueva, además, era mucho más grande. Tampoco estaban los juguetes con los que papá insistía en que jugara. Mi papá, el de verdad, no el nuevo. Aunque había otros juguetes, más grandes y pesados. Nada era como yo lo recordaba. No olía a mi casa.

Al llegar encontramos a dos hombres que me resultaron llamativos. Me sonrieron mucho y uno de ellos le dio un elefante de mentira, más grande que yo, al que ahora decía que era mi padre. Dijeron muchas cosas que no entendí, pero todos se reían mucho. Creí que esos dos hombres vivían en la casa, pero se fueron y entraron en otra que estaba al lado. A veces, por las noches, los oía hablar muy fuerte, se decían palabras feas y la mamá de uno de ellos al parecer se llamaba Puta. Ese dato lo repetían mucho. Los dos hombres tenían un perro que ladraba siempre que llamaban a la puerta. A mi nuevo papá eso no le gustaba.

—Un día de estos los denuncio —decía poniendo la cara fea.

Yo no sabía si todavía no lo había hecho o si denunciar era algo que se hacía todos los días. El perro, por lo visto, era del señor que tenía la mamá que se llamaba puta. Al otro hombre no le gustaba el perro.

La teta se acabó. La nueva mamá usaba la de plástico que iba con la botella, que se llamaba biberón. Me costó mucho acostumbrarme. Tener que dormir sin la teta de mi mamá, sin su calor, sin su tacto, sin su olor me hacía sufrir. Fue lo más duro que recuerdo de mi vida y con mucha diferencia.

Ojalá pudiera borrar de mi mente el recuerdo de las múltiples sensaciones que recibía mientras mi madre me amamantaba, porque aquella pérdida, aún hoy, me provoca un dolor que no puedo describir.

Mis nuevos papás me miraban confundidos. Por mucho tiempo que pasaran mirándome, preguntándose, probando trucos, no lograron averiguar

la causa de mi desconsuelo. Nunca volvería a dormir como antes.

## CAPÍTULO 3

Casi todos los días me llevaban a un lugar que llamaban guardería, donde había más niños. La mayoría eran más grandes que yo, se movían mejor, más rápido, incluso llegaban a mantener los dos pies en el aire, aunque eso duraba muy poco tiempo. Y hablaban. No tan bien como la gente grande, pero hablaban. Yo no podía reproducir tantos sonidos como ellos, así que nadie me entendía, de modo que apenas lo intentaba.

En otras habitaciones había niños de mi tamaño, algunos más pequeños. Pero a mí me ponían con los más grandes. También tenían más pelo. Siempre había dos mujeres grandes que nos decían lo que teníamos que hacer. Nos daban comida. Yo era el único que tomaba leche en un biberón. Recuerdo que mi mamá se lo explicó a las mujeres que nos cuidaban.

—Sí, es un poco mayor, pero le gusta mucho y el médico ha dicho que la leche es buena. Si no le vais a dar el biberón, me lo llevo a otra guardería.

Teníamos muchos juguetes. Y a los niños parecía gustarles mucho, lo que me sorprendió, porque a mí enseguida me aburrían. Cada juguete tenía algo distinto e interesante, pero una vez que lo había descubierto, entendida su finalidad, no encontraba el sentido de seguir utilizándolo. Los niños, sin embargo, hacían lo mismo una y otra vez. Uno de ellos en particular, un niño gordo y grandote, con la cara llena de puntitos, se dedicaba a coger unos aros y a colocarlos alrededor de un palo, todos los días. Observé durante un tiempo a aquel niño, por si había algo más en el juego que yo no hubiera advertido. Una vez probé yo mismo el juguete. No pasó nada. No sentí cosquillas. El niño gordo, en cambio, disfrutaba mucho con eso. No logré entender por qué.

Pronto me olvidé de él. Y de los demás. Me quedaba sentado y los miraba, preguntándome por qué nada de lo que había allí me estimulaba. Las mujeres que nos cuidaban estaban contentas conmigo. Decían que yo era bueno y que me portaba muy bien.

—Deberían ser todos como Dani: calladito, tranquilo, obediente. Una dulzura de niño, me lo comería. Para que luego hablen mal de los

discapacitados.

—No es discapacitado.

—A ver, ¿a cuántos niños hemos cuidado? Los médicos dirán lo que quieran, pero yo llevo más de doce años en esto y te digo que con dos años y medio...

—No todos se desarrollan al mismo ritmo.

Decían muchas cosas más. Y eso sí resultaba interesante. Escucharlas hablar me producía cambios por dentro. Sus historias, cuando las entendía, me ponían alegre o triste, o me sentía... raro, como si quisiera echar a correr o lanzar un juguete contra la pared.

Fue gracias a sus charlas que entendí mi situación familiar. Por lo visto, había niños que tenían dos papás o dos mamás. Yo debía de ser uno de esos porque tenía cuatro en total, aunque no averigüé por qué los primeros ya no estaban conmigo.

Le di vueltas a esa idea durante un tiempo, hasta que un día, en mi casa, vi en la tele algo que definitivamente lo aclaró todo. Había unos hombres que vestían un poco raro, con sombrero, y en vez de usar coche, utilizaban caballos para ir de un lado a otro. A la cadera llevaban un objeto alargado con el que se apuntaban unos a otros y que hacía un ruido parecido a cuando la tele explotó en mi otra casa. Había también una mujer tirada en el suelo y un charco rojo crecía alrededor de su cabeza. Fue imposible no acordarme de mi mamá.

—¡La has matado! —gritó uno de los hombres de la tele.

Presté toda mi atención porque a mi mamá le había pasado lo mismo, así que yo quería saber qué era eso de matar. Al hombre de la tele le cambió la cara, igual que cuando un niño de la guardería se hacía mucho daño. Se llenaron de agua sus ojos y lloró. Dejó a la mujer donde estaba, dio media vuelta y lanzó sus puños contra otro hombre. Salió más agua roja de la cara del que recibía los puños, que no daba la impresión de ser muy bueno apartándose, porque lo intentaba, pero no le servía de nada.

Entonces la imagen cambió. La mujer que habían matado estaba ahora en una caja de madera. El hombre tenía las manos envueltas en trozos de tela blancos, lloraba, aunque parecía que intentaba aguantarse. Luego bajaron la caja de la mujer a un agujero y el hombre echó tierra encima. Me pregunté si mi mamá estaba en una caja dentro de un agujero y si mi papá la había cubierto de tierra. Fui absolutamente incapaz de entender por qué hacían algo así.

Luego el hombre estaba en otro sitio con un biberón que no tenía teta de plástico ni leche. Supuse que era agua y que el hombre tenía mucha sed porque bebió mucho. Algo había cambiado en él, porque ahora se movía peor, tropezaba y se le caían las cosas. También hablaba raro. Se enfadó cuando se le cayó el biberón. Otro hombre le trajo un biberón nuevo lleno de agua. Hablaron. Yo los escuché. Y entendí.

Se abrió un agujero en mi interior cuando supe lo que era matar, algo que al parecer aquellos hombres hacían mucho y decían que volverían a hacer. Algo que le habían hecho a mi mamá. Mis manos temblaban sin que yo pudiese evitarlo. Mi casa dio vueltas, creo que yo tragaba aire más deprisa de lo habitual.

No conseguí despejar la duda sobre dónde estaba mi mamá. Al explicar esa parte usaron palabras complicadas. Dijeron que estaba en el cielo, pero no me imaginaba cómo habrían subido la caja hasta allí.

Aprendí algo más: el agua roja se llamaba sangre.

Y entendí por qué aquellos hombres querían volver a matar.



—Su hijo está perfectamente —dijo el médico—. No tienen de qué preocuparse.

Ese hombre me había desnudado y me había tocado por todas partes. Me había puesto encima cosas frías, me había iluminado los ojos y la boca, esto último metiéndome primero un palo muy molesto. Un fastidio todo. Mis papás lo llamaban médico, aunque también con una palabra que no retuve, pero que sonaba como alguien que se tirara pedos. Debí de confundirme porque aquel hombre no olía tan mal.

—¿Y qué hay del habla? —preguntó mi papá—. Los demás niños de su edad hablan, dicen frases, como poco, aunque cometan errores. Mi hijo solo hace ruidos.

Su voz sonaba muy grave, a diferencia de cuando jugaba conmigo. Era la voz que ponía cuando hablaba con mi mamá sobre algo que debía de ser muy importante y que llamaban dinero. Mis papás nunca sonreían cuando hablaban de dinero.

—Es normal —dijo el médico—. Algunos niños tardan un poco más, eso es todo. Las diferentes pruebas demuestran una comprensión del entorno dentro de la media. Hablen con él y verán cómo cualquier día les contesta. Cuando lo haga, se pondrá al nivel de los demás enseguida. Pero es

importante que no traten de forzarlo. Deben dejar que siga su desarrollo de un modo natural.

—¿Su voz no es muy grave? —preguntó mi mamá.

—Un poco. Cuando sus cuerdas vocales terminen de formarse, seguramente cambiará.

—¿Y el apetito? Desde que vomitó, ya no come tanto como antes.

El vómito fue muy desagradable. Empezó en mi barriga, donde mi mamá ponía los labios y soplabla con fuerza para hacerme reír. Se me revolvió algo por dentro y luego me salió por la boca. Casi me ahogo y me sentí muy mal durante bastante tiempo, débil, incluso me costaba mantenerme de pie. No sé qué era lo que mi mamá me había dado para comer, pero recordaba su olor y no pensaba volver a probarlo nunca más.

—Alergia, con toda probabilidad —dijo el doctor—. La semana que viene le haremos pruebas, hasta entonces no le den ninguna otra verdura. Denle los alimentos por separado. Si rechaza algo, no le obliguen a tomarlo.

A mi papá no le gustó el médico. De regreso a casa dijo que era un simple matasanos. Mi mamá tenía una opinión diferente.

—¿Has estudiado medicina? Pues entonces haremos lo que diga el doctor. Me moriría si algo le pasara a Dani por nuestra culpa.

Papá no contestó. Casi siempre que no estaban de acuerdo en algo respecto a mí, mamá era la que tenía razón, o al menos la que se imponía. Papá parecía saber más sobre qué canal ver en la tele o sobre todo en lo referente al coche; en lo demás, mamá era la que decidía. Ella me gritaba más y también me besaba y me acariciaba más.

Al llegar a casa nos encontramos con uno de los hombres que vivían en la puerta de al lado. Era el más gracioso de los dos, el que tenía una mamá que se llamaba puta.

—¿Qué tal, Dani? —Me acarició la cabeza y luego miró a mi mamá—. Es una ricura. Va a ser el terror de las nenas cuando sea mayor.

No entendí a qué se refería, pero mi mamá sí.

—Tú siempre con lo mismo. —Le empujó, pero sonreía, le había gustado lo que había oído—. ¿Por dónde anda tu media naranja?

—Ay, cielo, lo estoy esperando. No sé cómo lo aguanto, de verdad. Para una vez que le pido que saque a...

—¡Camina! ¡Vamos, chucho asqueroso! —Era la voz del otro hombre, que sonaba muy fuerte, pero algo lejos—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Te voy a dar una patada donde ya sabes y entonces veremos si andas, saco de



pulgas!

Entonces le vimos. Su espalda asomaba de lado, detrás de una esquina. Hacía esfuerzos por tirar de la cuerda que sujetaba. Gritó más. La cuerda no cedía. En el otro extremo estaba el perro, que por lo visto no quería andar.

—Es tan macho... —murmuró el que estaba a mi lado—. Mejor le ayudo, porque el pobrecillo no es capaz de hacer nada sin mí. —Se acercó a su amigo y al perro—. Tienes que hablarle con cariño. Es un animal muy sensible.

—Es tu animal, así que háblale tú. Toma, toma, coge a tu querido chucho.

—¡Au! —grité.

Intentaba imitar la voz del perro. El animal se quedó quieto y me miró fijamente. Se acercó a mí. Era muy grande, no tanto como mi papá o mi mamá, pero más que yo. Olía muy fuerte. Le colgaba la lengua, casi nunca tenía la boca cerrada. Me olisqueó. Mi mamá me aupó y me abrazó.

—No te preocupes. Es un animal muy bueno. Nunca le haría daño a nadie...

El perro empezó a ladrar mucho, muy alto. Era desagradable. Me ladraba a mí, no me quitaba los ojos de encima. Empezó a ponerse nervioso, a andar alrededor, sin parar de olisquear.

Mi mamá también se puso nerviosa. Uno de los hombres trató de sujetar al perro, pero no lo consiguió. Su ladrido me hacía daño. Estiré el brazo y le di un manotazo en el hocico. El perro aulló y salió corriendo despavorido. Su ladrido era ahora agudo, como un llanto.

—Lo siento mucho —dijo el hombre gracioso—. Nunca se ha portado de esa manera.

Se fue con su amigo a buscar al perro.

Mi papá me cogió en brazos.

—No quiero que vuelvas a hacer eso nunca, ¿me has oído, Dani?  
¡Nunca! No quiero que toques a un perro que ladra. Es peligroso.

—No le regañes. —Mi mamá estaba muy pálida—. Es solo un niño.

—¿Tampoco le advierto que no cruce la calle solo? Tiene que aprender.

Discutieron. Yo estaba contento porque me había librado del perro.

Pero mis papás continuaban discutiendo, como cuando hablaban de dinero y sobre mí, o aquella vez que se inundó la cocina. No me gustaba las caras que ponían ni sus voces. Mis asuntos pronto desbancaron al dinero en sus discusiones. Nada ni nadie tenía más capacidad que yo para que mis papás se

enfadaran de esa manera.



Una noche en que me dolió la tripa, me negué a comer, a pesar de que mi mamá insistía. Destacaba lo bueno que estaba aquel puré de color blanco. Pero había algo verde dentro. Podía olerlo perfectamente. Creo que el médico lo llamó verdura. La verdura me hacía daño en la barriga. Mi papá parecía muy molesto con que no me gustara la verdura. Él también insistió, hasta que en la tele salieron los hombres que perseguían un balón dando patadas.

—Tú verás, hijo, pero así no crecerás fuerte.

Mi mamá no decía lo mismo. Y yo ya sabía que mi papá decía cualquier cosa mientras miraba a los hombres de las patadas en la tele.

En la cama no conseguía dormir. Me dolía la tripa y echaba de menos a mi mamá de verdad, la que había ido al cielo en una caja de madera.

Normalmente no me gustaba que me tocaran, pero ahora quería que me abrazaran. Me bajé de la cama y fui a la habitación de mis papás. No estaban dormidos. Sus respiraciones eran muy fuertes, como si estuvieran haciendo mucho esfuerzo. Y no paraban de moverse bajo las sábanas, arriba y abajo, arriba y abajo. También había un ruido. Y un olor peculiar y muy fuerte.

Tuve dudas de que aquello fuera un juego. Mi mamá estaba colocada de un modo que me recordó al perro de los hombres que vivían en la puerta de al lado. Mi papá estaba detrás y la empujaba una y otra vez.

Mi mamá gritó. Yo me asusté. Mamá seguía gritando. Mi papá la agarró del pelo y tiró, muy fuerte, la cabeza de mi mamá se movió hacia atrás. Gritó más. Muy alto. Le dolía. Mi papá empujó más fuerte. Entonces le vi la cara. Parecía la de otra persona, deformada, enseñaba los dientes y apretaba la mandíbula. Tenía los ojos muy abiertos. Nunca había visto esa cara en mi papá.

Un calor nuevo creció dentro de mí. Noté en el pecho esos golpes rápidos que resonaban en mis oídos. Quería hacer daño a mi papá porque hacía daño a mi mamá. Era la primera vez que sentía esa necesidad. Fui a darle un puñetazo, creo, porque no era del todo consciente de mis movimientos, ni de lo que pensaba. Solo quería separarle de mi mamá. Ni siquiera me había subido a la cama, así que mi puño se estrelló contra algo duro. Había empleado tanta fuerza que, de la inercia, me caí de bruces. Oí un crujido y una esquina de la cama se vino abajo con un estruendo. Sobre mi espalda.

El dolor fue terrible. Noté que algo crujía dentro de mí. Traté de coger aire, pero por mi boca solo salió un ruido muy grave.

—¡Sigue! —gritó mi mamá—. ¡No gruñas y sigue! ¡No pares!

El peso que me aplastaba era más de lo que nunca había soportado, pero el grito con el que mi mamá me pidió ayuda me hizo luchar contra el dolor. La cama seguía apretando mi espalda al ritmo de los empujones de mi papá. Tenía sitio para mover los brazos, de modo que los doblé hasta apoyar las palmas de las manos contra el suelo. Me esforcé tanto como pude mientras la cama me aplastaba una y otra vez. Me esforcé más. Apoyé también las rodillas. Ahora me dolían más los brazos y las piernas que la espalda. En realidad, ya no sabía qué parte de mi cuerpo me causaba más sufrimiento, hasta que me di cuenta de que podía respirar otra vez. Mi barriga ya no se aplastaba contra el suelo, tampoco mi pecho. Así me quedé, sobre mis manos y mis rodillas, con la cama todavía machacando mi espalda.

No podría resistir mucho más tiempo. Reuní todas las fuerzas que me quedaban y con un impulso empujé hacia arriba. Cuando dejé de notar la cama en mi espalda, rodé hacia un lado. La cama volvió al suelo, haciendo un ruido muy grande.

No podía moverme. Estaba tumbado, me dolía todo el cuerpo. Quería llorar, pero no era capaz: llorar suponía un esfuerzo.

—¿Habíamos roto alguna vez la cama? —dijo mi papá—. Estoy mejorando.

—Espero que puedas arreglarla —dijo ella.

Ya no gritaba. Había conseguido detener a mi papá al romper la cama. Deseaba ir a su lado y abrazarla, pero el menor movimiento me causaba un dolor insoportable. Todo daba vueltas. Me costaba mantener los ojos abiertos.

Mis papás dijeron algo más. No les entendía. Los sonidos tampoco me llegaban bien. Lo único que notaba con claridad era el dolor.

Luego, no sé cuánto tiempo pasó, noté una ligereza en el cuerpo. Abrí los ojos y me hizo daño la luz de fuera de la casa, que entraba por la ventana. Ya no era de noche.

Mi mamá me estaba levantando.

—¡Dani! ¡Cariño! ¿Estás bien?

Mi papá se acercó.

—¿Qué pasa?

—Estaba dormido en esa esquina —dijo mi mamá—. Pobrecillo. Habrá venido a despertarnos y se habrá quedado dormido. No llevará ahí mucho

tiempo, ¿verdad?

—Bah, no te preocupes. Si le pasara algo, lloraría o se quejaría.

—Y esta marca de su espalda, ¿qué es?

—¿Esa línea roja? No sé. Ni siquiera parece un rasguño. Será una marca de un pliegue de la sábana o de la ropa. Te apuesto lo que quieras a que dentro de un rato habrá desaparecido.



La guardería era muy aburrida. Los otros niños olían mal y siempre hacían lo mismo. Además, se metían las manos en la boca y se tocaban la cara unos a otros. A mí no me gustaba que me tocaran.

Las mujeres que nos cuidaban cantaban muchas canciones, pero yo siempre me quedaba callado. Mi voz grave disgustaba a los otros niños, y todavía no podía pronunciar todas las letras, solo cinco. Los juegos eran muy fáciles. Echaba de menos el ajedrez con el que jugaba con mi primer papá. Empezó a gustarme menos la guardería.

También empecé a pensar que yo era diferente. Los demás niños sonreían mucho y disfrutaban con las mismas canciones y los mismos juguetes de todos los días. Las mujeres los felicitaban por haber aprendido todas las palabras de las canciones, y aun así las seguían cantando. Si ya se las sabían, ¿por qué no hacer algo distinto? Yo había visto hacer muchas cosas asombrosas a la gente grande. Pero ninguna de ellas era posible en la guardería; allí solo juguetes, coches, muñecos, y los juegos más simples que se pudieran imaginar.

Todos sonreían. También mi mamá. Mi papá le pegaba por las noches, pero ella no se molestaba, incluso le daba besos y abrazos. No tenía sentido. Nada lo tenía. Todos, hasta mis papás, decían que yo tenía casi tres años, pero yo sabía que ni siquiera tenía uno. Había aprendido a medir el tiempo. Era todo muy confuso. Cuantas más palabras entendía de las personas mayores, menos les comprendía. Me sentía solo.

Los otros niños no me maravillaban ni siquiera en sus habilidades físicas. Ya me movía como ellos, incluso era capaz de saltar. Dibujaba mejor y las mujeres de la guardería me felicitaban, pero con una cara no muy contenta.

—¿Qué es eso, Dani? ¿Es un cuadrado?

Era una mesa. Me parecía evidente y no entendía por qué ella no lo veía. Era el único que hacía los dibujos con profundidad, no solo arriba y

abajo, y coloreaba sin salirme de los bordes.

—Esa mujer está muy bien, Dani. Tiene mucho detalle. Está dormida, ¿verdad? ¿Qué es eso? ¿Un sombrero rojo?

Al final arrugué el papel y lo tiré. Supuse que esas mujeres no sabían lo que era el agua roja, pero eso no justificaba que confundiera el charco con un sombrero solo porque estaba alrededor de la cabeza. El dibujo era tal y como recordaba a mi mamá el día del incendio, cuando la mataron.

Me alejé a un rincón. No sabía cómo borrar el dolor por la muerte de mi mamá. Un niño me tocó el brazo. Estaba sentado a mi lado y colocaba las piezas de un puzle con animales de granja. El niño no lo hacía bien. Ponía las cabezas donde deberían ir las patas, y a veces ni siquiera eran del mismo animal. Le ayudé. Ordené los nueve cubos del puzle de modo que el dibujo fuera idéntico al de la caja.

El niño rompió a llorar, me dio una torta y me tiró uno de los cubos a la cara. No me dolió. Últimamente, los golpes de los niños no me hacían daño alguno. Le devolví el cubo. El niño volvió a ponerlo como al principio, mal, la cabeza del cerdo debajo de la barriga del burro. Yo cogí otro puzle y también lo desordené, por si había algo divertido en hacerlo de ese modo. Después de un rato probando, no llegué a esa conclusión. Era absurdo.

—Muy bien, Dani, vas mejorando.

¿Por qué me decía que estaba bien si no era el caso? ¿Esa mujer no sabía hacer un puzle?

—Deja que te ayude.

Entonces se agachó y colocó las piezas del modo correcto, lo que me confundió más, porque antes había dicho que yo lo hacía bien. De nuevo, consideré la posibilidad de que hubiera algo que yo no entendía, así que decidí imitar al niño de antes. Le di una torta a la chica y le tiré el cubo. La chica soltó un chillido y se llevó la mano al ojo. Del susto, cayó al suelo de culo. Su compañera acudió a su lado y se la llevó fuera. Yo miré el puzle, al niño, a las mujeres, y no entendí nada. Le di un manotazo a los cubos.

Una niña se sentó frente a mí. Su cabeza estaba un poco más alta que la mía.

—Hola —dijo cogiendo los cubos—. ¿Cómo te llamas?

—Ai —dije.

No puso una cara rara al oír mi voz, como casi todo el mundo. En lugar de eso, colocó los cubos en el orden correcto. La miré asombrado. Ella me tocó la cara. No me molestó. Puede que hubiera encontrado a alguien como

yo.

La niña tenía los ojos marrones y no olía demasiado mal. Jugamos a construir casas con unas piezas de diferentes formas que encajaban unas con otras. En seguida las gastamos todas, pero ella recorrió toda la habitación y cogió más, algunas se las quitó a otros niños. Le enseñé a colocar las piezas de modo que soportaran el peso y mantuvieran la estructura unida. Aprendió. Al cabo de un rato habíamos construido una torre tan alta como nosotros.

—Muy bien —dijo una de las cuidadoras—. Enseña más cosas a Dani.

—Dani sabe mucho —contestó ella—. Es mi mejor amigo.

Aquello me sorprendió. Era la primera vez que alguien se refería a mí como su amigo. No sabía exactamente qué era, pero sí que los mayores daban mucha importancia a sus amigos y que no eran fáciles de conseguir.

La niña lo repetía cada día, que yo era su mejor amigo. Siempre estábamos juntos. Ella me miraba mucho y hablaba, me contaba cosas en las que yo no había pensado.

—Cuando sea mamá, voy a tener tres hijos.

No había considerado la posibilidad de que yo fuera papá algún día. Al parecer ella sí, porque pasé de ser su mejor amigo a ser su novio, y de ahí a ser el papá de sus futuros hijos. La niña me preguntaba si quería tener más de tres. Yo encogía los hombros. Ella se reía y un día anunció que tendríamos cien. Yo no conocía del todo bien los números, pero no me importaba. Ella era mi mejor amiga. Además, no chupaba las cosas, no se metía los dedos en la boca y, sobre todo, tampoco intentaba meter nada en la mía.

Un día nos separaron porque estábamos jugando en vez de cantar la canción con los demás niños. La niña se puso a llorar. No me gustó nada ver su cara de angustia. Noté en mi interior el mismo calor ardiente que la noche que vi a mi papá pegando a mi mamá y la cama me aplastó. Noté que perdía el control de mis manos, de mi cuerpo. Sentía que mis brazos se abultaban y se ponían duros. La niña se libró de la cuidadora y corrió hacia mí. En cuanto me abrazó el calor desapareció.

—Déjalos —dijo una mujer—. Les gusta estar juntos.

Era nueva. Vino porque la otra, la del puzle, había tenido un accidente y se le había roto un ojo. Algo así oí. Y que no sabían si podría ver de nuevo. Me dio pena.

La niña quería pintar. Cogió una hoja de papel y dibujó algunas líneas azules. Ladeé la cabeza tratando de descifrar qué representaba el dibujo. Entonces gateó hacia una pintura de color negro y, al verla en esa postura, me

acordé de mi mamá y de mi papá.

Me situé detrás de la niña y la agarré por la cadera. Empujé. A ella no le gustó, trató de escapar, pero yo era más fuerte. A lo mejor no lo hacía bien porque mi mamá parecía muy contenta con mi papá cuando hablaban de ese juego nocturno. Mi papá a veces le decía que se preparara para esa noche y ella se ponía muy contenta. Entonces recordé algo que hacía mi papá y que se me había olvidado.

Estiré el brazo, agarré el pelo de la niña y tiré. Ahora lo estaba haciendo bien porque ella gritó. Mi mamá también gritaba.

—¡Dani!

Una de las cuidadoras corrió hasta nosotros. Nos separó. Me sostuvo en el aire sujetándome por debajo de los hombros.

—¡Eso no se hace! —me gritó con la cara fea.

La niña lloraba. La otra chica la abrazaba y le decía palabras bonitas. A mí me miraban de lado con la frente arrugada.

—¿Tú crees que...?

—No. Es solo un niño y un poco retrasado. Es imposible que lo hiciera con esa intención.

Me repitieron que eso no se hacía. La niña no se acercó más a mí ese día y tuve una de esas certezas claras que se abrían paso en mi mente como un fogonazo: había perdido a mi mejor amiga.

Me quedé solo una vez más, sin saber por qué yo no hacía nada bien.



Mi papá no estaba contento conmigo. Lo notaba en su voz. Insistía mucho en que ya debería hablar y me pedía que repitiese las palabras que él pronunciaba despacio y muy alto delante de mí. Lo cierto es que no era el único. Las cuidadoras de la guardería también pensaban lo mismo, a veces hablaban de eso con mis papás cuando venían a recogerme. Incluso algunos niños me lo decían.

Solo mi mamá se mostraba comprensiva.

—El médico dijo que no le forzáramos. Dale un respiro.

Y mi papá se alejaba, pero con la cara fea.

Empezaba a molestarme tanta expectación sobre cuándo diría mis primeras palabras. Nadie más que yo quería lograr lo que aparentemente era tan sencillo para todo el mundo. A los niños les costaba pronunciar algunas palabras, pero no tenían problemas con muchas de ellas, y aunque, con

errores, todos armaban frases completas.

Mi mamá muerta seguro que me habría enseñado a hablar. Ninguna persona olía como ella, ninguna. Me daba el pecho, que era la mejor experiencia que había tenido, y me entendía. Con ella yo no hacía mal las cosas.

Me sentí triste porque ella se había ido al cielo en su caja de madera. En realidad no, un hombre la había matado, la había alejado de mí. Para siempre. Eso último me enfadó. Se encendió el fuego dentro de mi cuerpo.

—¡Hola, Dani!

Había venido a visitarnos una mujer que yo había visto algunas veces. Vestía siempre la misma ropa y llevaba la cabeza cubierta, solo se le veía la cara. Era amiga de mi mamá.

—Oa —dije.

Retrocedió un poco al oír mi voz. Sonrió, pero yo noté que era de esas sonrisas que ponen a veces los mayores sin estar contentos.

—Qué angelito —dijo la mujer, pero no se acercó a mí—. Veo que ya empieza a hablar.

—Qué va —gruñó mi papá.

—Está a punto —dijo mi mamá—. ¿Qué tal en la iglesia? Creo que llevaré a Dani un día de estos.

No sabía lo que era una iglesia y por primera vez no me interesaba averiguar algo que desconocía. El fuego seguía dentro de mí. No quería ir a ninguna parte salvo al cielo con mi mamá muerta. Allí no habría cuidadoras que me llamaran retrasado. Pero antes de ir tenía que encontrar al hombre que mató a mi mamá. No veía su cara en mi cabeza. Su recuerdo era borroso, por eso no le había reconocido nunca por la calle. Mi cabeza recordaba mejor los olores que las caras. El único problema era que también estaba el olor del fuego, que era muy fuerte.

—Sería estupendo —decía la mujer. Yo apenas los escuchaba. Estaba concentrado en aquella noche, en los olores, en ese hombre—. Seguro que se lo pasa muy bien.

—No sé si es demasiado pequeño.

—Hija mía, no hay nada de malo. A los niños les encanta. Quizá le ayude a hablar mejor. Mira, ya verás cómo le gusta. —La mujer se agachó, acercó mucho su cara a la mía—. ¿Qué tal, Dani? ¿Quieres venir a la iglesia conmigo? —No le contesté. Trataba de separar el olor del fuego del que despedía aquel hombre malo, para poder identificarlo si alguna vez me



cruzaba con él—. Si quieres venir, tienes que decírmelo. Vamos, bonito, habla. Solo tienes que decir sí o no.

Al fin lo conseguí. Separé los dos olores y retuve bien el del hombre.

—Vamos —repitió la mujer—. Solo tienes que decir una palabra. ¿Es que no vas a decirme nada?

Tenía muy claro lo que le haría a ese hombre si lo encontraba.

—Te mataré —dije en voz alta.

La mujer retrocedió, se cayó al oír mis primeras pala... ¡Había pronunciado mis primeras palabras! ¡Había hablado! ¡Por fin! Me puse contento. El calor desapareció. Era lo mejor que... Entonces vi las caras de mis papás y la de la mujer de la iglesia.

Tenía entendido que la primera vez que un niño habla es un momento especial, que luego se recuerda y se comparte con orgullo.

Me equivocaba.

## CAPÍTULO 4

Mi voz era demasiado ronca. Se parecía más a la de las personas grandes que a la de los niños de mi tamaño. Supuse que por eso se asustaron al oír mis primeras palabras. En aquel momento yo estaba excitado por mi logro, pero, más tarde, yo también noté la diferencia y di con la causa: había algo raro dentro de mi cuello, que se movía muy rápido al hablar o al toser.

Decidí hablar solo lo justo después de una tarde en el parque, jugando en los columpios. Una niña me quitó un bollo que mi mamá me había dado. Lo mordió, lo chupeteó, lo dejó pringado de babas, y luego me lo tendió para devolvérmelo. Me dio mucho asco.

—No lo quiero —dije.

Solo fueron tres palabras, quería que se lo quedara, ya que yo no iba a comérmelo, pero la niña rompió a llorar y retrocedió. Su mamá acudió enseguida, alarmada por el llanto, algo que hacía mucho la gente grande cuando los niños lloraban.

—Ven, cariño, vamos a jugar a otra parte —le dijo a la niña mientras me miraba de lado.

Pensé en ir detrás para repetirle que el bollo era para ella, pero no me atrevía a hablar de nuevo. Mi mamá estaba hablando con un hombre grande que no me gustaba porque siempre olía muy fuerte y muy raro. Usaba mucha agua con olor, de esas que se guardan en botellas. Mis papás también la usaban, y otras personas, pero no tanta cantidad. El agua con olor me hacía sentir mal, confuso, y no me dejaba oler otras cosas.

No había mucho que hacer allí. Los parques tenían juguetes grandes muy simples que yo ya conocía. Siempre había un camino elevado por un lado con una escalera. Los niños subían la escalera y se deslizaban por el camino hasta abajo, una y otra vez. Daba cierta sensación de velocidad, pero no era muy interesante cuando había bajado un par de veces. Lo mismo sucedía con los demás juguetes grandes.

La niña del bollo regresó a mi lado. Había muchos niños en el parque y no entendía por qué venía conmigo otra vez, no tenía más comida. Pensé en

preguntar a la niña, pero su mamá apareció y se la llevó a otra parte del parque. También me miró de lado.

Decidí probar un juguete muy grande y muy alto que había al lado del camino inclinado por el que se tiraban los niños. Era como una montaña terminada en pico, solo que esta montaña estaba hecha de cuerdas. Los niños trepaban por las cuerdas, pasaban de una a otra, se balanceaban. No era eso lo que a mí me interesaba.

Me acerqué, decidido a averiguar cuánto podía saltar. Tomé impulso, doblé las piernas y las estiré con todas mis fuerzas. Y subí en el aire. Rebasé la primera cuerda y también la segunda. A lo mejor habría subido más, pero mi cabeza chocó con la siguiente y me detuve. Me agarré con las manos.

El resultado me pareció impresionante. Salté de nuevo, pero algo salió mal. La cuerda se hundió cuando estiré las piernas y subí mucho menos de lo que había esperado. Me caí al suelo. Dos niños se rieron. A mí no me importaba, era la primera vez que saltaba de ese modo. No estaba acostumbrado a ver las cosas desde arriba y tenía que remediarlo.

Decidí trepar como los otros niños, ya que saltar en las cuerdas no me salía tan bien como en el suelo. Un niño mucho más grande que yo trepó a mi lado, al mismo tiempo, pero yo fui más rápido y llegué antes a la punta. Me puse de pie.

Enseguida me sentí diferente. No sabía qué había cambiado dentro de mí porque nunca había tenido ese cosquilleo en mi barriga. Era asombroso todo lo que se veía desde allí arriba. Las cosas eran más pequeñas y algunas estaban muy lejos, mucho, no estaba acostumbrado a mirar tanto espacio al mismo tiempo. A algunos hombres grandes les faltaba pelo en la parte de arriba de la cabeza. Mi primera impresión fue que eso les pasaba a todos los hombres grandes, pero no, solo a algunos. Yo creía que solo había dos tipos, los que tenían pelo y los que no, pero había un tercer tipo que solo tenía pelo alrededor de la cabeza. Me pregunté si mi papá era de esos.

Era maravilloso apreciar tantos detalles. Entonces me acordé de mi primer papá. Él me hacía volar, me sostenía en sus brazos mientras hacía un ruido raro con la boca, y a mí me encantaba, aunque nunca tan alto como estaba yo en ese momento. Entendí lo que mi primer papá quería enseñarme. Era una lástima que el pico no estuviera más alto.

Reparé en una mujer que estaba detrás de un árbol. Me miraba con la cara arrugada y los ojos abiertos. Movía las manos como si quisiera comunicarme algo.

—¡Dani! ¡Baja de ahí!

Era mi mamá. Parecía muy enfadada. Quizá la había disgustado el hombre que se echaba mucha agua con olor.

—Sube —le dije.

Aquí se le pasaría el enfado y se sentiría bien, como yo. Aunque me extrañó que ella no lo supiera. La gente grande siempre sabía más que yo. Mi mamá gritó.

Los otros niños se habían bajado y los hombres grandes se acercaban. Me hablaban todos a la vez. Yo no los entendía. Unos me decían algo y otros lo contrario.

—Tranquilo, chico, no te muevas, ¿vale?

—¡Baja!

—¡No mires abajo!

—¡Pon bien los pies en las cuerdas!

—¡Las manos! ¡Agárrate con las manos!

—¡Le estáis asustando! ¡Cerrad la boca!

Decían más cosas que no entendía. Una mujer habló del mismo hombre que siempre repetía la mujer de la iglesia que a veces venía a mi casa, el que estaba clavado a una cruz que ella llevaba colgando del cuello.

Entonces un hombre se abrió paso y empezó a subir. Se movía mejor que los niños. Tenía el pelo y los ojos negros, como su ropa, y no olía mal. Era el único que me sonreía. Se detuvo justo debajo de mi pie porque no había sitio para los dos en la punta.

—Vaya, la vista tiene que ser alucinante desde ahí arriba, ¿eh?

Era evidente que también le gustaba estar en lo alto, como a mí.

—Sí —le dije.

El hombre de negro no se asustó al oír mi voz. Los de abajo se habían quedado todos en silencio y nos miraban.

—Lo sabía —dijo el hombre grande—. Siempre que paso por aquí pienso que me encantaría subir, pero dicen que la pirámide es solo para los niños.

Aquello era un problema porque no había sitio para los dos y yo no me quería bajar.

—Tengo una idea —sonrió el hombre de negro—. Podrías dejarme subir, solo un momento. Echo un vistazo y luego vuelves a tu sitio. Solo será un segundo. Si no, me tendré que ir sin poder ver desde lo alto de la pirámide.

La gente grande mentía mucho. Cuando decían un segundo siempre

eran muchos más, pero algo de aquel hombre me llamó la atención. Parecía entenderme, pensar como yo, y eso no era frecuente. Estaba dispuesto a cederle mi sitio un rato, aunque fuera durante más de un segundo. Bajé hasta quedarme a su altura.

—Gracias. Eres muy amable. —El hombre de negro ascendió un poco y luego se detuvo—. ¿Sabes? He tenido otra idea. Ahí hay un árbol que es más alto. ¿Qué te parece si lo probamos?

No se me había ocurrido trepar a un árbol porque no había visto a nadie que lo hiciera. El hombre de negro tenía buenas ideas, así que le hice caso y empecé a bajar.

Al llegar abajo mi madre se abalanzó sobre mí.

—¡Dani! No vuelvas a hacerlo. ¿Me oyes?

Estaba muy nerviosa, me sacudía, gritaba y sollozaba al mismo tiempo. No entendía por qué se había puesto así. Por suerte, se calmó al ver al hombre de negro.

—Gracias —le dijo mi mamá—. Menudo susto.

—No había motivo. Tiene muy buen equilibrio. No se preocupe por él.

—Lo sé. Es que...

No tenía ni idea de qué estaban hablando. Daba la impresión de que había sucedido algo malo. A lo mejor el hombre del agua con olor le había hecho algo a mi mamá y por eso estaba enfadada.

La gente grande se fue alejando.

—Estos críos... —dijo una mujer—. Ni siquiera se dan cuenta de lo que hacen.

—Solo estaba jugando —dijo otra—. No ha pasado nada. Esa madre se asusta por cualquier tontería. Si viera a los míos saltando con la bici le daba un infarto.

Busqué al hombre de negro para subirme con él al árbol alto. Estaba con otro hombre que parecía amigo suyo. Hablaban un poco más bajo que los demás.

—No puede ser él —dijo el amigo, un hombre gordo que olía a hamburguesas y a ketchup—. Tiene menos de un año y este parece de tres. Tiene que ser un error.

Ese era mi tiempo real. El hombre que olía a hamburguesa sabía la verdad.

—Cállate y cíñete al plan —dijo el hombre de negro—. Su desarrollo es superior a lo que habíamos anticipado.

—O te equivocas.

—Yo nunca me equivoco.

El gordo que olía a hamburguesa parecía enfadado, pero en cuanto se agachó y me miró, me enseñó la sonrisa más grande que había visto hasta el momento.

—Vaya, así que te gustan los árboles altos, ¿eh, Dani? ¿Qué te parece si te llevo a uno ahora mismo?

—¿Tú subirás conmigo? —pregunté.

—Por supuesto. Iremos juntos, ven.

Me agarró de la mano y tiró de mí. Le seguí poco convencido. Alguien tan gordo podría romper el árbol antes de que yo subiera. Sería mejor que yo fuera primero, claro que, si luego subía él, podría romper el árbol conmigo arriba y me caería y me haría daño, a menos que cayera encima del gordo, claro.

Me recorrió un escalofrío por la mano que el hombre que olía a hamburguesa me tenía cogida. Era incómodo, era... su sudor. Me dio mucho asco. Sacudí la mano.

—Quieto, niño —gruñó el hombre gordo.

Lo intenté, pero era muy desagradable. Iba a protestar cuando observé que nos alejábamos del parque. Estábamos cruzando una calle y no había árboles, solo casas.

Miré hacia atrás. Mi mamá hablaba con el hombre del agua con olor otra vez, y sonreía. Cada vez estaba más lejos. El gordo volvió a tirar de mí.

—No te pares.

—Aquí no hay árboles —dije.

Habíamos llegado al otro extremo de la calle.

—Te llevo a un sitio donde hay otros mucho más grandes. Ya verás cómo te gustan.

Sonaba bastante bien. Aunque su mano sudaba más todavía y empapaba la mía, y era asqueroso. Tiré hacia abajo y me solté.

—¿Qué haces? —preguntó el gordo.

—Puedo andar solo.

—De eso nada.

Trató de agarrarme otra vez, pero yo le di un manotazo. Se enfadó, me cogió de los hombros con las dos manos, que eran enormes.

—¡Suelta! —grité.

Y mi voz sonó muy alto y fuerte. Una mujer que estaba en la acera nos

miró.

—Oiga, ¿qué hace con ese niño?

—Solo jugamos, señora, lárguese.

—Me quiere subir a un árbol gigante —dije.

Otro señor se paró al lado de la señora.

—¿Ese niño es suyo?

Casi ni me di cuenta cuando el hombre gordo me levantó y me cargó sobre su hombro. Echó a correr mientras varias personas chillaban. Detestaba que me tocaran tanto, y encima al gordo le sudaba todo el cuerpo y me estaba mojando entero. Se me revolvió el estómago. Y me dolió porque daba botes sobre el hombro del gordo mientras corría por la acera, esquivando a otras personas, empujando a las que no se apartaban. Un anciano salió despedido cuando el enorme cuerpo del gordo lo embistió.

Detrás, a lo lejos, la gente gritaba y creo que llamaban a la policía.

—¡Para! —grité—. ¡Estás sudándome!

Pero el gordo seguía corriendo. Me tapó la boca con la mano y apretó el paso. Eso ya era demasiado contacto, más del que podía soportar. Agarré uno de sus dedos con las dos manos y tiré. Noté el crujido y el dedo se torció en un ángulo poco natural. El gordo gritó y aflojó, pero no me soltó. Decidí darle en la cara. Como colgaba sobre su espalda, eché el brazo hacia atrás, por detrás de su cabeza. Era complicado porque mi cuerpo botaba y debía mantener el equilibrio. Logré agarrar algo y hacerle daño, sin saber qué había hecho exactamente. El gordo gritó más y por fin me soltó.

Tenía la mano mojada. Creía que era más sudor, pero cuando caí al suelo vi que era agua roja. Y algo más. En la mano había una oreja del hombre gordo. La solté enseguida, y entonces un peso enorme me aplastó. Fue casi peor que aquella vez que se me había caído la cama de mis papás encima. Me quedé sin aliento.

Me puse menos nervioso que en aquella ocasión porque ya me había pasado y sabía que podía librarme de lo que me aplastaba. Me costó menos apoyarme sobre las manos y las rodillas y hacer fuerza para levantarme. Cuando alcé un poco la cabeza, pude ver que lo que me aplastaba era el gordo, que se había desplomado sobre mí. Se movía mucho y gritaba y se llevaba la mano del dedo torcido al lado de la cabeza donde antes tenía una oreja. Como se retorció tanto, me salpicó con agua roja. Ese contacto me asqueó otra vez. Me levanté con todas mis fuerzas.

El gordo salió despedido hacia la carretera, justo cuando un autobús

pasaba por allí. El golpe fue brutal. Destrozó la cabeza del hombre gordo y lo lanzó hacia delante, para acabar sobre un coche. Ahora también su pierna estaba extrañamente torcida. Se había abierto la carne y sobresalía un palo blanco y roto.

Un hombre llegó corriendo poco después y se detuvo a mi lado. Vestía una ropa que ya había visto antes en otras personas, del mismo color y forma... Policías.

—¿Estás bien, pequeño?

—Claro —contesté.

El policía miró al hombre gordo y luego a mí.

—Ya viene tu madre. ¿No te duele nada?

—No.

No se me daba bien interpretar a las personas grandes, pero creo que este esperaba que me doliera algo.

—Estupendo —repuso—. Ni siquiera has llorado. Has sido muy valiente, chico. Tu mamá estará orgullosa.

Me quedé pensando en el valor, que sin duda era algo bueno, y en el orgullo de los papás por sus hijos. Había oído hablar bastante sobre el valor, aunque nunca referido a mí.

—¡Dani!

Mi mamá me abrazó muy fuerte. Intentaba decir algo, pero no le salía porque es complicado hablar cuando lloras y respiras tan rápido. El policía parecía contento, ella triste.

Yo no entendía nada en absoluto.



—¿Aún no te has vestido, Dani? —gritó mi papá. Entró en mi habitación y puso la cara fea—. ¿Pero qué es esto?

Me cogió por la muñeca y dijo algunas de las palabras que no querían que yo repitiera. Mi mamá vino corriendo.

—¿Qué pasa aquí?

—Esto es lo que pasa —rugió mi papá. Estiró mi brazo hacia mi mamá—. ¿Lo ves? La manga del jersey le va a llegar al codo, mujer. ¿Es que no sabes comprar ropa de su talla? El niño parece un payaso con la ropa de un puto recién nacido.

—Vigila esa lengua —se enfadó mi mamá—. No es para tanto que el jersey le quede un poco pequeño. Me equivocaría con la talla. Le



compraremos otro y asunto arreglado.

—Claro, como nos sobra el dinero... Iré al baño y cagaré unos cuantos billetes porque tú no sabes comprar ropa un poco grande para que le dure más de un mes. ¡Y todavía no tiene las botas puestas!

—¡Es un niño! Seguro que tú a los dos años ya te vestías solo.

—No. Me vestía mi madre con ropa de mi talla.

—Pues deberías haber ido tú a comprar la ropa o a llevarle al parque o a ocuparte de algo más que de ver la tele y beber cerveza.

—¡Me ocupo de trabajar! Para que luego tú desperdicies el puto dinero en ropa que no le sirve. ¿Te recuerdo por qué está aquí? ¿Quién pagó la adopción? ¿O debería decir el robo? Porque con lo que nos sacaron esos malditos adoradores de Dios podría haberme comprado un...

—¡Basta! —Mi mamá le dio una bofetada a mi papá—. No te atrevas a hablar así delante de él. Sufragar los gastos de la adopción es lo único bueno que has hecho en tu vida. Y tienes trabajo porque yo le supliqué a mi padre que te contratara, porque nadie más emplearía a un borracho. Así que no vuelvas a levantarme la voz.

Mi papá temblaba. Cerró el puño, tanto que se le pusieron los nudillos blancos. Miró a mi mamá con los dientes apretados. Luego dio media vuelta y salió de mi habitación dando un portazo.

Mi mamá me abrazó y cogió aire con fuerza.

—Ven, cariño. Voy a ponerte las botas y nos vamos, ¿qué te parece? —Se limpió el agua que le salía de un ojo—. Hoy vas a ver algo increíble.

—No.

Aparté el pie cuando ella me acercó la bota.

—¿No quieres ir? ¿Qué te pasa, Dani? ¿Te ha dicho algo papá? Te... ¿Te ha puesto la mano encima?

—Me duelen los pies —dije.

Mi mamá colocó la bota al lado de mi pie.

—Te queda pequeña y te aprieta... —Se sentó al borde de la cama y le salió más agua de los ojos—. Soy un desastre... No hago nada bien.

Yo no estaba de acuerdo, no pensaba que mi mamá se equivocara tanto. Además, había mucha gente que hacía cosas mal y no lloraban. Los niños sí, a menudo, pero la gente grande no lloraba. Yo hacía mucho que no lloraba, me di cuenta.

Me puse las botas y soporté la incomodidad. Apretaban, pero podía andar con ellas. Mi mamá se alegró de repente. Eso me confundió.

Para cuando subí al coche, ya se me había olvidado. Mi papá movía el coche más deprisa que los demás, que se iban quedando detrás de nosotros. A veces ni nos veían. Mi papá estaba muy nervioso, gritaba, daba puñetazos al coche.

—¡Aparta, imbécil! —gritó mi papá.

—Que no hables así delante del niño —dijo mi mamá—. Luego no me extraña que diga esas cosas.

—¿Qué cosas? No me mires así. Ni se te ocurra culparme de lo que le soltó a la monja. Yo nunca he dicho nada parecido. Eres tú la que le dejas frente a la tele todo el día, sin supervisión. Una vez lo pillé viendo una peli de mafiosos. De ahí aprenderá esas frases.

Dejé de prestar atención a mis papás en cuanto los edificios desaparecieron. Nunca había estado en ningún lugar donde no hubiera casas por todas partes y coches y personas que iban de un lado a otro. Ahora no había nada de eso, excepto algunos coches. Y cada vez más árboles, y delante, lejos, a mucha distancia, rocas gigantes con la punta blanca. El aire olía mejor.

—¡Cierra la ventanilla, niño! —chilló mi papá—. Que entra el frío.

Era cierto que hacía más frío, pero el aire sabía mejor allí. Empezó a caer agua blanca por todas partes.

—¡Mira, Dani! —dijo mi mamá con la voz rara—. ¡Es nieve! ¡Nieve! ¿La habías visto alguna vez?

Nunca. Parecía como el agua, pero más gorda, y flotaba un poco. Se amontonaba en algunas partes formando zonas blancas que tapaban los árboles y el suelo.

Las zonas blancas cada vez eran más grandes, hasta que llegó el momento en que casi no había zonas verdes y todo era blanco, incluso la parte de arriba de los árboles. Las rocas gigantes estaban muy cerca ahora.

—Estamos llegando, cariño. Vamos a subir a esa montaña y podrás jugar con la nieve.

La idea sonaba interesante. No sabía que la nieve fuera un juguete, pero tenía ganas de tocarla y olerla. Ya no nevaba, pero el suelo estaba completamente cubierto; la nieve no desaparecía como el agua de la lluvia. Había unas máquinas muy grandes, amarillas, que quitaban la nieve de la carretera.

Mi papá siguió soltando muchas de las palabras que mi mamá no quería que yo repitiera. Buscaba un sitio para parar el coche. Pero al parecer, nos

faltaba suerte, y yo temí que a mamá se le hubiera olvidado comprarla y que papá le gritara otra vez con su cara fea.

Cuando salimos, empecé a sentirme realmente incómodo. Por culpa de la ropa. Llevaba demasiada encima y hacía mis movimientos más lentos, así que me quité el jersey grande que me tapaba desde el cuello hasta las rodillas.

—¡Dani! ¡Vuelve a ponerte el abrigo ahora mismo!

Mi mamá me lo colocó de nuevo y lo cerró sobre mi pecho. Solo había estado un segundo sin el abrigo, pero se me había ido el calor y no me sentía bien. Aquella montaña era un lugar que me gustaba y que olía muy bien, pero el frío era desagradable.

La nieve resultó ser blanda. Se podía manejar como la plastilina de la guardería, cambiar su forma. Algunas personas hacían bolas y se las tiraban unos a otros. Mis botas se hundían un poco en la nieve, y me salía humo de la boca. A mis papás también les salía humo.

—¿Te gusta, Dani? —preguntó mi mamá.

—Es raro —contesté.

—Qué mono eres.

—¿Le has visto la cara? —dijo mi papá—. Al niño le gusta tanto la nieve como a mí tu modo de cocinar.

—Es la primera vez que la ve. Está sorprendido. Dale tiempo para que se adapte.

Algunas personas resbalaban sobre la nieve a una velocidad increíble, mucho más rápido que corriendo, aunque solo iban hacia abajo. Se acercó un niño que tenía tablas en los pies.

—¿Te gustaría esquiar, Dani? —me preguntó mi papá.

—Es muy pequeño —dijo mi mamá.

—No lo decía en serio, boba. Iba a montarlo en un trineo para niños.

Mi papá me metió en una caja de color azul. Me explicó cómo podía dejarlo quieto tirando de unas palancas que había a los lados. Luego me soltó y bajé muy rápido por una cuesta. Mi mamá me esperaba al final.

—¡Frena! ¡Dani, frena!

Tiré de las palancas. La caja azul hizo un ruido raro y se paró delante de los pies de mamá. Las manos me dolieron al tirar.

—Más —dije.

Me gustaba ir deprisa, pero duraba muy poco, y yo quería ir más rápido, como la gente grande, quería bajar una cuesta más larga y más inclinada. Mis papás no parecían estar de acuerdo porque me lanzaban siempre por el mismo

sitio.

—¡Más!

—Sí que le ha gustado.

—Te lo dije —dijo mi mamá—. Solo tenía que acostumbrarse.

Mi papá me lanzó de nuevo. Notaba las manos más quietas, como si el frío las paralizara. Cuando me tocó frenar, una de ellas no respondió y solo tiré con la otra. La caja azul giró a un lado y pasé lejos de mi mamá. El freno se me escurrió y comencé a ir mucho más deprisa.

—¡Dani! ¡Frena! ¡Daniiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Ahora bajaba por una parte en la que no había nadie, cada vez más rápido. Había muchos más árboles. Oía gritos detrás de mí, pero muy lejos, no los distinguía. El aire se llevó mi gorro. Sentí más frío, sobre todo en las orejas y en la nariz.

La caja azul saltó en el aire y volvió a caer. Casi me salí. Ahora bajaba más deprisa todavía. Iba directo hacia un árbol. Recordé lo que pasaba al usar solo un freno. Tiré de una de las barras y la caja azul giró. Así, fui evitando los demás árboles, aunque cada vez se acercaban más deprisa. Hasta que apareció uno que era mucho más gordo que los otros. Tiré de uno de los frenos, pero algo no salió bien. La caja azul se empotró contra el árbol gordo y yo empecé a volar.

No lo olvidaré nunca. Me sentí libre y feliz flotando en el aire. Era como cuando mi papá de verdad me hacía volar, solo que ahora nadie me sujetaba la tripa, e iba más alto y más rápido. Era lo mejor que me había pasado hasta el momento.

El suelo estaba cada vez más cerca. Debía aprender a girar, como con la caja azul, y rápido. Antes de que pudiera empezar a pensar, me había estrellado. Noté una explosión en el pecho, el dolor recorriéndome y se me salió todo el aire de dentro. Ya no sabía lo que era arriba y abajo, todo daba vueltas, recibía golpes por todas partes. Los que más dolían eran los de la cabeza.

Un golpe muy fuerte me sacó el aire del pecho otra vez, otro más, también fuerte, pero algo menos, y las vueltas se hicieron más lentas. Hasta que, sin saber cómo, me quedé quieto con la cara sobre la nieve.

Me resultó muy difícil levantarme. Me dolía la cabeza y no podía ver bien. Los árboles giraban, a pesar de que yo estaba quieto. Con la mano que tenía desnuda me toqué la cabeza. Había agua roja.

Di un paso y me caí. Este suelo era muy duro y estaba más frío que la

nieve. Al levantarme, descubrí que no podía, porque mis pies resbalaban. Oí un crujido. Una línea empezó a dibujarse justo delante de mí. La línea se alargó, pasó por debajo de mi cuerpo. Luego surgieron más líneas, en varias direcciones. Aparecían por todas partes. Entonces el suelo se rompió.

Caí a un agua muy fría, muchísimo. No sabía que algo podía estar tan frío. Me iba hacia abajo. Mi ropa pesaba y no podía moverla. El dolor se extendió por todo mi cuerpo. No sabía qué hacer. Empezó a quemarme el pecho porque no tenía aire. Cada vez me hundía más. Solo sentía frío y un calor abrasador en el pecho.

No tardé en dejar de notar mi cuerpo. Lo bueno de eso fue que el frío desapareció. Solo quedó el dolor de dentro, el del pecho. Vi el agujero por el que había caído, que ahora estaba por encima de mi cabeza. Todo se fue volviendo negro a mi alrededor.

Luego no sentí absolutamente nada más.

## CAPÍTULO 5

Estaba muy oscuro, no había nada de luz. Ni siquiera las noches eran tan negras. Me dolía todo el cuerpo y me costaba respirar.

No podía moverme. Poco a poco fui sintiendo las diferentes partes de mi cuerpo, y regresó el dolor intenso, sobre todo en la cabeza y los pies. Las manos las tenía cruzadas sobre el pecho y algo las apretaba.

Pero el frío ya no estaba y eso me animó. Empujé con todas mis fuerzas hacia arriba, contra lo que me aplastaba los brazos. El techo se movió un poco, solo un poco. Yo estaba agotado. Perdí el control de la respiración, de mis nervios. Solo podía pensar en salir de aquel lugar. Empujé otra vez.

El techo crujió y se movió un poco más. Usé todas las partes de mi cuerpo para empujar más fuerte. El crujido se repitió y me cayó algo en la barriga, creo que era tierra. Quería entender qué hacía esa tierra en el techo, pero mi cabeza seguía obsesionada con salir de allí. La espalda y las piernas me dolían cada vez más, pero no iba a detenerme. Mis brazos seguían subiendo, ya no tenía el techo liso encima, solo tierra, que llovía sobre mí. Pronto me llené de arena o de barro. No podía respirar. Me estaba quedando sin fuerzas, me entraba tierra en los ojos. Pronto me quedaría sin... ¡Mi mano! Mi mano ya sentía el aire fresco. Saqué la otra mano me agarré a algo y tiré tan fuerte como pude.

Tragué tierra, pero al final ya no había peso que me aplastara y el aire me despejó. Tragué mucho aire varias veces y empecé a calmarme. Me cubría la tierra y algunos gusanos y otros bichos que no conocía, algunos me correteaban por la cara. Me abofeteé para quitármelos y aplasté varios de ellos.

Estaba sentado con la mitad del cuerpo enterrado. No fue tan complicado salir de aquel agujero una vez me había recuperado. Pero en cuanto me puse de pie comprobé que algo había cambiado. Mi cabeza estaba más lejos del suelo de lo que recordaba. Mi cuerpo era extraño, no lo movía bien, me tambaleaba. La ropa, rasgada y cubierta de tierra, me quedaba

pequeña, las mangas apenas me llegaban a los codos, los pantalones, a las rodillas y me apretaban mucho en la cintura a pesar de estar rotos. Me faltaban los zapatos. Me senté junto al agujero, mareado.

Era de noche y estaba solo. Aquel sitio parecía un espacio abierto, con algunos árboles y el suelo cubierto de pelos verdes. Al lado del agujero había algo parecido a una T de piedra. La señora de la iglesia que a veces venía a casa tenía el mismo símbolo colgando del cuello, solo que el suyo, además, tenía un muñeco sujeto por las manos y los pies cruzados. Ah, ya lo recordaba: era una cruz. En la cruz de mi agujero estaba escrito mi nombre y una sucesión de ocho números, en dos grupos de dos números y un tercer grupo de cuatro.

Mis ojos empezaron a ver mejor. Había más cruces alrededor. Y cajas de piedra lisa y gris. Había muchas. Yo había visto un lugar como ese en alguna parte y buscaba en las imágenes de mi cabeza... Estaba seguro de que... ¡Mi mamá! La de verdad, la primera, la que me daba el pecho y le salió agua roja de la cabeza. Había visto en la tele cómo mataban a una persona y la metían en una caja que luego enterraban en el suelo. Así había ido mi mamá al cielo. Por lo visto, a mí me había sucedido lo mismo. Morir era una experiencia muy desagradable.

Tenía que encontrar a mi mamá, debía de estar en alguna de esas cajas. No, eso no serviría de nada. Si yo había salido de la caja, lo mismo habría hecho ella. Me apetecía mucho estar con mi mamá de verdad. Mi mamá siempre estaba calentita y era la persona que mejor olía en el mundo. Tenía que encontrarla.

Y ahora podía hacerlo, porque estaba en el mismo sitio al que había ido mi mamá: el cielo.



El cielo era un lugar agradable. No hacía frío ni había coches que lo llenaran todo de humo. Me gustaban los árboles y el pelo verde del suelo. Había oído alguna vez decir que en el cielo había hombres con alas. Me moría de ganas de ver a uno.

Tuve que practicar un poco con el nuevo tamaño de mi cuerpo, que se había estirado. Los primeros pasos después de salir de la caja me confundieron, creí que el suelo se movía. Pero esa sensación se me pasó enseguida. Mi pelo también estaba más largo, y lleno de tierra, me lo tenía que apartar de la cara para que no me molestara. Lo mismo les había

sucedido a las uñas; si cerraba las manos, me pinchaban por dentro.

Mi barriga no paraba de hacer ruidos. Tenía mucha hambre. Y sed. Quería agua, la necesitaba. Me apoyé en un árbol y miré hacia abajo. Realmente, mi cabeza estaba más lejos del suelo. Me pregunté si mi cara sería la misma. Moví los brazos arriba y abajo, en círculos, los notaba extraños, como si no fueran míos. Me incliné demasiado a un lado y caí al suelo. Que yo recordara, jamás había perdido tanto el dominio de mis piernas desde que aprendí a andar por primera vez. Tenía que concentrarme para que el cuerpo se moviera como yo quería.

Una punzada me atravesó la barriga. Necesitaba comer y beber cuanto antes, pero a mi alrededor solo había cruces y árboles. Mi olfato no me ayudaba, puede que mi nariz fuera diferente ahora.

Eché a andar despacio. Quería correr, pero me faltaba seguridad. Un destello más adelante llamó mi atención. Era agua. Me arrojé al suelo sin pensarlo y hundí la cara. Era un charco. Tragué cuanto pude, incluso cuando la barriga ya estaba llena y dolía. Bebí tanto que no quedó nada y mi lengua se llenó de tierra.

Hacia la derecha, entre unos matorrales, algo se movió. Era un animal que salía en los dibujos de la tele y comía zanahorias. Igual que me ocurrió con el charco, salí detrás de él, impulsado por el hambre que me hacía daño en la tripa.

El conejo huyó, pero yo no iba a rendirme. No sé por qué empecé a correr con los pies y las manos, pero la sorpresa fue que de ese modo me movía más deprisa, mucho más. Además, me cansaba menos. Daba saltos cada vez más largos, me mantenía en el aire la distancia aproximada de un coche.

El conejo trató de esquivarme con dos giros inesperados, pero yo era más grande y más rápido. Y lo atrapé.

Lo sujeté por la cabeza y las patas, y mordí. El pelo era asqueroso, pero la carne y el agua roja llenaron mi boca de un sabor que despertó en mí un agradable calor. Era lo mejor que había comido en mi vida. Le di otro mordisco antes de haberme tragado el primer bocado. Algo crujió dentro del cuerpo del conejo cuando le di el siguiente bocado, algo que estaba duro, pero que no me impidió seguir comiendo.

Se acabó demasiado pronto. Tenía más hambre, podría comerme muchos conejos. Miré alrededor, buscando alimento. Descubrí que mi visión era bastante buena a pesar de ser de noche; la luz de la luna me resultaba



suficiente. Pero había una molestia que me hacía perder la concentración: se me habían roto algunas uñas y me rozaban la piel. Me senté y me las mordí.

Me di cuenta de que no había absolutamente nadie. La gente del cielo debía de estar durmiendo. Ojalá despertaran pronto. Tenía ganas de ver a uno de aquellos hombres con alas que podían volar.

Me puse en pie para buscar otro charco y más conejos.

Un ruido espantoso resonó en mitad de la noche. Lo llamaban música, y le gustaba a todo el mundo, pero a mí me parecía una de las cosas más desagradables que podían entrar por mis oídos.

—¡Maldito trasto! ¡Para de una vez!

Una persona grande estaba dando puñetazos a un objeto pequeño que parecía un teléfono. Llevaba un sombrero y un palo en el que se apoyaban los que no andaban bien, aunque no parecía necesitarlo, sus pies no se torcían ni él se tambaleaba.

Aquella música horrible se apagó por fin y el hombre grande levantó la cabeza y me vio.

—Vaya... ¿Qué haces aquí, chico? ¿No eres demasiado pequeño para estar solo de noche en un cementerio?

No sabía que hubiera un tamaño mínimo para salir de la caja.

—¿Tenía que haber esperado a ser más grande?

El hombre se acercó, se quitó el sombrero y estiró los labios.

—¡Cristo! Menuda voz tan grave. Puede que solo seas bajito. ¿Cuántos años tienes, hijo?

Por suerte acababa de calcular la edad de mentira.

—Más de tres años —dije.

—Oh, entiendo. Cosas más raras he visto, te lo aseguro. Yo habría jurado que tienes como poco diez años, pero ¿quién soy yo para decir eso?

—¿No sabes quién eres? —Aquel hombre era extraño. Tal vez...—. ¿Tienes alas?

—No. Una lástima, la verdad. Me vendría bien volar para ir de un lado a otro.

A mí también me gustaría volar, como cuando mi papá de verdad me levantaba con las manos y me llamaba Super Dani. Era uno de los mejores recuerdos que tenía de él. Desde arriba todo se veía diferente.

Otra vez el ruido del teléfono. El hombre que no sabía quién era se lo llevó a la oreja con la cara arrugada.

—¿Diga? —respondió muy alto—. Ah, eres tú. Ahora mismo estoy

ocupado con... ¿Cómo? ¿Una mierda? ¿Estás seguro...? ¡Y yo qué sé! Tú eres el maldito escritor... ¡Ni se te ocurra cambiar nada!, ¿me oyes? Te lo advierto... ¡Yo no bebo! Sé muy bien lo que vi.

Cada vez se agitaba más y ponía caras más raras, movía el palo de un lado a otro, arrugaba el sombrero con la mano, luego tragaba mucho aire y hablaba más tranquilo, luego volvía a hablar deprisa.

—Escúchame bien, ingrato, juntaletas de pacotilla —La mano que sujetaba el teléfono se le puso blanca—. No importa cuántas veces haya muerto. Yo lo veo todo. Contemplé el inicio y contemplaré el final. Ese es mi camino...

Se alejó mientras hablaba y agitaba el palo. Parecía enfadado, como los papás con los niños. Le observé durante un rato y entendí por qué aquel hombre me llamaba la atención. No olía a nada. Era la primera persona que no desprendía ningún olor en absoluto.

Todo tenía olor, así que yo quería saber por qué aquel hombre no. Debí de estar pensando mucho tiempo porque, cuando quise darme cuenta, ya no lo veía. Sin el rastro del olor, no podía seguirlo. Eché a correr en la dirección por la que se había marchado. Recordé lo rápido que iba a cuatro patas y me lancé a la carrera sobre las manos y las piernas. Las zancadas abarcaban cada vez más distancia, a los lados todo se volvía borroso. Solo yendo en coche me había movido tan deprisa.

No encontré al hombre del sombrero y del palo por ninguna parte. Cuando me detuve no había cruces, pero sí más árboles. El suelo tendía hacia arriba de forma visible y vi una oportunidad: desde lo alto podría dar con el hombre del sombrero. Continué, ahora ascendiendo. Los árboles eran más grandes y estaban más juntos, lo que me obligó a ir más despacio. También había muchos palos pequeños por el suelo y piedras y plantas más grandes que las que tenía mi mamá metidas en cubos. Había sonidos que no conocía y olores nuevos. Me sentía bien, me gustaba. El cielo era un lugar mejor que el sitio que estaba lleno de casas grandes y coches que echaban humo.

Un grito me puso en alerta, sobre todo porque duró mucho, se alargó. Fue algo así como un «auuuuuuuuu». Se oía con claridad. Otro «auuuu» replicó al primero, aunque la voz era distinta. Noté movimiento a los lados, como de pasos. Eran muchos.

Frené en seco. Mi pecho se hinchaba y se desinflaba muy deprisa. Delante de mí había un perro muy grande. Detrás del perro asomaba la luna, una enorme bola blanca que parecía que se iba caer encima de nosotros.

No estaba del todo seguro de que fuera un perro. La forma y el pelo se parecían bastante a algunos que había visto antes, y tenía entendido que había varias formas de perros. Este tenía el pelo sucio, de color gris.

Me puse de pie, sobre las piernas. El perro retiró los labios y gruñó. Enseñó los dientes, cuatro de ellos más largos que los demás. El perro no dejaba de gruñir y de mirarme. Tal vez esperaba una respuesta, y lo hice, solo que mi gruñido retumbó y el perro retrocedió un paso.

Nos miramos durante un rato hasta que me aburrí. Di un paso y el perro volvió a gruñir y a mostrar los dientes. Hizo el sonido alargado otra vez. Llegaron más perros, que fueron colocándose a mi alrededor, en círculo. Todos gruñían. Aquel juego era más aburrido que el de los niños pequeños, así que decidí seguir mi camino hacia lo más alto y buscar al hombre sin olor.

El primer perro gruñó más fuerte, se encogió un poco, dobló la espalda y los pelos se le levantaron. Los demás perros se acercaron ladrando, como enfadados. Algo me atravesó la pierna. Caí por el dolor y vi que un perro me estaba mordiendo. Me salía agua roja de la pierna. Aquel era un juego que nunca había probado.

Los demás perros saltaron encima de mí. Sus uñas afiladas me cortaban en varias partes del cuerpo. Otro perro me mordió en un brazo. Dolía mucho, más que cualquier otra cosa. Me salía mucha agua roja y mi cuerpo no me respondía. Apartaba a los perros que intentaban mordirme en el cuello, pero eran demasiados y lo noté: uno de ellos me clavó los dientes largos. Fue horrible. Solo había dolor, gruñidos, arañazos. No podía moverme.

Cuando una pata me pisó la boca, aproveché y lo mordí. Tenía una parte dura dentro, como cuando mordí al conejo, solo que más grande. Apreté hasta que crujió. El perro lanzó un ladrido diferente y se apartó. Yo aún tenía un trozo de su pie en la boca. Al escupirlo, le di un cabezazo al que me mordía el cuello y también se alejó. Cogí a uno que me mordía la barriga y lo lancé contra un árbol. Entonces cerré los puños y empecé a estrellarlos contra los perros que seguían jugando.

No trataban de esquivar mis puños, sino de mordernos. Creo que a uno le rompí dos de sus dientes largos y dejó de jugar. Cada vez quedaban menos. Hasta que de repente todos retrocedieron.

Traté de levantarme, pero me caí al suelo. Lo intenté de nuevo, algo más despacio. Mi cuerpo ya no me hacía caso y mis piernas temblaban. Estaba todo mojado con agua roja y veía mi cuerpo por dentro en algunas partes, donde más me dolía. Los árboles, los perros y la luna daban vueltas a

mi alrededor.

Los perros me observaban con las orejas gachas, en silencio, sin enseñar los dientes.

—¿He ganado? —pregunté.

Entonces me caí al suelo y no pude saber si el juego había terminado.



Desperté.

Uno de los perros pasaba su lengua por mi pierna, donde se me veía la parte de dentro del cuerpo. Ya no había agua roja por ninguna parte. Otro de los perros, uno de color marrón, llegó con un conejo en la boca y lo dejó sobre mis piernas.

—Gracias.

Era muy amable. Debía de saber que tenía hambre. Me lo comí deprisa, aunque esta vez le quité el pelo antes de morderlo. Los perros se alejaron un poco y se quedaron mirando.

—Gracias —repetí.

Uno ladró, miró hacia alguna parte y luego a mí otra vez. Cuando fui a acercarme, se alejó. Yo me había parado, él también. Y volvía a mirarme. Entendí que quería que lo siguiera, pero ya no podía moverme deprisa, ni siquiera usando las manos y los pies, como hacían ellos. Aun así, lo intenté y nos pusimos en marcha. Ellos se paraban a esperarme cuando me quedaba atrás. Llegamos a un sitio en el que había mucha agua que resbalaba hacia abajo. Busqué el grifo gigante capaz de soltar tanta agua. Los perros metían la lengua. Les imité, pero era más fácil coger el agua con las manos y llevármela a la boca que hacerlo a su modo.

Uno se sentó a mi lado. Yo estaba cansado, así que me pareció bien quedarme allí durante un tiempo. El sol había salido. Los árboles tapaban la luz, pero de todos modos se veía muy bien.

Me tumbé y cerré los ojos. Tenía muchas cosas que hacer, como encontrar a mi mamá de verdad y al hombre del teléfono ruidoso. Antes de levantarme, me pregunté si en el cielo podría encontrar al hombre que había matado a mi mamá y matarlo. No estaba seguro. Aunque si lo encontraba aquí, significaba que también habría muerto, con lo que ya no podría matarlo. ¿O sí? ¿Se podía matar a un muerto? Se lo preguntaría a mi mamá.

Cuando me incorporé, había muchos perros a mi alrededor, unos diez. Solo me miraban, como si estuvieran esperando. Probé a levantarme y dar

unos pasos, y ellos me siguieron. Me paré un momento, y se pararon. El juego había cambiado. Ahora mandaba yo, aunque no conocía las reglas ni el juego.

—¿Sabéis dónde está mi mamá?

A pesar de que los perros no hablaban, yo había visto a algunos que entendían las palabras. La gente grande les decía que estuvieran quietos, que se sentaran, que se callaran, y ellos obedecían. No era el caso de estos perros.

Eché a andar, seguido por los perros, en silencio. Había muchos árboles en el cielo, por todas partes, y ahora me gustaba un poco menos, porque no me permitían ver lejos. Después de mucho rato caminando noté que los árboles eran más bajos en una dirección y que había más espacio entre ellos y la luz del sol llegaba hasta el suelo, de modo que fui hacia allí.

Algo más tarde, los perros empezaron a ladrar y a quedarse atrás. No querían seguirme, pero más adelante se veía mejor, así que continué. Los perros tardaron, pero también vinieron conmigo. Me encontré en una carretera.

Me sobresaltó un sonido muy fuerte y corto. El perro marrón, que estaba a mi lado, se desplomó en el suelo y empezó a salirle agua roja del cuello. Los demás se fueron corriendo.

—¡No dispaes! ¡Se han ido! ¡Vais a darle al chico!

Dos personas grandes llegaron corriendo. Tenían palos de metal muy largos en las manos.

—¿Estás bien, chico?

—¡Dios, mírale! ¡Le han mordido!

El más gordo se colocó el palo de metal en la espalda y se agachó frente a mí. Me tocó la pierna, el brazo, el cuello... Me recorrió una sensación desagradable. No me gustaba que me tocaran.

—Lo estás asustando —dijo el otro, que usaba gafas y tenía una alfombra de pelo debajo de la nariz.

—Tenemos que curar esas heridas o se infectarán. ¿Has visto su ropa? ¿Qué le habrá pasado al pobrecillo? Eh, chico, tranquilo. Vamos a ayudarte. ¿Cómo te llamas?

Se acercaba con las manos abiertas hacia mí. Di otro paso atrás.

—Está conmocionado. Vigila que no vengan más lobos y déjame a mí, que tú asustarías a cualquiera.

El miedo y los sustos eran algo de lo que hablaban mucho las personas grandes. Al parecer era algo que teníamos dentro a veces, como la risa o el

llanto. Quizá fue lo que sentí al caer en el agua dura y fría y me hundí.

—Tengo que curarte esas heridas, ¿lo entiendes? —me dijo el de las gafas y la alfombra bajo la nariz—. Es por tu bien. Y tengo algo de ropa en la mochila. Te quedará grande, pero la que llevas está destrozada y sucia. ¿Me entiendes?

—Algunas cosas —dije—. ¿Qué es un conmocionado?

Los labios del hombre se estiraron.

—¡Hablas! Gracias al cielo. «Conmocionado» es solo una palabra, no te preocupes. ¿Cómo te llamas?

—Dani.

—Excelente. ¿Están tus padres por aquí?

—Busco a mi mamá.

—Bien, bien. ¿Cómo se llama?

—Mamá.

—Sí. ¿Cómo se llama?

Algo fallaba. Ya se lo había dicho.

—No importa. Voy a curarte las heridas y a ponerte unas vendas. No te voy a hacer daño. ¿Puedo tocarte?

—No me gusta.

—Es para ayudarte, Dani. ¿Me dejas?

—...

—Estupendo. Ven, siéntate. Ahora voy a limpiarte la pierna. Esto es agua oxigenada. Es un desinfectante que lavará la herida. A lo mejor te pica un poco... Vaya. Eres un chico muy valiente. Ni te has movido. Ahora voy a limpiarla con esta gasa. Si te duele, me lo dices.

Salía espuma y el hombre la quitaba con una especie de tela blanca. No me dolía, pero él parecía decepcionado porque yo no protestaba. Por suerte no me tocaba mucho. Hizo lo mismo en las partes de mi cuerpo donde se veía lo de dentro, lo que al parecer se llamaban heridas. Luego cortó mi ropa y me dio una camiseta y un pantalón. La camiseta me llegaba hasta las rodillas y el pantalón lo dobló varias veces para no pisármelo. Me lo sujetó con un cinturón.

Señalé al perr..., al lobo que estaba quieto, con la herida en el cuello.

—Cúralo.

Él me miró de un modo un poco raro.

—Eh... No puedo, Dani. Está muerto.

Volví a mirar al lobo. Lo quieto que estaba, la extraña postura del

cuerpo. Los ojos tan abiertos. Me acordé de mi mamá de verdad, a la que había encontrado en el suelo, muy quieta, con agua roja en la cabeza.

Aquello significaba que también se podía morir en el cielo. Y que ya no jugaría más con aquel lobo.

El hombre gordo se acercó a nosotros.

—Tenemos que llevarlo a que lo examinen. Podría haber sufrido daños muy serios.

—¿Dónde están tus padres, Dani? —preguntó el de las gafas.

—Una mamá murió, un papá se fue, otra mamá y otro papá... en casa, creo.

Los dos hombres se miraron.

—¿Dónde está tu casa?

—Donde hay muchas casas juntas y coches y pocos árboles y el suelo está duro y huele mal.

—La ciudad —dijo el de las gafas—. Tiene que ser eso.

—Ha debido de recibir un golpe bestial en la cabeza. O tiene algún trauma. Habla muy raro para un crío de... ¿diez años?, ¿doce?

De nuevo mi voz me daba problemas. A nadie le gustaba mi voz. El hombre gordo me agarró la cabeza y revolvió el pelo. Me daba unos tirones bastante molestos.

—¡No!

Aparté sus manos de mi cabeza. Y le di un empujón. El hombre gordo cayó de culo.

—Caray, es más fuerte de lo que parece.

—Déjale en paz. —El de las gafas se puso en medio—. Te he dicho que está asustado.

—Solo quería ver si tenía heridas en la cabeza. —El gordo se levantó—. Tiene el pelo lleno de tierra, pero no he visto sangre.

Me metieron en un coche. Iban a llevarme a un sitio para reparar lo que estuviera roto. Enseguida pensé que sería el taller donde a mi papá le arreglaban el coche, pero estaba equivocado, porque esta vez se trataba de un hospital. Supuse que allí habría mecánicos para las personas. Yo no me sentía mal, pero ellos parecían preocupados por mis heridas.

En coche se iba más deprisa que corriendo y no cansaba, aunque no me gustaba el humo que salía de atrás. Cada vez había menos árboles. Pasamos delante de una casa. La primera que veía desde que salí de la caja. Luego pasamos junto a otra, mucho más grande, luego edificios altos, cada vez más.

Miré hacia adelante y vi muchísimos más, por todas partes, muy juntos, algunos muy, muy altos y delgados. También había más coches y camiones y un autobús de color verde. Todo aquello me resultaba familiar. El cielo se parecía mucho a donde yo estaba antes de morir.

Los dos hombres no paraban de hablar. Discutían. La gente grande lo hacía a menudo y a mí me costaba mucho entenderlos porque usaban palabras que no conocía. El gordo, que dirigía el coche, parecía insistir en que alguien que conocía y que se llamaba subnormal no podía vivir solo en un bosque. El de las gafas no estaba de acuerdo y se empeñaba en repetir que no era un subnormal, que debía de ser otra persona la que estaba en el bosque, pero por lo visto no sabía su nombre. Yo no veía por qué el nombre de alguien era tan importante. Había visto gente con el mismo nombre, incluso conocí a otro niño que se llamaba igual que yo. Pero ellos parecían obsesionados con el subnormal. Lo único que aprendí fue que el lugar lleno de árboles era lo que llamaban bosque y que vivir allí era difícil.

Ya había dejado de escucharlos cuando miré de nuevo por la ventanilla. Estábamos rodeados de edificios grandes, de suelo gris, de luces altas de color rojo, amarillo y verde, de humo, de olores mezclados y de personas por todas partes, todo demasiado familiar. No parecía el cielo, sino el lugar en el que yo vivía.

Nos paramos cerca de una tienda donde daban de beber a los coches con un agua apestosa, uno de los olores más repugnantes que había olido. La conocía, estaba muy cerca de mi casa. Sí, estaba seguro de que sabría ir desde allí. Si la encontraba, mis papás podrían explicarme qué había pasado. Abrí la puerta y bajé del coche.

—¡Dani!

—¡Niño!

Un camión enorme, que no había visto, estaba a punto de aplastarme. Salté a un lado y lo esquivé. Pero el camión se había girado, justo del lado por donde venía otro coche, que también giró, con un chirrido desagradable, para terminar chocando con una moto. El que iba encima salió volando hasta caer sobre uno de los coches que estaban parados al borde de la calle. Un estruendo a mi espalda hizo que diera media vuelta: el camión había chocado con el coche de los dos hombres que me habían encontrado en el bosque. Los cristales estaban rotos y había agua roja. Yo eché a correr.

—¡Maldito crío! ¡La que ha montado en un momento!

—¡Llamad a una ambulancia!



—¡Niño! ¡Aparta de ahí, joder! ¡Cogedle!

Seguí corriendo entre los gritos de la gente. Todos parecían enfadados, cosas de la gente grande. Yo solo quería ver si mi casa estaba donde yo recordaba. Corría solo con las piernas porque nadie más lo hacía a cuatro patas y me miraban raro. Algunos seguían mirándome aun cuando solo usaba las piernas. Creo que era por mi ropa.

Todo estaba tal y como lo recordaba. Olía igual. Me acordé de la casa que tenía una tele gigantesca y sillas para mucha gente que veía la misma película a la vez, del lugar en el que las personas grandes corrían sin moverse y levantaban palos con bolas y todos sudaban mucho, de los sitios donde bebían aguas de diferentes colores. Estaba muy cerca de mi casa.

—¡Mira por donde corres, imbécil!

Me detuve porque esa voz la conocía. Me di la vuelta y allí estaba mi segundo papá. Acababa de pasar a su lado corriendo y no me había dado cuenta de que era él. A su lado había otro niño más bajo, más o menos como yo antes de estirarme. El niño me miraba fijamente.

—Casi le das al niño —me dijo mi segundo papá—. ¿Por qué no te vas a correr al parque? ¡Malditos críos! Tú no serás así, hijo —añadió abrazando al niño.

¿Ahora tenía otro hijo? No entendía nada. ¿Entonces yo tenía otros papás?

Me aparté el pelo de la cara, que como estaba tan largo me tapaba los ojos. El niño alargó la mano hacia mí.

—No, no, de eso nada. —Mi papá tiró de él—. No quiero que juegues con niños grandes y menos tan guarros como ese. ¿Me has entendido bien? Nunca juegues con desconocidos. Nunca.

Eso también me lo decían a mí. Me di cuenta de que no me reconocía porque yo era más pequeño la última vez que me vio.

—Mi cuerpo se ha estirado —dije.

—Deja de molestarnos, chaval. —Me miró con la cara fea y echó a andar con su nuevo hijo en brazos—. Nunca te separes de mí. ¿Me oyes? No puedo perderte de vista. No puede volver a suceder... Ah, eres demasiado pequeño para entenderlo.

Le puso la mano en la tripa y apretó. El niño se rio. Se alejaron jugando y riendo.

A mí nunca me había cogido en brazos ni me había apretado la barriga. Los vi entrar en la casa. Tal vez mi segunda mamá estuviera dentro. Tal vez

también apretaría la barriga del niño, su nuevo hijo. Y seguro que tampoco sabría quién soy si me viera con el cuerpo tan grande.

Me había quedado sin papás porque tenían un nuevo hijo y ya no sabían quién era yo.



Empezaba a estar muy confundido. No entendía bien cuándo alguien es el papá de un niño y cuándo no, dónde estaba el cielo y muchas otras cosas. La gente grande usaba palabras extrañas y a veces decían cosas distintas con las mismas palabras, pero en otro orden. Nadie corría a cuatro patas como yo, a pesar de que era mucho más rápido. Se ponían contentos y se enfadaban por motivos que no entendía... La lista era interminable.

Entonces me llegó un olor especial, uno que hacía mucho que no captaba. Lo busqué con ansiedad. Un coche empezó a hacer ruido y echó humo negro, que me impidió oler durante un rato. Me alejé y el olor volvió. Se movía. Avancé más deprisa para que no se fuera.

Un edificio me impedía llegar al olor, así que lo rodeé, sabía que ese olor estaba al otro lado. Me equivoqué, el olor estaba más lejos y tuve que rodear más edificios. No iba a dejar de buscarlo hasta que lo encontrara.

Pasé por una zona de muchos parques y un hombre de piedra en el centro de una bañera, también de piedra, que escupía agua todo el rato.

El olor. Lo vi.

Era un hombre sentado en una silla muy grande, donde cabrían varias personas a la vez. El hombre tenía la cabeza girada y no podía ver su cara, pero era él quien olía.

Me acerqué despacio. Al fin volvió la cabeza y lo vi. Lo conocía, estaba seguro, pero era diferente. Algo había cambiado en su cara. Busqué en las imágenes que tenía guardadas en mi cabeza para descubrir quién era.

Encontré una muy parecida, aunque tenía la cara más grande, más redonda, más lisa, y lo que había debajo de los ojos no estaba tan arrugado. Pero sí, era él, mi papá. El de verdad, el primero, el que se cayó por la ventana el día que encontré a mamá en el suelo con el agua roja alrededor de la cabeza, el que me cogía en brazos y me hacía volar, el que jugaba conmigo al ajedrez.

Me pregunté dónde habría estado y por qué no había venido a verme. Creo que fue la primera vez que noté algo dentro de mí que me hacía sentir mejor. Mi papá de verdad estaba allí. Y yo me puse contento.

—Hola —dije cuando llegué a su lado.

Él me miró.

—Hola, chaval.

Debía de pasarle lo mismo que al segundo papá, que no sabía quién era yo. Me aparté el pelo de la cara para que me viera.

—¿Jugamos? ¿Al ajedrez?

—Lo siento, chico, no... —Mi papá abrió mucho los ojos y acercó su cara a la mía—. No puede ser... ¿Eres? Dios, no es posible... ¿Dani?

Mi papá de verdad sí sabía quién era yo y recordaba mi nombre. Me puse más contento aún.

—Mi cuerpo se ha estirado.

Abrí los brazos para que me rodeara y me cogiera, como tantas otras veces.

Pero él se levantó de la silla grande y se fue corriendo.

—¡Vete! ¡Aléjate de mí! —gritó.

No supe qué hacer durante un rato. Supuse que había hecho algo mal para que mi papá no quisiera estar conmigo. Yo sí quería estar con él. Lo perseguí.

Sus piernas eran más largas que las mías, era más rápido, cada vez estaba más lejos. Pero su olor no se marchaba y sabía por dónde iba. Quería saber si ya no quería jugar nunca más conmigo. Lo vi pasar entre dos coches, y entre las personas, y saltar por encima de otra silla grande. Cada vez era más pequeño porque se alejaba. Mis piernas no se habían estirado lo suficiente para correr tan rápido como él, de modo que me ayudé con las manos.

Ahora yo era más rápido. Daba saltos cada vez más largos, iba muy deprisa. Mi papá se hacía más grande. Giró la cabeza para mirarme sin dejar de correr.

—¡Vete! —gritó—. ¡Déjame en paz!

Mi papá se chocó con una de aquellas luces que paraban los coches cuando se ponían rojas. Se cayó al suelo. Cuando llegué a su lado tenía agua roja en la mano con la que se había tocado la cabeza.

—¿Vas a morir? —le pregunté.

Con la otra mano, mi papá me empujó.

—¡He dicho que te vayas! ¡Fuera!

Me había gritado muy alto.

Entonces cayeron sobre mí unas cuerdas que me rodearon todo el cuerpo. Eran muchos cuadrados juntos que me apretaban por todas partes. Un

hombre que no había visto nunca se puso delante de mí. Tenía un palo marrón en las manos.

—Por fin te atrapamos, mocoso.

Me dio con el palo en la cabeza y me quedé dormido.

## CAPÍTULO 6

Al despertar, me dolía la cabeza, justo detrás de los ojos. Me toqué y tenía una bola debajo del pelo.

Vestía ropa nueva y limpia, aunque no era como la que me ponía para ir a la cama. Y no estaba en una cama, sino en un sofá con muchos cojines. Mi cuerpo olía diferente, lo habían limpiado.

Creo que era una casa, porque había mesas y sillas y una tele, y también libros y flores. Entraba mucha luz por dos ventanas. La luz me molestaba un poco en los ojos, pero siempre me pasaba al despertarme. Había otro sofá grande en el que estaba tumbado mi papá.

Tenía los ojos cerrados. Una mancha oscurecía el cojín sobre el que apoyaba la cabeza, por el agua roja, casi seguro. A lo mejor había muerto, como mi mamá cuando la encontré en el suelo y creí que estaba durmiendo. Pronto lo meterían en una caja y lo enterrarían y ya no lo volvería a ver. Tuve una sensación muy desagradable por dentro al pensar en ello. Hasta que vi que el pecho de mi papá se movía. No estaba muerto, entonces. Dudé si debía despertarlo.

—¿Dani?

Mi papá había abierto los ojos. Se tocaba la cabeza, igual que había hecho yo al despertarme. Seguro que le dolía.

—¿Tienes una bola? Yo tengo una aquí.

Primero abrió mucho la boca, luego se tocó la cabeza y asintió.

—Un chichón. Me atizaron... ¿Dani? ¿Eres tú? ¿Cómo es posible? ¿Seguro que no estoy soñando?

—Yo estoy despierto —le dije poco convencido.

—Pero... Mírate... Tan grande... ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Nueve meses? Es... Es... ¡No es posible!

Mi papá se había asustado de repente.

—Mi cuerpo se estiró.

—¿Se estiró, dices? Has crecido muchísimo, es imposible. Es como si

tuvieras diez u once años por lo menos... Ah, necesito pensar. Esto no puede ser. ¡Y hablas! Es demasiado pronto.

Se sentó con movimientos lentos, apoyó la cabeza en las dos manos y habló bajito, tanto que no le entendía. Entonces se calló y me miró.

—Hace unos seis meses me enteré de que habías muerto. Salió en las noticias. Incluso fui a tu tumba, donde te enterraron. Y ahora estás aquí.

Seis meses... Entonces, aún no llegaba a dos años de vida, aunque la gente decía que yo tenía casi tres.

—Salí de la caja. Pusieron mucha tierra encima.

—¿Qué pasó? Contaron que te ahogaste en un lago. ¿Es eso cierto?

—Sí. Me morí en el agua fría. El frío duele. No me gusta el frío.

—Dios, todavía no puedo creerlo... Te estoy viendo y... Perdona. — Lloró un momento, mientras se limpiaba la cara con las manos—. Lo siento, ya estoy mejor. Creo que sé lo que pasó, es lo único que tiene sentido. No te moriste o tendría que pensar que has resucitado. Se te debió de ralentizar tanto el corazón que te dieron por muerto. Creo que ha habido casos parecidos, aunque, sinceramente, ahora mismo no sé si lo he leído o lo he visto en alguna película. Y luego está lo del supercrecimiento... Es como si... No lo entiendo. Es demasiado acelerado, aunque ya hacías cosas impresionantes con cuatro meses. Es como si te desarrollaras muy deprisa... Como los animales.

—Encontré lobos al salir de la caja. Jugamos. Pero se fueron cuando a uno le salió un agujero en la cabeza y se murió. —Estiré los brazos—. ¿Me vuelas?

—¿Eh?

—Antes me volabas. ¿Ya no quieres jugar conmigo? ¿Por eso corrías de mí?

Mi papá arrugó la cara otra vez.

—Te llevaba en brazos como a Superman, lo recuerdo. Hasta el día en que... ¿Cómo me encontraste, Dani?

—Te olí.

—Me oliste...

No recordaba a mi papá tan raro. Antes siempre estiraba los labios cuando me veía y jugaba conmigo y su voz era más alegre.

—¿Estás enfermo? —le pregunté.

Él no me miraba. Tenía los ojos de esa forma rara en la que parece que no apuntan a ninguna parte.

—Dijeron que me encontrarías y tenían razón... Sabían que no habías muerto. Quizás revisaron tu tumba. Me obligaron a andar y andar por ahí hasta que apareciste... —Me puso las manos en los hombros y me miró—. ¿Por qué no te fuiste cuando te lo dije?

—Quería jugar contigo. —Sentía la fuerza de sus manos en mis hombros—. ¿Tú no querías verme? ¿Por qué te fuiste?

—¡Porque no quería que te cogieran! ¡Mataron a mamá! Intenté salvarla, pero no pude y... —Me soltó y se echó hacia atrás. Movía las manos muy rápido—. Lo siento. Olvido que solo tienes un año y medio, y un tercio de ese tiempo metido en una tumba... —Volvió a cogerme los hombros—. No lo vi venir... Mamá me contó una vez cómo había logrado tu adopción, quién te había entregado a nosotros sin advertirnos sobre ti... Dani, escúchame, no cabe la menor duda de que eres especial. ¿Entiendes qué es eso?

—No.

—Eres único. Tienes que ser muy importante. ¡No lo olvides nunca! Pero hay hombres malos. ¿Entiendes lo que es el bien y el mal? —Moví la cabeza a un lado y a otro. Las personas grandes a veces me decían que algo era malo y lo hacían. «Bien» y «mal» eran de esas palabras que servían para varias cosas—. Bueno, no importa. No te preocupes por eso, Dani. Pero hay personas que... mataron a mamá.

Eso sí lo había entendido hacía tiempo.

—Los mataré —dije.

—¡No! Tienes que esconderte.

Eso me gustaba más.

—Bien. ¿Empiezo yo?

—¿Qué? No, no es el escondite, no es el juego en el que...

—¿Me vuelas, papá?

—¡Basta! No me estás escuchando. ¡Yo no soy tu padre!

Me soltó otra vez y miró a otro lado. Todavía se le movían mucho las manos y las piernas.

—¿No me quieres? Una vez, un niño grande decía que su papá no le quería y se había ido porque él había hecho algo malo. Yo he hecho muchas cosas malas, creo. Tú te fuiste y...

—¡No! Dios, te estoy confundiendo más. Eres muy listo, así que espero que lo entiendas, o al menos que lo recuerdes, porque cuando seas mayor lo comprenderás. Soy tu padre porque te crie, es decir que te cuidaba y jugaba

contigo y todo eso. ¿Lo recuerdas? Pero no soy tu padre biológico.

Por lo visto había varios tipos de padres.

—¿Qué es un biológico?

—Es el papá que te creó. Él te construyó, como... ¡como a un coche!

Pero yo te cuidé. Algún día lo entenderás, te lo prometo. El caso es que, Dani, tú eres especial por tu papá biológico. La gente no puede oler como tú, ni crece tan deprisa, ni es tan lista. Ni siquiera puede andar con solo unos meses. Tú haces todo eso por tu papá biológico.

Ahora entendía por qué los bebés hacían tan pocas cosas.

—¿El biológico me construyó mejor?

—¡Sí! Lo has cogido. ¡Es impresionante!

—¿Quién es el biológico?

—No lo sé. Pero tenemos que averiguarlo para saber quién eres en realidad.

—¿Tú no puedes construir bebés?

—No, no puedo por una enfermedad que tuve hace mucho. Pero acabaste en nuestras manos. Dios, no imaginas lo que significó para nosotros... Una de las mayores alegrías de tu madre fue poder darte el pecho, aunque no... Ya sabes... Pero tenías mucha hambre y a base de intentarlo... Yo ni sabía que era posible sin haber estado...

Dejó de hablar porque tenía que tragar y limpiarse los ojos. Estaba muy triste.

—¿No puedes arreglarte para construir bebés?

Negó con la cabeza.

—Aunque pudiera, no serían bebés como tú. Serían como los demás. Creo que solo tu papá puede construir bebés como tú o habría muchos más y tu caso sería corriente.

—¿Qué es un caso?

—Quería decir que tú no... Alguien es especial cuando puede hacer cosas que nadie más puede.

Y yo era especial, por lo tanto...

—¿Por eso nadie más corre con las manos?

—Es verdad, me perseguías a cuatro patas. Corrías mucho, como un..., como si fueras un...

La puerta se abrió en ese momento. Entraron dos hombres con la cara quieta, de esos que ni se ríen ni lloran. Vestían la misma ropa negra y tapaban sus ojos con gafas oscuras. Señalaron a mi papá.



—Me prometisteis más tiempo —dijo mi papá no biológico—. Apenas he podido hablar con mi...

Mi papá soltó aire por la boca y se levantó y se fue con ellos. Yo también me levanté.

—No, Dani, lo siento, no puedes venir conmigo. Te veo luego, ¿vale?  
—Me miró de un modo que no entendí, pero que quería decir algo, estaba seguro. Sus ojos tenían un poco de agua—. Recuerda lo que te he dicho. Te quiero, hijo. Algún día, cuando seas mayor, espero que puedas perdonarme.



Me quedé solo, pensando en lo que mi papá de verdad, el no biológico, me había contado. Algunas palabras que había dicho eran complicadas, aunque yo conocía casi todas. Aun así, a veces, las palabras tenían más o menos fuerza dependiendo de la cara con la que las decían o de lo alto que sonaba la voz. Y yo tenía problemas para mezclar los significados con las caras y los sonidos. Me pareció que lo más importante era recordarlo todo porque mi papá me había dicho que algún día lo comprendería.

Así que me repetí la conversación una y otra vez. Entonces se abrió la puerta otra vez y entró otro hombre con la ropa negra. Y resultó que lo conocía.

—Hola, Dani.

Se sentó a mi lado. Tenía una bolsa en las manos que dejó sobre la mesa.

—¿Vamos a volar? —pregunté.

Era el hombre de negro que conocí en el parque, cuando estaba muy arriba, en la punta de la pirámide. El hombre de negro me había propuesto que subiéramos a un árbol todavía más alto, pero mi segunda mamá se había enfadado.

El hombre de negro movió la cabeza arriba y abajo, sonrió.

—Por supuesto. Veo que me recuerdas, ¿verdad? Del parque, de la pirámide. Te contaré un secreto. Para volar, primero hace falta estar en un sitio muy alto. Desde ahí podremos saltar y planear por el aire.

—¿Vamos a un árbol?

—Tienes muy buena memoria. Sí, pero resulta que he encontrado un sitio más alto todavía. ¿Te gustaría venir conmigo, Dani?

—¡Sí!

Había gritado sin darme cuenta. Tampoco recordaba haberme

levantado, pero allí estaba, de pie, apretando los puños mientras un cosquilleo enorme me recorría por dentro. El hombre de negro me gustaba. Era el único al que le gustaban las mismas cosas que a mí. Me entendía. Y olía bien. No había reparado en ese detalle, pero era cierto, su olor me agradaba.

—Pues iremos ahora mismo —dijo el hombre de negro—. A menos, claro, que primero quieras ver lo que te he traído.

Iba a decir que no, pero abrió la bolsa y un nuevo olor se adueñó de mí por completo. Se me olvidó todo, nada importaba, ni siquiera volar.

—Supuse que tendrías hambre.

El hombre de negro sacó varios pedazos de carne. Eran grandes y gordos, muy rojos, como cuando no se quemaban en la cocina. Me lancé sobre ellos. A mis segundos papás no les gustaba que comiera con las manos, pero al hombre de negro no le importó.

Ninguna comida me había dado tanto gusto en la boca como aquella carne. La mordía y salía un poco de agua roja. Mi mamá siempre ponía la carne sobre un plato negro encima del fuego y se arrugaba y se quedaba más seca. Era mucho mejor así, sin quemarla. Terminé uno de los pedazos muy deprisa. Bebí mucha agua de una botella y luego solté el aire que hacía ruido, y a por otro pedazo de carne.

—Hay toda la que quieras, Dani. Puedes comer tranquilo.

Creo que no le hice mucho caso. Creo también que llegué a comer al menos cinco de aquellos trozos de carne antes de sentir que se me iba a romper la barriga. El hombre de negro me había observado todo el tiempo sin decir nada, acercándome agua y más carne.

Apoyé la espalda en la parte alta de la silla grande. Desde que salí de la tumba era la primera vez que notaba tan bien mi cuerpo.

—¿Por qué la gente grande quema la carne? —pregunté.

—Se llama cocinar. A la mayoría de la gente le gusta más así, quemada, como dices tú. Se puede cocinar de muchas maneras diferentes para que tenga otros sabores.

La idea me pareció repugnante. Ahora que la había probado sin quemar, lo demás me parecía estropear la carne.

—¿Qué te parece si ahora te llevo a ese sitio tan alto para que podamos volar?

—¡Sí!

Mi barriga pesaba más que antes, pero la idea me apetecía demasiado.

El hombre de negro tenía un coche enorme. Nos sentamos en la parte de

atrás. Otro hombre que se llamaba chófer era el que controlaba el coche. Los cristales eran oscuros desde fuera, pero dentro podía atravesarlos con los ojos.

No tardamos en salir de la zona de las casas grandes. A lo mejor me llevaba al bosque. Eso también me gustaba. El bosque olía muy bien y había árboles muy altos para que pudiéramos subir a uno.

—Has crecido mucho desde que te vi en el parque —dijo el hombre de negro—, en la pirámide.

—Mi cuerpo se estiró. El tuyo no. Tu cuerpo es el mismo.

—La gente no crece cuando se hace grande. Tú también dejarás de crecer algún día, Dani. ¿Has notado algún cambio más?

—Mi pelo y las uñas también crecieron. Las uñas me las mordí.

—Te cortaremos el pelo para que no te moleste.

—Mis mamás no se lo cortaban. Algunas niñas de la guardería tampoco.

—Vaya, qué observador. ¿Recuerdas lo de cocinar la carne? Con el pelo ocurre lo mismo. Muchas mujeres prefieren el pelo largo. Se ven más guapas.

—¿Guapas? A mí no me dicen que soy guapo. ¿Soy feo?

—No tiene importancia. A los niños siempre se les dice que son guapos. Aunque muchas veces es mentira.

Eso era nuevo para mí. Yo ya sabía que muchas cosas que decía la gente grande no eran verdad y que nunca lo admitían. Al contrario, la gente grande se comportaba como si siempre supieran la verdad y los niños nunca. El hombre de negro era diferente. A lo mejor también era especial.

—¿Tú papá es un biólogo?

—Eh, sí, claro. ¿Quieres que te explique lo que significa ser guapo? ¿Recuerdas la cara de tus compañeros de guardería? Bien. No son iguales, ¿a que no? Alguna de esas caras te gusta más que las otras.

No supe qué contestar.

—Probemos de otro modo —dijo el hombre de negro—. ¿Alguna de esas caras te gusta menos que las demás?

—Sí. Una niña no tenía los ojos iguales y no sabía cuándo me miraba.

—No es exactamente a lo que me refería. Ya desarrollarás el gusto. A las personas, cuando crecen, algunas caras les gustan más que otras, sin una razón en particular. Las caras que les gustan les parecen guapas y las que no feas. ¿Lo entiendes?

—¿Y con las que les gustan juntan los labios?

—Se besan, sí. Qué listo eres, Dani. Dime, ¿tu cuerpo ha cambiado en algo más?

—No.

—¿Seguro?

—Me gusta correr con los pies y las manos.

—Eso está muy bien. ¿Ningún otro cambio? ¿Como si alguna parte de tu cuerpo se estirara muy deprisa o cambiara?

Sacudí la cabeza sin entender. El hombre de negro arrugó la frente y miró por el cristal sin decir nada más. Yo también miré.

Estábamos en el bosque, no el de los lobos. Los árboles eran diferentes, más gordos y menos altos, y había menos. El coche se detuvo. Muy cerca había una piedra enorme, gigante, más alta que las casas más altas que yo hubiera visto.

—Una montaña impresionante, ¿verdad? —dijo el hombre grande al salir del coche. El chófer nos había abierto la puerta—. Mira allí, ¿ves ese agujero? Es una cueva que lleva al interior de la montaña. Dentro hay un ascensor que nos subirá hasta arriba del todo.

La vista desde allí debía de ser... ¡Se podría ver todo! Todo el suelo a nuestro alrededor. ¿Hasta dónde llegaba el suelo? No se me había ocurrido, pero seguro que desde la montaña podría ver el final.

Un olor molesto se me metió en la nariz. No podía ignorarlo porque nunca había olido algo así. Metí más aire en la nariz, dos veces. El olor estaba cerca. Me giré. El olor era más fuerte. Di varios pasos en diferentes direcciones, buscando, acabé frente a la parte trasera del coche. Pasé la mano y una puerta pequeña se levantó. Dentro estaba mi papá de verdad dormido.

Él era quien me había enseñado lo bueno que era volar cuando yo no podía ni andar. Me puse muy contento de que hubiera venido con nosotros. Empujé para despertarlo. Su cuerpo se movió sin resistencia y, entonces, lo vi: tenía un agujero entre los ojos y una mancha de agua roja que bajaba por la nariz y la cara. No estaba dormido. Por eso olía tan mal.

—¡Dani!

El hombre de negro corrió a mi lado. Respiraba deprisa y tenía los ojos más grandes.

—¡Tu papá! ¡Dios! ¡Cuánto lo siento! —Miró al chófer con la cara apretada—. Has sido tú, ¿verdad?

—¿Qué? Pero si...

—¡No mientas! —gritó el hombre de negro—. ¡Es tu coche! ¡Tú le has matado!

—¿Eh? Yo... Me ordenaste que... —El chófer hablaba raro, algunas palabras las decía deprisa y mal y otras despacio. El hombre de negro le miró, cerró un ojo muy rápido y lo volvió a abrir—. Ah, sí, es verdad. Yo le maté y lo metí en el maletero. El muy cerdo...

El hombre de negro sacó de alguna parte en el interior de su ropa un objeto pequeño, de metal. Lo había visto antes en la tele. Con ese objeto apuntó al chófer y después hubo cuatro sonidos muy seguidos y cortos, que me recordaron a cuando murió el lobo en la carretera. El chófer se cayó al suelo, con la ropa mojada de agua roja. Se le había saltado un ojo.

Me acerqué a su cuerpo. El chófer había matado a mi papá, ya no podría jugar con él, ya no me volaría nunca más. Ahora tenía calor dentro de mi cuerpo, mucho calor, las manos se me movían deprisa y se me había puesto duro lo que hay debajo de la piel.

Le pisé la cabeza varias veces. Tan fuerte como fui capaz. La cabeza se hundió y yo seguí pisando. Mi pie se iba manchando de agua roja y de una carne rara y gris. Seguí pisando. No paré cuando la cabeza se había partido en varios trozos.

El hombre de negro me rodeó con los brazos y apretó.

—Ya, Dani, para. Ya no se puede hacer nada más. Lo siento. Lo siento mucho. No sé por qué mató a tu papá, pero creo que también iba a matarte a ti. Ahora ya no puede porque lo has detenido. Lo has hecho muy bien.

Yo lo había hecho bien. Eso fue lo que dijo el hombre de negro y él no decía mentiras. Entendí que mucha gente moría porque otros los mataban. Y el tubo de metal que tenía el hombre de negro mataba muy deprisa.

—¿Qué miras, Dani? Ah, la pistola. Las armas hacen mucho ruido al disparar, pero no te preocupes. La llevo solo para defenderme. —La guardó entre su ropa—. ¿Quieres que vayamos a la cueva? Te sentirás mejor, te lo prometo. Y yo no dejaré que nadie te haga nunca daño. Solo quiero jugar contigo, Dani.

Me cogió de la mano y echamos a andar. Aunque no me negaba, ya no quería tanto subir a la montaña. Antes me apetecía mucho, pero ahora solo pensaba en mi papá. No podía sacar su cara de mi cabeza, era como si estuviera delante de mí todo el rato. El cuerpo se me había puesto blando. Mis ojos veían mal. Los toqué con la mano y tenían agua. Si los cerraba, salía más agua, si no los cerraba el agua me hacía ver borroso. Notaba muchas

cosas a la vez que no podía controlar. Era muy desagradable.

Cerca de la entrada a la cueva había unos hombres esperándonos. Oí de nuevo disparos, aunque estaban lejos. Uno de los hombres que nos esperaba se cayó al suelo, los otros se agacharon y se escondieron.

Apareció un coche con la parte trasera grande y sin techo, en la que iban varias personas encima, con armas. El coche se acercó muy deprisa, dando saltos sobre piedras y raíces de árboles.

El hombre de negro me soltó y apuntó su pistola, que había vuelto a sacar. Lo mismo hizo una de las personas del coche sin techo. El hombre de negro se arrojó al suelo. El coche pasó muy cerca de mí. Una mano me agarró por el brazo y tiró, y subí por el aire y caí dentro del coche.

—¡Lo tengo! ¡Acelera!

Rebotaba contra el suelo del coche mientras oía disparos.

—Tranquilo, chico, hemos venido a salvarte. Quédate tumbado hasta que estemos a salvo.

Seguía viendo a mi papá como si estuviera conmigo. Solo quería pensar en él. No me importaba a dónde iba, ni siquiera escuchaba los disparos a mi alrededor.

Solo quería jugar con mi papá.

## CAPÍTULO 7

Llevaba tiempo con los ojos apuntando al suelo sin mirarlo. Levanté la cabeza porque se había formado un silencio casi completo a mi alrededor. Estaba en una habitación grande que no tenía ventanas, con muchas alfombras en el suelo, y algunas sillas y mesas. No había televisión. Las personas que antes me miraban y hablaban sin parar se habían callado porque había venido un hombre nuevo.

Era el más alto de todos, con el pelo largo y rojo, brillante, y muy gordo, aunque solo por arriba y un poco por las piernas. No tenía barriga. Aquel hombre estaba más gordo por los brazos, el pecho y el cuello, que parecía muy duro. Tenía como unas cuerdas que le sobresalían por debajo de la piel. Por fin, yo dejaba de ser el centro de atención.

—¿Por qué crees que no se alimenta, Alud? —preguntó—. Debería tener hambre.

Otro hombre con el pelo blanco y la cara arrugada, que se sentaba a mi lado, subió los hombros.

—No lo sé, Primer Colmillo —contestó el que debía de ser Alud—. Tal vez no le guste la carne.

Me gustaba, y mucho. Además, me la habían dado sin cocinar y olía realmente bien. Mi barriga hacía ruidos, pero no me apetecía comer. En vez de la montaña de carne que habían dejado en la mesa, frente a mí, yo solo podía ver la imagen de mi papá muerto y no tenía ganas de hacer nada.

El Primer Colmillo se agachó para ponerse a mi altura. Se retiró el cabello rojo con una mano que me pareció gigante.

—¿Ha sufrido daños, Ascuá?

—No, Primer Colmillo —contestó una mujer que apenas se había separado de mí—. Su integridad física está intacta.

Me costaba entenderlos. Sus voces eran todas parecidas, ni altas ni bajas. Hablaban a la misma velocidad. No se notaba si estaban contentos o enfadados, y usaban palabras y expresiones que no me resultaban familiares.

El Primer Colmillo se puso de pie.

—La responsabilidad del cachorro es tuya, Ascu. Estate pendiente de sus necesidades.

La mujer, Ascu, movió la cabeza hacia abajo.

Era evidente que el Primer Colmillo era quien mandaba. En mi casa, cuando mis papás pensaban diferente sobre algo, siempre era mi mamá la que acababa decidiendo lo que había que hacer. Sin embargo, el Primer Colmillo parecía un hombre, aunque su cabello era demasiado largo y eso me despistaba un poco.

—¿Eres un hombre? —le pregunté.

El Primer Colmillo me miró. Abrió la boca, pero Alud, el de la cara arrugada, movió la cabeza a un lado y a otro. El Primer Colmillo se rascó la cara antes de hablar.

—Soy un macho, supongo que te refieres a eso. No temas. Una hembra te cuidará, esa es su función —añadió señalando a Ascu. Luego me dio la espalda—. Los demás, fuera, a vuestros puestos. Tú no, Garra, quédate con nosotros.

Se marcharon todos menos cuatro. El tal Garra era delgado, y el único que no tenía el pelo largo. Evitaba mirarme.

—Como ordenes, Primer Colmillo.

El Primer Colmillo se centró de nuevo en la mujer.

—Necesitamos información, Ascu. ¿Se ha transformado ya?

—No es posible asegurarlo, pero estoy convencida de que todavía no puede.

—¿Necesita sanación?

—No, Primer Colmillo. Creo que su desarrollo no es completo. Sigue siendo un cachorro.

—Quizás yo tenga una explicación, Primer Colmillo —dijo Garra, aún sin mirarme.

—Habla.

—Convendría considerar la posibilidad de que solo sea otro humano. El color de su pelo no me convence.

—Está contemplada, Garra. El pelo marrón no significa nada en su caso. Por ahora actuaremos como si fuera el cachorro que buscamos.

—Con el debido respeto, Primer Colmillo, nos hemos expuesto al traerlo aquí. Antes o después nos encontrarán, y todo porque nos lo pidió una mujer.



—¡Hembra! —exclamé yo.

Todos me miraron durante un instante. Quería probar mi teoría de que macho y hembra eran las mismas palabras que hombre y mujer para ellos, pero ninguno cambió la cara para que yo pudiera comprobar si tenía razón.

A diferencia de la gente que yo había conocido, estos tenían siempre la misma cara todo el tiempo. Me costaba descifrar las caras de las personas, y a veces me confundían mucho, como cuando reían y estaban tristes, o lloraban porque estaban contentos. Con estos era peor, nada en ellos me daba pista alguna sobre qué sentían.

—No fue por la petición de la humana, Garra —dijo el Primer Colmillo—. Fue porque yo lo ordené. ¿Me estás desafiando?

Garra tardó varios segundos en contestar.

—No mientras corramos peligro.

—Entonces obedecerás sin cuestionarme, Garra. O serás desterrado.

—El destierro no es una solución, Primer Colmillo —dijo Alud, que hacía tiempo que no hablaba—. Si lo apresaran, revelaría nuestra localización y nos pondría en peligro. Una ejecución sería lo más conveniente para nuestra seguridad.

—Respeto tu antigüedad, Alud —dijo Garra—. Fuiste un gran Primer Colmillo en otros tiempos. Pero no toleraré ofensas a mi honor. Yo jamás traicionaría a los nuestros ante los humanos. Si no ves que pretendo justo lo contrario, es que te has quedado ciego, anciano. Una humana nos habló del cachorro, y ahora nos rastrearán con su magia y nos encontrarán. No considerar que el cachorro haya podido ser una excusa para sacarnos de nuestro escondite es la verdadera traición.

—Tus palabras no son desacertadas, Garra —dijo el Primer Colmillo—. Decidí actuar sobre la base de los dos supuestos. Si el cachorro es de verdad nuestra única esperanza, debemos salvarlo. Pero nos hemos preparado si se trata de una trampa. Para empezar, no usamos sus artilugios para hablar a distancia que pueden rastrear.

—Su magia va más allá de las comunicaciones a distancia con los teléfonos.

—Se ha tenido en cuenta, Garra. Es la responsabilidad de Alud, no la tuya. Si este es el cachorro o no, lo determinará Ascua, que es la hembra. El resto ya se ha discutido. Si lo que quieres es ser el Primer Colmillo, desafíame. Estoy dispuesto para el combate. Si no, acatarás las normas o tomaré medidas.

No veía ni olía a ningún perro. Sin embargo, ellos no paraban de hablar de cachorros, que eran los bebés de los perros, si no estaba equivocado. Pero más me intrigaba ahora saber qué eran los humanos, que también los habían mencionado varias veces.

—Se hará como deseas, Primer Colmillo —dijo Garra.

—Tus habilidades nos son necesarias, Garra. Seguirás haciendo planes por si es una trampa, pero no tratarás con el cachorro. De momento, descubrir la verdad sobre él es la prioridad. Presenta tus conclusiones, Ascua.

La mujer se apartó de mi lado y se puso de pie. Se había atado el pelo con una cuerda pequeña por detrás de la cabeza.

—Su desarrollo es muy acelerado, y sus cualidades físicas, muy superiores a las de los humanos de su misma edad. Calculo que, al menos, diez veces más. Si hubiera experimentado un desarrollo progresivo, se habrían dado cuenta, por lo que mi conjetura es que tuvo lugar mientras dormía. Supusieron que su corazón se había detenido, cuando solo se había ralentizado.

—¿Qué hay de sus facultades mentales?

—También son superiores a las humanas. Pero en este caso, creo que se detuvieron durante el sueño. En términos humanos, su físico corresponde al de unos once años, a pesar de que solo tiene uno. No sabría clasificar su desarrollo mental, pero sobrepasa con diferencia al de un humano de seis meses, que es el tiempo aproximado que ha estado despierto. El cachorro ni siquiera debería hablar.

—Es obvio que no es humano, entonces —dijo el Primer Colmillo.

—Y no podemos predecir cómo evolucionará. No hay otro como él. Es único. Es especial.

—¡Yo también! —Esa palabra la había entendido—. Mi papá me lo dijo. Me dijo que no olvidara que soy especial.

El anciano se acercó a mí.

—¿Dónde está tu papá, Dani?

—Muerto —contesté—. Lo mató el chófer. Luego el hombre de negro mató al chófer. Luego llegasteis vosotros.

—Debe de referirse al humano que lo crio, Primer Colmillo —dijo Ascua—. No puede conocer a su auténtico padre.

—¿Quién es el hombre de negro, Dani? —preguntó Garra.

—Es el que juega conmigo y me dio carne sin quemar, y es una persona grande que no dice mentiras. Me llevaba a la montaña, pero mataron a mi

papá.

Garra se volvió hacia los demás.

—El hombre de negro... Es él, estaba allí, con el cachorro. Pude haberlo matado...

El Primer Colmillo puso una mano sobre el hombro de Garra.

—Te habríamos perdido, Garra. Además, cumpliste la orden de proteger al cachorro. Tu tormento no está justificado. Paciencia. Nuestra venganza llegará.

Garra dio un paso atrás.

—Que así sea, Primer Colmillo. Mi deseo es que tengas razón y haya valido la pena exponernos.

—Pero no es lo que crees.

—No, Primer Colmillo. No lo creo. Me sigues consultando, de modo que no esperes de mí que mienta y me pliegue a tus opiniones. Si estás dispuesto a que nuestro destino recaiga en el cachorro, como mínimo, debemos ocultarlo. Envíalo a territorios lejanos.

—Olvidas su hechicería, Garra —intervino Alud—. Los humanos tienen un ojo en el cielo que puede hacer dibujos desde arriba, de cualquier territorio. Dibujos que captan hasta el menor de los detalles, y que pueden enviar instantáneamente a cualquier lugar. Perdimos a tres de los nuestros tratando de huir lejos. Lo mejor es escondernos aquí, mezclarnos entre ellos. Aprovechemos su error.

—¿Qué error?

—Su magia nos obliga a permanecer en esta forma, más débil, pero también nos camufla al parecer humanos. No contaron con eso. Su ojo del cielo no nos puede detectar si permanecemos entre grandes multitudes.

—Una magia que se supone tú deberías saber cómo contrarrestar, Alud.

—Y lo sé, Garra. El cachorro lo conseguirá y seremos libres. —El anciano se dirigió al Primer Colmillo—. Yo moriría por él. Porque eso sería morir por todos nosotros. Garra no me cree y comprendo su miedo, incluso lo comparto. Pero solo tenemos una posibilidad: debemos ocultar al cachorro hasta que pueda transformarse.



La que más tiempo pasaba conmigo era Ascuá. En realidad, siempre estaba cerca de mí, incluso cuando no la veía y creía que estaba solo, de repente giraba la cabeza y ahí estaba ella. Me daban juguetes, muñecos, que no me

interesaban más que unos minutos. No tenían televisión porque funcionaba con algo que llamaban magia y que, según ellos, podía hacer daño.

Me daban libros. Me gustaba leer. Aunque no siempre entendía todas las palabras y cuando creía que las entendía, entonces tenían un significado diferente en otra frase, o se ponían en otro orden.

La comida era excelente. Siempre me daban carne sin quemar. Ellos también la comían. Me notaba mejor después de comer. Podía levantar cosas más pesadas, correr más tiempo, y crecí más. A los tres días, Ascu me trajo ropa nueva porque la que tenía me apretaba y me quedaba corta.

Hacía mucho ejercicio. Yendo por unas escaleras abajo, había una habitación que era la más grande de todas. Allí Ascu me pedía que corriera y que saltara, y no le importaba que lo hiciera a cuatro patas. Se enfadaba si no lo hacía deprisa, pero no me pegaba mucho.

—Hoy vamos a jugar, Dani. ¿Te apetece?

—Sí.

—Te voy a enseñar a defenderte. Y vas a aprender. El juego es sencillo. Solo tienes que pelear conmigo.

Me lancé a por ella de un salto, tomé impulso con las manos y los pies, directo a por su cabeza. Aquel juego era excitante.

Ascu se agachó muy rápido y no pude agarrarla. Pasé por encima y acabé contra la pared.

—No calculas, arremetes a lo loco. No anticipas mis movimientos.

—¿Qué?

—Tienes que pensar hacia dónde me voy a mover y situarte donde te convenga. ¿Lo entiendes?

Sonaba muy complicado.

—¿Se puede ver el después?

—No, Dani, pero se pude intuir. Observa. Si estoy inclinada hacia la izquierda, el peso de mi cuerpo está sobre esa pierna. Así, ¿lo ves? Desde esta posición tendré que apoyar la pierna derecha para moverme. Prueba tú, ¿lo notas? Tienes que observar mi cuerpo y tratar de pensar en qué voy a hacer.

Resultó ser más fácil que con las expresiones de las caras. Las posiciones de los cuerpos no mentían ni tenían doble significado. Ascu me esquivó varias veces, hasta que aprendí los movimientos básicos. Al segundo día comencé a deducir algunas posturas que pretendían engañarme y fingían un movimiento que luego no hacían.

Con todo, era confuso. Cuando jugué con los lobos, aquello no sucedía,

no se puede pelear si se está evitando continuamente tocar al otro. Al tercer día, eso cambió.

—¡Levántate! —me gritó Ascua.

Me había dado con el codo de un modo que me dolió mucho.

—Tienes que proteger tu espalda —me dijo Ascua—. Es el punto más vulnerable. Y al mismo tiempo tienes que colocarte en la mía. Si te dan con fuerza en la espalda, arriba, justo ahí, perderás el juego. Es nuestro punto débil. Y me voy a asegurar de que no se te olvide. Venga, otra vez.

Varios golpes más tarde me dolía todo el cuerpo, casi no podía moverme. No había conseguido situarme a la espalda de Ascua ni una vez, pero ella me había atizado tanto como había querido. Era una jugadora muy buena.

Cuando me quedé solo, Alud vino a verme.

—No hace falta que te levantes, Dani —me dijo—. Descansa, lo necesitas. Te he dejado carne ahí. Solo voy a sacarte una muestra y te dejaré tranquilo.

Me pinchó en el brazo con algo muy fino y duro, enganchado a un bote pequeño que fue llenándose de agua roja. Terminó pronto y pude ir por la carne.

—Vaya, te recuperas pronto. ¿Has notado algún cambio en tu cuerpo?

—Se ha estirado —respondí.

—Sí, has crecido un poco. ¿Algo más?

Negué con la cabeza mientras arrancaba un pedazo de carne de un mordisco. Alud dio dos pasos hacia la puerta.

—¿Puedo ir contigo? —le pregunté.

No quería quedarme solo. Me aburría, y no me dejaban salir de la casa. Alud se rascó la cabeza.

—De acuerdo. Sígueme.

Subimos a la parte de arriba. En total eran cinco casas, una encima de otra, que se unían por escaleras. Entramos en una habitación muy grande con muchas camas. En cada cama había una persona tumbada. Alud se acercó a uno que parecía muy delgado y con la piel un poco amarilla. Un cable lo unía a una bolsa que colgaba de una percha. Alud pinchó ahí mi agua roja.

El hombre tumbado me miró, pero no dijo nada.

—Funcionará —dijo Alud.

—¿Le estás metiendo mi agua roja? —pregunté—. ¿Eso se puede hacer?

—Se dice sangre.

Lo sabía desde hacía tiempo, pero no me salía esa palabra, no podía pronunciarla. El agua roja estaba asociada a la imagen de mi mamá muerta, al hecho que había cambiado mi vida, el suceso que nunca podría borrar de mi mente.

—Está enfermo —explicó Alud—. ¿Entiendes lo que significa?

—¿Roto?

—Más o menos. ¿Has estado enfermo, Dani?

—No lo sé.

—¿Te ha dolido mucho la cabeza? ¿Has tenido tos? ¿Mocos? ¿Mucho calor?

—Sí. Calor. Dentro.

—¿Durante mucho tiempo? ¿Al menos un día?

—No. Poco. Cuando me enfado o corro mucho.

Alud se quedó callado un instante.

—No me refería a ese calor. Creo que no, que nunca has estado enfermo.

—¿Los enfermos no se arreglan en un hospital?

—Estos de aquí no. Les aplicaron una magia que destroza su cuerpo poco a poco, no se ve porque actúa desde dentro. Yo trato de curarlos. Busco algo que anule la magia. ¿Lo entiendes?

—No. ¿Qué es la magia?

—Es... Lo cierto es que yo no la comprendo, solo estudio sus efectos. Pero digamos que la magia permite hacer cosas que son imposibles.

—¿Mi agua roja es magia?

Alud sacudió la cabeza.

—Yo creo que, cuando seas mayor, lo será, y nos salvarás a todos con tu agua roja.

—¿Todos? ¿Estáis todos enfermos?

—Usaron su magia con nosotros para que no pudiéramos... cambiar. Ser quienes de verdad somos. A algunos les lanzaron un hechizo que se llama cáncer y que no consigo arreglar.

—¿A mí me han hecho magia?

—No. Tú estás sano, Dani. Eres especial, por eso nos curarás a todos.



—La magia es una payasada, una memez. Estos tíos han visto demasiadas

pelis de magos y hechiceros, y se les va la chota. ¿Lo pillas?

Era un niño grande, más alto que yo, con la cabeza completamente lisa, sin un solo pelo. Se llamaba Sluk y no hablaba como los demás. Se movía mucho y a veces cantaba.

—¿Que es la chota? —pregunté.

—La cabeza. Quiero decir que no rigen, que no piensan, que están locos. ¿Lo pillas?

—¿Su cabeza funciona mal?

—Ahí le has dado —dijo Sluk—. Magia... Pero qué parida más grande. Los pobrecillos creen que en realidad son...

Sluk se fue corriendo y se metió detrás de un sofá, en el mismo momento en el que Alud entró por la puerta.

—¿Con quién hablabas, Dani?

Sluk negó con la cabeza. Desde detrás del sofá yo podía verlo, pero Alud no. Seguramente se refería a eso al negar con la cabeza.

—Con Sluk. Está ahí. —Lo señalé con el dedo.

Alud se acercó a mí y lo vio. Sluk se levantó con la cabeza inclinada hacia abajo, me miró de lado.

—Chivato asqueroso —dijo muy bajito, casi sin mover la boca—. Me las pagarás.

Yo no tenía dinero, iba a avisarle, pero Alud se me adelantó.

—Largo, Sluk.

Lo dijo con la misma voz de siempre, el mismo tono. Sin embargo, Sluk pareció empequeñecer y se marchó sin decir nada.

—No hagas caso de nada de lo que te haya dicho, Dani. Sluk también está enfermo.

—¿Le han hecho la magia del cáncer?

—Una diferente que le afecta a la cabeza. Sluk cree que es un humano. No debes jugar con él.

Por lo visto, los humanos eran los malos, aunque yo no sabía quiénes eran. Utilizaban magia para hacer cosas malas a mis nuevos amigos que comían carne de la buena, sin cocinar, y jugaban conmigo a las peleas.

Garra entró en la habitación.

—Me gustaría hablar contigo, Alud.

—Estoy ocupado, Garra. Seguro que tú también tienes obligaciones.

—Y las estoy cumpliendo. Es por nuestra seguridad que he venido a verte y he oído eso que le has dicho al cachorro, que no se mezcle con los

hechizados mentales. No estoy de acuerdo.

—Tú enviaste a Sluk, Garra. ¿No es cierto?

—Rehúso contestar, Alud.

—Eso es impropio.

—Te alejas de la cuestión. El cachorro debe aprender a mezclarse con los humanos o llamará la atención. Debe acostumbrarse a su alimentación y...

—Me niego, Garra. Ralentizaría su desarrollo.

—Entonces volverán a atraparlo. Y a alguno de nosotros que lo esté protegiendo. La seguridad es responsabilidad mía. Ninguno de nosotros volverá a estar encerrado.

—No crees en mi investigación, Garra.

—Ni tú tampoco, Alud, por eso no progresas. Niegas la parte humana del cachorro, que es la mitad. Solo te centras en la nuestra y es un error. No olvides quién os liberó a todos.

—Fue el padre del cachorro, Garra, no tú.

—Solo en parte. Si yo no hubiera estado fingiendo que su magia me afectaba a la cabeza y que me creía un humano, no habría estado preparado para aprovechar la oportunidad. Te recuerdo que tú también creías ser un pobre humano cuando te saqué de allí. ¿Recuerdas a Seleka? Estaba en la celda de al lado. La oí gritar durante días mientras la empapaban con su magia. Pude salvarla a ella, pero había perdido una pierna y no lo habría logrado. La abandoné para salvarte a ti en su lugar. Ahora me arrepiento. Vas a causar nuestra perdición.

—No me culpes de que la mayoría de los nuestros siga en prisión, Garra. Entiendo tus motivos, ¿por qué no entiendes tú los míos, aunque no los compartas? ¿Crees que soy un traidor?, ¿que quiero que nos apresen de nuevo y nos hagan olvidar quiénes somos?

—Peor que un traidor, Alud. Un estúpido. Es fácil enfrentarse y desenmascarar a un traidor, pero los que se ocultan tras las buenas intenciones, en especial cuando son sinceras, como las tuyas, son los peores. Tus falsas esperanzas calan entre los nuestros. El Primer Colmillo tiene un hijo afectado que se cree humano, por eso quiere creer en tu milagrosa cura y escucha tus consejos. Depender de un cachorro es un error. ¿Has considerado por un instante qué haríamos si muriera? Nada, perecer, porque tú, Alud, estás impidiendo que pensemos en valernos por nosotros mismos.

—¿Has considerado tú qué sucedería si llevo razón, Garra?



—Lo deseo tanto como tú, te lo aseguro. —Garra dio una patada al sofá en el que yo me sentaba—. Ojalá esté equivocado, pero piénsalo: no es enteramente de los nuestros, solo en parte. No debes negar su lado humano. Sabes que nunca dejarán de buscarnos. Nunca. El peor sitio para esconderlo es con nosotros.

—Lo que propones es una locura, Garra.

—Por eso jamás se les ocurrirá a los humanos, Alud. El cachorro debe irse.

—El Primer Colmillo nunca lo aprobará.

—Lo hará si tú le explicas qué es lo mejor.

Empezaba a aburrirme cuando hablaban así, con tantas palabras seguidas que no me sabía y que nadie me explicaba. Así que me fui, salí por la puerta sin que se dieran cuenta porque ellos solo se miraban el uno al otro y desde muy cerca, tenían las caras casi juntas. Ascua también juntaba mucho su cara con la mía cuando me decía algo que había hecho mal.

Me crucé con otras dos personas en las escaleras que se quedaron mirándome. Buscaba a Ascua para que me diera carne. Tenía mucha hambre.

—Psssst... Psssssst.

Sluk hacia ese ruido desde detrás de una puerta y movía la mano adelante y atrás, para que me acercara.

—No tengo dinero para pagar al chivato —le dije.

—¿Qué? ¿De qué vas? Ven, escóndete, mi padre te anda buscando. ¡Entra! Ahí viene.

Tiró de mi brazo y me metió dentro. Luego cerró la puerta, pero no del todo. Los dos miramos por el espacio que quedó, acercando un ojo y cerrando el otro. El Primer Colmillo pasó caminando. Sus pies sonaban más porque era muy grande.

—¿El Primer Colmillo es tu papá?

—Padre. Se dice padre, no papá —dijo Sluk—. Así hablan los bebés. Es un capullo, ¿sabes? Me atiza de lo lindo. ¿A ti no te ha cascado todavía?

Hablaba diferente a los demás, a lo mejor porque se creía humano, según habían dicho Alud y Garra. Me gustaba.

—¿Qué es un cascado?

—Pues sí que estás enterado tú de la movida. Que si te ha pegado, que si te ha arreado un buen par de hostias.

—El Primer Colmillo no juega conmigo.

—Tranquilo, que no te vas a librar. En cuanto hagas algo que le

disguste, ¡plaf! Y no te creas que se corta un pelo, el muy cerdo.

—Lo estoy deseando. ¡Me gusta jugar!

Sluk se tapó la cara con las manos y suspiró, negando con la cabeza. A lo mejor le dolían los ojos.

—Es la hora, idiotas —dijo una niña.

Antes no estaba ahí. Era más pequeña que yo, con el pelo moreno y largo, y una cara seria. Nos miraba como las personas grandes cuando regañan.

—¿Ya? —dijo Sluk—. Bien, vamos, enana. Dani, ven, esto te gustará.

—¿A dónde vamos?

—A espiar a los mayores —dijo Sluk.



Había una mesa de madera, redonda. Sentados alrededor, todos en la misma postura, con la espalda recta, se encontraban el Primer Colmillo, Alud, Ascuá, Garra y un hombre que me resultaba familiar. Los niños habíamos llegado hasta allí arrastrándonos por un túnel estrecho que ellos llamaban conducto de ventilación. Observábamos desde arriba, a través de una reja, así que no podíamos verles las caras. La chica morena, que nos llamaba a todos idiotas y otras palabras que debían de significar algo similar, había venido con otra igual que ella, en todos los sentidos, salvo en el color del pelo, que era amarillo. Incluso tenían las dos el mismo nombre: Sluk las llamaba gemelas. Estábamos apretados para poder oír a los mayores.

—Oye, imbécil, si no me dejas ponerme delante gritaré y tu papaíto nos descubrirá —dijo la niña morena—. Mentiré, con lágrimas y todo, y diré que fue idea tuya, que nos obligaste, y te dará una buena paliza. ¿Está claro?

Sluk abrió mucho los ojos y tragó agua de dentro de su boca.

—Tú primero.

La niña rubia me miró y sonrió.

—Tú también, Dani, adelante. Yo puedo escuchar desde aquí.

—Solo caben dos —dijo Sluk—. Así que yo...

—Tú te callas, idiota —dijo la morena—. Ya has oído a mi hermana.

Necesitamos ver si el atontado este nos sirve de algo. Dani, acércate. ¿Ves a ese tipo de ahí? ¿Al de la corbata, los pantalones azules y la cara de tonto?

Se refería al hombre que tenía algo familiar.

—Sí —contesté.

—¿Lo conoces? ¿Sabes quién es? Vamos, piensa. ¿No serás un inútil

como Sluk?

—Dani es muy listo —dijo la rubia desde atrás—. No lo agobies. Dani, ¿puedes olerlo?

Lo intenté y funcionó. No tuve problemas para diferenciar los olores de todos ellos. En efecto, lo conocía. Lo había visto una vez hacía mucho tiempo, justo después de encontrar a mi mamá muerta.

—Es un mecánico de person..., un médico. Estaba en un hospital cuando me llevaron los hombres que apagaron el fuego de mi casa y...

—Cállate —dijo la morena—. Están hablando.

—¿Qué dicen? —preguntó Sluk.

—Si te callas, lo podremos oír, idiota.

El médico era el único con la espalda un poco torcida. La postura de su cuerpo era diferente, igual que su voz y su forma de hablar. No tenía la ropa blanca como la vez en que lo vi, pero era él, su olor era inconfundible.

—Hemos escuchado tu petición —dijo el Primer Colmillo—. La consideraremos y te daremos una respuesta. Puedes irte.

—Ya nos conocemos. Eso es un no —dijo el médico—. Y también es un error. Es una petición justa, y eso que en realidad no es una petición. Después de todo, es su madre.

Garra se levantó y dio un paso hasta el médico.

—El Primer Colmillo ha hablado. —Señaló la puerta—. Puedo sacarte yo mismo, si lo deseas.

El médico miró una vez más al Primer Colmillo y luego se marchó. Garra volvió a su silla.

—Es una trampa, Primer Colmillo.

—Debo objetar, Primer Colmillo —dijo Alud—. Conoce nuestra localización y podría habernos atacado en cualquier momento. Es el único que nos ha ayudado con la magia.

—Algo que se aprecia en tus notables progresos, Alud. Esa inestimable ayuda ya ha curado a ¿cuántos de los nuestros? De repente, cuando tenemos al cachorro, su madre aparece. No es casual.

—Lo que no implica que sea una trampa, Garra —dijo Ascuá—. Es la madre y solo pide ver al...

—Silencio, Ascuá. Las hembras no formáis parte de la toma de decisiones ni opináis. Estás aquí para informar cuando te pregunten. Me avergüenza que simpatices con la humana. Ellos tratan a sus crías de manera impropia.

Ascuá no contestó.

—Coincidió con Garra, Primer Colmillo —dijo Alud.

El Primer Colmillo volvió la cabeza hacia el anciano.

—No negaré mi sorpresa ante esa afirmación.

—No debemos arriesgar al cachorro. No obstante, la madre tiene derecho a verlo. Primer Colmillo, podríamos usar sus comunicaciones a distancia.

—Me opongo —dijo el Primer Colmillo—. Rastrear esos... teléfonos. Garra ha establecido que debemos cambiar de ubicación y estoy de acuerdo. Ningún artilugio mágico vendrá con nosotros.

—La madre no lo aceptará.

—Perdió su derecho cuando abandonó al cachorro, Alud. Se lo entregó a una pareja humana para ocultarlo, lo único inteligente que ha hecho.

—Acabaron muertos, Garra.

—Y ella sigue viva, Alud. Debemos evitar terminar del mismo modo.

—No lo abandonaremos, Garra —dijo el Primer Colmillo—. Nuestro deber es protegerlo.

—¿A costa de los nuestros?

—Ese punto no es discutible, Garra.

—Como ordenes, Primer Colmillo. —Garra inclinó un poco la cabeza. El primer gesto que hacía alguno de ellos. Como desde arriba no podía ver sus bocas, me recordaban a esas figuras de piedra que nunca se movían—. Entonces, la única alternativa que garantice nuestra seguridad es obvia. Me ocuparé de inmediato, Primer Colmillo. Todavía estoy a tiempo de matar al médico ahora mismo. La madre morirá antes de que se ponga el sol.

—No es aceptable, Primer Colmillo —dijo Alud—. La madre puede sernos muy útil. Sin su ayuda habríamos muerto.

—Los nuestros siguen prisioneros, Alud.

—No iremos por ese camino —dijo el Primer Colmillo.

Ninguno dijo nada durante unos segundos.

—Esto no es propio de nosotros —dijo Garra—. Actuáis como humanos. Sois débiles. Quizá no os habéis librado de la magia por completo u os afecte el tener que permanecer en esta forma.

El Primer Colmillo apretó las manos.

—¿Es una acusación formal? —Garra no contestó—. Sin pruebas que te respalden, solo hay un modo de dirimir esta situación. Te desafío, Garra.

—Rehúso, Primer Colmillo.

—¿Te retractas de tus palabras?

—No.

—Entonces...

—Entonces nada —dijo Garra—. ¿Vas a desterrarme? Adelante. Pero no me iré solo, porque no soy el único que piensa de ese modo. Y muchos saben que yo os salvé a todos, y que solo pretendo la liberación de los nuestros. No tengo objeción en seguir bajo tu mando, pero no cuestiones mi lealtad. Si me destierras, nos dividirás. No llegamos a cincuenta en total, muchos aún afectados por la hechicería. Si nos separas, sentenciarás nuestro destino.

—Tus ideas son peligrosas, Garra —dijo Alud—. En especial porque tu valor está fuera de cuestión.

—Lo que confirma mi lealtad, Alud, porque las expongo sin rodeos. ¿Consideráis más leal a quien os dice lo que queréis oír o a quien os dice lo que piensa, aunque no os guste?

—Tu único problema, Garra —dijo el Primer Colmillo—, es que no aceptas mi liderazgo. No te sometes y eso es una traición a nuestras costumbres más antiguas. El Primer Colmillo es quien decide. Si no estás de acuerdo, puedes desafiarme en combate y ocupar mi puesto. Pero tú no haces ni una cosa ni la otra. Debes decidir. ¿Obedecerás?

—¿No lo he hecho siempre?

—Esa respuesta no es satisfactoria.

—Mi único deseo es liberar a mi pueblo —dijo Garra—. Cumpliré las órdenes del Primer Colmillo y no tocaré a la madre.

—El cachorro es nuestra única oportunidad para salvarnos —dijo el Primer Colmillo.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Garra.

Luego se levantaron y se fueron. Yo creí que nosotros nos íbamos también, pero las gemelas y Sluk me miraban fijamente.

—¿Quién demonios es este maldito idiota? —preguntó la morena.

Yo miré a todas partes, pero no vi a nadie más y no supe a quién se refería.

—Te he preguntado que quién eres y por qué eres tan importante.

Ahora entendí que se refería a mí. Pensaba que ya sabía quién era, pero como parecía confundida se lo repetí.

—Soy Dani y mi papá dice que soy especial.



Estaba volando con mi papá, sin que me cogiera. El aire me echaba el pelo hacia atrás. Controlaba la dirección con los brazos estirados, inclinando el cuerpo. Subía y bajaba, atravesaba nubes, flotaba e iba cada vez más deprisa. Mi papá volaba mejor que yo, daba vueltas a mi alrededor. A veces se giraba y volaba de espaldas durante un rato. Me sonreía.

Era increíble. Entonces a mi papá le salía un agujero en la cabeza y le salía agua roja.

—Recuerda lo que te he dicho —me dijo con la cara manchada de rojo.

—Lo recuerdo todo, papá.

—Te quiero, hijo.

La piel se le arrugó y se puso amarilla y empezó a descender a toda velocidad. Yo quería bajar y cogerlo, pero no podía, seguía flotando en el aire. Inclinaba la cabeza hacia abajo y subía los pies, pero no conseguía descender.

Y entonces me desperté. Cerré los ojos para seguir soñando, pero ya era tarde. Ya no volaba. Ese sueño me gustaba, me gustaba mucho volar con mi papá, aunque siempre terminaba igual y luego me quedaba una sensación triste en la barriga y me costaba mucho divertirme.

En otras ocasiones soñaba con mi mamá, que me daba el pecho. Yo la abrazaba y estaba calentito. Luego también le salía agua roja de la cabeza y me despertaba abrazado a la almohada con la punta metida en la boca.

—Vuelve a dormir —me ordenaba Ascuá.

Yo quería hacerlo, pero ya no podía. Así que me quedaba en la cama con los ojos cerrados hasta que salía el sol.

Aquella mañana Ascuá no estaba conmigo. Era la primera vez que despertaba solo y no sabía qué debía hacer. No me apetecía leer. A lo mejor podía ir a jugar con Sluk y las gemelas.

Esa idea era la mejor, pero Garra entró en mi habitación.

—Vístete. Nos marchamos.

Me acordé de que hoy nos íbamos todos a una casa nueva. Me había acostumbrado al olor de esta y me gustaba y no quería irme, pero Garra me había prometido que la carne era mejor allí. Supuse que, de todos modos, no podría quedarme en esta casa yo solo. Nunca me dejaban solo.

Creo que Garra era el que decía a todos lo que había que hacer para no estar en peligro con los humanos que les habían lanzado la magia mala. Normalmente era Ascuá quien me cuidaba, pero Garra era el jefe de

seguridad y yo tenía que ir con él.

Había muchas cajas y todos las iban metiendo en camiones. Garra y yo no nos llevamos ninguna en nuestro coche. Nos fuimos antes que los demás, los dos solos. Era la primera vez que me sentaba en el asiento de delante. Como hacía mucho que no salía de la casa, me entretuve viendo de nuevo a la gente por la calle, a pesar del mal olor y del humo. A Garra no parecía gustarle conducir. Otros conductores nos gritaban de vez en cuando.

—¡Yo tengo preferencia, imbécil! ¡Es una glorieta!

—¡Aprende a conducir, anormal!

—¡Estás ciego!

También nos pitaban, un sonido irritante. Garra hacía ruidos raros con la garganta y miraba a todas partes y decía palabras en voz baja que no entendía, pero sabía que eran de esas que solo dice la gente grande. Según él, el coche era un maldito artilugio infernal.

—¿Estás contento, Dani? —me preguntó.

—Creo que estoy normal —dije, inseguro.

—No saliste de la casa ni una vez. ¿Te gustaría jugar en el parque antes de ir a la casa nueva?

—Vale.

—Veremos a un amigo tuyo. Es una sorpresa.

—Vale.

—Debes obedecerme en todo momento y no alejarte de mí. ¿Lo has entendido?

—Vale.

Nos detuvimos poco después junto a un lugar donde había muchos árboles para estar dentro de la ciudad. Garra dio un puñetazo al volante antes de salir del coche. Me abrió la puerta.

—A mi lado hasta que te diga lo contrario.

Un hombre se acercó a nosotros.

—Perdona, ¿te importaría mover el coche? No puedo sacar el mío.

—Pues no lo saques —replicó Garra sin dejar de andar.

El hombre dio dos pasos y se situó delante de nosotros, impidiéndonos seguir hacia el parque.

—¿Qué haces? Te he pedido que apartes el coche.

Empujó a Garra, quien dio un paso atrás y luego, sin abrir la boca, a un lado y siguió andando. Yo no me moví de su lado.

—Tú te lo has buscado —dijo el hombre.

Eché el puño hacia atrás y apreté los labios. Garra, que no se había vuelto como yo, iba a recibir un golpe en la cabeza. Aquello me pareció mal. Garra no se había enterado de que el hombre quería jugar. Y sentí algo nuevo.

El puñetazo dolería y no me gustaba la idea de que un extraño hiciera daño a Garra, que era amigo mío. Era como si me lo hicieran a mí también. Giré deprisa, salté a las piernas de aquel hombre. Le clavé los dientes en la carne que hay por detrás de la pierna, debajo de la rodilla.

El hombre gritó y me dio una patada con la otra pierna. Rodé por el suelo hasta chocar con una papelería. Cuando volví a mirar, Garra estaba delante del hombre, bloqueó un puñetazo con su brazo y le golpeó con la cabeza en el pecho. El extraño se tambaleó. Garra le dio primero en el estómago y luego se colocó detrás de él, donde le atizó de nuevo. El hombre se arqueó hacia atrás. Garra era un jugador muy bueno. Ascuá siempre me decía que había que atacar la espalda del jugador contrario y era verdad. El hombre no podría hacer nada para defenderse.

Garra le rodeó el cuello con un brazo y le pegó en la cara con el otro, una vez y otra. Salpicó agua roja. El hombre se resistió, se revolvió. Entonces Garra acercó la cabeza y mordió, no vi bien si en la oreja o en el cuello. El hombre gritó. Otro puñetazo lo dejó dormido en el suelo.

—A mi lado —dijo Garra volviendo a andar.

Obedecí. Noté que varias personas nos observaban.

—Ese tipo está loco...

—¿Qué dices? El matón había pateado a su hijo. Yo habría hecho lo mismo.

Eran dos hombres muy mayores y arrugados que habían visto el juego desde un banco, cómodamente sentados.

Paseamos por un camino entre los árboles. Había personas que tenían zapatos con ruedas y se movían muy deprisa sin usar casi las piernas. Varios niños se agrupaban en torno a un león de piedra con un grifo del que salía agua. Había una casa de madera muy pequeña en la que un hombre cambiaba vasos con bebidas por papeles o monedas con números. Cada vez había más gente y era más complicado caminar sin chocar con alguien, pero Garra seguía a la misma velocidad, mirando al frente, y yo a su lado.

Nos paramos frente a un círculo muy grande lleno de tierra, rodeado por una pequeña valla en la que se apoyaba mucha gente grande. Dentro del círculo, en los columpios, jugaba una cantidad enorme de niños. Los



columpios eran variados, algunos los conocía, aunque no había ninguna pirámide.

Reconocí al hombre de negro antes de verlo, por el olor. Debía de ser el amigo del que me había hablado Garra. Se acercó a nosotros con las manos abiertas y separadas.

—Si intentas algo —dijo Garra—, sabes que...

—He venido solo, tranquilo —dijo el hombre de negro—. ¿Qué tal, Dani? ¿Me recuerdas? Has vuelto a crecer.

Claro que lo recordaba. Era el que me decía la verdad y el que había matado a quien mató a mi papá.

—Tú no has crecido.

—Es que ya soy mayor.

Me revolvió el pelo y no me molestó. Normalmente, no me gustaba que la gente me tocara, pero no me pasaba con el hombre de negro ni con mis nuevos amigos.

—Ve a jugar con los niños, Dani —me dijo Garra—. No puedes salir de la arena. ¿Entendido?

—Vale.

—Cualquier juego menos los de peleas.

—Vale.

Con solo un vistazo al parque, supe que no me apetecía jugar. Los niños eran más pequeños que la última vez que había estado en uno. Ahora, desde que había crecido, yo era de los más grandes, si no el más alto de todos. Me parecían lentos y torpes. No podrían cogerme o escapar de mí, los juegos serían demasiado fáciles. Algunos imitaban a otras personas que yo no conocía. Hacían gestos con las manos y ruidos con la boca y reaccionaban a cosas que yo no veía, pero ellos sí. Me fijé en uno en particular que decía lanzar cuerdas desde sus muñecas cuando apretaba dos dedos en las manos y se enfadaba si el otro niño no se quedaba inmovilizado por aquellas cuerdas invisibles.

Así que me quedé con Garra y el hombre de negro, aunque no me hacían caso, solo hablaban entre ellos.

—¿Todavía no me crees? —preguntó el hombre de negro—. Eres demasiado precavido. Yo cumplo con mi palabra. Además, si hubiera traído a alguno de mis hombres, ya los habrías olido.

—Hay formas de camuflar el olor, como muy bien sabes. Y podrían ser nuevos, que yo no los conozca. Por ejemplo, esa mujer de allí. Me ha mirado

dos veces. Si lo hace una tercera, tendremos problemas.

—Me temo que eres más atractivo en esta forma de lo que crees, Garra. ¿Lo ves? Ha venido con su marido y su hijo, y ahora se van los tres. Te repito que no me arriesgaría a malograr nuestro acuerdo.

Garra dejó de mirar a todas partes y se centró en el hombre de negro.

—Es evidente que el cachorro te interesa o no estarías aquí.

—Interesa a mis superiores, no a mí. Pero para el caso es lo mismo. Me sorprende que el Primer Colmillo te permita... Un momento, no lo sabe, ¿verdad? Esto es cosa tuya.

—Para el caso es lo mismo. ¿Lo quieres o no?

—Interesante... Me asombras, Garra. —El hombre de negro se acarició la barbilla—. ¿Qué pides a cambio?

—Liberarás a los míos y os olvidaréis de nosotros.

—Sabes que eso es imposible.

—Me conformo con que los liberes.

—No tengo autoridad para hacerlo y no quiero insultarte fingiendo lo contrario. Podría consultarlo, pero ambos conocemos la respuesta.

—Haz la consulta y asegúrate de transmitir a tus amos que, en caso contrario, lo haré público. Todo. El mundo entero sabrá de nosotros y lo que nos habéis hecho.

—No sabes negociar. No harías algo así porque nos forzaríais a mover ficha. Garra, tú y yo nos entendemos porque somos de los pocos que aceptamos que nuestras especies nunca podrán coexistir. Antes o después, os atraparé a todos y volverás a tu celda.

—Eso no sucederá nunca.

—¿Por qué me hablas así a mí? Te doblegué, Garra. Fuiste de los que más se resistió a la tortura, pero perdiste. Ya conoces el destino que os aguarda. Si os sometéis ahora, os ahorraréis sufrimiento y podréis vivir bajo nuestro mando, como os corresponde, como el resto de formas de vida de este planeta. Los que abogan por la convivencia son unos ingenuos porque solo puede haber una especie dominante.

—¿Hablas por ti o por todos?

—¿Oficialmente? Solo por mí. Pero, dime, ¿dudas de mis palabras?

—No.

—Por supuesto, porque sois demasiado peligrosos y, en el fondo, piensas igual que yo.

—Solo respecto al dominio de las especies. Sin embargo, te equivocas

en algo importante. No volverás a capturarme. Lo intentarás y cuando llegue el momento... —Garra se acercó más al hombre de negro—. Masticaré tu corazón. ¿Dudas de mis palabras?

Apenas le oí de lo bajo que lo había dicho. Tenía entendido que el corazón era algo con lo que había que pensar, aunque eso también lo oí decir del cerebro y de la cabeza. Y también era una cosa que había que escuchar con mucha atención para saber qué hacer cuando no se sabe. Sin embargo, Garra había insinuado que era comida y el hombre de negro tenía uno que debía de estar bueno o disponible.

Era de ese tipo de conversaciones de la gente grande que siempre me acababan confundiendo. Había demasiadas palabras y hasta que no las usaban varias veces no comprendía su significado.

—Tal vez consiga que liberen a dos, puede que tres —dijo el hombre de negro—. Es la mejor oferta que puedo hacerte.

Estaba harto de interpretar variaciones de las palabras, así que me largué. Como el parque no me interesaba, anduve sin rumbo. Acabé cerca de un árbol enorme, muy alto y muy gordo. Desde arriba debía de haber una vista increíble.

Fue fácil trepar, al menos al principio, porque tenía muchas ramas gordas en las que apoyarme. Cerca de la parte alta del árbol no eran tan gordas y una se rompió cuando la pisé y me quedé colgando de las manos. A partir de ahí puse más atención donde pisaba. Tardé más de lo que creía en llegar arriba del todo, pero mereció la pena.

Se veían muchas cosas, los techos de las casas, la gente paseando, incluso muy lejos. Se dominaba toda la extensión del parque, que terminaba donde estaban los coches parados y luego los edificios. Los pájaros pasaban por debajo de mí y... ¡Los pájaros!

Ellos podían volar e ir donde quisieran, como yo en mis sueños con mi papá. Pero mi papá ya no vendría porque lo habían matado. De pronto solo podía pensar en él, a pesar de que me ponía triste, en el recuerdo más bonito que tenía de él.

—¡Niño! ¡Baja de ahí!

Una mujer me gritaba desde abajo. Sucedió lo mismo cuando me subí a la pirámide y luego vino el hombre de negro, pero ahora la mujer gritaba mucho y estaba llamando a todos los que había cerca. Se fue juntando más y más gente. Algunos hombres apartaban a los niños de debajo del árbol.

Garra y el hombre de negro también me vieron. Abrieron mucho los

ojos y se pusieron a discutir. Mucha gente me gritaba. No me importaba lo que decían. Solo pensaba en mi papá. Solté las manos y las separé con los brazos extendidos.

—Lo hago por ti, papá —dije—. Voy a volar como me enseñaste.

Cerré los ojos y era como si estuviera conmigo, como en mis sueños, cuando volaba a mi lado.

—¡Dani! ¡Nooo! —gritó Garra—. ¡No lo hagas!

Abrí los ojos y lo vi, abajo, con la cara deformada, la primera vez que Garra no estaba serio y hablando con el mismo tono de voz. Llegaron tres hombres que vestían la misma ropa azul y le obligaron a retroceder.

—¡Apartaos! —gritó el hombre de negro—. Dejad que la policía haga su trabajo, por favor. Asustareis al niño.

Cada vez gritaban más ahí abajo, lo que me molestaba, porque no me dejaban concentrarme. Dentro de mí había algo que había sentido antes, pero con menos fuerza, una sensación extraordinaria que me llenaba. Estaba muy excitado. Era el momento de hacerlo, lo sentía en mi interior. Mi cuerpo quería volar, quería subir alto y pasar entre las nubes.

—Ya lo entiendo, papá —murmuré—. Soy especial.

Jamás había sabido algo con tanta seguridad. Metí mucho aire dentro del pecho.

Y salté.

Empecé a caer ligeramente inclinado. Se me aceleró el corazón mientras estaba cada vez más cerca del suelo. Agité los brazos tan rápido como pude. El vuelo estaba a punto de comenzar.

El suelo se acercó muy deprisa y escuché un sonido terrible y varios crujidos dentro de mi cuerpo. De pronto estaba sobre la tierra y un charco rojo crecía alrededor de mi cabeza, frente a mi cara. Era como el de mi mamá durante el incendio. Una de mis manos estaba torcida de un modo raro; un palo blanco se me salía del brazo. No podía moverme. No sentía mi cuerpo.

Un instante más y ya no sentía nada en absoluto.

Todo se volvió negro.

## CAPÍTULO 8

Creo que vi las caras de unas personas que no conocía. Estaban borrosas y no captaba su olor. Por encima de sus cabezas había un fluorescente. Entendí que estaba tumbado cuando todo se volvió negro.

Luego vino más gente, todos con caras borrosas que no reconocí, y todos vestidos con ropa blanca. Y, luego, la oscuridad. No sé cuánto tiempo pasé alternando entre la oscuridad y los rostros deformados. El fluorescente siempre estaba allí, en la misma posición, con el mismo brillo. Recurrí a él para orientarme, como un punto de referencia que nunca variaba. Los demás sentidos los tenía anulados. No sentir mi propio cuerpo me aterrorizó. Solo recordaba que había intentado volar. Era obvio que algo había salido mal.

Una de las caras que se asomaba a mirarme con más frecuencia se iba haciendo más nítida. Tenía una barba arreglada y los ojos muy claros, probablemente azules. Un día su rostro se volvió totalmente claro. Sí, eran azules. El lugar olía fatal, pero respiré aliviado porque eso significaba que había recuperado mis sentidos.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —me preguntó el hombre de los ojos claros. Vestía una bata blanca como los demás, y su voz era suave y melodiosa—. Estás en un hospital. Has tenido un accidente, pero te estás recuperando. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí.

Disimuló mal la impresión que le causó mi voz ronca.

—No te preocupes, Dani, tu voz recobraré su tono normal. Llevas tiempo sin usarla y por eso suena tan grave. ¿Quieres un poco de agua?

A mi voz no le sucedía nada, pero ya se daría cuenta por sí mismo. No podía mover uno de mis brazos, el que había visto con la mano torcida y el palo fuera. Ahora tenía una venda blanca muy dura alrededor.

Me incorporé en la cama. Quería levantarme, pero me mareé y solo pude apoyar la espalda contra la almohada. Un cable sujeto con esparadrapo se metía por mi muñeca. Mis piernas también estaban cubiertas por aquella

venda blanca y dura.

—¿Me estás arreglando? —pregunté.

—Eso es. Soy un doctor y te estamos curando. Verás, has estado inconsciente... Dormido. ¿Sabes lo que es el coma?

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas. Pero te pondrás bien.

Eso eran... catorce días. Era muy extraño. Me sentía bien, salvo por ese ligero mareo. Notaba mi cuerpo de nuevo y no percibía dolor alguno. Tal vez me habían sentado bien un par de semanas dormido. Siempre había tenido problemas para conciliar el sueño y nunca lo había logrado más que unas pocas horas. Ahora estaba cansado y, si me hubieran dejado a oscuras, creo que habría cerrado los ojos y habría vuelto a dormir.

—Me gustaría evaluar tu estado —dijo el doctor—. ¿Recuerdas cómo te llamas?

—Dani.

—Muy bien. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo...

No lo recordaba con claridad. Yo creía que tenía un año y algo más, aunque había pasado seis meses enterrado en una tumba, pero muchos otros decían que no, que eran más años. Mi cabeza no funcionaba bien, era más lenta recordando las cosas.

—No te preocupes —dijo el doctor—. Es normal que se te hayan olvidado algunos detalles. ¿Recuerdas qué te sucedió?

—Fallé.

—¿Fallaste?

—No volé.

El doctor hizo una pausa y se acarició la barbilla.

—Entiendo. Fallaste...

—¿Por qué sonríes?

Yo no había dicho nada gracioso, que supiera, y no había nadie más en la habitación.

—Porque me gusta ayudar a los demás. En este caso a ti, Dani.

—He visto a personas que sonríen mientras hacen daño a otras. Niños, casi siempre, los adultos disimulan mejor.

Ahora el doctor soltó una pequeña carcajada.

—Eres muy observador. Y tienes razón. Pero una sonrisa sincera no se puede fingir.

—Uno de mis papás decía que los políticos sí pueden.

—Vaya, suerte que no soy un político. Mira bien mi cara, mi voz, mi expresión corporal. Lo que ves es un reflejo de lo que siento. Sonríe porque te estás recuperando y mi trabajo es ayudarte a mejorar. ¿Lo entiendes?

No se me ocurrió nada con que rebatirle. Traté de sonreír como él.

—No deberías forzar las sonrisas. ¿Sabes por qué no te sale bien? Porque no estás contento. ¿Sientes alegría en este momento? —negué con la cabeza—. Entonces no deberías tratar de sonreír. Ya te saldrá de manera natural cuando te sientas mejor. Ahora debemos hablar sobre el vuelo. No puedo ayudarte si no me cuentas la verdad. Solo quiero entenderte, Dani, para saber exactamente qué sucedió.

En ese momento comprendí en qué podía consistir su ayuda. Y me alegré mucho, aunque no sonreí, como él me había asegurado que sucedería.

—Tú sabes lo que hice mal —dije excitado—. ¡Tú puedes enseñarme a volar!

El doctor desvió la mirada un instante.

—Ya hablaremos de volar en otro momento, si te parece bien, Dani.

¿Me puedes decir el nombre de tus padres?

No sabía a cuáles se refería, pero no importaba porque la respuesta era la misma.

—Papá y mamá.

—¿No sabes sus nombres? Piensa en tu mamá. ¿Cómo la llama tu papá?

Preferí pensar en los primeros papás, no en los segundos, que se habían olvidado de mí porque tenían un hijo nuevo.

—Mamá, cariño, nena.

—¿Algo más? Seguro que la ha llamado de otro modo en alguna ocasión. Tal vez cuando no supiera que los escuchabas.

Me esforcé en recordar una situación como esa.

—Alguna vez... Cuando iban a dormir y sudaban mucho. Mi papá le preguntaba a mi mamá si le gustaba y la llamaba zorra.

El doctor tosió varias veces de repente.

—De acuerdo. Volveremos luego a los nombres. ¿Recuerdas tu apellido?

—¿Mi qué?

—Tu apellido. Es como tu segundo nombre.

—Me llamo Dani.

El doctor se quedó callado otra vez. Era curioso, pero creo que de repente interpretaba su cara y, si no me equivocaba, yo no le gustaba. Su voz era agradable, pero su cara no parecía contenta. No era como me había dicho, que reflejaba lo que sentía. El hombre de negro ya me advirtió que la gente grande mentía.

—Dani, si no me dices los nombres de tus padres no podré avisarles para que vengan a verte. Deben de estar muy preocupados por ti.

—No están preocupados. Están muertos.

El doctor se alarmó visiblemente.

—¿Estás seguro, Dani?

—Alguien le rompió la cabeza a mi mamá y se le salió el agua roja. Y a mi papá...

—Vale. Mejor no pienses en eso ahora.

—Me gusta pensar en mis papás. Mi papá me enseñaba a volar y tengo que aprender a hacerlo.

Retiré la sábana con la mano libre y traté de levantarme. El doctor no me dejó; apoyó la mano sobre mi pecho y me empujó contra la cama.

—Espera, Dani. ¿Dónde vas?

—Tengo que volar.

—¿Para ir a dónde?

—A matar al hombre que mató a mi mamá. Sé cómo huele.

No me gustaba que el doctor me tocara. No me gustaba que nadie lo hiciera. Fue una de las razones por las que aprendí enseguida a bañarme y vestirme solo.

—¡No me toques! ¡Dijiste que querías ayudarme!

Me lo sacudí de encima. El doctor parecía muy sorprendido, pero enseguida reaccionó y volvió a intentar detenerme.

—¡He dicho que no me toques!

Me revolví tan fuerte como pude. No fue suficiente para liberarme, aunque sí obligué al doctor a retroceder un poco. Entonces se abrió la puerta y entraron dos hombres con batas verdes que se abalanzaron sobre mí de inmediato y me sujetaron con fuerza.

—Inmovilizado —ordenó el doctor. Sujetaba un tubo de plástico con un pincho—. Tengo que administrarle un sedante.

—Deprisa —gruñó uno de bata verde, puesto encima de mí con todo su peso—. ¿Cómo puede retorcerse así? ¡Se va a hacer daño!

Yo pataleaba, me movía tanto como podía. Antes era más fuerte. Quizá



fuera a causa del mareo. De pronto todo empezó a moverse más despacio, los sonidos se alejaban y mi cuerpo parecía más ligero.

—Ya está —dijo el doctor.

—¿Cómo es posible?

—Ha sufrido un ataque psicótico —dijo el doctor. Cada vez hablaban más despacio. Ya no los veía porque se me habían cerrado los ojos—. En ese estado se puede desarrollar una fuerza superior a la normal.

—Y un huevo, doctor. La semana pasada tuvimos que reducir al boxeador y nos costó la mitad que a este mocoso.

—Entonces, ¿está pirado?

—Padece algún trastorno que altera su percepción de la realidad. No parece tener amnesia, pero sí lagunas, lo que era de esperar. Necesita tratamiento. Preparad una habitación en psiquiatría. Vamos a ingresarlo.

—¿Qué hay de la policía?

—Informaré de que seguimos sin conocer su identidad. Si sus padres no han aparecido ya... En todo caso, sospecho que va a necesitar cuidados durante mucho tiempo, sobre todo ayuda psicológica.



Odié el hospital desde el primer día. No me acostumbraba al olor, me sentía pesado, mi cuerpo era lento y débil, y no podía levantarme de la cama. Aprendí muy bien lo que significaba el aburrimiento y no se me ocurría una tortura peor que esa.

Los que vestían de verde eran enfermeros. Me lavaban el cuerpo y me peinaban, y me tocaban mucho. No me gustaba que me tocaran, pero insistían.

El segundo día mordí a uno en el brazo. Entonces me obligaron a tomar unas píldoras y me quedé dormido. A partir de ese momento me ataban un brazo o me sujetaban entre varios.

—Es por tu bien, Dani, para que te cures —me decían.

Pero yo no creía que eso fuera a curarme. Me picaban las escayolas y les pedía que me las quitaran, pero se negaban. También me tocaban cuando tenía que ir al retrete. Eso era lo peor, así que no les avisaba y me lo hacía encima y ellos se enfadaban y me gritaban. Un enfermero con la piel oscura me pegó una vez en la cara y me llamó algo que no entendí. No me molestó. Ascu me pegaba más fuerte que él cuando jugaba conmigo, así que me hice pis otra vez en cuanto tuve ganas.

El doctor, que me visitaba al menos una vez al día, no se enfadaba, aunque me hacía muchas preguntas porque mi rechazo a que me tocaran se debía a algo que me había pasado cuando era un niño, según él. Yo sabía que no era verdad. Desde que podía recordar, nunca me había gustado que nadie me tocara, salvo mis papás, y también mis últimos amigos, los que obedecían al Primer Colmillo, con ellos no sentía ese rechazo. Pero el doctor no me creía.

—¿Alguna vez tus padres te tocaron cuando eras pequeño y estabas desnudo?

—Cuando no sabía andar y me bañaban.

—¿Alguien te ha tocado estando desnudo?

—No.

—Y estando vestido, ¿algún adulto te ha tocado entre las piernas?

Hombre o mujer. O detrás, ya sabes...

—¿En el culo?

—Sí.

—No.

Luego me preguntó si me habían metido algo en el culo alguna vez. No estaba seguro de qué se suponía que podían meterme ahí, no había oído de nadie que hiciera algo parecido. Hasta donde yo sabía, del culo solo salía caca, no entraba nada. Con el pene, las preguntas eran más confusas todavía.

El doctor no me creyó y me miraron el pene y el culo. Fue muy desagradable. Intenté morder a uno de los que me sujetaba, pero ya estaban advertidos de que lo intentaría y me cerraron la boca como a algunos perros que había visto en la calle.

Los odié a todos.

La comida fue lo peor. La cocinaban y me daban cosas verdes que no me gustaban. Una vez me dolió tanto la tripa que la comida se me salió por la boca, otra sensación horrible que me dejaba un gusto repugnante en la lengua, y una de las cosas que peor olía del mundo. Cuanto más me negaba a comer, más me obligaban.

Me sentía muy mal allí. Quería irme con mis nuevos amigos. Quería jugar con Ascua y comer carne cruda. Aunque no sabía dónde estaban. Seguramente tendría que buscarlos cuando lograra escapar del hospital. Sería como pasó con mi papá, que se marchó el día del incendio y después lo encontré. Luego pensé que hasta el momento nadie había pasado mucho tiempo conmigo.

Las noches tampoco eran mejores. Dormía mucho, al menos seis horas seguidas, algo a lo que no estaba acostumbrado. Pero me despertaba cansado. Siempre estaba cansado. Y lo peor era que no soñaba. Echaba de menos a mis papás y ahora tampoco podía soñar con ellos. Pero no los olvidaba. Recordaba sus palabras y sus juegos, y en especial el sabor del pecho de mi mamá y su abrazo calentito.

A veces abrazaba la almohada y me imaginaba que era mi mamá, que estaba conmigo y que su cabeza no estaba rota. Ella me sonreía, me acariciaba, me cambiaba de una teta a otra y yo estaba caliente. No me gustaba el frío. Mi mamá estaba muy calentita.

También echaba de menos a Ascuá. Esperaba encontrármela a mi lado cada vez que despertaba; no era así, claro. Estaba solo.

La quinta noche tuve un picor muy intenso en la muñeca, por debajo de la escayola. Metí la mano buena por un hueco, pero no llegaba hasta el picor. Insistí. Y la escayola se rompió. Por fin pude rascarme y fue un alivio. Entonces me miré las piernas. Con las dos manos libres apenas tardé en romper las escayolas.

Fue una sensación extraña doblar las rodillas después de tantos días sin hacerlo. Estaba harto de permanecer tumbado y aburrido. Descubrí que bajar de la cama no era tan sencillo. Mi cuerpo era torpe y lento, y me mareé. Había crecido otra vez, casi seguro. Tuve que concentrarme para llegar a la puerta de la habitación sin caerme al suelo.

En el pasillo no había nadie, todo estaba en silencio. Me apoyé en las paredes para avanzar. Todo era del mismo color, feo, liso; el suelo estaba frío. Había un enfermero sentado con un libro en las manos.

—¿Por dónde se sale? —le pregunté.

El enfermero se sorprendió mucho, se inclinó hacia atrás en la silla y se cayó, aunque enseguida se levantó. Se acercó corriendo con una cara que ahora entendía muy bien: de odio.

Me dispuse a esquivarlo como cuando jugaba con Ascuá, pero nada más separarme de la pared todo dio vueltas y me caí al suelo.



Desperté de nuevo en la misma cama. Varios enfermeros discutían a mi alrededor. El doctor apareció poco después. Se frotaba la cara y le costaba abrir los ojos.

—¿Por qué me habéis llamado? —preguntó abriendo mucho la boca y

durante mucho tiempo.

Un enfermero me señaló. El doctor me miró de arriba abajo y luego parpadeó varias veces.

—Se ha levantado solo y ha salido al pasillo —explicó el enfermero.

El doctor me miró las piernas.

—¿Y quién...?

—Se las quitó él solo.

Se frotó los ojos con los puños durante varios segundos. Yo aún seguía mareado.

—A radiología —ordenó el doctor—. Ahora mismo.

En ese sitio, tuve que tumbarme en una cama dura y fría, con un aparato grande encima de mí que movieron varias veces después de colocarme en diferentes posturas. De vuelta en mi habitación, alguien le entregó al doctor unas páginas negras y grandes en las que había fotos de mi cuerpo por dentro, de la parte dura, como la que se me había salido de la mano cuando no supe volar y me estrellé contra el suelo.

—¿Has traído las radiografías que le hicieron al ingresar en el hospital?

Yo no recordaba haber estado en la radiología esa antes. Debió de ser cuando estaba dormido. El doctor miró las radiografías de dos en dos, varias veces. Luego las dejó en una mesa.

—¿No te duele nada, Dani?

—Me da vueltas.

—Estás un poco mareado, lo entiendo. ¿Qué hay de las piernas y del brazo? ¿Duelen?

—No.

—No puede ser —dijo el otro médico, el que había traído las radiografías.

—A no ser que las radiografías del ingreso no sean estas. Se habrán traspapelado.

—Pero sí coinciden con la caída... Y aquí está la fecha, la hora y el nombre del paciente.

—Yo soy su médico, quien le examinó. No tú, ¿me equivoco? Y digo que estas no son las radiografías. ¿Ves la longitud del brazo? Aquí y aquí. No coinciden. Las primeras radiografías son de alguien más pequeño, a menos que puedas explicar cómo alguien es capaz de crecer tanto en tres semanas. Ahora, déjame en paz con mi paciente.

El médico puso cara de fastidio y tardó un poco en moverse, pero al

final se retiró.

—Una cosa más —dijo el doctor—. No te inmiscuyas en mi trabajo. No me gustaría que fueras contando nada por ahí y luego tuviera que tomar medidas, como denunciar una negligencia de este calibre.

—Entendido —dijo el médico, cerrando la puerta.

El doctor acercó una silla y se sentó al lado de la cama.

—¿Te habías roto alguna vez un hueso? ¿Te curaste rápido?

No quería hablar con él. Parecía que mandaba mucho en el hospital, así que era responsable de lo mal que lo estaba pasando. Le habría mordido, pero no se estaba quieto, toda la habitación se movía. Luego me di cuenta de que ya no tenía las escayolas y que podía hacer algo más que morder. Intenté darle un puñetazo con todas mis fuerzas.

—¿Por qué levantas el brazo? —preguntó el doctor—. ¿Quieres algo?

Mis movimientos eran lentos y torpes. Se suponía que me estaban curando, pero me sentía cada vez peor.

—Habla, Dani. Dime algo. ¿Estás enfadado? Dime qué te pasa.

—No me gusta que me metan cosas en el culo.

—Ah, eso. Ya no lo harán más. Te lo prometo. Solo era un juego. Me dijiste que te gustaba mucho jugar, ¿no? No puedo saber los juegos que te gustan si no me los cuentas.

Eso me pareció razonable.

—Me gusta correr y cazar conejos, y pelear.

—Y no te gusta que te toquen. ¿Sabes lo que vamos a hacer? A partir de ahora nadie te tocará. Les diré a los enfermeros que no te toquen si no es absolutamente imprescindible. Pero tendrás que lavarte y hacer tus necesidades en el lavabo, no en la cama. ¿Te parece bien?

—Y quiero la carne cruda.

—De acuerdo. La pediré poco hecha. ¿Algo más?

—No quiero comida verde. Me revuelve la tripa.

—De acuerdo. Lo mejor es que, cuando quieras algo, me lo pidas, y haré lo que pueda para conseguírtelo.

—Quiero irme de aquí.

—¿A dónde querrías ir, Dani?

—Tengo que encontrar un biólogo y quiero matar a quien mató a mi mamá y quiero ir a casa del Primer Colmillo y jugar con Sluk y las niñas iguales y...

—Vaya, tienes muchas cosas que hacer. Pero no puedes ni andar si

estás mareado, ¿verdad? Voy a curarte la cabeza cuanto antes para que puedas irte. Mientras tanto, seguiremos jugando en el hospital, solo a los juegos que te gusten. Pero, para curarte, necesito que me hables sobre ti, Dani. ¿Qué hay de tus heridas? ¿Te habías roto un hueso antes?

—¿El hueso es lo duro que tengo dentro?

—Sí.

—Entonces no.

—¿Alguna enfermedad? —El doctor interpretaba las caras mejor que yo, al menos la mía, porque no le respondí, pero entendió que no estaba seguro de qué contestar—. ¿Te ha dolido mucho la cabeza? ¿Mucha tos? ¿Tu cuerpo se ha puesto muy caliente?

—Tengo calor dentro cuando me enfado —contesté, a sabiendas de que no era eso a lo que se refería.

—Probemos con las heridas. Alguna vez te habrás caído y te habrás hecho un corte o una rozadura, ¿no?

Lo pensé un momento.

—Con los lobos.

—¿Los lobos?

—Sí, jugando con ellos, me mordieron muchas veces.

—¿Y te curaste rápido?

—No sé. ¿Cuál es la velocidad normal?

El doctor sonrió.

—Imagino que todo es complicado sin un punto de referencia para comparar. Voy a dejarte descansar. Estudiaré muy bien tus radiografías y encontraré una cura, te lo prometo. Vamos a jugar a muchas cosas divertidas, Dani, y ya seguiremos hablando de los lobos, que me interesa mucho. En realidad, creo que eres el paciente más interesante que he tenido nunca.

—No soy interesante, soy especial.

—Desde luego que lo eres, Dani.



Mi situación mejoró en el hospital. Ya nadie me tocaba; podía pasear, aunque no llegaba muy lejos por los mareos; la comida era carne poco hecha y sin verduras. Lo malo era que seguía apestando allí. También me dejaban leer y ver la televisión. Dos días necesité para aburrirme de nuevo y desear salir de aquel sitio.

El doctor venía a verme y me agobiaba con un montón de preguntas.

Me explicaba que curarse requería tiempo y que yo progresaba. Sonreía más que antes. Los juegos del doctor eran los peores que me habían enseñado. Me colocaban en máquinas extrañas y me pinchaban con jeringuillas y me miraban la garganta y me conectaban a aparatos que tenían números y pitaban. Pero nadie volvió a meterme nada en el culo, ni a intentarlo.

Me dejaron una silla con ruedas para que pudiera moverme fuera de mi habitación. En esas salidas al pasillo, me cruzaba con otros pacientes. Era fácil diferenciar a los médicos de los pacientes, por las batas. Los otros enfermos no hablaban mucho y parecía que tenían sueño. A veces los acompañaban personas con ropa normal que venían a ver a algunos pacientes. A mí no me visitaba nadie.

El doctor decía que ya era hora de relacionarme con los demás. Había una sala grande con sillas y mesas y una televisión colgada de la pared frente a la que los pacientes se reunían un par de veces al día. Allí encontré a algunos de los que había visto en el pasillo, varios de ellos se sentaban con gente que vestía normal. Otros miraban la televisión y unos pocos jugaban en las mesas con unos juegos que no conocía, salvo el ajedrez.

Observé a dos pacientes en mitad de una partida. Era difícil saber cuál de ellos lo hacía peor. Durante un rato llegué a pensar que el propósito no era acorralar al rey, porque dejaban pasar la oportunidad de comerse las piezas. Un día que uno de ellos no estaba, me acerqué a la mesa.

—Hola, soy Dani, y soy especial. Me gusta jugar al ajedrez. ¿Jugamos? Ni siquiera me miró. Tenía la cabeza inclinada de lado. Se rascó la barba y movió un peón. Respondí sacando un caballo.

Seis movimientos más tarde, ya le había comido tres piezas y él a mí ninguna. En otros seis movimientos acorralé a su rey. Se quedó quieto mirando el tablero. Iba a marcharme cuando desplazó su rey. Que yo supiera, eso ya no era necesario, iba a comerme a su rey, por lo tanto, el juego había terminado. Pero tal vez hubiera normas que desconociera, así que, por si acaso, usé mi caballo para comerme a su rey.

Fue la primera vez que me miró a la cara. No dijo nada. Saltó sobre la mesa y cayó encima de mí. Me golpeó en la cabeza con el tablero, las piezas salieron volando. Todo había sucedido muy deprisa y no me lo esperaba, pero estaba contento, excitado, por fin alguien quería jugar a las peleas.

Debía colocarme sobre su espalda, como me había enseñado Ascuá, y ahora lo tenía encima. Me lancé a por su brazo para morderlo. Fallé, porque retiró el brazo antes de tiempo y ni siquiera lo rocé. No había sido rápido, era

que yo me movía lento. El tablero crujió contra mi cabeza otra vez. Luego lo tiró a un lado y levantó una silla con las dos manos.

Tenía que apartarme o me aplastaría la cabeza. Me revolví, traté de girar el cuerpo a un lado, pero no podía, se me había puesto de pie encima. Me cubrí la cabeza con las manos.

—¡Estoy escribiendo, imbécil! —gritó alguien—. Si vuelves a desordenar mis hojas con tus malditas piezas de ajedrez, te arrancaré el alma y te pondré en otro cuerpo y te meteré en el infierno. ¿Está claro?

Alguien, muy enfadado, le había quitado la silla de las manos antes de que me machacara con ella. Nos había estropeado el juego. Mi oponente se levantó y miró a otro lado.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó un enfermero que acababa de entrar en la sala.

—¡Me han desordenado mis páginas! ¡Odio el ajedrez!

¡Ese era el hombre que no olía!, el que conocí en el cementerio cuando salí de mi tumba. Llevaba el mismo sombrero y vestía la ropa de los pacientes.

El enfermero se agachó a mi lado.

—¿Te ha pasado algo?

—Estábamos jugando —contesté.

El enfermero fue a hablar con el otro, el que había perdido al ajedrez. Yo me senté en la mesa del hombre que no olía. El bastón estaba apoyado en su silla. Ordenaba un montón de hojas de papel mientras resoplaba. Entonces me vio.

—Caramba, ¿eres tú, chico? ¿Dani? ¡Cómo has crecido!

—¿También tienes mal la cabeza?

—Eso creen ellos —dijo señalando al enfermero—. Uno se muere unas cuantas veces, y luego van y dicen que está loco, ¿sabes? Pero aquí no estoy mal del todo. Necesitaba un sitio tranquilo para escribir.

Eso me recordó que en el cementerio recibió una llamada de un juntaletas de pacotilla, sí, eso dijo. No parecía muy contento.

—¿Qué escribes? —Agarré una de las páginas y eché un vistazo.

Hablaba de alguien que tenía por nombre un color, en vez de uno de persona. Leí una palabra que había escuchado varias veces y que tenía muchas ganas de entender de una vez—. ¿Qué es un alma?

—Es... complicado.

—¿Yo tengo una? Aquí pone que uno la ha perdido.



—Trae. —Me arrebató la hoja de las manos—. Es... un viaje de hace mucho tiempo y..., bueno, la verdad es que está un poco desordenado todavía. No se entiende porque soy el peor escritor de la historia, por eso he buscado a uno que no es que sea mucho mejor, pero... Bah, todo eso es aburrido. ¿Qué haces tú aquí? Espera un momento... ¿Me estás siguiendo, chaval? ¿Es eso? —Se levantó de repente—. ¡No podéis dejarme en paz! ¡Esta vez no pienso morir! Te había tomado por un chico cualquiera. Eres bueno disimulando y aparentando idiotez, pero a mí no me la pegas. ¡Venga, atrévete! Ya no tienes que fingir más. ¡Vamos, estoy preparado!

Había levantado los puños y me miraba.

—¿Quieres jugar? —le pregunté.

—¡Ramsey! —gritó el enfermero—. Como armes jaleo, te confisco el material de escritura.

Ramsey volvió a sentarse.

—Recuerda que no me engañas, mocoso —dijo muy bajito, casi sin mover la boca—. Diles que no pienso cambiar de opinión y que yo no rompí su bastón. No es asunto mío.

—¿A quién?

—Lo sabes muy bien. El anciano y el niño... ¿No los conoces? ¿En serio? Vaya, qué bien. Entonces, ¿por qué estás aquí, chico? Se nota que tú no estás loco. ¿Será una coincidencia? No, no lo creo, es la segunda vez que nos vemos. Una podría ser casualidad, pero dos... Qué interesante. ¿Sabes una cosa? Creo que un día tendré que escribir tu historia, porque yo veré el final, aunque me muera antes. Es asqueroso, pero es lo que me ha tocado. Además, eres especial.

—Me lo dijo mi papá.

No le entendía del todo, pero me caía bien. Era la única persona sin olor que conocía y además me valoraba tanto como mi padre.

—¿Qué más te dijo tu papá?

—Que buscara a un biológico porque pueden hacer bebés como yo. ¿Tienes uno?

—Pues no, la verdad. Pero sé que aquí no lo encontrarás. Este no es tu sitio, chico.

—Me están curando la cabeza.

Ramsey lo negó, apretó los labios.

—Se supone que no debería meterme, pero... Bah, qué diablos. Ya he muerto antes, ¿no? Si estoy aquí es por algo, ¿no? ¡Y es lo que me apetece!

—Ramsey dio un puñetazo en la mesa—. A ti no te pasa nada, Dani. Lo que te han dicho los médicos es mentira. Tienes que largarte.

—Sí me pasa. Mi cabeza piensa más despacio que antes. Y soy débil. Cuando era pequeño podía levantar una cama y ahora no. Mi cabeza está mal.

—Eso es por la medicación. Es una mierda, en serio. Ya lo es para la gente normal, así que figúrate para ti. Te dan pastillas todos los días, ¿verdad? No te las tragues. Pero que los enfermeros no se den cuenta. ¿Me entiendes?

—No.

—Te las metes en la boca, las colocas debajo de la lengua y te tragas solo el agua. Luego, cuando el enfermero se marche, escupes las píldoras y las tiras al inodoro. Necesitarás unos días para que se te pasen los mareos y la debilidad, pero te aseguro que te pondrás fuerte de nuevo y tu cabeza funcionará igual o más rápido que antes.

Meterse algo en la boca para luego escupirlo. No le veía el sentido. Claro que yo quería volver a ser fuerte y pensar deprisa. Aunque mi mayor deseo seguía siendo salir del hospital y, según Ramsey, el biológico estaba fuera, en alguna parte. Le pregunté dónde, pero había vuelto a sus papeles y no me hacía caso. Parecía muy concentrado, murmuraba, de vez en cuando arrugaba una página y la tiraba al suelo. Me alejé de él.

Pude llegar hasta la ventana sin necesidad de la silla de ruedas, aunque tuve que apoyar las manos contra el cristal. Estaba en una sexta u octava planta, bastante alto, lo que me recordó a mi intento de volar y a mi fracaso. Todavía no sabía qué había salido mal. Tal vez, cuando me curara, podría intentarlo de nuevo.

El hospital estaba rodeado por un parque de árboles pequeños. Solo veía las cabezas de las personas que caminaban ahí abajo, que iban y venían. Me fijé en una pareja, un hombre y una mujer. A pesar de la altura y la distancia, podía distinguir los detalles. No sabía que se trataba de una mujer solo por el pelo largo; yo conocía esa cabeza y también la del hombre que la acompañaba. Eran Ascuá y Garra. ¡Seguro que habían venido a buscarme!

Ellos no se habían olvidado de mí, como mi segundo papá. No me había quedado solo otra vez, podría volver con ellos y comer carne de la buena. Se quedaron quietos y miraron hacia arriba, hacia mí.

—¡Estoy aquí! —grité.

Pero sus cabezas no se detuvieron, estudiaban todo el hospital, no solo mi ventana. No me habían visto. Entonces se les acercaron muchos hombres

que vestían la misma ropa. No era el uniforme de la policía, aunque se parecía un poco. Conté más de diez. Rodearon a Garra y a Ascuá. Después llegó el hombre de negro y se quedó algo más alejado, mirándolos. ¡Habían venido todos mis amigos a verme! No podía estar más contento.

El hombre de negro les señaló con el dedo. Los hombres uniformados sacaron unos palos negros y se echaron encima de Ascuá y Garra. ¡Estaban jugando! ¡Sin mí! Yo quería bajar y jugar con ellos.

Ascuá y Garra eran mejores jugadores que los tipos uniformados, sobre todo ella, que de un salto derribó a dos hombres y mordió a uno en el cuello, por detrás, como me había enseñado. Salió agua roja. Garra se movía deprisa y los uniformados no conseguían darle con los palos. Le rompió a uno la pierna. Era una partida sensacional. Debían de estar divirtiéndose un montón.

Hubo un momento en que Ascuá y Garra se chocaron por la espalda sin querer. Ella cayó al suelo y un palo se estrelló contra su cabeza. Garra trató de ayudarla, la empujó a un lado y recibió en el costado dos golpes que le habrían alcanzado a ella. Cuando terminara el juego, Ascuá le regañaría y le daría varias veces con un palo en la espalda, porque eso no se hacía. Me había enseñado que nunca debía ponerme en peligro, por nadie ni por nada, que yo soy lo más importante. Garra no había aprendido bien esa lección y, ahora, por su culpa, parecía que los uniformados iban a ganar. Pero Garra y Ascuá lograron derribar a dos de ellos y huyeron, se perdieron entre los árboles y luego cruzaron la carretera, donde un coche estuvo a punto de atropellarlos. El hombre de negro gritó y salió tras ellos, seguido por los uniformados.

Ya no podía verlos.

—¡Yo quiero jugar! ¡Esperadme! —Golpeé la ventana para llamar su atención. Debería haberlo hecho antes—. ¡No os vayáis! ¡Quiero jugar! ¡Quiero jugar!

—¡Dani! ¿Qué es este escándalo? —me preguntó un enfermero a mi espalda.

—¡Soy buen jugador! ¡Quiero bajar!

El enfermero volvió a regañarme. Yo trataba de no perderlos de vista mientras seguía chillando tan fuerte como podía.

—Tú te lo has buscado, chico.

Me agarraron, un enfermero de cada brazo, y me apartaron de la ventana. Eran demasiado fuertes para mí, pero eso no evitó que me enfadara. Noté el calor dentro del cuerpo. Lancé una patada al de mi derecha.

—¡Ay! Maldito crío. ¡Casi me rompe la pierna!

Otro enfermero me agarró en su lugar. Se situó a mi espalda, donde no podía darle patadas. Nunca me había sentido tan indefenso en aquella posición. Ascuá tenía mucha razón en sus lecciones.

Alguien me clavó una jeringuilla en el brazo. Y ese fue el final.

---

—Jaque mate —dije cambiando un peón por una reina—. ¿Podemos dejarlo ya?

El doctor no apartaba la vista del tablero. Luego me miró y sonrió.

—Eres muy bueno, Dani.

—Tú eres muy malo.

Ya no me gustaba el ajedrez. Había jugado varias partidas contra el doctor y solo me había ganado la primera, la única vez que había hecho algo que no me esperaba. Ahora podía anticipar casi todos sus movimientos, y si no, como poco, intuía su estrategia, lo que no era complicado. Al inicio peleaba por dominar el centro, y luego presionaba siempre el flanco de dama, basando su juego en los alfiles. En eso era bueno, sus alfiles hacían mucho daño. Por tanto, solo había que comérselos, forzar un cambio por otra pieza o bloquearlos, y ya estaba perdido. Ni siquiera me tenía que esforzar para derrotarlo.

Pero me portaba bien, porque era la única persona que pasaba tiempo conmigo desde que me redujeron en la sala común, junto a la ventana. Quería ver a Ramsey, pero no me dejaban salir de mi habitación. El doctor decía que era por mi bien. El doctor era un mentiroso.

Había seguido el consejo de Ramsey de no tragarme las píldoras y había funcionado. Me sentía mejor, no solo fuerte, sino también ágil y despierto. Ya no dormía casi nada, como siempre había sido. Por tanto, era la medicación la que me había dado sueño en el hospital y la que me ralentizaba el cerebro. Por fortuna, Ramsey me había prevenido para que fingiera y eso hacía, no solo al tomar las píldoras, también después. Continuaba moviéndome con torpeza, como si estuviera mareado. Por las noches, a oscuras, me ejercitaba: ya podía levantar de nuevo la cama.

Suponía que, si había crecido, también sería más fuerte, solo que no podía comprobar cuánto. Esperaba que mi progresión continuara y un día ser capaz de derribar la puerta para escaparme. El problema era la paciencia. Cuando era un bebé, podía pasar horas simplemente mirando si íbamos en

coche o si me ponían frente a algo nuevo. Allí no había nada. Odiaba aquella habitación. No podría soportar encerrado muchos más días.

Lo tenía todo planeado. Si no lograba derribar la puerta, obligaría al doctor a hacerlo. Le propondría un cambio, como en el ajedrez, pieza por pieza, en este caso, o la puerta o él. Si se resistía, le partiría el cuello y luego probaría con un enfermero. Antes o después, alguien aceptaría.

Precisamente en ese instante la puerta se abrió y entró un hombre gordo y grande, de aspecto desagradable. Olía a comida de la que sacaban de la máquina expendedora.

—Hola. ¿Es este? —le dijo a mi médico—. ¿Cómo estás, Dani?

No vestía como los demás doctores.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Soy el director del hospital. No te preocupes por mí. Solo he venido a hablar un momento con el doctor.

—Podemos ir a mi despacho y...

—No —le interrumpió el director—. Quiero verlo. Quiero ver la causa de tantos problemas.

El doctor se sentó en una silla y se olvidó de mí.

—¿Problemas?

—Tengo encima a las autoridades. Y no voy a poder retenerlos mucho tiempo.

—¿Lo han identificado?

—No. Pero insisten en verlo.

—No pueden —dijo mi doctor—. He rellenado todos los informes al respecto. Hasta que se cure, no pueden hacer nada, a menos que algún familiar aparezca.

—Tranquilo. Hay razones médicas de sobra, pero... Hay algo extraño. Hemos tenido a chicos sin hogar en otras ocasiones y nunca habían insistido tanto. Además, siempre es el mismo tipo el que viene a preguntar. Diría que es algo personal. Ponme al día.

—Dani es especial. Su constitución es extraordinaria. ¿No habrás enseñado a nadie los informes que te pasé?

—Tranquilo.

—Creo que nunca ha estado enfermo.

—Tú eres el médico, no yo. ¿Pero eso es posible?

—Tengo que hacer más pruebas.

—Nadie me meterá nada en el culo —le recordé.

—Por supuesto, Dani. He dicho pruebas, pero quería decir juegos. Nadie te ha vuelto a tocar desde que te lo prometí, ¿verdad?

Preferí no hablar otra vez de cuando me pincharon con la jeringuilla, porque el doctor me repetiría que era por mi bien y yo no sabía cómo discutir eso, aunque no me lo creía.

—¿Qué hay de su voz? —preguntó el director—. Parece la de un adulto. ¿Cuántos años tiene? ¿Quince?

—Él no lo sabe. El golpe le borró parte de la memoria. —Eso era mentira. El doctor no solo me mentía a mí, al parecer—. Creo que tiene catorce años, como poco, aunque su voz le hace parecer mayor. Creo que puede deberse a una malformación de las cuerdas vocales.

—¿Perdón?

—Aún no lo he estudiado a fondo, pero creo que el ventrículo...

—Yo no soy médico.

—Un pequeño saco que hay entre los pliegues vestibulares... Las cuerdas vocales en realidad son repliegues, como labios membranosos, y entre dos de ellos se encuentra esa especie de saco, que en su caso es demasiado grande. Creo que es la razón de que su voz suene más grave de lo que debería para su edad.

A veces los médicos hablaban así, con palabras raras que nadie más empleaba. Resultaba confuso.

—Es algo leve —dijo el doctor—. Nada preocupante.

—El informe habla de problemas psicológicos. ¿Qué hay de eso?

—Eso es complicado. El chaval es muy listo. No puedo vencerle al ajedrez.

—El doctor es malo jugando. ¿Quieres jugar? —le pregunté al director.

—Ojalá pudiera, hijo. Quizá en otro momento. —El director miró al doctor—. Ser listo no me parece un problema. ¿Hemos falseado el informe?

—Dani, ¿qué quieres hacer cuando salgas del hospital? —me preguntó el doctor.

—Voy a buscar un biológico y luego mataré a quien mató a mi mamá —repetí, cansado. Me lo había preguntado muchas veces.

El doctor y el director intercambiaron una mirada rápida que no supe interpretar. Luego el director suspiró.

—A veces detesto a los médicos. ¿Tengo que preguntar qué entiendes por inteligencia?

—Hay varias clases de inteligencia —dijo el doctor—. El problema que

tenemos aquí es complejo.

—¿Emocional?

—Eso sin duda.

—Existen varios trastornos para quienes tienen problemas en procesar las emociones —dijo el director—. Yo no lo he estudiado, pero algo de eso me suena. Seguro que...

—Ninguno de esos trastornos concuerda del todo. Presenta problemas para relacionarse e interpretar correctamente las emociones, pero no es autismo. Entre otras razones, porque mejora a una velocidad increíble. Solo en el tiempo que ha pasado aquí, su vocabulario se ha enriquecido mucho, y con ello su capacidad de comprensión. Eso me hace suponer que, con el tiempo, no tendría problemas en absoluto. Ahora mismo distingue los estados más elementales y extremos, como contento y triste, alegre o enfadado, pero se pierde con los dobles significados o la ironía. No puede comprender conceptos más complejos, como la resignación o la lealtad, o la indignación. Dudo que haya sentido nunca vergüenza, por ejemplo.

Me había perdido. Ni siquiera sabía si continuaban hablando de mí o de otra persona.

—¿Puede aprender esos conceptos tan complejos?

—Creo que sí —dijo el doctor—. Pero no he tenido demasiado tiempo para completar mi evaluación.

—Entonces no es un trastorno que conozcamos.

—La diferencia está precisamente en esa capacidad que tiene para mejorar, para aprender. Un autista, siguiendo el ejemplo anterior, no deja de serlo nunca, no mejora en cuestión de días de una manera tan asombrosamente rápida. Lo que me ha llevado a una pregunta.

—Por qué no ha aprendido hasta ahora, ¿verdad?

—Exacto —dijo el doctor—. Hay otro detalle llamativo. Carece de... cultura, la más elemental, sobre todo para un niño de su edad. No sabe quién es Darth Vader, no ha oído hablar de la segunda guerra mundial, desconoce los nombres de cualquier país o ciudad, no sabe ni una sola marca de teléfono móvil... Es decir, cualquier información que un adolescente absorbe simplemente por contacto social.

El director suspiró, se llevó una mano a la frente.

—¿Y las conclusiones?

—Por ahora estoy perdido —admitió el doctor—. Es como si... ¡No lo sé! Es como si hubiera pasado toda su vida en una isla desierta, solo, sin

contacto humano, y ahora tuviera que aprender y, sobre todo, tener experiencias.

—Por último, ¿qué hay de su carácter? Me lo van a preguntar y tengo que contarles algo.

—Peligroso. No siente simpatía por nadie y no demuestra miedo, y es claro que ha convivido con la violencia. Ya has visto la ligereza con la que habla de matar. Identifica muy rápido la autoridad, quién manda, lo que me induce a pensar en un entorno jerarquizado con mucha disciplina. Pero admito que son conjeturas. No tolera el contacto físico. Lo peor, en mi opinión, es que carece de empatía.

—¿Estamos ante un psicópata? Porque tengo entendido que eso no se cura muy bien.

—No puedo asegurarlo. De lo que sí estoy convencido, es de que, si no recibe ayuda, podría acabar... mal, sintiéndose solo, diferente y sin preocuparse por los demás. Una vez dijo algo de que los humanos son malos y encerraron a sus amigos y les hechizaron. Es obvio que se trata de algo que sucedió y así es como lo traduce él en palabras, pero es significativo que él no se incluyera dentro de los humanos.

—¿Le explicaste...?

—No quise contradecirle. Necesito su confianza para que se abra o no podré hacer nada por él.

—Así que le seguiste el juego. Bravo. ¿No es eso alimentar el problema? No, basta de rollos médicos. Lo que a mí me importa es que tenemos un problema enorme, por lo que veo. Tenemos leyes para los menores sin familia, ¿lo sabías? Y hace dos semanas que yo tendría que estar en la playa, tostándome al sol.

—El hospital cuenta con asesoría legal. Que busquen cualquier pretexto para que no se lo lleven o será un desastre para el chico. No puede enfrentarse al mundo todavía. Ni siquiera tienes que mentir, al menos en lo referente a los trastornos mentales. Límate a ocultar las pruebas físicas que hemos realizado. Nadie debe saber todavía que...

Salieron de la habitación sin mirarme siquiera, hablando entre ellos, como si no existiera otra cosa. Salvo la puerta, claro, que sí se acordaron de cerrarla. Y me quedé otra vez solo. Y muy aburrido.

Más tarde una enfermera me pidió que hiciera pis en una bolsa y se la llevó. Le pregunté si podía ir a la sala común.

—Lo siento. Eso lo tiene que autorizar el doctor.



Apenas pude contener las ganas de saltar sobre ella y destriparla, pero no quería que supieran que no estaba mareado ni que descubrieran que ya no me tomaba la medicación. Sin embargo, estaba llegando al límite. Si al día siguiente no me sentía más fuerte, probaría mi plan de fuga en mis condiciones actuales.

Con esa idea, con ese objetivo que lograr, me dormí.  
Debía aguantar solo un día más.



Desperté en el suelo.

Las luces estaban apagadas, aunque había algo de iluminación, poca, amarilla, y olía raro. No podía concentrarme porque me recorría el dolor más terrible que nunca hubiera sentido antes, cien veces peor que cuando me caí en el agua fría.

El dolor estaba dentro de mí, en los huesos, en todos, pero en especial en la cabeza, en la cara; la boca y los ojos eran una auténtica tortura. Sufría tanto que no podía gritar, aunque quería hacerlo. El dolor recorría mi cuerpo en olas, llevando la intensidad de un lado a otro. Cuando creí que me relajaba, fueron las manos las que empezaron a crujir y a retorcerse.

Me puse a cuatro patas, pero no pude levantarme. En esa posición vi cómo mis manos se deformaban. Las uñas crecieron, los dedos se curvaron; el pulgar se separó un poco, los otros cuatro formaron un bloque y se estiraron. Las manos se hacían más y más grandes. Los codos se doblaron hacia atrás. El dolor pasó a la espalda.

La columna se arqueó. El dolor trepó por ella hasta el cuello y estalló contra la cabeza. Escuché un chasquido y sufrí una sacudida horrible. Por un momento todo se volvió negro. Mi cabeza había cambiado. Ahora, aun estando a cuatro patas, miraba hacia adelante, no hacia abajo.

Solté un alarido cuando mi mandíbula se desencajó. La nariz y la boca crecían, se estiraban hacia adelante provocándome un sufrimiento insoportable. Veía cómo se me estiraba el morro. Notaba los colmillos alargándose, los de arriba y los de abajo, y después cruzándose.

Quería que terminara de una vez. Golpeaba el suelo con las manos, que se habían convertido en garras, pateaba, creo que también daba cabezazos contra la pared. No podía pensar, hasta que aquel tormento abandonó mi cabeza y volvió a bajar por la columna, solo que no fue a las manos, sino al culo. Y allí empezó a estirarse de nuevo. Me estaba creciendo algo justo

encima del culo, puede que otra pierna.

Como tenía la cabeza más despejada, me volví para mirar. Los pantalones se habían roto y una especie de cola se hacía cada vez más grande y más larga, como la de algunos animales. También vi algo naranja que se movía en la pared del fondo y era lo que iluminaba la habitación. Una nube negra empezaba a envolverme.

Un estruendo sonó en todo el hospital y empezó a llover. Oí gritos y gente corriendo por los pasillos.

—¡Que alguien llame a los bomberos!

El fuego se extendió por la pared, hacia arriba. Traté de acercarme a la puerta, pero no podía caminar con mi cuerpo medio deformado. En ese momento la puerta se abrió.

—¡Dani! Vamos, muchacho, tenemos que salir de aquí ahora mis... Pero, ¿qué estás haciendo?

Ramsey se agachó frente a mí. Con la boca alargada no podía hablar, así que traté de pedirle ayuda con los ojos.

—¿Te has vuelto loco, chico? —Ramsey dejó el bastón y agitó el sombrero, intentado apartar el humo—. ¿Ahora se te ocurre transformarte? —Recogió el bastón y me atizó en la cabeza—. ¿Estás tonto o qué te pasa? Espera, no me digas que es la primera vez... Ya veo. Bueno no llevas ni la mitad, así que para, ¿me oyes? —Me golpeó de nuevo con el bastón—. Pero, bueno, ¿es que no hablo claro? Hay un incendio, chico, y es más fácil deshacer lo hecho que terminar la transformación. Novatos... ¿Quieres que te vea todo el mundo? ¡Que pares de una vez!

No sabía cómo. Ni siquiera sabía qué era exactamente lo que debía parar o lo que me estaba pasando. Y con la mandíbula alargada y los colmillos no pronunciaba bien.

—¿Auugnss sixcdsre asdlfsadja? —Lo que quería preguntarle a Ramsey era en qué se estaba transformando mi cuerpo.

—¿Qué? Aparta el hocico de mi cara, chaval, que babeas un montón al hablar. —Me dio un bastonazo en los morros—. ¡Y no me levantes las pezuñas o te las corto!

Un chisporroteo en la pared sobresaltó a Ramsey, que se volvió y se lio a bastonazos con un cable que se retorció. Hasta que una llamarada le hizo perder el equilibrio.

—¡No te rías de mí, chico! —Ramsey se apoyó en el bastón para levantarse—. ¿Qué? ¿Todavía no has dejado eso? Las orejas no se te han

estirado así que oyes bien. Para de una vez antes de que me achicharre.

Creo que logré encogerme de hombros como muestra de que no sabía cómo hacerle caso.

—Tienes que concentrarte en tu lado humano, idiota. —Ramsey negó con la cabeza—. No me refiero al lado idiota, sino a... Olvidemos eso. ¿Tienes una canción favorita? Mejor aún, piensa en tu padre o en tu madre. ¡Vamos!

Me atizó con el bastón en la espalda. Pensé en mi madre, en mi recuerdo favorito, cuando estaba en sus brazos y me daba el pecho, la sensación más agradable del mundo.

—¡Venga! ¡No tenemos todo el día!

Otro bastonazo, en el cuello, y otro más. El siguiente lo detuve con la mano. ¡Mi mano!

—¡Deja de pegarme! —grité.

Ramsey se quedó quieto.

—Bravo, muchacho. ¡Por fin! ¿Tan difícil era? Venga, larguémonos.

Nos cruzamos con varios pacientes en el pasillo que corrían de un lado a otro, y con algún enfermero. Las llamas lamían el techo, hacían estallar los fluorescentes aquí y allá, y otros parpadeaban. Había mucho humo. Y gritos por todas partes.

Una persona envuelta en fuego pasó corriendo ante nosotros, agitando los brazos, aullando. En una sala, un enfermero había cogido un martillo muy pequeño y lo empuñaba contra la ventana. La rompió al instante. Ramsey tosía cada vez más.

—Maldita sea.

—¿No puedes respirar? —le pregunté.

—Estoy perfectamente —respondió—. No pienso morir en un incendio, y menos dentro de un hospital. Sería humillante incluso para mí. Es el bastón lo que me preocupa. No puede quemarse. ¡Por allí! Hay menos humo.

Apenas dio dos pasos y se detuvo.

—¿Qué pasa?

—¡Mis escritos! —Ramsey se llevó las manos al sombrero—. No puedo perderlos. ¿Sabes cuánto he tardado en redactar esa historia? Toma. — Me puso el bastón contra el pecho—. Que no le pase nada o me cabrearé, chico, más que si muriera. Te he ayudado antes, así que me debes una. Quiero que te largues y cuides de que no le pase nada a mi bastón. ¿Lo prometes?

Cogí el bastón y lo estudié. No veía qué importancia podía tener que aquel palo se quemara.

—¡Prométemelo! —insistió Ramsey.

—Lo prometo.

—Así me gusta. ¡Ahora, lárgate!

Dio media vuelta y corrió hacia donde había más humo. En pocos pasos solo era una forma que se tambaleaba dentro de una nube negra. No llegó mucho más lejos. El suelo se abrió bajo sus pies y desapareció. Apenas un segundo después, una llama enorme ascendió por el agujero que se lo había tragado.

Una sección del techo se derrumbó a mi lado y a punto estuvo de aplastarme. Me encontré rodeado de polvo. Durante un instante no sabía qué dirección tomar, no veía nada. Oía el fuego a mi alrededor, gritos, explosiones, gente que corría. Tropecé. Tuve que gatear hasta que el polvo se disipó lo suficiente para ver a una figura a varios metros de distancia. Era la misma que había visto la noche que murió mi madre. Entonces no lo sabía, pero ahora había aprendido que era un bombero.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Aún queda un chico en esta planta!

El bombero corrió hacia mí, me hacía gestos para que saliera de la zona de polvo y humo y fuera con él, cosa que habría hecho, pero me di cuenta de que había perdido el bastón de Ramsey.

—¿Qué haces, chico? ¡Vuelve aquí!

No podía perder el bastón. Lo había prometido. Ascua y Garra me habían enseñado lo que era el honor, lo que implicaba dar mi palabra. Era parecido a no mentir. Si decías que ibas a hacer algo, lo cumplías. Y a mí me iba a costar mantener mi promesa porque no veía nada, solo humo y destellos naranjas. Todo crujía alrededor. El bastón tenía que estar en el suelo, así que gateé de nuevo, con la esperanza de encontrarlo.

El humo era más y más espeso. Ni siquiera veía mis manos. Creí poner mi mano sobre el bastón una vez, pero resultó ser la pata de una silla. Oía voces lejanas.

—¡Lo he visto meterse ahí!

—¡Entonces se habrá asfixiado! ¡Tenemos que evacuar a los demás antes de que ceda el suelo o moriremos todos! ¡El fuego está saltando plantas!

Me clavé algo en la mano, pero seguí buscando. Las paredes estaban calientes y el suelo cada vez más.

No vi la grieta en el suelo hasta que me caí por ella. Después me estrellé

y luego me cayeron encima dos o tres cascotes. Por suerte no escuché ningún chasquido dentro de mi cuerpo.

Había algo menos de humo, se veía mejor.

Una explosión a mi derecha arrojó cristales por todas partes. La pared se derrumbó y abrió otro agujero en el suelo que llegó hasta donde yo estaba. Me quedé colgando, porque me había agarrado a un tubo que, inexplicablemente, se mantenía frío. Levanté la cabeza, extrañado por la temperatura del tubo, cuando vi que estaba colgando del bastón. ¡Lo había encontrado!

Estaba tan emocionado por recuperarlo que no me di cuenta de que al desencajarlo perdí el único agarre que me impedía caer. Aterricé sobre una mesa que se partió. Pero el bastón seguía en mi mano, no lo había soltado.

Ya no veía ni oía a nadie. Corría entre el humo y el fuego, saltaba agujeros, esquivaba toda clase de objetos que caían; tropezaba y me levantaba de nuevo, jadeaba, seguía, aunque no sabía hacia dónde. El hospital parecía igual en todos los pasillos y salas. No tenía ninguna referencia y nunca había visto la salida, aunque había oído que era por abajo. Así que bajé, cuando, por suerte, encontré unas escaleras.

Las explosiones y las llamas sonaban más lejos, pero todavía con claridad. Supuse que el hospital terminaría por derrumbarse si no sofocaban el incendio. Me detuve ante una puerta cerrada. Retrocedí dos pasos y salté sobre ella. Logré desencajarla y pasar. Seguí descendiendo, saltando los escalones de tres en tres. Ahí comprendí que mi cuerpo volvía a ser ágil y fuerte. Ramsey no me había engañado. Las medicinas eran malas.

Las escaleras se terminaron en una habitación muy oscura. Había una puerta redonda en el suelo, la levanté y me metí por ella.

Enseguida supe qué eran las alcantarillas. Jamás las había visto, pero mi cerebro también había vuelto a funcionar como debía y la deducción era obvia. No sabía que apestaban tanto. Olían mucho peor en las zonas en las que había agua.

Resbalé un par de veces. No se veía bien y el olor me mareaba. El suelo se movía, sobre todo en las esquinas. Bajé la cara para olfatear. No era el suelo lo que se movía, sino algo pequeño que nunca había olido antes. Lo agarré sin apenas esfuerzo.

Era una rata que se removía en mi mano. Apestaba, pero yo tenía hambre, mucha hambre. Crujieron sus pequeños huesos cuando la mordí y ya no se movió más. El pelo... Había olvidado quitarle el pelo antes de

metérmela en la boca. Con las dos ratas siguientes recordé despellejarlas antes de comérmelas. Sabían mejor de lo que olían, desde luego mucho mejor que la verdura, que además me revolvía el estómago. Las ratas me sentaron bien. Lo que me supo peor que una montaña entera de lechuga fue el agua, pero tenía demasiada sed como para contenerme.

De no ser por la humedad y el olor, no se estaba tan mal allí abajo, lo prefería al hospital. Me habría quedado un rato más. De hecho, tenía un poco de sueño, pero no encontraría allí a mi padre biológico, ni al Primer Colmillo ni a mis amigos, ni a quien mató a mi madre.

No me encontré a nadie en aquellos túneles. Andaba sin rumbo fijo, hasta que vi una escalera en la pared. Sujeté el bastón entre los dientes para poder subir agarrándome con las manos. Al final, arriba, había una tapa de metal. Con las manos no pude abrirla. Tuve que apoyar el hombro contra la tapa de la alcantarilla y empujar con todas mis fuerzas. Por fin cedió.

La luz del sol me dio de lleno en los ojos. Amanecía, y me hacía daño. Me tapé los ojos con la mano.

Un chirrido molesto y alargado resonó a mi espalda. Olía a quemado.  
—¿De dónde ha salido ese chico? —gritó un hombre.

Estaba en medio de la carretera y había un coche que se había parado muy cerca de mí, dejando un rastro negro en el asfalto. El conductor me miraba con rabia.

—¡Largo de ahí! ¡He estado a punto de atropellarte!  
—¡Déjelo en paz!

Una mujer salió del coche que estaba detrás del tipo que me gritaba. Vestía de negro y blanco y no se le veía el pelo de la cabeza. De su cuello colgaba una cruz. Un perfume muy fuerte la envolvía.

—Lo que usted diga, hermana.

Era una monja, como aquella que conocí en casa de mis segundos padres, aunque... ¿más guapa? Nunca había visto de ese modo a una chica o a una mujer, a pesar de que era uno de los comentarios que más escuchaba por parte de los hombres. No sabía si me parecía guapa o no, pero su rostro me gustaba, era agradable. Si no fuera por el perfume...

—¿Estás bien, chico? Ven, te ayudaré.

Me ayudó a levantarme, aunque no lo necesitaba.

—¿Qué tal si mueve el coche, hermana? ¡Algunos tenemos que trabajar!

La monja no le respondió.

—¿Puedes andar?

Parecía preocupada. Quizá por el bastón de Ramsey.

—Puedo.

Me llevó hasta su coche. Había una cola considerable detrás. Algunos pitaban.

—¡Mueve el coche de una puta vez!

Lo había dicho un hombre gordo que conducía una furgoneta amarilla. No me gustó que la llamara puta. La monja se preocupaba por mí y tenía una cara agradable, y, aunque no sabía bien qué era una puta, sí sabía que eso se decía para insultar a otra persona.

Me acerqué y golpeé con el bastón la puerta de la furgoneta. El gordo me miró furioso, se remangó la camisa, abrió la puerta tan rápido que casi me da.

—Si vuelves a llamarla puta, masticaré tu corazón —le dije.

Mi voz sonaba todavía más grave que antes. El gordo volvió a meter el pie dentro y cerró la puerta.

—No le hagas caso —me dijo la monja, poniéndome sus manos sobre los hombros—. Ven, vámonos. No merece la pena meterse en líos.

De repente se me había pasado la rabia. Se apagó el fuego de mi interior y me dejé llevar hasta el coche de la monja. Me ajustó el cinturón de seguridad antes de arrancar.

—¿Estás bien? Tu ropa está rota y muy sucia. ¿Eso de ahí es sangre? Te llevaré a un hospital para que te examinen y...

—¡No!

Volverían a darme medicinas y verduras, y me meterían cosas en el culo. No pensaba volver a un hospital jamás en mi vida. Abría la puerta del coche para saltar, pero no pude por el cinturón de seguridad. Forcejeé. Cuando iba a arrancarlo, el coche giró bruscamente y me golpeé la cabeza contra el cristal de la ventanilla.

—¡Para! ¡Por favor! —gritó la monja—. No te llevaré a ninguna parte si no quieres.

Pero no quería arriesgarme. Al fin encontré una especie de botón que liberó el cinturón. La monja chillaba a mi lado. La puerta no se abría, así que, una vez más, recurrí al bastón. La ventanilla saltó en pedazos.

Me corté las manos al apoyarme en los bordes para saltar.

—¡Espera! ¡Por favor, no lo hagas! Solo quiero ayudarte. ¡Te lo prometo!

—¿Lo prometes?

—¡Sí! ¡Lo prometo! Pero vuelve a sentarte.

—Si lo prometes, tienes que cumplir tu palabra.

—Te lo prometo, de verdad —dijo la monja, algo más tranquila.

Trataba de mirarme a mí y a la carretera al mismo tiempo—. ¿Te has cortado? ¿Te duelen las manos?

—Un poco. No quiero ir al hospital. No me gusta.

—De acuerdo. ¿Te llevo a tu casa?

—No tengo.

—¿Y tus padres?

Ya había hablado demasiado sobre ellos, con mucha gente, pero sobre todo con el doctor, y nadie me entendía.

—No tengo.

—¿Vives en la calle?

—No sé.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé.

—¿Cómo te llamas?

—Dani, y soy especial.

—¿Apellidos?

—No sé.

—Escúchame bien, Dani. Yo trabajo en un sitio donde acogemos a chicos que han perdido a sus padres. ¿Te gustaría ir?

—No sé. ¿Se comen verduras?

—Por supuesto.

—Entonces no. ¡Prométemelo!

—¡Lo prometo! Pero no saltes. Nada de verduras.

—Ni de medicinas, ni quiero que me metan cosas por el culo.

La monja me miró de reojo antes de contestar.

—Te doy mi palabra de que nadie te hará nada de eso. Allí cuidarán de ti y puede que un día encuentres una nueva familia.

—¿A unos papás nuevos? No quiero más papás. No me gustan y se olvidan de mí. Quiero a mis papás de verdad, pero están muertos. No quiero otros.

—Como quieras. Las familias son algo más que compartir la sangre, Dani.

—¿Tú estarás allí?



—Soy una de las profesoras. Sí, estaré allí. Hemos recogido a muchos chicos como tú, así que vivirás con gente que te comprende, que también ha pasado por algo parecido.

Eso sonaba bien.

—¿Les gusta jugar?

—Pues claro que sí. ¿Quieres venir conmigo?

No se me ocurrió una razón para negarme. La monja lo había prometido. Y era muy guapa. Me gustaba mirarla. Tal vez incluso me gustara tocarla, pero mejor cuando se quitara el perfume.

—Quiero.

## CAPÍTULO 9

Laura, la monja, me llevó a una iglesia bastante grande. Un muro de piedra rodeaba la parcela y había muchos árboles dentro. Eso me gustó.

Los curas y las monjas eran fáciles de distinguir por sus ropas. El resto eran niños, más o menos como yo de grandes, algunos más pequeños, pero ni un solo adulto, al menos que yo viera. Claro que acababa de llegar, por lo que podrían estar en otra parte.

En lugar de ir a la iglesia, como yo creía, Laura me condujo a otro edificio que estaba al lado. Más allá había un campo de fútbol y, algo más lejos, asomaban otros dos edificios muy cuadrados, casi iguales, sin apenas adornos exteriores.

Laura no vivía allí, como había supuesto, pero yo sí lo haría, con los demás chicos.

—¿No puedo vivir contigo?

Cada vez me gustaba más su sonrisa, incluso aunque me dijera que no, como aquella vez. Era por mi bien, me aseguró, allí estaría mejor y aprendería mucho. Rellenó muchos papeles. Me observó con atención durante un buen rato, me hizo darme la vuelta y separar los brazos.

—Quince —dijo—. Pondré que tienes quince años.

Luego me torturó con un montón de preguntas. Fue muy aburrido. Por suerte no tuve que esforzarme porque la respuesta a todas ellas era la misma:

—No sé.

Al doctor le había molestado mucho que no supiera ciertas cosas de mí mismo, que supuse que todo el mundo conocía, como mi apellido, por ejemplo. Pero Laura no se enfadó.

Al parecer los niños conocían la dirección de su casa, los nombres y apellidos de sus padres, además del suyo propio, números de teléfono, la fecha exacta de su nacimiento y muchos otros datos que yo nunca había sabido. Mi memoria era buena, así que el problema no era mío. No sé por qué mi mamá nunca me había dicho mi apellido cuando me daba el pecho.

Otro punto, por lo visto muy importante, eran los problemas de salud, si había estado enfermo o padecía alguna alergia. Fue la única pregunta que pude contestar:

—Sí. Tengo alergia a las verduras.

Por último, adoptó un tono más suave para preguntarme si algún adulto me había visto desnudo.

—El doctor y los enfermeros.

—¿Y alguien te ha... tocado estando desnudo?

—Me metieron algo en el culo.

—¿Fuera del hospital?

—Mi mamá me limpiaba el culo cuando todavía no sabía quitarme el pañal.

—¿Y alguien que no fueran tus padres o el personal de un hospital?

—Nadie más. Tengo buena memoria.

Con eso terminaron las preguntas.

Me curaron los cortes de las manos que me había hecho con la ventanilla del coche. Me preguntaron si era cojo. Pusieron cara rara cuando les dije que no me separaría del bastón. Laura tuvo que pedirles que no me lo quitaran. Luego se despidió de mí y me dijo que me vería al día siguiente.

Me dieron ropa y me llevaron a una de las casas cuadradas que no tenían adornos y estaban al fondo. Allí estaban las habitaciones donde dormiría. Una monja muy mayor me dejó delante de la puerta número diecisiete.

Dentro había tres chicos que se volvieron para mirarme en cuanto abrí la puerta.

—Uno nuevo —dijo el más alto. Tenía muchos granos debajo de los ojos y un poquito de bigote, aunque no tanto como los adultos—. ¿Dónde te han trincado?

Un chico con gafas y el pelo largo se puso delante de mí.

—No toques mis cosas. ¿Está claro? Es una regla sencilla. Mis cosas no se tocan.

Y se fue a su cama a leer un cómic.

El de los granos me invitó a acercarme con un ademán.

—Ni puto caso, en serio. Milos está como una cabra, ya me entiendes. Va de duro, pero es un mierdecilla. Yo soy Yago y ese bicho raro es Yannick. Nunca habla, así que no da problemas.

Los tres llevaban la misma ropa, igual que la que me habían dado a mí.

Había literas en paredes opuestas de la habitación.

—La tuya es esa —me dijo Yago—. La de debajo de Yannick. Compartes con él ese armario de ahí. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Dani y soy especial.

Yago y Milos se miraron. Milos se retiró el pelo de la cara, se señaló con el dedo índice la cabeza y lo giró varias veces.

—Seguro que lo eres —dijo Yago—. Dime, ¿has estado en un hospital?

—Sí.

—¿Te suena la palabra psiquiatría o alguna parecida?

—Sí.

—Lo suponía...

—Esto es genial. —Milos dejó el cómic y se levantó—. Mis cosas no se tocan, pirado, en serio. Si les cuentas a las monjas algo de lo que...

—¿Quieres calmarte, Milos? —le interrumpió Yago—. Es nuestro nuevo compañero de habitación. ¿Qué ganamos llevándonos mal entre nosotros? Es mejor que haya buen rollo, ¿no? Seguro que cada uno sabe ocuparse de sus asuntos.

Milos no pareció muy convencido.

—¿Eres un chivato, Dani, el Especial? Más te vale que no.

Parecía querer pelea.

—¿Quieres jugar? —pregunté.

Flexioné las rodillas y me preparé para saltar sobre él.

—¿En serio? —Milos se recogió el pelo en una coleta—. Cuando quieras, novato. No se me ocurre una manera mejor de dejar las cosas claras desde el principio.

—De eso nada —intervino Yago—. Esperad a estar fuera, imbéciles, o nos castigarán a todos si os pillan.

—Cállate, Yago —gruñó Milos—. Reviéntate un grano y no te metas.

Milos se movió un poco a un lado. Giré para mantenerlo frente a mí, como me había enseñado Ascua, protegiendo mi espalda. Hacía mucho que no jugaba con nadie y me apetecía mucho.

—Te vas a enterar, payaso. —Milos alargó la mano—. Deja el bastón y podemos empezar. No sería justo...

Le había prometido a Ramsey que cuidaría su bastón, así que no le permití cogerlo. Le aticé con la otra mano. Milos me miró asombrado y enseñó los dientes.

No era un buen jugador. Duró muy poco. Apenas me rozó una vez

mientras yo le di un rodillazo en la tripa, una patada en la cadera y tres puñetazos en el ojo derecho, justo después de que sus gafas cayeran al suelo.

Yannick había estado todo el tiempo centrado en su teléfono, sin dar muestras de interés. Yago no dejaba de mirarme con los ojos abiertos al máximo.

—Mi bastón no se toca —le dije a Milos—. Es una regla sencilla.



Hasta hacía poco, aquellos chicos eran la gente grande. Ahora eran como yo, o yo como ellos, y eran más complicados de entender que los niños pequeños. Unos pocos minutos con mis compañeros de habitación bastaron para darme cuenta de ese detalle.

Una monja irrumpió en la habitación cuando Yago ayudaba a Milos a llegar hasta su cama.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha sido ese ruido? —Enseguida vio agua roja en el suelo y miró a Milos, que trataba de ocultarse la cara—. ¡Milos! ¿Otra vez?

La cara de la monja se había puesto roja.

—Nada de eso —dijo Milos—. Me he caído de la litera. Es que estas camas son muy altas.

—Y te has dado en el ojo, ¿no? ¿Te crees que soy idiota?

—Usted no es idiota. En el ojo le he dado yo —expliqué—. Y también en la tripa. Estábamos jugando y yo gané. ¿A que sí, Milos?

Ahora fue Yago el que me miró con agresividad. Fue bastante confuso. Creo que me odiaba, ya no me hablaba como al principio. Y también creo que los chicos mentían, cosa que no hacían los niños, porque la monja no nos había castigado. Solo nos había mandado lavar los platos después de la cena durante una semana por el bien de nuestro carácter. Laura me había dicho que yo estaba allí para aprender. Además, a Milos, que había perdido, no le habían dado palos en la espalda como hacía Ascuá conmigo. Así no iba a mejorar.

Para aumentar mi confusión, Yannick, el que nunca hablaba, se puso de mi lado, lo que pareció molestar a Yago.

—¿Estás de su parte? Tú también tendrás que pringar con los platos, idiota. Estáis los dos locos.

De modo que Yannick no me odiaba. Le pregunté si quería jugar, pero no dijo nada. Volvió a su cama y se centró en su teléfono. Yago y Milos

también tenían uno. Pasaron casi toda la tarde mirando cada uno el suyo.

Nadie decía nada, así que preferí salir a dar una vuelta.

—¿Qué haces? ¿No has tenido suficiente? —me gruñó Yago—. Hasta la hora de la cena no podemos salir de la habitación. Es tiempo de estudio.

—¿Eso qué es? —pregunté.

—Significa que te calles o tendremos que lavar los platos durante un mes.

No veía la relación, pero me callé. Me tumbé en la cama.

—Tío, ya te vale —se quejó Milos después de un rato—. Abre la ventana, joder, que ya van dos.

—No he sido yo —asegué cuando me miraron.

Señalé a Yannick.

—Acusar a otro es peor que chivarse —dijo Yago.

—El último pedo es suyo —asegué—. El de antes fue de Milos, pero este es de Yannick.

La discusión sobre los pedos enfrentó a Milos y a Yago hasta la hora de la cena. Les cambiaba el humor con mucha frecuencia. Antes de irnos, guardé el bastón debajo del colchón de la cama.

El comedor estaba en otro edificio. Era muy grande y estaba lleno de mesas y sillas. Por un lateral se cogía una bandeja y luego te iban sirviendo la comida. Había mucha gente allí. Lo que me llamó la atención fue que también había chicas. También vi, por primera vez, adultos que no vestían ni de curas ni de monjas. Unos eran los cocineros que entregaban la comida, otros se situaban alrededor de las mesas y vigilaban sin decir nada.

Me dieron una sopa que no me gustó demasiado, aunque no me hacía daño en la tripa y me gustaba que estuviera calentita. De segundo había algo raro. Tenía carne por dentro, pero estaba recubierto de una capa crujiente que tampoco me agradó. La fruta no me apetecía.

Enseguida se sentaron muchos chicos a mi alrededor. Se reían y hablaban mucho. A mi lado se colocó uno muy gordo.

—¿Qué haces aquí? —me dijo—. Esta es nuestra mesa.

—No lo sabía.

Cogí mi bandeja y me levanté. No comprendí por qué eso le resultó tan gracioso a los demás. Encontré una mesa vacía que no debía de ser de nadie. Yo era el único que estaba solo. Los demás se sentaban en grupos y parecían muy animados, no paraban de hablar y de reír. Los niños pequeños siempre jugaban unos con otros en los parques, era la primera vez que nadie se

acercaba a mí, y no era debido a que éramos mayores porque entre ellos sí que se juntaban. Era yo. Algo me hacía distinto. Ni siquiera mis compañeros de habitación cenaban conmigo.

Hablaban diferente a mí, más rápido y con más palabras con significados extraños. También se movían de otro modo. Yo estaba más rígido que ellos. En cierto sentido, me pareció que mi postura corporal se asemejaba más a la del Primer Colmillo y sus amigos.

Pero la mayor de las diferencias no era ninguna de esas. Yo no me reía. No me hacían gracia ni sus comentarios ni sus ocurrencias. En realidad, nunca me había reído desde que era un bebé.

—¡Ja! —exclamé.

Lo hice por probar. No sentí nada especial, no me resultó natural. Pero varios chicos de alrededor me miraron. La risa, al parecer, llamaba la atención. Debía de prestar atención y aprender a usarla.

Enseguida perdieron el interés en mí, salvo una chica que no dejaba de mirarme. Yo también la miré. Tenía el pelo muy negro con un mechón blanco que le cubría la frente. De sus orejas colgaban varios pendientes, muchos. La idea de perforarme el cuerpo me daba escalofríos. Las uñas también las llevaba largas, también negras, y tenía un dibujo en el cuello, una serie de líneas que subían hasta su mejilla. Era una chica diferente, llamativa. Sentí curiosidad por saber cómo olía, pero se sentaba a varias mesas de distancia y había muchas personas y comida, demasiada mezcla de olores para distinguir el suyo.

No recordaba a nadie que me hubiera mirado tanto tiempo seguido y no sabía cómo interpretarlo. Decidí preguntar a mis compañeros de cuarto mientras lavábamos los platos.

—¿Por qué miran las chicas fijamente?

Yannick no contestó y siguió fregando. Milos no había vuelto a mirarme a los ojos desde que perdió el juego.

—¿Has ligado? —preguntó Yago—. Vaya con el nuevo. Tío, no sabes la suerte que tienes con lo raro que eres. Te lo explicaré si lavas mis platos por mí. ¿Te parece?

—Lo prometo.

Yago se secó las manos.

—Lo que tienes que hacer es aprovechar el misterio. Eres el nuevo y nadie sabe nada de ti. Eso les mola a las tías, ¿lo pillas? Así que debes darte prisa en atacar. Mejor si no abres la boca, pero como eso es complicado,

intenta no hacer esas preguntas raras porque dan mal rollo. Tú a por ella, ya sabes, en plan malote, de durito. Dicen que no, pero es lo que les gusta. ¡Ánimo, campeón, que vas a triunfar!

Le guiñó un ojo a Milos, el mismo gesto que le había hecho el hombre de negro al tipo que había matado a mi papá. Ahora no parecía tener el mismo significado.

Pensé en lo que me había dicho mientras terminaba de fregar los platos de Yago y ellos ya se habían marchado a nuestra habitación. No saqué una conclusión clara sobre por qué aquella chica me había mirado.

Escuché unos jadeos extraños antes de abrir la puerta de mi habitación. Estaban los tres muy juntos mirando el teléfono de Yago. Se volvieron hacia mí alarmados, Yago escondió el teléfono detrás de su espalda.

—Eres tú... Qué susto, macho. Cierra la puerta.

Los jadeos salían del teléfono. Los tres lo observaban con atención.

—¿Por qué no me pasará a mí algo así? —preguntó Milos.

—Porque eres demasiado feo —respondió Yago—. Ven, Dani, babea un poco con mi última adquisición.

—No. —Milos tocó el teléfono y el sonido se paró—. Se chivará.

—No lo hará. No vas a contar nada a las monjas, ¿a que no, Dani? Lo que pasa en nuestra habitación es solo asunto nuestro. ¿Estás de acuerdo?

—¿Lo prometes?

Milos y Yago se miraron.

—Por supuesto —dijo Yago—. Nosotros no diremos nada. Palabra. Eso sería traicionar a nuestros compañeros. No hay nada más asqueroso que un maldito traidor. ¿Conforme?

—Conforme.

Ascu me había enseñado la importancia de pertenecer a un grupo y velar por su seguridad. Era una idea que tenía sentido, incluso ya me sentía mejor, como si hubiera encontrado algo esencial que me faltara. Un grupo tiene normas que sus miembros cumplen por el bien de todos. Sí, todo eso lo sabía sin entender cómo lo había aprendido, como si fuera parte de mí.

—¿Quién es el jefe? —pregunté.

Yago se apresuró a tapar la boca de Milos.

—Soy yo, claro. ¿No lo habías notado?

—¿Jugamos? —le pregunté.

—No, no, tranquilo, campeón, que ya he visto cómo te las gastas. De hecho, creo que no volveremos a jugar nunca entre nosotros. Es lo mejor.



Venga, ven, que esto te va a encantar.

Sacó de nuevo el teléfono. Había una imagen estática que empezó a moverse cuando Milos tocó la pantalla. Era una mujer desnuda.

Había visto a mi mamá sin ropa más de una vez cuando era un bebé, pero no del todo. Aquella mujer no tenía nada encima.

—¿No tiene frío?

Milos y Yago se rieron.

—Al contrario —dijo Yago.

La mujer se retorció, pero no era ningún baile que conociera. Tenía las tetas muy grandes, mucho más que mi mamá, y muy... Parecían duras, la piel se veía más tirante que en el resto del cuerpo, y se movían poco y no se caían, parecía que estuvieran pegadas. Comparadas con las de mi mamá, las únicas que había visto, aquellas eran extrañas.

Había diferencias evidentes entre hombres y mujeres, pero nunca las había visto tan claras como cuando la mujer del teléfono separó las piernas. Allí no había nada. Y, por si fuera poco, las separó todavía más, tanto que no quedó ninguna duda al respecto. Me pregunté cómo haría para apuntar al hacer pis.

Era todo muy interesante. A ellos también debía de parecerse porque daban muestras evidentes de su alegría. El teléfono temblaba a veces de lo excitado que estaba Yago.

Un hombre entró en la habitación y se acercó a la mujer. Él también estaba desnudo.

—Menudo mandoble tiene el menda —dijo Milos—. La va a ensartar.

—¿En eso te fijas? —Yago le dio una colleja y casi se le cae el teléfono.

Creía que un mandoble era una espada, pero entendía a qué se referían. No me pareció tan grande como habían dado a entender, ni siquiera estando dura.

La pena fue que, a partir de ese momento, empecé a sentirme incómodo. El hombre tocó a la mujer. Yo creía que solo los bebés tomaban el pecho de sus mamás, pero aquel hombre metió la cabeza directamente entre las tetas de la mujer.

—No lo hace bien —dije.

Era raro que un adulto no supiera que eran los pezones los que... Sí, ese lo sabía, y lo estaba demostrando.

Algo me rechinaba en la escena. No estaba bien. No era un bebé. Se

tocaban mucho y eso me producía rechazo. Yo no le consentiría a nadie que me tocara de aquella manera. Pero a ellos les gustaba, en especial los besos, que no se daban solo en la boca, más bien se daban en cualquier parte menos en la boca. Lo hacían con la lengua muy afuera, llenando todo de babas.

Me mareé un poco cuando el hombre se agachó y le dio besos a la mujer justo ahí, por donde debía de hacer pis, un beso asquerosamente largo y baboso. Ella se arqueaba y gemía. Luego cambiaron. Imaginé lo que iba a ocurrir al ver que ella se colocaba de rodillas, pero no podía creerlo, no podía apartar la mirada hasta que lo hizo. Primero varios lametones y luego... Se me revolviéron las tripas.

—¡Hasta el fondo, nena! —gritó Yago.

Parecía imposible, pero lo logró. Y, por si no era suficiente, lo repitió durante un rato que se me hizo interminable. No había visto nada tan repugnante en mi vida.

—Ya verás, Dani. Ahora viene lo mejor.

Creo que Yago había confundido un suspiro mío con una muestra de excitación. Lo mejor resultó ser lo más extraño. Eso no lo vi venir. Tuve que inclinar la cabeza para entender la postura en la que se encontraban. Y lo que vi no podía ser, no tenía el menor sentido. El mandoble del hombre había desaparecido por completo cuando la mujer se había sentado encima, y luego apareció justo debajo, cuando ella se levantó, y de nuevo abajo, cada vez más rápido, y más. Y ninguno de ellos se quejaba.

Sencillamente no sabía qué estaban haciendo, incluso pensé que el hombre le hacía daño a la mujer. Es más, no comprendía cómo podía no hacerle daño. Era violento. Era mucho más que tocarse, era invasivo, dentro del cuerpo de ella, sin parar. Pero los gemidos de la mujer no eran de dolor.

Todo se complicó más allá de mi capacidad de comprensión cuando llegó otra mujer más y se unió a ellos. Se metió en medio y... Yo ya no sabía qué era de quién. Se formó un revuelto asqueroso de saliva y otros... líquidos viscosos que se les pegaban a la piel. El final fue tan desagradable como cabía esperar. Aparté la mirada y supuse que se irían los tres a limpiarse. Las mujeres, como poco, tendrían que limpiarse la cara después de aquel espectáculo tan repulsivo.

Yago y Milos no dejaban de comentar toda clase de guarradas, en especial sobre las mujeres. Me preguntaron, pero yo no podía hablar. Me tumbé en mi cama completamente desconcertado. Siempre me había gustado ver cosas nuevas, pero aquello...

No pude dormir en toda la noche.



Por las mañanas teníamos que ir a clase. Había un montón de cosas que aprender, Historia, Matemáticas, Química... Incluso otro idioma. Tardé en descubrir la razón por la que era conveniente aprender a decir lo mismo con otras palabras. Lo que me llevó a pensar en un detalle en el que no había caído hasta ese momento: el mundo era gigantesco. Lo que, a su vez, me llevó a una conclusión preocupante: en un lugar tan inmenso no sería sencillo encontrar al biológico y al que mató a mi madre.

La Historia era lo que más me costaba. El mundo era muy viejo, tenía muchos años y había cambiado muchísimo, y había mucha gente que había sido importante y que ahora teníamos que recordar. Y luego estaban las guerras. A pesar de que me esforzaba, no entendía las razones que las causaban. Los primeros días me sentí torpe e ingenuo, hasta que me di cuenta de que los demás chicos sabían más que yo porque tenían conocimientos previos de los que yo carecía, y por eso ellos lo entendían todo más deprisa.

Las Matemáticas eran fáciles, demasiado. Solo había que aprender unas reglas y aplicarlas, siguiendo unos pasos. De hecho, era aburrido porque repetían lo mismo una y otra vez para practicar en lugar de pasar a algo nuevo.

Laura era la profesora de Historia. Quizá por eso me gustaba esa clase, aunque tuviera que esforzarme, por ella, por su rostro y por su voz. Solo me molestaba la cantidad de perfume que utilizaba, el mismo que usaba el día que me recogió al salir de las alcantarillas y me metió en su coche para traerme allí. Yo sentía algo especial por ella, no era como las demás monjas. No podía explicarlo, pero Laura resaltaba entre todas, me agradaba su compañía. Era la única que me parecía bonita, que me gustaba mirar.

Ella no debía de sentir lo mismo, porque me trataba como al resto de los chicos. No percibía nada particular en su modo de dirigirse a mí, quizá incluso era más dura conmigo cuando me equivocaba en alguna respuesta, lo que sucedía con frecuencia, por más atención que prestara.

Nos hablaba de una época pasada que me parecía fascinante. No había coches ni contaminación, ni casi nada de lo que había ahora. La gente iba a caballo y los bosques eran inmensos. Me habría gustado vivir en aquella época.

La clase de Literatura era la más frustrante. Uno de los libros que

mencionó la profesora lo había leído en el hospital, pero una cosa era leerlo y otra estudiarlo. Según la profesora, había una especie de mensaje o segunda historia «detrás» de la que se contaba. A mí ya me costaba bastante entender la principal como para distinguir la que estuviera escondida. Si un personaje decía a otro que lo odiaba, no tenía sentido que en realidad lo quisiera, ninguno, al menos yo no lo veía por ninguna parte.

Pero si algo me confundía por encima de todo era la religión. Era el único profesor que teníamos, el padre Brown. No era un hermano, como las monjas. Por lo visto, los curas eran padres y las monjas, hermanas. El caso es que el padre Brown nos hablaba de Dios, una palabra que había oído miles de veces en las situaciones más diversas. Primero pensé que Dios era una persona, tal y como muchos hablaban de él. Luego me confundió más al explicar que era nuestro padre, el de todos.

—¿Y quién es nuestra madre? —pregunté.

Al padre Brown no le pareció, como a mí, una pregunta lógica, dado que me mandó cerrar la boca. Mis compañeros de clase encontraron la pregunta muy divertida y se rieron casi todos. Y yo me quedé sin la respuesta, sin saber por qué se había enfadado el cura y por qué los demás habían soltado aquella carcajada.

Nos obligaban a hablar con Dios todos los días. Juntábamos las manos, cerrábamos los ojos y... nada. No sé cómo se habla en silencio. Ni cómo iba a escucharnos Dios si no estaba allí, al menos yo no lo veía, aunque el padre Brown insistía en que se hallaba en todas partes. Me habría encantado hablar con él. Dios era muy bueno y nos quería a todos por igual y podía mover montañas y separar el agua y hacer muchas cosas que nadie más podía. De todo, menos hablar conmigo.

Luego me enteré de que no todo el mundo creía que existiera.

—Hoy casi me trincan mientras rezábamos —dijo Milos una noche en la habitación—. Estaba pensando en el vídeo del otro día y se me empinó, y la monja amargada esa me pilló.

—¿Te pilló? —preguntó Yago.

—Ya ves. Ya te dije que era una perversa y que nos miraba el paquete. La tuya es minúscula, así que no se nota, pero mi instrumento se hace notar que no veas.

Creo que Yago sí creía en Dios y por eso discutieron. Milos no, prefería creer en Superman, según sus palabras, pero delante de los profesores fingía que sí creía. Era pronto para que yo me formara una opinión al respecto, pero

de algo no tenía duda: yo no tenía fe. Absolutamente nada de lo que el padre Brown explicaba como síntomas de fe me sucedía a mí.

Y así pasaba los días: confundido, comiendo solo y también paseando solo durante los recreos. No encajaba en aquel sitio. No tenía nada en común con aquellos chicos, a pesar de que Laura me había dicho que habían atravesado situaciones parecidas a la mía. Casi ninguno tenía padres, eso era cierto, pero no los habían matado delante de ellos. Había interrogado a mis compañeros de habitación para intentar encontrar las supuestas similitudes. Yannick se negó a decir palabra.

—Olvídalo, Dani —me dijo Yago—. No hablará. Su padre es un maldito drogadicto que abusaba de él y le encerraron.

Esa fue la única aclaración que recibí de la situación de Yannick, el único de nosotros que conocía a su padre y seguía vivo. Milos resultó el más hostil cuando le pregunté.

—No es un tema muy agradable en un orfanato —gruñó—. Apuesto a que mi madre era una puta. Hizo bien en abandonarme porque con ella seguro que habría tenido una vida de mierda. Esto es el paraíso.

Para no creer en Dios, recurría a muchas referencias religiosas. Al menos esa la entendí sin problemas: el paraíso era un lugar alucinante que habíamos perdido por culpa de una mujer que se encaprichó con una manzana.

A Yago no me hizo falta preguntarle.

—Eso dice, pero no le creas. A Milos nada le gustaría más que conocer un día a su familia y enterarse de que todo se debe a un error en el hospital. Va de durito, pero sueña lo mismo que todos.

—Mis sueños, imbécil, se parecen más a lo que nos enseñaste en tu teléfono. Y, aun siendo fantasías, tienen más posibilidades de hacerse realidad que tus desvaríos. Sigue suspirando, hombre de fe, seguro que mamá viene pronto a buscarte.

Así que no, no habían pasado por lo mismo que yo, ninguno. No habían crecido tan rápido como yo ni los habían enterrado en un cementerio. No querían conocer a sus biológicos. Sus únicas aspiraciones eran conseguir una chica para practicar las cerdadas que veían cada noche en sus teléfonos, lo que al parecer era complicado de lograr. Ellos se habían puesto enfermos en alguna ocasión y nunca se habían convertido en otra cosa, como estuvo a punto de sucederme en el hospital. No podían recordar nada de cuando eran bebés. Me habían mirado como si estuviera loco cuando les había preguntado

sobre todo ello.

Yo era diferente. A eso se refería mi padre cuando me dijo que era especial.

Y por eso estaba solo.

Probablemente por eso nunca me reía. Los adultos reían menos que los jóvenes, pero lo hacían.

Reflexionar sobre aquello me hizo descubrir un malestar que no conocía hasta entonces, una especie de dolor en mi interior, una sensación agria. Tenía que haber más gente como yo en alguna parte.

—Mira dónde pisas, idiota.

No me había dado cuenta de dónde estaba, ensimismado en mis pensamientos. Detuve mi pie antes de aplastar un montoncillo de pan, carne y pescado que descansaba sobre un papel en el suelo. Era parte de la comida que nos habían servido ese día.

La chica que me había hablado era la que vi la primera vez en el comedor, la que me miraba fijamente y tenía un tatuaje en el cuello. Su aspecto era muy diferente al de las otras chicas.

—¿Tú comes aquí? —le pregunté.

Estábamos solos en el patio, mientras los demás chicos comían dentro. Yo no tenía apetito, por lo que me había ido a dar un paseo.

—¡Shhh! Cierra la boca.

Se sentaba en una barandilla con los pies colgando. Un gato bastante sucio saltó sobre su rodilla. El animalillo movió los bigotes en dirección a la comida. Otro gato más saltó y también subió. Me gustaba cómo se movían, ágiles y silenciosos. Vi al menos a tres más que se acercaban y se preparaban para saltar.

El segundo gato no fue a por la comida, se quedó totalmente quieto, observándome. Entonces el pelo de su espalda y el de su cola se pusieron de punta, retiró los labios, dejando los colmillos a la vista y soltó un bufido largo. El primer gato dejó la comida y también me miró. Su bufido fue mucho más corto porque enseguida saltó y se alejó corriendo. El segundo gato le siguió, y también los que habían estado a punto de saltar para comer. Salieron todos disparados. Me dispuse a perseguirlos. Eran rápidos, pero podría atraparlos.

—¿Qué has hecho? —me preguntó la chica.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Les has hecho algo. Los has espantado.

—Quieren jugar.

—¿Me estás vacilando? —La chica se levantó y se acercó a mí—. Tenían miedo. Lo he visto. ¿Les has amenazado o algo?

—¿Quieres que coja uno y te lo traiga?

No supe descifrar su mirada. No parecía contenta, aunque yo intentaba ser amable.

—Eres el chico nuevo. Dani, ¿verdad? Dicen que estás pirado. ¿Es cierto? —Y puso sus manos sobre mis hombros.

Di un paso atrás. No quería que me tocara. Además, su cara se aproximó tanto a la mía que pude notar su aliento.

—No soy un pirado. Soy especial. ¿Cómo te llamas tú?

Sonaron carcajadas a nuestro lado y un poco por detrás.

—¿Lo habéis oído? ¡Es especial! Yo me parto.

Eran tres chicos, uno de ellos el que me había dicho que la mesa del comedor era suya durante la primera cena. No sabía qué les hacía tanta gracia.

—Piérdete, anda. Paula no quiere nada contigo —me dijo—. Ven, encanto, no te vayan a relacionar con ese.

—Que te den, Axel. —Paula, que debía de ser el nombre de la chica, parecía enfadada.

—¿Ella también es tuya? —le pregunté al tal Axel.

Sus amigos se rieron todavía más. Él se quedó inexpresivo, como si no me hubiera entendido.

—Exacto, es mía. Ahora esfúmate.

Tal vez fuese su novia. Creo que así llamaban a las chicas de uno. Milos y Yago siempre decían que querían una. El chico debía pensar que yo quería quitársela.

Axel se puso serio y sus amigos ya no se reían.

—Voy a coger un gato.

Paula me agarró por el brazo. Otra vez estaba demasiado cerca y eso no me gustaba. Axel me agarró por el otro brazo y tiró.

—Déjale en paz.

Era Milos, que llegó en ese momento y se colocó delante de mí.

—¿Seguro que quieres convertir esto en tu problema? —preguntó Axel.

—Venga, que aquí no ha pasado nada —dijo Milos. Luego se giró y me habló casi en la oreja— ¿En qué lío te has metido? No conviene meterse con ese tío, en serio.

—Su novia me miraba mucho en el comedor y...

—¡Yo no soy la novia de este imbécil! —gritó Paula.

—No decías eso la otra noche, encanto —dijo Axel—. Ahora, cierra la boca. Esto es entre el memo y yo. A menos que Milos quiera recibir lo suyo.

—No queremos líos. Dani es nuevo y aún se está aclimatando. Déjalo pasar, anda, no merece...

—Palabrería —le interrumpió Axel—. Deja que se defienda él solito y no sufrirás las consecuencias.

Milos retrocedió.

—Lo siento, tío. Lo he intentado.

—¿El qué? —le pregunté.

—¡Vamos, Dani! —me gritó Axel—. Ven, si tienes huevos.

Había levantado los puños y daba pequeños saltos de un lado a otro.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Dani, escúchame —me susurró Milos—. ¿Recuerdas cuando jugaste conmigo en nuestra habitación, el día que nos conocimos?

—Sí.

—Pues Axel quiere jugar contigo. Hazme un favor y juega igual que lo hiciste conmigo, ¿vale?

La verdad es que jugar me apetecía casi siempre, pero nunca había perseguido un gato y eso me apetecía más. Y no me gustaba estar con toda esa gente a la que no entendía bien. Así que me fui.

Podía oler dónde se habían metido los gatos. El que me había bufado el primero se había subido a un árbol. Sería el primero que atraparía.

La cabeza se me giró hacia un lado al pasar junto a Axel. No me lo esperaba y caí al suelo.

—¿Suficiente? —Axel sacudió el puño y lo sopló—. Quédate ahí tirado si no quieres más. Normalmente necesito dos puñetazos para tumbar a alguien.

Sus amigos se rieron otra vez. Le dijeron que era el mejor y chocaron la mano con la suya. Le admiraban, aunque yo no entendía la razón. A mí nadie me había tratado del modo que aquellos chicos se comportaban con Axel. Axel debía de ser importante.

Me levanté del suelo.

Y me fui. El gato seguía en el árbol.

—¡Y no vuelvas! —me gritó Axel—. ¡Cobarde! ¡Que te den por el culo, gallina!



Eso lo cambió todo. En el hospital me habían metido no sé qué por el culo y era uno de los recuerdos más desagradables que tenía. Nadie volvería a tocar mi culo.

Axel pareció alegrarse de que regresara. Ni siquiera tuve que esforzarme para esquivar su puñetazo cuando me abalancé sobre él. Le embestí con el hombro y lo lancé varios metros atrás. Sus dos amigos saltaron sobre mí y me sujetaron por los brazos. Su contacto me asqueó. Me retorcí, a uno le di con el codo en la cara, al otro en el estómago. Se doblaron por el dolor. El de la izquierda no cayó al suelo. Vi su cuello y supe que tenía que morderlo con todas mis fuerzas. Atacaría por la espalda para que no pudiera defenderse. Esta vez no me guiaban las enseñanzas de Ascuá, lo sabía, era un pulso propio, un conocimiento innato, una voz que me indicaba qué hacer. Aquella voz era más bien un rugido. Estaba furioso, todo mi cuerpo ardía de rabia.

Una patada en el costado me desestabilizó en el último momento. Axel se había recuperado y me lanzaba puñetazos. Esquivé uno y recibí el de uno de sus amigos. Y ahora los tenía a los tres sobre mí. Retrocedía para que no me atacaran por detrás.

De pronto me vi rugiendo, dominado por la necesidad de despedazarlos. Retroceder no era una opción. Me lancé, con la cabeza por delante hacia Axel, que estaba en el centro, y agarré a sus dos amigos con los brazos extendidos. Grité. Y les obligué a retroceder a los tres. Un paso, dos, luego un empujón y cayeron al suelo.

Me tiré encima. Agarré la pierna de Axel y la levanté, resuelto a arrancársela de un bocado, justo cuando un dolor brutal me recorrió la espalda. Esta vez lo reconocí porque no era la primera vez que lo padecía. Me había sucedido en el hospital, durante el incendio, mientras mi cuerpo cambiaba. Estaba a punto de empezar esa transformación tan dolorosa y no podía evitarlo.

—¡Basta! ¡Nada de peleas!

Apenas escuché esa voz porque mis oídos retumbaban muy alto. Mi espalda se arqueó. No tuve más remedio que colocarme a cuatro patas para soportarlo. Ojalá no me doliera tanto todo el cuerpo cuando eso me sucedía.

—¡A todo el que no se marche ahora mismo lo castigaré un mes entero!  
—Por la ropa supe que se trataba de una monja, pero en mi postura no podía verle la cara. Sus manos se posaron en mi espalda—. Dani, cálmate, por favor.

Era Laura, que se había arrodillado delante de mí. Me senté y admiré su rostro y su voz, y en esta ocasión sí aprecié algo único en su forma de tratarme. Lo vi en sus ojos, en su modo de mirarme. No me molestaba que Laura me tocara, no me producía rechazo.

Me di cuenta de que había podido sentarme, así que la transformación se había detenido. Ya no me dolía. Todos los chicos se habían marchado. Mejor. Ya no había conversaciones confusas, solo Laura y sus ojos y sus manos sobre mí. Me sentía bien. Tuve un impulso que no recordaba haber sentido en mucho tiempo, tal vez nunca.

Estiré los brazos y la abracé y me sentí mejor. Me habría quedado así todo el día.

—Estás castigado, Dani —dijo Laura—. Las peleas no están permitidas.



—¿Lo has entendido, Dani?

Laura no llegaba a gritar, pero su voz no era tan suave como otras veces. El castigo consistía en pasar con ella dos horas por las tardes; a mí no me parecía un castigo en absoluto. Me gustaba estar con ella.

Me encogí de hombros.

—Es la segunda vez que te peleas —me regañó—. Y el padre Brown también se ha quejado y ha pedido tu expulsión. ¿Lo entiendes? Si vuelves a pelearte, te echarán, y yo no podré cuidarte más. —Su rostro estaba más serio, sus labios más apretados que de costumbre—. Te enviarán a un centro de acogida si sigues así.

—¿Quién? —pregunté.

—El Estado.

—¿Quién?

—Olvidalo. ¿Por qué te peleaste con esos chicos?

—Querían meterme algo en el culo. No me gusta. Nadie me va a tocar el culo nunca.

—Eso me dijiste cuanto te recogí —suspiró Laura—. ¿Quieres vivir otra vez en la calle? Es lo que conseguirás si no te relacionas y te comportas mejor. Dime, ¿es eso lo que quieres?

No lo había pensado.

—No sé.

—¿No te importaría? Ya no tendrías amigos y estarías solo.

—Aquí no tengo amigos y estoy solo.

Laura inclinó la cabeza, se frotó la frente con la mano. Tardó un poco en hablar.

—Eso no puede ser. Tienes que entender que esto es mejor que... ¿No hay ninguna chica que te guste, por ejemplo?

—No sé.

—Me refiero a una y solo una. Ya me entiendes.

—A mis compañeros les gustan casi todas.

Laura inspiró durante mucho tiempo. Luego se sentó.

—Olvida a tus compañeros. Yo me refiero a ti. Tiene que haber una chica que te parezca la más guapa de todas, la más bonita, con la que te sientas mejor.

—No. Ninguna.

—¿Un chico? —me preguntó con un tono más bajo.

—Ninguno.

—Ya llegará. No te preocupes.

La que parecía preocupada era ella. Yo no veía un problema en que ninguna chica me gustara, pero Laura parecía más triste que al principio, así que traté de animarla.

—No es ningún problema. Yo tampoco le gusto a nadie.

—No digas eso. No eres... —Había apoyado las manos sobre la mesa y se había levantado, pero dejó la frase sin terminar—. Algún día encontrarás a alguien especial.

—Yo soy especial. Me lo dijo mi...

—Lo sé. Me refería a alguien que sea especial para ti, alguien con quien quieras estar porque te haga sentir bien y sea la persona más bonita que hayas visto. ¿Entiendes eso?

—Sí, pero no es una chica.

—¿Un chico? —repitió, de nuevo con la voz más baja.

—Eres tú.

La cara de Laura se suavizó por primera vez. Se relajaron sus labios, se estiraron un poco sus ojos. Pero no duró demasiado. Enseguida recobró su dureza.

—Si te expulsan no me verás más. ¿Queda claro?

—Vendré a verte.

—¡No! No podrás. Te llevarán a otro sitio y luego con otra familia.

—¡No quiero más familias que se olviden de mí!

Descargué los puños sobre los reposabrazos de la silla, que se

rompieron. Las patas se quebraron y acabé en el suelo. Me levanté, aparté los restos de madera de una patada y cogí otra silla.

—Prefiero quedarme —dije.

Laura me observaba con los ojos abiertos. Creo que la oí contar números susurrando mientras se sentaba.

—Dani, no puedes hacer eso.

—¿El qué?

—Eso. Romper cosas, pelearte, meterte en líos. Si quieres quedarte aquí, conmigo, tienes que cambiar. ¿Podrás hacerlo?

—Sí.

—No tan rápido. Vamos paso a paso. Nada de peleas ni de hacer daño a nadie.

—Vale.

—Te fijarás en una chica de tu edad, no en las monjas.

—Vale.

Creo que esa fue la primera vez que mentí. Me salió natural porque quería intentar cualquier cosa que ella me pidiera, pero dudaba que alguna vez encontrara a una chica tan guapa como Laura. Mentir me produjo una sensación rara.

—Y vas a poner más atención en la clase de Teología.

Esa parte no podía cumplirla.

—Atiendo todo lo que puedo. Me gusta mucho esa clase.

—El padre Brown dice que interrumpes con preguntas absurdas para ridiculizarle. Está muy enfadado y es el que ha pedido tu expulsión. Asegura que no eres buena persona.

—El padre Brown tiene razón. No lo soy. Yo no me río y no tengo amigos. Nadie juega conmigo y todos se enfadan cuando hablo, como tú. Hago sentir mal a la gente y luego algunos se mueren y siempre me están diciendo lo que tengo que hacer en todas partes, mientras que los demás parece que sí lo saben y no son malos, y hablan de otro modo que no entiendo. Creo que el problema es que yo no soy muy listo. Pero sí que atiendo. Intento aprenderlo todo. Si me pides que aprenda más todavía, no podré y te enfadarás.

—No, no es eso.

—Sí es eso. Todos se decepcionan conmigo. Y estoy harto de hacerlo todo mal siempre. ¿Lo ves? Ahora te has puesto triste y tienes lágrimas en los ojos. Yo solo quería estar contigo. ¡Y el padre Brown quiere expulsarme!

Me levanté sin darme cuenta.

—Dani, no es eso...

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho? He leído todo lo que ha mandado en la clase, pero no le gusta que pregunte lo que no entiendo. ¿Tenía que dejar que aquel chico me metiera algo en el culo? Muchos chicos se burlan y me llaman cosas raras, pero yo no les pongo nombres. ¡Mis compañeros mienten a las monjas y nadie quiere expulsarlos! ¡Y tú me castigas y te enfadas cuando yo solo quiero estar contigo y...!

Seguía hablando, cada vez más alto, casi gritando, furioso, aunque ni siquiera oía mi propia voz. Creo que le di una patada a la silla. El padre Brown había despertado un nuevo sentimiento, algo salvaje, que no había experimentado antes: el odio. Se parecía mucho a lo que sentía por el hombre que había matado a mi mamá, pero, como no sabía quién era, el odio era diferente, se dispersaba. En cambio, al padre Brown podía verlo con claridad en mi mente y mi odio se concentraba en él, en la persona que quería impedirme estar con Laura.

El odio también se extendía a los que me habían causado problemas, ardía dentro de mí, un fuego que me dominaba y no me dejaba pensar con claridad ni controlar mi cuerpo.

Aquel fuego alimentaba otras sensaciones que no armaban tanto ruido en mi cabeza hasta entonces. Había una en particular, la idea de que yo no podía decidir y estaba sometido a lo que otros decidieran. No podía aceptarlo más. ¡No lo haría!

—No dejaré que te echen.

Laura se había acercado a mí con los brazos extendidos. La abracé y el fuego de mi interior se apagó, el calor fue desapareciendo. No sé cuánto tiempo pasé agarrado a ella, pero al fin fui consciente de que presionaba mis hombros para que me separara. Yo no quería.

—Te lo prometo —me dijo.

Entonces me solté y cogí otra silla. Las promesas siempre se cumplen. Laura también se sentó y se secó los ojos antes de mirarme.

—Este centro depende de la iglesia, así que la asignatura del padre Brown es muy importante. Ya que vamos a pasar las tardes juntos, aprovecharemos para trabajar en eso y el padre Brown comprobará lo mucho que mejoras.

—Vale.

Era de mis clases preferidas, así que me pareció una gran idea, sobre

todo por la cantidad de dudas que tenía al respecto.

—Comenzaremos con lo básico para que lo entiendas.

Habló sobre Dios y cómo había creado el universo. La interrumpí a la segunda frase.

—Todo eso ya lo sé. Lo he leído, pero no lo entiendo.

—¿Lo has leído?

—Citabas la *Biblia*, ¿no?

—¿La has leído entera?

—Sí. —Cada uno teníamos una en nuestros cuartos, por lo que no entendía su sorpresa.

—De acuerdo, entonces. ¿Qué no has entendido?

—Yo no oigo a Dios. A veces... A veces creo que hay algo dentro de mí, pero no es él. ¿Tú lo oyes?

—No se le oye en el sentido literal. Es una sensación que...

—¿Tú crees en Dios? Mis comp... Algunos chicos dicen que es mentira. ¿Tú crees?

—Es verdad. Hay mucha gente que está perdida y no cree en Dios, pero eso no significa que Dios no crea en ellos.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿Y tú, Dani?

—Si tú crees, yo también.

La segunda vez que mentía, y por la misma razón.

—Eso es perfecto, Dani. Ahora puedo explicártelo. Lo que sientes se llama fe.

—¿El qué?

—Lo que sientes por mí. Esa confianza. Crees en Dios porque yo creo. ¿Y si yo te hubiera dicho que no creo en él?

—Entonces yo tampoco.

—Ahí lo tienes. Eso es fe, fe en mí, como una especie de confianza que escapa a la razón, y que te reconforta y te hace sentir mejor. Yo tengo fe en Dios.

Ahora Dios no me parecía tan grande ni tan bueno. Me daba vergüenza admitirlo, otra sensación nueva que acababa de descubrir.

—Aprenderás a tener fe en Dios —me aseguró Laura—. Ese es el fin de la Teología: entender a Dios.

—Aprenderé.

—Porque Dios es amor y...

—Dios mató a mucha gente —dije.

—¿Cómo?

—Con la inundación. Castigaba a las personas, a veces incluso a sus hijos y descendientes. ¿Eso es amor?

—¿Te refieres al Antiguo Testamento?

—Castigó a Job y mató a sus hijos.

—En realidad fue Satán quien...

—Dios lo permitió para probar la fe de Job.

—Porque tenemos libre albedrío. Satán es el responsable, no Dios. Job resistió y se restituyó su anterior felicidad cuando pasó la prueba y le dieron más del doble de lo que tenía.

—Entonces la recompensa que ganó Job fue gracias a Satán, no a Dios.

—Satán es un demonio, la encarnación de la maldad. Es importante que no tengas ninguna duda al respecto. Satán retó a Dios porque le tiene envidia. Por eso se rebeló y fue expulsado del cielo.

—¿Y ahora dónde está?

—En el infierno, entre las llamas y el fuego eterno, junto con los demás demonios.

El fuego me recordaba al calor, que me gustaba, no como el frío, como el del lago en el que me caí y luego me enterraron. La idea de un fuego eterno sonaba mejor que el paraíso.

—Los demonios son malos.

—Exacto.

Laura pareció satisfecha. Como no quería mentir más, preferí no contarle la conclusión a la que había llegado.

—¿Los demonios tienen buen olfato?

—No recuerdo que se especifique un detalle como ese. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Los demonios eran malos y les gustaba el fuego. Al fin entendí por qué yo no encajaba en el hogar de Dios.



Cuando regresé a mi cuarto, Milos y Yago estaban viendo vídeos pornográficos.

—Mira quién está aquí —dijo Yago—. ¿De verdad le diste una buena soba a Axel y sus dos esbirros? Milos miente más que habla, así que no sé si

tragármelo.

—¿Y por qué le han castigado si no, listo? —se quejó Milos—. Aunque ya me molaría a mí un castigo como el tuyo. Hace seis meses me trincaron copiando en un examen y también me castigaron, pero a mí me tocó la monja más fea de este antro. Gorda, vieja y con la mano larga. Menudas hostias me daba con la vara, la muy puta. Nada que ver con las que nos dan en misa.

—¿Te ha sacudido Laura? —preguntó Yago.

—No —contesté.

—Tío, qué potra tienes —dijo Milos—. Está buenísima, en serio. Yo me dejaría zurrar por ella.

—A mí me pone que no veas —añadió Yago—. Debería estar prohibido que una tía tan buena fuera monja. Qué desperdicio. Eso sí que es un pecado.

—Ya te digo. Con lo que me ponen las tías mayores. Esas no se andan con estupideces, no como las de nuestra clase, macho.

—Tampoco está tan mayor. Tiene veinticinco, creo.

—Como si tuviera cuarenta. Me la cepillaba igual. Así me enseñaba.

—Que falta te hace, por cierto.

—Habló el virgen.

No podía creer que quisieran acostarse con Laura. Era asqueroso que pensarán en usar su cuerpo como en las películas que tanto les gustaban. Aquello me enfureció... Pero controlé el impulso de despedazarlos allí mismo. Le había prometido a Laura que no haría daño a nadie.

Milos se acercó y me pasó el brazo por los hombros.

—Tío, qué suerte tienes. Venga, va, suéltalo. No puedes estar a solas con ella tanto tiempo sin que se te pase una guarrada por la cabeza. ¿Cómo te contienes? ¿Te mordiste la lengua? ¿Te clavaste algo en la pierna?

No había imaginado ni una sola vez tener relaciones sexuales con Laura, ni con ninguna otra chica, la verdad. Pero sí sentí una fuerte atracción por ella. Quizás esa atracción fuera un impulso sexual, como ellos decían. No podía estar seguro al respecto. Nada me apetecía más que estar junto a Laura, pero la idea de que nos tocáramos de esa manera me hacía estremecer.

—¿Solo las ganas de sexo te hacen pensar tanto en una persona? —pregunté.

—Lo sabía —dijo Milos—. Eres virgen, ¿no? Quizá por eso te asusta un poco la idea. No te preocupes, es normal. Yago lo sabe muy bien, que ni siquiera ha tocado una teta en su vida, solo que aprendió a disimular...

—Pregúntale a tu madre, imbécil —soltó Yago.



—¿Cómo sé si ella quiere acostarse conmigo? —pregunté.

—Eso ya te lo digo yo: no quiere —explicó Milos—. Es una monja. No tienen sexo, nunca, con nadie. Exactamente igual que Yago.

Yago le hizo un corte de mangas.

—¿Apostamos a ver quién pillará esta noche?

—Lo que quieras —respondió Milos—. Eh, Dani, ¿te vienes?

—¿Estás mal de la cabeza? —se alarmó Yago—. Cierra la boca o...

—Se enterará igual. Además, ¿quieres perderte a Dani intentado ligar en una fiesta? Yo, ni loco. Qué, Dani, ¿te apuntas? Va a ser una movida que no veas, con un montón de pibas, música, bebida...

—Tengo mucha sed —le dije.

—Pues otra cosa no, pero bebida tendrás toda la que quieras. Eso sí, tenemos que escaparnos en cuanto apaguen las luces. Si las monjas nos pillan, la cagamos.

—¿Escaparnos?

—Hombre, claro. Lo hacemos dos veces al año. Saltamos el muro que está detrás del pabellón de las chicas y nos vamos a un bosque que hay un poco más lejos. Está chupado. Yannick nos cubre, que él siempre se queda. Es el mejor compañero de cuarto que he tenido nunca.

Colocamos las almohadas en nuestras camas de modo que simularan nuestros cuerpos. Solo en caso de que una monja decidiera entrar, algo muy poco probable, según me dijeron. Yannick respondería a la monja, que no se daría cuenta de nada porque no encendería la luz para no despertarnos. Luego nos fuimos.

Nos arrastramos por los pasillos. Había monjas sentadas que vigilaban, pero no prestaban mucha atención, y Milos y Yago sabían dónde se encontraban. Nos faltaba poco para llegar a la puerta de salida del pabellón de los chicos.

—Ahora hay que esperar —susurró Yago.

Poco después se armó escándalo en una habitación y la monja que custodiaba la puerta acudió a poner orden, momento que aprovechamos para escapar. Resultó que Milos había pagado a los alumnos de aquella habitación para que distrajeran a la monja. Nos lo explicó mientras corríamos por el patio, siempre en las sombras, pegados a las paredes de la iglesia, ocultándonos tras los árboles y los matorrales, hasta llegar al muro del fondo. Era tan alto como el doble de uno de nosotros.

Yago tanteó los ladrillos hasta que dio con uno que pudo extraer del

muro. Según me dijeron, los alumnos de cursos anteriores los habían manipulado para poder saltar con facilidad. Yago fue el primero en subir y fue sacando los ladrillos y tirándolos al suelo. Milos los recogía y los ocultaba bajo un arbusto.

—Todo despejado —susurró Yago desde arriba.

Luego desapareció.

—Me toca.

Milos ascendió con facilidad por los huecos del muro.

—Vamos, Dani —me gritaron desde el otro lado.

No parecía difícil, pero saltar lo era menos. Me agaché y luego estiré las piernas con todas mis fuerzas. Me iba a pasar de alto, así que enganché un pie en la parte alta del muro para no subir más. No preví que mi cuerpo se impulsaría hacia adelante, al frenarse de repente. Mi pie se desencajó y mi cara se estrelló contra el muro por el otro lado. Luego caí al suelo, aunque logré encogerme a tiempo para no golpearme la cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó Milos.

—Sí —dije levantándome.

—Bueno, no hacía falta darse tanta prisa —dijo Yago—. ¿Seguro que no te has roto nada?

Negué con la cabeza.

Cruzamos una calle y luego ya nos relajamos y caminamos con normalidad. No sabía que estuviéramos al borde de la ciudad. No se veía a nadie por allí, no olía a ninguna persona salvo a nosotros. Había muy pocos edificios, todos en mal estado, tal vez abandonados, y enseguida llegamos a terreno abierto, a un descampado que no tardó en convertirse en un pequeño bosque.

Subimos una pequeña colina y al descender vimos una hoguera. La música sonaba y muchos chicos se arremolinaban alrededor del fuego. Casi todos tenían un vaso grande en la mano y bailaban y reían. Los árboles eran altos y olían a resina, formaban una pared circular en torno al claro en el que nos habíamos reunido.

Milos y Yago tenían razón: había mucha bebida. Nos acercamos a la zona en la que estaban los barriles y las botellas. Una chica se bebió su vaso de golpe y soltó un eructo, lo que causó la risa de su compañera.

—¿No tenías sed? —Milos nos pasó un vaso y una botella a Yago y a mí—. Hemos llegado tarde, así que tenemos que ponernos a tono.

En mi vaso cabía la mitad de la botella. También me lo bebí de golpe,

aunque no eructé, como había hecho la chica. La bebida picaba un poco en la garganta. Su sabor era agradable, pero lo que me gustó fue que me hizo sentir calor por dentro.

Milos y Yago me observaban en silencio. A lo mejor debía de haber eructado, como la chica.

—Media botella de *whisky* de un trago... —dijo Milos.

—Tío, se supone que se mezcla con Coca-Cola, ¿sabes?

—Tengo mucha sed.

Eché la otra mitad y también me la bebí.

Ahora me miraban las piernas, luego la cara. Tenían la boca abierta.

—No se tambalea siquiera —dijo Yago.

—Mierda, Dani, no sabía que soplabas de esa manera —dijo Milos—.

Eso se avisa, idiota. ¿Puedes beberte otra?

Asentí. Y se me escapó un eructo.

—¿Qué dices? —Yago parecía asustado—. ¿Quieres que le dé un coma etílico?

—Dani, ¿puedes o no?

—Tengo más sed —contesté.

—Genial. Espera aquí, ¿eh? No bebas todavía. Me sé de un par de imbéciles a los que vamos a desplumar con una apuesta.

Yago le agarró por el brazo.

—No creo que...

—Os he invitado yo, ¿no? Pues ahora pienso recuperar la pasta. ¡Es una oportunidad de oro!

Sus voces empezaron a sonar más bajas, como si estuvieran lejos. En cambio, la música estaba más cerca, la sentía a mi alrededor, vibrando en mi cuerpo. Me acerqué a la hoguera. Allí sonaba más fuerte, me envolvía, me llevaba. Sonaban varias melodías, una voz, un ritmo marcado que se repetía. Mi cuerpo se balanceaba siguiendo los patrones del sonido. Casi podía sentir el sonido tocándome, acariciándome, marcando el movimiento.

Me acerqué a dos chicas que bailaban particularmente bien. Sus cuerpos se mecían coordinados y fluidos. Los chicos, en general, hacían poco más que doblar las rodillas y balancear las cabezas. Pero aquellas dos chicas meneaban todas las partes del cuerpo.

Me sonrieron cuando repliqué sus movimientos. Se colocaron cada una a un lado de mí y acompañaron sus bailes al mío. Ahora me dejaba llevar por la música y por ellas. De vez en cuando alguna realizaba un giro o adoptaba

una postura que se salía del patrón. Hasta un momento en que retrocedieron un paso y me miraron. Comprendí que era mi turno de ejecutar algún paso que rompiera la pauta habitual. Imité el último que había hecho una de ellas y regresé al movimiento rutinario sin perder el ritmo. Las chicas me vitorearon. Otra se acercó y me enseñó un nuevo paso, uno que parecía más difícil y que requería abrirse de piernas hasta tocar el suelo. Cuando fue mi turno, lo imité a la perfección. Más risas. Y no solo de las dos chicas. Ahora nos miraba más gente, que se colocaba a nuestro alrededor y nos animaba a seguir.

Las chicas intercambiaban los turnos para demostrar sus habilidades, giros, piruetas, algún pequeño salto, todo al son de la música. Eran buenas, tenían un gran dominio de sus cuerpos. Repliqué todos y cada uno de sus meneos. La gente estalló en aplausos alrededor nuestro.

Me pidieron que fuera yo el que bailara a continuación y se lo pusiera difícil a las chicas, que tendrían que copiar lo que yo hiciera. Vi a Milos intercambiando billetes con otro chico y gritándome para que sorprendiera a todo el mundo.

Así que improvisé. Recurrí a una mezcla de movimientos que había aprendido de las chicas, los que me parecieron más complicados y que requerían mayor concentración, aunque en diferente orden. Luego giré, tan rápido como pude, cuatro veces seguidas sobre mí mismo. Terminé con un salto hacia atrás, pasando los pies sobre mi cabeza, aterrizando con las piernas abiertas y volviendo a levantarme para no perder el ritmo.

Las dos chicas dejaron de bailar. Nadie habló, nadie aplaudió. Solo se escuchaba la música. Me detuve sin saber qué había pasado.

De repente corrieron hacia mí, Milos el primero. Me agarraron entre varios chicos y me lanzaron hacia arriba. Pero me recogieron antes de que cayera al suelo y me volvieron a lanzar.

—¡Este tío es la hostia! —gritaba Milos.

Cuando por fin me dejaron en el suelo, todos me decían algo, parecían contentos conmigo. Me ofrecieron sus vasos. Milos tuvo que susurrarme al oído que estaba mal bebérmelo todo, que se suponía que solo debía dar un trago y devolvérselo a quien me lo había dado. Bebían cosas distintas, pero cada vez me sabían más parecidas todas.

Beber y bailar resultaron ser las únicas actividades en las que me sentí aceptado, incluso me reía, a pesar de que no entendía por qué, simplemente estaba alegre. Y me sorprendió darme cuenta de que no me había molestado que me tocaran cuando me habían cogido entre todos y me habían lanzado

hacia arriba. De hecho, la gente a mi alrededor estaba más cerca de lo que yo normalmente toleraba.

Mi olfato se había atrofiado un poco y eso me desorientaba. Además, tenía la sensación de que no veía bien, a veces iba a tocar algo y resultaba que estaba colocado de otra manera, o puede que mi mano se moviera con más torpeza. Me recorrían muchas sensaciones nuevas y extrañas. Pero la gente no me rechazaba y yo estaba contento.

—¿Encontraste al gato?

Paula se acercó a mí con un vaso casi vacío en la mano. Sus mejillas tenían más color. ¡Y el tatuaje de su cuello se movía! No, aquello no era posible. Mis ojos fallaban, había muchas cosas que se inclinaban o daban vueltas, incluso yo creía moverme y luego me daba cuenta de que no era así.

—S-Se... te... Se me... olvidó el gato.

Hablar también me costaba algo más de esfuerzo.

—Entonces, me debes una —dijo ella empujando a una chica para ponerse delante de mí—. Tú los espantaste cuando les daba de comer, ¿recuerdas? Eh, tranquilo... Creo que alguien ha bebido demasiado.

Me agarró por un brazo, lo que me ayudó a mantener el equilibrio.

—Gracias.

—No pongas esa cara. Lo del gato era una broma. Ven, anda, es mejor que te dé un poco el aire.

Nos alejamos de la hoguera, donde todos seguían bailando. Al pasar entre la gente, Milos me miró y me enseñó el dedo pulgar, me guiñó el ojo, luego apretó los puños y los llevó hacia atrás y hacia adelante varias veces, alrededor de sus caderas, mientras sonreía. No estuve seguro de lo que me quería decir con aquellos gestos.

No me di cuenta de cuándo pasé mi brazo sobre los hombros de Paula, ni de cuándo ella me agarró por la cintura, pero me resultaba más fácil caminar apoyándome en ella.

A la derecha, a varios pasos de distancia, una chica vació su vaso sobre la cabeza de Yago, quien pareció muy sorprendido.

—Con un «no» era más que suficiente —protestó.

Paula sonrió. Me condujo a la zona donde estaban los barriles y las botellas. Allí estaba Axel con uno de sus amigos. Me miraron. Y yo a ellos. Se apresuraron a coger una botella y a alejarse.

—Vaya. Veo que no solo asustas a los gatos.

Nos internamos entre los árboles. La música cada vez sonaba más lejos.

Pasamos cerca de un chico y una chica que se estaban besando y toqueteando. La mano del chico estaba dentro de los pantalones de ella y parecía que intentaba bajárselos. La chica no daba la impresión de tratar de impedirselo.

Algo más lejos nos detuvimos. Paula extendió una manta en el suelo, entre los árboles, en un sitio apartado al que apenas llegaba la luz de la luna. La música ya era solo un susurro lejano.

Iba a sentarme, pero más bien me caí en la manta. Ella se sentó a mi lado, muy cerca, nuestros hombros se tocaban. Creo que tenía un poco de frío. Yo noté el descenso de la temperatura al alejarnos de la hoguera. No me gustaba el frío, aunque por suerte mi cuerpo seguía caliente por dentro.

—Eres una caja de sorpresas, ¿sabes? Te peleas contra tres chicos a la vez y creo que les habrías ganado. Y hay que ver lo bien que bailas.

—He aprendido hoy.

Eso le resultó gracioso.

—Sí, claro —se rio—. ¿Qué más sabes hacer?

Su cara estaba muy cerca de la mía. Esta vez no me molestaba su proximidad, pero me costaba enfocar algo que estaba tan cerca de mis ojos. Mi visión funcionaba mucho mejor a mayor distancia.

—Puedo volar —contesté—. Aún no he aprendido, pero sé que puedo.

No sé por qué lo dije. Sabía que la gente no me creería y que corría el riesgo de que me llevaran a un hospital a arreglarme la cabeza con pastillas que me sentaban mal. Pero mi boca funcionaba sola. Hablaba sin pensar, y decía lo primero que se me ocurría.

—Vaya, entonces debes de ser un superhéroe —dijo ella divertida. Paula se inclinó un poco más sobre mí—. ¡Guau! Esto sí que parece una especie de superpoder.

Se refería a mi erección. A pesar de mi confusión, que yo recordara solo se me ponía así de dura cuando tenía muchas ganas de hacer pis, sobre todo las pocas veces que dormía muchas horas y me despertaba en ese estado. Paula había colocado su mano en mi entrepierna sin que lo advirtiera y supongo que esa fue mi reacción.

—Yo no...

Me besó. Se tocaron nuestros labios y de inmediato su lengua se metió en mi boca y empezó a retorcerse entre la mía. Estaba muy mojada. Fue como bailar, me dejé llevar, me adapté a sus movimientos. Y no me dio asco. Nunca había tenido un contacto tan cercano y prolongado con nadie. La idea

siempre me había disgustado, y creo que una parte de mí seguía rechazándola, pero otra parte, desconocida hasta ese momento, parecía disfrutar. Mis manos empezaron a tocar a Paula.

Puede que fuera curiosidad. Tocar a una chica de aquella manera, como en las películas que les gustaban a mis compañeros, era nuevo y excitante. Los pechos eran más blandos de lo que había supuesto.

Paula se separó.

—Espera. ¿Te vas?

—Tranquilo, solo me pongo cómoda.

Se quitó el jersey y se quedó solo con el sujetador. Se sentó encima de mí.

—Ay.

—¡Por Dios! ¿Te ha dolido mucho?

—Solo un poco.

Mi erección había crecido más de lo que yo creía posible. Paula me desabrochó el pantalón y sentí un alivio inmenso cuando desapareció la presión y se me levantó como si tuviera un muelle.

—Creo que voy a necesitar las dos manos para manejar eso.

—Tus tetas son más gordas y no usas las manos.

—Tienes razón. No necesito las manos.

Lo había visto en los vídeos del teléfono, pero no era comparable a mirar en vivo y en directo. Todos mis sentidos se concentraron en ese momento, en ese lugar, en Paula. El beso había estado bien, pero su boca era mucho más efectiva donde se encontraba ahora.

Menos mal que estaba al corriente de qué era lo que yo debía hacer a continuación. Tumbé a Paula en la manta y le bajé los pantalones. Los suyos estaban más ajustados que los míos. Tiré, me impacienté, tiré más fuerte. Al final lo conseguí. Separé sus rodillas y bajé la cabeza. Ella me acariciaba el pelo mientras yo estaba ahí, al menos al principio. Enseguida empezó a apretar, a agarrarme mechones y a estrujarlos. Sus apretones coincidían con ciertos movimientos de mi lengua.

—Ooooh... Ohh... Para... Para...

Eso decía, pero su mano seguía apretando mi cabeza.

—Uh... Uh... Oooooooh...

Se movió muy deprisa y muy poco, como si temblara, y después me soltó. Se le había acelerado el corazón, jadeaba, un poco de sudor resbalaba por el tatuaje de su cuello.

—¿Eso también lo has aprendido hoy?

—Ahora mismo —contesté—. Pero lo había visto en un vídeo y...

—Lo imagino. Es tu turno, campeón, a ver si has visto esto.

Se quitó el sujetador. Apoyó las piernas y las manos en el suelo, de espaldas a mí. Yo me acerqué a ella y dudé ante las dos posibilidades que Paula me ofrecía. En los vídeos de Milos, los hombres hacían uso de las dos y no sabía cuál era la diferencia. En ambos casos el movimiento era el mismo, así que tal vez no fuera relevante.

La mano de Paula se deslizó por debajo de ella, entre sus piernas, hasta agarrarme, tirar y tomar la decisión por mí.

Noté un calor que me envolvía y que emanaba de ella, de su interior. Estar dentro de ella era lo más agradable que había experimentado hasta el momento. Me gustaba mucho el calor. Y ese calor aumentaba según repetía, adelante y atrás. Era un vicio. Me preguntaba hasta donde se podía llegar.

De repente el calor estaba dentro de mí. Ya no solo me envolvía, crecía en mi interior. Y yo no podía parar. Cada vez iba más deprisa. El calor que notaba dentro se convirtió en un cosquilleo que aumentaba. Llegó un momento en que sabía que ya era imparable, como un estornudo, aunque no imaginaba cómo terminaría la cosa. Resultó que el hormigueo se transformó en una explosión brutal, más intensa que nada que hubiera sentido antes. Todo mi cuerpo se estremeció y... ya está. Se acabó.

Eso era todo, por lo visto. Muy bueno, muy agradable, pero apenas duró unos pocos segundos.

Nos tumbamos en la manta, ella sobre mi pecho.

—¿He hecho algo mal? —pregunté algo decepcionado por la duración.

Paula me miró con una mueca.

—Tu primera vez, ¿no?

—Ah, ya sé. Me equivoqué al final, ¿no? Tenía que haber terminado sobre tu cara. Es que se me escapó. No sabía que...

—Tienes que dejar de ver tanto porno con los degenerados de tus compañeros —suspiró Paula—. A ver cómo te lo digo... Es normal que dures tan poco, siendo la primera vez, pero como te lo habías currado al principio no pasa nada, no me he quedado a medias.

Ahora caí en la cuenta de que los hombres de los vídeos duraban más tiempo antes de terminar, mucho más del que yo había necesitado. Quizá por eso la sensación del final había sido tan corta.

—Eh, no te tortures —me dijo—. Lo he pasado muy bien.



—¿Podemos hacerlo otra vez?

—Es lo bueno de esto, que... ¿Te refieres ahora mismo?

—¿No se puede?

—¿No necesitas descansar?

—¿Tú sí?

Yo me encontraba bien, mejor que bien. Paula se rio antes de saltar sobre mí.

Esta vez la postura fue diferente, menos cómoda, pero lo que me importaba era el final. Me había propuesto aguantar más tiempo, pero me resultó imposible. El cosquilleo apareció y no pude detenerme. El final fue igual de bueno y de breve.

—Necesitas más práctica —me dijo al acabar—. Creo que voy a tener mucho trabajo contigo.

—Vale.

La coloqué en la primera postura, la que más me gustaba, para probar de nuevo.

—¿Estás de broma? —dijo Paula—. No puedes estar listo tan rápido. Ni siquieeee...

Y empezamos de nuevo. Al poco, ella se separó, me tumbó y se sentó encima de mí. El cambio de posición y la nueva postura me ayudaron a contenerme. Ahora era ella la que se movía y marcaba el ritmo, lento y constante. Ese era el truco para durar: no acelerarse tanto como hacía yo.

Ella acabó antes. Lo noté, ya conocía sus gemidos y sus contoneos. Por lo que deduje que la segunda vez ella no había llegado al final. Creía que se iba a parar, pero no, continuó, y yo terminé mucho después. También fue breve.

No me sentía del todo satisfecho. Podía hacerlo mejor.

—Pero, ¿es que tú no te cansas nunca?

Creo que la cuarta vez ella acabó dos veces antes de que yo lo hiciera, tal vez tres, hubo un momento en que no lo tuve del todo claro.

—Ahora, ¿tú eres más rápida que yo?

—Bueno, estás mejorando más de lo imaginable. Y, si no me equivoco, los chicos tardan mucho más cuando repiten tan rápido. Aunque lo tuyo no es normal.

La quinta vez empecé a aburrirme. Ninguna postura me gustaba tanto como la primera y Paula me daba demasiados besos. El objetivo estaba claro, no veía qué importancia tenía besarse tanto. Sin embargo, el mayor problema

era que había perdido el misterio. Con ligeras variaciones, ya sabía qué esperar, qué iba a sentir.

Se estaba convirtiendo en lo que siempre me había pasado en la vida. Veía algo nuevo, que nunca había hecho y que no entendía, y lo probaba lleno de excitación, pero dos o tres veces eran suficientes para que lo comprendiera y perdiera el interés. A mí me faltaba algo que me llenara y no era el sexo.

—Si no puedes, lo dices, porque vas a acabar conmigo —me dijo Paula.

Me había distraído y me movía mecánicamente. Llevaba mucho tiempo así, tal vez demasiado, con lo que descubrí otro truco para alargarlo cuanto quisiera: pensar en otra cosa.

Pero ahora debía centrarme. Paula trató de separarse, lo que me desconcertó un poco.

—Suéltame. Ya es suficiente.

No lo era para mí, que estaba cerca de terminar, pero aún me faltaba un poco. La sujeté y ella se revolvió. Así no podía. Me acerqué a su boca, la besé, que era lo que más le gustaba.

—¡Basta! ¡He dicho que pares! ¡Suéltame!

Me empujó y se alejó de mí. No me miraba mientras se vestía. No debí de escoger el momento oportuno para besarla. Yo estaba muy frustrado, sin acabar, con un calor ardiendo en mi entrepierna que no me dejaba pensar.

Iba a pedirle que se quedara, solo hasta acabar esa vez, pero se marchó corriendo antes de que pudiera detenerla. La música ya no se oía en la distancia. Todo el mundo debía de estar manteniendo relaciones sexuales en alguna parte del bosque.

Tuve que apoyar las manos sobre la manta cuando un dolor repentino me atravesó la espalda, un dolor conocido, pero que no me esperaba. Las manos se deformaron, los dedos se curvaron y las uñas se alargaron. Pero no me dolió como la otra vez, no en las manos. En cambio, la cabeza parecía a punto de reventar, la sentía muy grande, enorme. El morro se me alargó hacia delante, los colmillos crecieron, los de arriba y los de abajo. Lo peor, lo que más me atormentaba, era la frente. Me escocía en dos puntos, justo encima de cada ojo. Oía crujidos en mi interior. Mis huesos se quebraban y se estiraban y encogían, se dividían y se fusionaban con otros.

Me llevé las manos a la cabeza. Y las vi. Eran garras, muy grandes. Me toqué algo en la frente que no debía estar allí: dos formas alargadas, de al menos un palmo. Me habían crecido cuernos.

Algo me desequilibró. Me caí hacia atrás y noté algo entre las piernas que salía de la parte baja de la espalda. Era una cola larga que se retorció. Me di cuenta de que la retorció yo, que podía moverla, que era parte de mí. Usé la cola para ponerme de pie. Entonces advertí algo más que no tenía hacía unos minutos: dos membranas enormes colgaban desde mi espalda. Las palpé con las garras. Se parecían a las de un murciélago, pero gigantes, se estiraban hasta mucho más allá de la longitud de mis brazos. Podía plegarlas y moverlas... y batirlas.

Lo sabía. Sabía que podía volar.

—Siempre lo supe, papá —dije a duras penas.

Mi voz era mucho más grave que de costumbre y era más difícil vocalizar con un hocico tan grande.

Era el momento de irme y volar, pero había prometido a Ramsey que cuidaría de su bastón y lo había escondido debajo de mi cama. Aquello suponía un problema porque no pensaba que fuera una buena idea irrumpir en un internado lleno de curas y monjas enseñando cuernos, cola y alas de murciélago gigante.

## CAPÍTULO 10

Me costaba mantenerme de pie porque me había transformado a medias. Algunas partes de mi cuerpo, como las piernas, seguían prácticamente igual, lo que me desequilibraba. Mis garras pesaban demasiado para mis brazos, que tampoco habían variado. Usaba la cola como apoyo, ya que llegaba al suelo y más allá, era más larga y más fuerte que mis piernas actuales. Como demonio debía de ser más grande que como humano.

Ahora entendí por qué Ramsey no me permitió transformarme en el hospital, para que no me vieran. Él sabía que yo era un demonio y, no solo eso, también cómo volver a mi forma humana. Podía intentarlo, incluso debería, si quería salir del bosque. Pero no quería hacerlo. Quería completar la conversión. Quedarme a medias era lo peor, desde luego, pero...

Una rama crujió cerca, en alguna parte del bosque. Podría ser Paula. Me vería. Pensaría que soy un monstruo y se lo diría a los demás, a las monjas, y llamarían a los ángeles para que me mataran. Tenía que irme.

Me giré. Traté de saltar por encima de una roca para ocultarme, pero ahora era más pesado y apenas me separé del suelo. Mis cuernos atravesaron la manta cuando me caí de cabeza. Al incorporarme, la manta colgaba sobre mi cara y no podía ver. Intenté quitármela, pero ya no tenía manos, sino garras, y no sabía cómo moverlas. Privado de la vista, recurrí por instinto al olfato, cosa que debería haber hecho antes.

No era Paula quien se acercaba. Era un hombre, más de uno, y me habían rodeado. No podía verlos, pero sus pisadas, sus voces y su olor les delataban.

—Aquí está. Pero... No entiendo... ¡Dios! Se está transformando.

—Qué asco. ¿Habías visto a alguno así?

—Yo ni siquiera me lo creía. Como pagan bien, ni me molesté en preguntar, pero ahora...

—¡Cierra la boca! Si vas a mearte encima de miedo, lárgate o te pegaré un tiro. Y comunica al resto nuestra posición.

Volví a tirar de la manta. Esta vez mis cuernos la rasgaron y al fin pude ver. Había un hombre justo delante de mí, vestido con un mono oscuro, un gorro y un auricular en el oído. Me apuntaba con una pistola de cañón largo.

—Quietecito, monstruo. No me obligues a...

Me abalancé sobre él. Ni aquel hombre ni yo mismo esperábamos que pudiera realizar semejante salto. Mi cola era muy fuerte, creo que en parte porque correspondía a un cuerpo de mayor peso y tamaño, pero al no estar transformado del todo, era ligero para aquellos músculos. Casi volé de lo alto que ascendí. Y caí directamente sobre el soldado que me apuntaba.

Le di un zarpazo que le arrancó la mitad inferior de su cabeza. La mandíbula rebotó en el suelo y salpicó babas y sangre. El ojo derecho del hombre quedó colgando entre tiras de piel que no aguantarían mucho. De una de esas tiras sobresalía la oreja. Dio un alarido y se tambaleó. Con otro zarpazo le destrocé la rodilla. La pierna se quebró hacia dentro y ya no pudo tenerse en pie.

Oí un zumbido y, al instante, recibí un impacto en mi ala derecha. Tenía un dardo clavado. Aparecieron dos tipos más que salieron de entre los árboles, armados, con el mismo uniforme que el primero. Uno de ellos me disparó otro dardo, aunque este se clavó en la manta, cerca de mi pie izquierdo.

—¡Has visto lo que le ha hecho esa aberración!

El que había fallado el disparo se agachó junto al herido.

—¡Apunta bien, imbécil! —dijo el otro.

Me eché a un lado a tiempo de esquivar el nuevo dardo. Y luego... me caí. El ala derecha se me había dormido, colgaba sin fuerza y me había desestabilizado. Me dispararon otro dardo en una pierna.

—¿Cuántas dosis puede soportar sin morir?

—No pienso arriesgarme.

Me disparó en la otra ala, que había utilizado para cubrirme. Entonces, sin levantarme, giré tan rápido como pude sobre mí mismo. Al quedar liberada la cola, salió disparada y partió las dos piernas del soldado a la altura de las rodillas. Se derrumbó, pero no gritó. Agarró uno de los trozos de su pierna y trató de unirlo a la rodilla, entre una cantidad considerable de agua roja que brotaba de la herida.

El que había tratado de ayudar a mi primera víctima —el que había dejado sin media cara—, se incorporó y, mirándome con terror, echó a correr entre los árboles. Yo quería despedazarlo, estaba furioso, pero cuando fui a

levantarme, la pierna también se me había dormido. Me arranqué el dardo del muslo. Debía de inyectar algo de la magia de la que tanto hablaban el Primer Colmillo y sus amigos.

Me arrastré hasta los dos hombres heridos.

—¡Quitadme la magia o voy a descuartizaros!

Una bota apareció de la nada y me pisó la garra con la que me arrastraba. Del otro lado, otra bota me dio una patada en la cabeza. Habían llegado más soldados. Me revolví, traté de morder un pie con mis nuevos colmillos, pero no conté con que uno de los recién llegados estaba justo detrás de mí. Me atizó con algo muy duro en la espalda, justo entre las alas, y a punto estuve de desmayarme del dolor. Me quedé boca abajo, sin fuerzas, incapaz de moverme.

—¡Hay que darles entre las alas! ¡Cuántas veces os lo he dicho! ¡Es su punto débil, como si os diera yo a vosotros una patada en los huevos! ¿Qué haces? ¡No vuelvas a dispararle!

—Era por si acaso...

—Ahora es inofensivo. Encadenadlo y atended a esos idiotas. Tú, avisa al camión. Que se acerque al punto de extracción. Tenemos que sacarlo sin que nadie lo vea.

—Pesa demasiado. Va a ser complicado cargar con él por el bosque.

—No tardará en volver a su forma humana. Dale la vuelta y colócale una mordaza en el hocico, por si acaso. Y atadle las garras de una vez.

Una mano tiró de mi hombro y me quedé tendido boca arriba. Los tres hombres me observaban con atención y una mueca de desprecio. No mostraban miedo. Y yo no podía defenderme. El golpe en la espalda todavía me dolía horrores.

Allí tirado, vi caer una sombra desde un árbol. Aplastó al hombre que se disponía a amordazarme. Luego saltó sobre otro y le clavó los dedos en los ojos, retiró las manos, a las que siguieron dos chorros de agua roja. El tercero reaccionó y disparó, pero falló. Entonces vi que era una mujer, muy rápida. En un instante estaba encaramada a la espalda del tercer hombre, que se debatía sin lograr sacársela de encima. La mujer bajó la cabeza sobre el cuello del hombre. Al levantarla tenía la cara roja. El hombre se llevó las manos al cuello. La mujer le arrancó tres dedos de un mordisco.

Quise gritar, advertirla. A pesar de toda la sangre y de las heridas, aquel tipo consiguió sacar un cuchillo con la mano que conservaba entera y clavarlo en el hombro de la mujer, que estaba pendiente de que no se hubiera

recuperado ninguno de sus compañeros heridos. Un alarido tremendo salió de la boca de la mujer. Derribó al hombre de una patada, y, sin extraerse el cuchillo del hombro, le pisó la cabeza una y otra vez hasta que sonó un crujido. Después se volvió y remató a los heridos, retorciéndoles el cuello. Al último también le arrancó un trozo del cuello y lo masticó.

—Te advertí que protegieras tu espalda —dijo con un trozo de carne colgando de la boca.

Era Ascuá. No reconocía su olor porque todavía estaba débil y atontado. Se acercó y me cruzó la cara de una bofetada. Luego levantó la cabeza con la nariz arrugada. En su forma de olfatear el aire, entendí que se le había encendido la alarma.

—Vienen más soldados. Tenemos que irnos.

Traté de levantarme, pero todavía tenía la pierna y el ala dormidas. Ascuá me agarró por la cintura y cargó conmigo. Nos deslizamos entre los árboles. Ascuá se detenía y olfateaba de vez en cuando y luego cambiaba de dirección.

—¿Recuerdas nuestros juegos, Dani? Esto es lo mismo. Tienes que recordar todo lo que te enseñé. Si te atrapan, pierdes. ¿Lo entiendes?

—Sí.

El agua roja de su hombro le empapaba ya todo el brazo, pero ella no se detenía.

—No puedes dejar que te capturen.

—¿Qué pasa si pierdo?

—Que perdemos todos. —Nos paramos en medio de unos matorrales muy altos. La respiración de Ascuá era muy rápida—. Quedamos muy pocos, Dani. No sé cómo, pero nos han encontrado y solo algunos hemos conseguido escapar. El Primer Colmillo se enfrentó a ellos para darnos tiempo a los demás. Lo atraparon. Creo que solo quedamos tres o cuatro libres. ¡Los últimos! Los demás están todos encarcelados. No sé si puedes comprender esto: eres la última esperanza de los nuestros.

—Liberaré al Primer Colmillo.

—¡No! —me abofeteó de nuevo—. ¿Qué te he dicho? Tú tienes que estar oculto hasta que puedas convertirte del todo. No intentarás liberar al Primer Colmillo ni a ninguno de nosotros. Promételo.

—Te lo prometo.

—Sigamos.

Ahora ya podía andar de nuevo, aunque no muy bien. Al menos Ascuá

no tenía que cargar conmigo. Notaba que iba recuperando la sensibilidad en la pierna. A veces tropezaba con las raíces y otras veces me caía. Ascu me atizaba cada vez que dejaba de andar. Cambiábamos mucho de dirección y creo que nos movíamos en círculos.

—¿Por qué estás aquí, Dani? ¿Por qué te separaste de nosotros?

—Me rompí los huesos. Intentaba volar.

—Pero no te habías convertido, aún no dominas tus instintos... Debe de ser por tu parte humana, que te confunde, aunque la necesitas para pasar desapercibido y mezclarte con ellos. La culpa es de Garra, que debió impedírtelo. Era su responsabilidad vigilarte.

—Garra estaba distraído hablando con el hombre de negro cuando me subí al árbol...

—¡Espera! —Ascu me detuvo—. ¿Garra y el hombre de negro? ¿Hablando? ¿Estás seguro?

—Sí.

—¿No estaban luchando?

—No. Hablaban.

Ascu miró al suelo con los ojos desenfocados.

—Asqueroso traidor... Pero... No puedo creerlo. Garra no desobedecería una orden directa del Primer Colmillo. No tiene sentido que nos traicione y nos venda a los humanos... Por si acaso, no te fíes de él, Dani. Si vuelves a verlo, huye, ¿me has entendido? Garra ya no es de los nuestros.

—Vale.

—Hasta que no aclaremos si...

Ascu se cayó al suelo. Me arrodillé a su lado.

—Es la herida. ¿Te saco el cuchillo?

—Puede que me desangre más rápido —dijo ella—. Pero no tengo alternativa. Hazlo.

Agarré el mango y tiré. El cuchillo salió con facilidad, también el agua roja. Me quité la única ropa que tenía, unos calzoncillos destrozados por la cola que me había crecido. Até los trozos de tela alrededor de su hombro lo mejor que pude.

—Es culpa mía —dijo Ascu—. Creo que te encontraron porque me seguían a mí. Sabían que estaba buscándote. Tienes que irte ya.

No estaba bien abandonarla.

—Estás herida.

—Es lo que pasa con la forma humana. Es débil.



—¿No puedes transformarte?

—Nos hicieron algo mientras nos tenían encerrados. Alud piensa que es alguna clase de magia que nos impide convertirnos. Y no hemos conseguido neutralizarla.

La magia otra vez. Algunos incluso no recordaban su propia naturaleza y pensaban que eran humanos, como Sluk. Y había otros que estaban muy enfermos. Solo de pensarlo me enfurecí.

—¿No hay modo de curarte?

—Sanamos mucho más rápido que los humanos. Pero necesito un tiempo que no tenemos. A menos que... Acércate.

Obedecí. Ascuá estiró el cuello y me mordió el ala que tenía medio adormecida por el dardo. Sentí el mordisco cuando me abrió la membrana, pero no me aparté. Ella colocó la boca debajo de la herida y bebió la sangre que goteaba de mi ala.

—No funciona.

—¿Mi agua roja te cura?

—Era la teoría de Alud. Nuestra sangre anula la magia, sí, pero solo en nuestra verdadera forma. Al impedirnos cambiar, estamos indefensos. Los humanos nos condenaron. Por eso el Primer Colmillo y otros creían que tú eras nuestra esperanza, porque podrías convertirte y tu sangre nos curaría a todos. Pero, o bien esa teoría es falsa o bien hace falta que tu transformación sea completa. Por eso debes estar a salvo. Si te capturan, te harán lo mismo que a nosotros y estaremos perdidos.

Alud ya lo había intentado. Cuando estuve con ellos me extrajo agua roja, pero tampoco funcionó. Mi agua roja era la esperanza de los demonios para sobrevivir.

—¿Por qué no me contasteis quién soy?

—Íbamos a hacerlo, pero desapareciste, ¿recuerdas? Yo te estaba entrenando. Debía enseñarte. Solo eres una cría y has pasado gran parte de tu tiempo bajo tierra. Es como si tuvieras un año, más o menos, y, encima, criado por humanos. Tus instintos se han atrofiado y yo debía despertarlos. Aunque parece que has mejorado mucho en poco tiempo. Hablas mejor. Tu vocabulario se ha ampliado.

—Y sé bailar y hacer sexo. Aprendí hoy.

—¡Silencio! Se acercan.

Yo también los había oído. Aún estaban lejos, pero eran muchos.

—Los mataré.

—No podrás con todos. Vamos a quemar este bosque.

—¿Qué?

—Tú hazlo. Coge esa rama y quémala.

—Estoy desnudo. No tengo nada para...

—Tu hocico está casi completo. Bastará para crear una chispa.

Escúchame, Dani: nosotros somos puro fuego, lo llevamos dentro, nos criamos con él, vivimos entre llamas. Esa es nuestra naturaleza. ¿Lo sientes? En tu interior.

Lo había sentido muchas veces, sí, entendía a qué se refería.

—No sé cómo sacarlo.

—Sí sabes. Ya lo has hecho antes.

Sacudí la cabeza sin comprender.

—En el hospital, Dani. Fuiste tú el que provocó el incendio. ¿No te diste cuenta? No importa. Conozco el fuego y ese fue obra de uno de los nuestros. Ahora, tú eres el único capaz de hacerlo. Tal vez estabas dormido o te habían drogado y por eso no lo sabes... Da igual. Vamos, inténtalo. Coge la rama.

Agarré un pequeño tronco que tenía aspecto de estar seco. Pero me quedé quieto. No podía dejar de pensar en lo que Ascuá me había dicho.

El fuego y el calor me gustaban, de eso no había duda. Lo que me dañaba era el frío, como cuando me caí en el lago helado. Además, durante el incendio, no tosí ni una sola vez, no me escocían los ojos. Huí porque eso fue lo que me dijeron que tenía que hacer, pero me habría quedado entre las llamas sin problemas.

En el hospital estaba bajo los efectos de la medicación, que me hacía más débil, más humano, es decir, enterraba mi naturaleza de demonio. No pude provocar antes un incendio por culpa de esa medicación que me debilitaba y que dejé de tomar gracias a Ramsey. Después me volvieron las fuerzas... y el fuego de mi interior. Todo encajaba.

Pero había algo más. Un detalle que me aterró, una verdad que debía enfrentar:

—¿Quemé a mi mamá?

El primer incendio en mi primera casa, cuando encontré a mi mamá en el suelo, muerta, el día más terrible de mi vida, el suceso que me había traumatizado y no me permitía nombrar al agua roja por su auténtico nombre.

No necesitaba la respuesta de Ascuá.

—Provoqué el incendio que mató a mi mamá.

No era una pregunta.

—No es el momento, Dani. Obedece o nos atraparán.

No recuerdo haber estado tan furioso como en aquel momento. Habría destripado a cualquiera que estuviera delante de mí. Quería matar. Y solo había una persona conmigo.

—¿Qué haces? —Ascu retrocedió—. Tienes que dominarte. Estamos en peligro. ¡No era tu madre!

Aquellas palabras me paralizaron, fueron como si me hubieran disparado cien dardos. Todo lo que yo sabía, lo que era, lo que había hecho, todo se estructuraba en torno al recuerdo de mi mamá y el día que murió. Aquel día cambió mi vida. Y ahora descubría que yo era el causante del incendio y que ella no era mi verdadera madre. Ascu no iba a mentirme.

—¿Qué?

—No se le dice a un bebé que su mamá no es su mamá. Lo desestabilizaría. Antes había que evaluar hasta qué punto te dominaba tu parte humana.

Tal y como me sentía en ese instante, entendía el peligro de perder la base firme sobre la que se asienta la vida de uno.

—¿Quién es mi mamá?

—Solo sé que es una de ellos.

—Mentira.

—No te miento, Dani. El fuego, por favor, o no podremos escapar.

—¿Está viva?... ¡He preguntado que si está viva!

Quería morderla, no despedazarla con las garras, no, sino clavarle los colmillos y arrancarle una pierna entera. Sin darme cuenta, mordisqueaba el tronco que había recogido. Y se partió en mi boca. Un trozo cayó al suelo.

Ardía.

—Bien hecho. Ahora ponlo allí, en el montón de hojas caídas.

Lo hice porque nos daría tiempo. Y también porque Ascu tenía razón al decir que el fuego era parte de mi naturaleza. Me sentí mejor al notar el calor, al ver cómo se extendía a un arbusto, cómo saltaba a un árbol y crecía.

Abracé varias ramas ardiendo, que no me causaron daño alguno, y las llevé hasta otro matojo de hojas y ramas. No tardamos en estar envueltos en llamas.

—Mi mamá.

—Que yo sepa está viva. Pero no te preocupes por eso. No mataste a tu mamá, Dani, me refiero a la adoptiva, la que tú creías que era tu madre. El

fuego no la mató.

—¿Quién fue?

—El que peleó con tu padre adoptivo aquella noche. El que se sirvió del fuego para encontrarte. El hombre de negro.

—¡Eso es mentira! —estallé—. El hombre de negro es mi amigo. Él me dio la carne cruda por primera vez y...

—Porque sabía quién eras.

—Es el único que nunca me ha mentado. ¡Tú no me contaste nada de esto! ¡Vosotros me mentisteis! ¡El hombre de negro jugaba conmigo cuando nadie me quería!

—Te iba a encerrar, como a nosotros. ¿Recuerdas la cueva en las montañas a la que quería llevarte? Allí están sus instalaciones. Pero logramos rescatarte.

Ya no sabía quién mentía y quién decía la verdad. Estaba confuso. Las palabras de Ascua tenían sentido, pero ya hacía tiempo que había reparado en que las buenas mentiras eran así o no engañarían a nadie. Lo que era cierto, y ella había admitido, era que me había ocultado mucha información, sobre mí y sobre mis padres.

Pero la mayor confusión provenía de mí mismo. Mi madre biológica no era la que yo siempre había creído. Aun así, mi mamá seguía siendo la misma en mi cabeza. Todavía la recordaba y la echaba de menos, y no era capaz de colocar a otra persona en su lugar.

—No me crees —dijo Ascua—. Tu lado humano está saliendo a flote por tu apego a tu primera mamá. Mírate.

Me había convertido de nuevo en humano. Ya no tenía cola ni cuernos ni alas. Solo era un chico desnudo. Miré a Ascua con toda la dureza de la que fui capaz.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero apenas podré hacerte un resumen. Sucedió hace mucho tiempo, miles de años. Tuvimos un problema que ahora no puedes comprender. Y nuestra única opción fue dormirnos, como hiciste tú cuando te dieron por muerto. Es un mecanismo que nos permite sobrevivir. Algo falló y no nos despertamos cuando debíamos. Creemos que algunos sí lo hicieron, pero desconocemos qué fue de ellos y de todos modos fueron muy pocos.

—Sigue.

—Cuando despertamos los demás, el mundo había cambiado. Los humanos nos habían encontrado y nos habían despertado, a la vez que nos

encerraban para controlarnos. Nos torturaron, nos estudiaron, nos hicieron cosas que no imaginarías. Algún tiempo después, tu auténtico padre logró transformarse y escapó.

—¿Cómo lo logró?

—No lo sabemos. Es un misterio que nos encantaría desvelar.

—¿No os lo dijo?

—Lo mataron. Le dieron caza y no quisieron reducirlo por si volvía a escapar. Era un riesgo demasiado elevado, así que acabaron con él. Unos pocos logramos escapar gracias a la distracción que creó tu padre y desde entonces nos persiguen.

—¿Quién mató a mi papá?

—No es una respuesta que te vaya a gustar, Dani.

—Quiero saberlo.

—Fue el hombre de negro. Aunque debes entender que es solo un soldado, un agente a las órdenes de los líderes humanos, pero es el más peligroso de todos. Nos estudió y sabe mucho de nosotros. Siempre acaba encontrándonos. En aquella ocasión, tuvo ayuda para cazar a tu padre.

—¿De quién?

—De tu madre biológica.

—Pero... ellos... tuvieron que... para que yo...

—Exacto. Tu madre enamoró a tu padre. ¿Sabes qué es el amor de verdad?

Lo sabía, se hablaba mucho del amor, pero yo no lo había experimentado, salvo tal vez...

—No estoy seguro.

—Tu padre la quería. Se transformó en humano para estar con ella. Así te concibieron y así fue como le sorprendieron en forma humana. Tu madre lo engañó para que se convirtiera y lo entretuvo. Y luego te abandonó. Ella no quería ser la madre de un monstruo. Imagino que no supo que estaba embarazada hasta que fue demasiado tarde para ponerle remedio. Sospecho que tu gestación duró mucho menos de los nueve meses que tardan los humanos. Después, bueno, no creo que quisiera que nadie supiera que había intimado con un monstruo. La repudiarían o tal vez la estudiarían a ella también. Puede que la encerraran con nosotros. En cualquier caso, no se arriesgó. Te abandonó, por eso te crío otra familia. El hombre de negro, igual que nosotros, se enteró de tu existencia. Y todos hemos estado buscándote. Eres el primer híbrido que ha existido nunca en el mundo, que nosotros

sepamos.

Así que mis auténticos padres tampoco me querían. Nadie lo hacía, en realidad, salvo para sacarme el agua roja que, supuestamente, podría curar a los de mi especie. Jamás me había sentido tan solo.

Todas las personas que había conocido en mi vida, todas, sin excepción, tenían a alguien o formaban parte de algo. Incluso los demonios se protegían entre ellos y vivían como una gran familia. Yo era un híbrido, era parte de las dos especies, debería ser el niño más querido del mundo. Sin embargo, ser híbrido significaba lo contrario, no encajar en ninguna parte, estar en el medio.

Un árbol cayó al suelo envuelto en llamas. El fuego se extendió más deprisa, las llamas arrasaban todo a su paso. Ningún humano podría atravesarlas.

Me sentía bloqueado. No sabía qué hacer o pensar, demasiada información que absorber. Estaba cansado de que los demás siempre tuvieran que explicarme las cosas. Eso era lo que de verdad significaba ser un niño y lo detestaba. No era capaz de razonar con las palabras de los adultos. Parecía que ellos siempre tenían razón. Así que decidí conectar con mi instinto, esa parte de mí que sabía qué hacer, aunque nadie me hubiera enseñado.

Mi instinto tampoco me ayudó. Me decía que el hombre de negro era mi amigo, que había sido bueno conmigo. Al mismo tiempo, Ascuá había sido sincera. Eso suponía una contradicción que no sabía cómo resolver.

—Olvídame, Dani. Pero no dejes que te atrapen hasta que puedas transformarte por completo. Solo te pido eso. Mátame, si quieres. Un día entenderás lo que hay en juego para nosotros y recordarás estos momentos. Cuando llegue ese día, ten presente que ahora solo eres un bebé, a pesar de que tu cuerpo humano sea el de un adolescente, y no seas duro contigo mismo.

—Cuando hablas... Siempre dices cosas con sentido. Me confundes.

—No me escuches. Mira dentro de ti. Escucha a tu ins...

—Lo he intentado.

—Piensa. Recuerda. Me contaste el rechazo que sentías por la gente, ¿verdad?

—Sí.

—Porque son humanos, son de otra especie. Ahora piensa en cuando nos conociste. ¿Sentiste rechazo?

—No.

—Ya sabes la razón. Solo hemos tratado de protegerte. Todo lo que hemos hecho, incluso las cosas que no te gustan ni comprendes ahora, ha sido porque la supervivencia de todos nosotros está en peligro... Lo siento, no es justo que tengas que pasar por esto siendo un bebé.

Eso explicaba por qué no me desagradaban el olor de Ascuá y de los demás. Era cierto, me sentía más cómodo con ellos que con los humanos.

—Pero el hombre de negro nunca me produjo rechazo ni olía mal.

—Porque sabe disfrazar su olor. Nos ha torturado y estudiado demasiado, y conoce el modo de confundirte. Si lograron impedir que nos transformáramos, camuflar su olor es algo sencillo, puede que incluso lo haya manipulado para atraerte.

De nuevo una explicación que sonaba lógica y contradecía mi instinto.

Asentí, había decidido no hablar más con Ascuá sobre el hombre de negro. Por el momento, le haría caso, ya que no iba a dejar que nadie me encerrara en ninguna parte. Pero había algo que no era capaz de olvidar.

—Quiero saber quién es mi mamá. La de verdad.

—Yo no lo sé. Pero puede que tú sí.

—¿Yo?

—Siempre te ha seguido el rastro. Un médico amigo suyo se ponía en contacto con nosotros a veces.

—Lo recuerdo.

Era el médico que vi en la casa del Primer Colmillo, y, antes de eso, justo después del incendio en el que murió mi mamá adoptiva, hablando con la enfermera para mi adopción, planeando cambiar mi fecha de nacimiento.

—Piensa en las mujeres que conoces y recurre a tu instinto. ¿Hay alguna que no te desagrade? ¿Alguna que no te importe que te toque? ¿Qué su olor no te...? Ya veo que sí.

Me había caído al suelo por un temblor que me recorría las piernas.

—Hay una... Pero no me gusta su olor... Se pone demasiado perfume.

—¿Alguna vez has captado su olor corporal?

—Demasiado perfume —repetí.

—Es ella. Usa el perfume para ocultarse. Esa mujer es tu madre, la que engañó y mató a tu padre. La culpable de que estén a punto de exterminarnos a todos.

—Tiene sentido que sea una monja —susurré.



El fuego ardía alrededor, Ascuá estaba en el suelo, herida, sangrando por la cuchillada que había recibido, y yo solo podía pensar en Laura.

No era atracción sexual lo que había sentido por ella, era algo infinitamente más profundo y duradero, era mi mamá. Mis instintos me lo habían dicho, me habían empujado a estar con ella, a abrazarla. Todavía no me había desarrollado por completo, solo era un bebé. Y un bebé necesita a su mamá.

Cuanto más lo pensaba, más se afianzaba en mí esa certeza. Casi me sentía mal por no haberme dado cuenta. Ahora me parecía tan evidente... Todo mi ser me decía que Laura era mi madre.

Era simple, como lo son siempre las cosas una vez aprendidas.

Lo complicado era que mi madre era una monja, al servicio de Dios, y yo era mitad demonio, y nunca conocería a mi padre porque ella lo sedujo para que lo mataran. No sabía cómo sentirme al respecto. Debería odiarla, pero era mi mamá. Eso no era nada simple.

—¡Vete de una vez! —me gritó Ascuá.

La agarré y la cargué sobre mi hombro.

—Ya no quiero escuchar nada más de nadie —dije.

Decidí que, a partir de ese momento, haría lo que creyera que debía hacer. Y abandonar a Ascuá no me parecía bien, poco me importaban las razones, ni siquiera traté de analizarlas. No quería dejarla y eso era lo único que me importaba.

El fuego no nos quemaba, pero tenía el inconveniente de que me impedía ver y oler, por lo que avancé a ciegas. Lo que sí quemaban las llamas era la ropa. Yo estaba desnudo, pero ella no. Apagué con las manos sus pantalones y vigilé que el fuego no alcanzara la venda improvisada que le había colocado en el hombro con los restos de mis calzoncillos. Ascuá estaba muy pálida, no podía seguir perdiendo agua roja.

En la forma humana volvía a tener equilibrio, pero era más débil. Las ramas y las piedras me hacían un poquito de daño en las plantas de los pies. Ahora echaba de menos mi cola y las garras y las alas, con las que un día volaría, como siempre había deseado.

Ascuá corría ahora apoyada en mi hombro, pisábamos cenizas, brasas y ramas ardiendo. Un árbol estuvo a punto de aplastarnos. El humo nos limitaba la visión, temblaban las sombras bajo las llamas que se agitaban por el viento. A lo lejos ya sonaban las sirenas de los coches de bomberos. Nos acercábamos al fin del bosque, lo supe porque había menos árboles.



—De vuelta a la ciudad, no —dijo Ascuá—. Al bosque, a las cuevas.

Mi madre no estaba en el bosque. Además, tendríamos que atravesar de nuevo el fuego y podríamos acabar sepultados por los árboles. Ascuá se zafó de mí y me dio un empujón. Se nos habían unido varios hombres uniformados, como los que me habían atacado antes.

—¡Huye! —me gritó Ascuá.

Y saltó sobre ellos antes de que yo pudiera reaccionar. Le dispararon, pero fallaron porque ella había sido más rápida. Pisó al que había derribado, bloqueó una patada con la mano, esquivó una cuchillada. Y me miró, solo un instante, pero suficiente: había mucha fuerza en sus ojos.

—Solo es un juego —me gritó.

Eché a correr sabiendo que ella los retendría tanto como pudiera. En cierto sentido, escapar era tan excitante como la caza. Tenía que esforzarme para que no me cogieran, correr, ocultarme. No estaba dispuesto a perder.

Me escondí en uno de los edificios abandonados que había visto al ir a la fiesta con Milos y Yago. Reconocer aquel montón de ruinas me permitió saber dónde estaba y cómo regresar al internado. Había un tipo que olía muy mal durmiendo junto a un cubo del que salía humo. A su lado había un montón de ropa tan sucia como él. La cogí sin que se despertara. Apestaba, pero era más o menos de mi talla. Lo que no tenía eran zapatos, solo unos calcetines con agujeros.

Salí por la ventana, trepé y de un salto llegué al tejado. Allí arriba miré hacia el bosque mientras un camión de bomberos pasaba por la calle en esa dirección. Ascuá seguía luchando. Sangraba por varias partes del cuerpo, además del hombro. La habían acorralado. Dos soldados se acercaban a ella por delante y otros tres por detrás. Ascuá rompió una rama en la cabeza de uno de ellos cuando estuvieron cerca, luego se enzarzó con su compañero. Pero no había visto a los tres que se aproximaban por detrás. Uno la golpeó con la culata del rifle en la espalda. Ese era el fin. Todavía podía recordar cuánto me había dolido a mí que me atizaran en ese punto. Ascuá cayó al suelo con los brazos abiertos.

A pesar de que estaba indefensa, tuvieron que rematarla. La patearon por todas partes, incluida la cabeza, antes de esposarla y llevársela. Ascuá ya no se movía.

—Es un juego —repetí sus palabras.

Y no debían capturarme. Tenía que irme, pero seguí observando un poco más, ya que ninguno de los soldados vino en mi dirección. Memoriqué

sus rostros, cada detalle, la nariz ligeramente torcida de uno, la frente de otro, la barbilla, los pómulos. Los reconocería si volvía a toparme con ellos. Estaban muy lejos y, aunque empezaba a salir el sol, no había tanta luz como de día, pero yo los veía perfectamente. Me di cuenta de que mi visión de lejos era tan buena o mejor que la de cerca. Seguramente para volar y poder observar desde las alturas. Me moría de ganas de flotar en el aire, como en mis sueños.

—¡Dani! ¡Baja de ahí!

Alguien me llamaba desde la calle, alguien que me conocía. Descendí por la pared hasta medio camino y luego salté. Los pies me dolieron un poco al caer.

Lo reconocí en cuanto capté su olor, antes de ver su espesa cabellera negra y sus ojos oscuros.

—Ven, rápido, tenemos que salir de aquí —me dijo el hombre de negro.

Ascuá se equivocaba respecto a él. No era uno de los que nos perseguían, no olía como ellos, no me provocaba rechazo, más bien al contrario. Creo que no era como los demás humanos. Lo que me hizo pensar...

—¿Eres un ángel?

El hombre de negro pareció sorprendido.

—¿Cómo?

—Por eso me persigues, porque soy un demonio.

—¿Eso te han dicho? —El hombre de negro dio unas vueltas sobre sí mismo. Parecía pensativo—. Dani, los adultos mienten a los niños, ya te lo dije, les cuentan estupideces para manipularlos. ¿Has descubierto ya quiénes son los Reyes Magos?

—Sé que soy un demonio.

—Los demonios no existen, Dani, ni tampoco los ángeles. ¿Te has transformado por completo?

—No.

—Pero has visto que tienes cuernos y que el fuego no te hace daño y te han convencido. No es culpa tuya. Eres muy pequeño. Piensa en todo lo que haces. Te gusta correr a cuatro patas. ¿Por qué haría eso un demonio? ¿Y qué hay del olfato? ¿Te contaron dónde está el infierno? Todo eso son bobadas.

Los Reyes Magos eran un buen ejemplo de que a los niños podían hacerles creer cualquier cosa. Ya había estado en una iglesia, había rezado, había tomado una hostia consagrada y me había absuelto un cura por mis

pecados, aunque yo no tuviera claro cuáles podrían ser. No eran actividades que realizara un demonio. Me daba la impresión de que solo entrar en una iglesia y recibir agua bendita debería resultar, como poco, doloroso. Por tanto, la hipótesis del demonio se me tambaleaba. De nuevo, esa incómoda sensación de no saber algo que para los demás es obvio. Sin embargo, la idea de que no era un demonio me resultó fácil de aceptar, casi un alivio. Mi instinto estuvo conforme, como si nunca le hubiera convencido del todo esa explicación.

Claro que eso no era lo que ahora me preocupaba.

—¿Por qué encierran a Ascuá y a los demás si no son demonios?

—Porque necesitan ayuda. Están enfermos, Dani.

—Por culpa de vuestra magia.

—¿Magia? —El hombre de negro sacudió la cabeza—. La magia es el recurso de los ignorantes para explicar aquello que no comprenden. Y la religión también, por cierto. La vida es muy compleja por culpa de lo que desconocemos y la mayoría de la gente necesita una explicación, aunque sea absurda. Si le puedes poner nombre a algo, ya no da miedo, genera una falsa sensación de control, de conocimiento. Por eso mienten a los niños, para que no tengan miedo y vivan felices en su inocencia, hasta que despiertan en la verdad. Un momento duro que no todos superan, ahí entran en juego la magia, la religión y muchas otras imbecilidades que, de no existir, sumirían a la gente en el caos y el terror.

Sonaba convincente. Aunque se me escapaban algunos conceptos, creí captar la lógica de esos argumentos.

—¿Ascuá y los otros están asustados porque no saben la verdad?

—Mucho peor. Saben tanto como yo o cualquier otro, pero no lo aceptan. Niegan la realidad. Ni siquiera se creen humanos. Esa gente necesita ayuda, pero no la religión. Necesitan un tratamiento particular, un hospital especializado en enfermedades mentales. Pero se escaparon.

—¿Por qué no pueden seguir libres?

—Porque son peligrosos, violentos. Hay pacientes que no mejoran por nuestra culpa, porque no hemos encontrado todavía el modo de ayudarlos. Su incapacidad para asumir la realidad es tan grave en algunos de ellos y la niegan tanto, que se vuelven agresivos, causan daño a otros y a sí mismos. Tenemos que mantenerlos recluidos por su propio bien. Dime, ¿te pegó alguno de ellos?

—Ascuá, cuando me entrenaba. Pero no mucho. Solo si lo hacía mal.

—¿Has oído a algún otro chico al que sus padres le pegaran?

—Había uno en el internado. Su padre le apagaba cigarrillos en el brazo antes de matar a su madre y abandonarlo.

El hombre de negro suspiró.

—Mal ejemplo he elegido, entonces. Menudas joyas de padres... Dani, ¿entiendes que los padres normales no pegan a sus hijos? Al padre de ese chico habría que encerrarlo de por vida.

Cada vez me sentía más perdido. Todo lo que me contaban me parecía verdad. Ascuá y el resto estaban locos, esa era la conclusión. Y estaban perjudicando a los que, según ellos, se creían humanos, a quienes consideraban enfermos por la magia, cuando en realidad eran los que estaban cuerdos. Me habían sacado agua roja pensando que les curaría de la magia, pero no había funcionado, lo que corroboraba la explicación del hombre de negro. Podía ser. No tenía modo de penetrar en las mentiras de los adultos.

Claro que Ascuá también me pareció convincente. Ojalá comparar esas dos versiones fuera tan fácil como una operación matemática, restar las mentiras y sumar las verdades.

Ascuá me había contado muchas cosas.

—¿Mataste a mi papá?

—¿Cómo? No, Dani. Ya viste lo que hice al hombre que lo mató.

—Mi papá de verdad, el biológico.

—Ah, entiendo. Por supuesto que no. Ni siquiera lo conocí.

—¿Entraste en mi casa la noche del incendio, cuando murió mi mamá?

—¿La misma noche que desapareció tu primer padre adoptivo? No, fue un ladrón. He leído el informe de la policía.

Otra vez respuestas que no sabía si eran ciertas o no.

—¿Por qué no me dijiste quién era yo cuando me conociste?

—No me lo preguntaste.

Esa respuesta me desarmó. Me sentí mal por no haber reparado yo mismo en un detalle tan obvio.

El hombre de negro se acercó a mí y colocó sus manos sobre mis hombros.

—Tienes dudas. Te han contado muchas estupideces y has tenido la peor educación que se pueda imaginar. Quiero ayudarte y necesito que me creas. Tu madre biológica está viva, Dani, y puedo decirte dónde.

—¿Conoces a Laura?

—¿Sabías que Laura es tu madre?

—Me enteré hace poco.

—Tu madre tiene las respuestas que necesitas. Ella te dirá la verdad sobre mí. Ve con tu madre, Dani. Estará preocupada.

—Vale.

Aquello sí tenía sentido.

Quería preguntarle si había matado a mi papá.



Me encontró ella a mí, del mismo modo que la primera vez, saliendo de su coche mientras yo corría por la calle. Era mi mamá. Lo supe en cuanto la vi, aun sin captar su verdadero olor a causa del perfume.

Había corrido por la ciudad en busca de aquel olor. La primera vez irrumpí en una casa que no era la suya porque otra mujer usaba el mismo perfume y también en grandes cantidades. Un hombre trató de pegarme, pero le esquivé y me fui corriendo, después de agarrar unas zapatillas que eran de mi talla, por suerte. Luego busqué sin parar hasta que un coche se detuvo con un frenazo y Laura salió con cara de preocupación.

No me moví al verla.

—¿Quién eres? —pregunté.

Ella también se quedó quieta.

—Soy yo, Laura. ¿No me reconoces, Dani? Te estaba buscando.

Me puse serio. Necesitaba que ella lo dijera. Me miró a los ojos durante unos segundos. En su cara asomó una sonrisa, pero era triste, una mezcla de expresiones que no era habitual.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo ella.

Me mantuve firme.

—Soy tu madre.

Se echó a llorar. Yo todavía no puedo describir lo que se desató en mi interior, la cantidad tan grande de emociones que me recorrieron por todas partes, muchas de ellas opuestas. Escucharlo de su boca supuso una confirmación de lo que ya sabía, al tiempo que abría una compuerta por la que se desbordaron todo tipo de sensaciones, más intensas que nada que hubiera experimentado hasta ese momento.

Ella era mi mamá. Y eso me enojaba porque yo recordaba a otra mamá, porque no había estado todo este tiempo conmigo, porque me había mentido... Por miles de razones que no podía comprender, pero que desataban decenas de preguntas que me daban dolor de cabeza.

Pero también me sentía bien con ella. Eso no había cambiado.

Mis piernas se quedaron sin fuerzas, se me doblaron las rodillas. Ella se acercó deprisa y me cogió. Evitó que me desmayara.

—Ven, sube al coche, deprisa. Yo te ayudo. Así, agacha la cabeza.

Dio la vuelta al coche y arrancó. Todavía sollozaba.

—Lo siento tanto, hijo mío —dijo Laura limpiándose la cara con el dorso de la mano. El coche se fue un poco a la izquierda y tuvo que rectificar con un volantazo—. Tendrás muchas preguntas, pero antes tengo que ponerte a salvo...

—¿Mataste a mi papá?

—¿Qué?

Volvió la cabeza hacia mí, sorprendida, con la boca abierta. Y entonces un coche nos embistió por el lado del conductor, por el que ella no miraba. Dimos varias vueltas, me golpeé la cabeza y otras partes del cuerpo hasta que nos detuvimos al chocar con un camión.

—¿Estás bien? —me preguntó Laura con la voz temblorosa.

Resbalaba agua roja por su cara, desde algún punto de la cabeza, pero no dejaba de mirarme. Yo quería contestarle, pero estaba aturdido y sonaba un pitido muy molesto dentro de mi cabeza.

La ventanilla del lado de mi mamá reventó en pedazos. Una mano entró y tiró de Laura hasta sacarla. Las piernas se cortaron con los cristales rotos de la ventanilla. Más agua roja.

Abrí la puerta de mi lado del coche y salí. Dos hombres sujetaban a Laura, vestían como los que se llevaron a Ascuá después de patearla una y otra vez. Salté sobre el coche y luego sobre ellos. No se lo esperaban. En el aire, logré arrearle una patada en la cabeza a uno y después caí sobre el otro. Sin pensarlo, sin dudar, acerqué la boca a su cuello y mordí. Apreté las mandíbulas tan fuerte como pude y tiré hacia atrás. Salió mucha agua roja.

Escupí un pedazo de carne tan grande como mi puño. Me disponía a darle otro bocado, pero el hombre ya se había desplomado. Le faltaba casi la mitad del cuello.

Llegaron dos coches más. Me preparé para saltar de nuevo, pero Laura se interpuso.

—Son demasiados. Tenemos que escapar.

Tiró de mi brazo y entramos en un edificio. Un hombre que vestía un uniforme raro se apartó al vernos y se alejó corriendo. Mi mamá me llevó hasta una puerta, luego un pasillo, otra puerta. Al final llegamos a unas

escaleras. Subimos un piso y ella se derrumbó.

—Huye —jadeó—. Yo no puedo más.

La cogí, me la eché al hombro y seguí subiendo. Pesaba, y eso se notó en mi velocidad, mucho más lenta, pero no me detendría. La pierna me falló cuando estábamos en la planta número catorce.

—¿Los demonios existen? —pregunté.

—¿Qué?... No, Dani.

—Entonces, ¿por qué me gusta el agua roja?

—¿Te gusta?

Saboreé los restos del hombre al que le había arrancado medio cuello, que aún tenía en la lengua y en los labios.

—No me sabe mal —respondí.

—No eres un demonio, Dani. No sé qué te habrán contado, pero no eres malo, ¿lo entiendes?

—Pero tú no me quieres. Me abandonaste. Y yo creo que tú eres buena. ¿Lo eres? Dime la verdad. ¿Eres buena, mamá?

—Lo intento —dijo. Esa respuesta me confundió. Esperaba un sí o un no, pero todo era siempre complicado con los adultos—. Debería haber sido mejor madre.

—Sí, eso creo.

Una puerta se abrió y salieron otros dos soldados. Nos apuntaban con pistolas. Con mi mamá encima, no podía saltar sobre ellos antes de que dispararan.

Pero no hizo falta. Sus cabezas chocaron y crujieron. Después, los dos hombres se derrumbaron. Garra estaba detrás de ellos.

Me alegré de verlo, no solo porque había acabado con los malos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó mi mamá de mala manera.

—Lo mismo podría decir yo —contestó Garra. Olfateó—. Vienen más. Tenemos que huir. Por abajo no. Han rodeado el edificio.

Subimos de nuevo por las escaleras. Laura miraba a Garra con suspicacia, pero no decía nada porque le faltaba el aliento.

—Necesitas ayuda —le dije a Garra.

—Soy yo el que ha venido a salvarte, Dani.

—Lo digo por tu cabeza —me expliqué—. Estás enfermo, ¿no?

—Eso te contó el hombre de negro, supongo. No te detengas y ayuda a tu madre o la dejaremos aquí. Todo lo que te haya dicho es mentira. Estoy enfermo, sí, como todos, por la magia que nos metieron. Tu madre lo sabe

muy bien, ¿verdad, Laura?

—¿El hombre de negro? —preguntó mi mamá.

—Sí, tu querido amigo. Así lo llama tu hijo.

—No es mi querido amigo —protestó mi mamá.

—Vamos, muévete. A mí no me vengas con cuentos. Debiste dejar a Dani con nosotros, con los suyos.

—¿De veras? ¿Y qué hacías en el parque hablando con mi querido amigo, como dices tú? Ibas a entregárselo, ¿crees que no lo sé? Tu misión era protegerlo, pero lo llevaste a aquel parque y Dani se rompió los huesos al caer de un árbol porque tú no lo vigilabas. Querías venderlo a cambio de salvar tu pellejo.

Nos detuvimos en la planta número treinta y cuatro.

—¿Venderme? —pregunté.

—No creía en ti —me dijo Garra—. Está claro que me equivoqué. Es verdad, iba a entregarte a cambio de que liberaran a varios de los nuestros.

—¿Y ahora tenemos que confiar en ti? —preguntó mi mamá.

—¿Vosotros? En todo caso, él. Tú ya nos vendiste a todos. Y no has hecho un gran trabajo ocultándolo o no estaríamos así ahora. Venga, hay que seguir.

Seguimos. Cargué a mi mamá a la espalda porque ella ya no podía más. Después de un buen rato subiendo escaleras, salimos por una puerta al exterior, a una azotea. Mi mamá echó un vistazo alrededor.

—Idiota —le dijo a Garra—. No tenemos escapatoria.

El edificio más cercano estaba demasiado lejos para llegar de un salto.

—Tú y yo no —dijo Garra—. Él sí. Tendrás que volar, Dani.

—Vale —asentí—. Sacaré las alas y os llevaré con una mano.

—¡No! —protestó Garra—. No podrás con nosotros. Recuerda: eres un bebé que va a volar por primera vez. Necesitarás toda tu concentración para no estrellarte.

—¡Es solo un niño! —gritó mi mamá.

—Es mucho más que eso. —Garra me miró a los ojos—. No durarás mucho en el aire. Trata de aprovechar el viento. Por allí, en esa dirección. Vuela recto, lejos, tanto tiempo como puedas. Tienes que caer a mucha distancia y luego huir.

—¡No podrá! No puedes pedirle eso.

—Es tarde para comportarse como una madre humana.

—¡Tú ni siquiera creías en él!



—Tampoco estoy del todo seguro ahora —dijo Garra—. O bien es nuestra única esperanza, como todos dicen, o es un fraude y se estampará contra el suelo. ¿Qué opinas, Dani? ¿Quieres saber quién eres en realidad?

—Quiero.

Mi mamá empujó a Garra.

—¡Lo estás manipulando!

—No lo necesito. Yo estoy acabado. Destrocé los cables de los ascensores, pero no tardarán en llegar. Yo no tengo escapatoria. Me encerrarán de nuevo, como a todos los demás. Los pocos que anden por ahí libres están perdidos también, el hombre de negro no tardará en atraparlos. Pero a ti, Laura, no te harán nada. Habéis ganado. Si tu hijo no puede transformarse a tiempo, nos habréis atrapado a todos. Probablemente, nos exterminéis cuando ya no se os ocurran más torturas o experimentos que probar con nosotros. Así que, Dani, nadie más que yo desea estar equivocado respecto a ti y que de verdad puedas salvarnos. —Garra hizo una pausa—. Soy incapaz de depositar mi esperanza en un niño. Nosotros no somos así, pero es lo único que me queda.

—Sois imbéciles, si esperáis que un bebé sobreviva solo. Nos necesita. Necesita a su madre.

Garra se acercó al borde y echó un vistazo abajo.

—Allí, Dani. Puede que llegues a ese edificio. Si no, gira hacia el este, hacia el bosque y...

—¡Basta! —gritó mi mamá—. No dejaré que se vaya solo y asustado.

Garra la miró sin inmutarse.

—Que no te conmueva, Dani. Los humanos son mentirosos y mezquinos. Las hembras son peores que los machos. Su lugar es ocuparse de las crías, no tomar decisiones. Emplean las palabras para provocar sensaciones intensas, retuercen las emociones a su antojo, anulan el instinto. Y, si algo necesitas ahora, es instinto de supervivencia.

Laura volvió a mi lado.

—Yo cuidaré de ti, hijo mío. Lo juro...

—Ella es la culpable de que nos capturaran a todos —la interrumpió Garra—. ¿Lo niegas? ¿Qué hicisteis con Bastión?

—¿Con quién? —preguntó mi mamá.

—Era el más fuerte de todos nosotros. No le habríais podido someter y nos habría liberado. Le matasteis, ¿verdad?

—No sé de quién me hablas.

—Igual que mataste al padre de Dani.

—¡Mientes! ¿Cómo te atreves?

—Tú se lo entregaste al hombre de negro, lo sedujiste para que cambiara a forma humana y le pudieran capturar.

Di un paso atrás, me separé de mi mamá.

—¿Es verdad?

—No, Dani. Te lo juro. Yo le quería.

La estudié. Parecía sincera.

—Te lo advertí —dijo Garra—. Los humanos son embusteros y manipuladores.

—¡Cállate! ¿Sabes cómo escapasteis tú y los demás? ¡Porque yo permití que su padre se transformara! ¡Por eso, maldito idiota! Ninguno os habrías salvado de no ser por mí. Cuando se convirtió, huyó y desató el caos que os permitió escapar. ¡Yo os salvé! ¡Y yo di a luz a vuestra única esperanza!

—Con Dani puede que lo consigas, pero a mí no puedes engañarme. Lo que afirmas no tiene sentido. ¿Por qué permitirías que uno de nosotros se convirtiera? Si tu respuesta es por amor, ahórratela.

—Yo también quiero saberlo —dijo alguien más.

Nos giramos. El hombre de negro estaba allí, en la azotea, con nosotros. Y estaba solo.

—Prefiero no recurrir a la violencia —advirtió—. Pero si no me das otra opción, Garra, avisaré a los demás, que esperan tras esa puerta. ¿Hablamos o quieres que lo zanjemos por las malas? Excelente, yo también prefiero una buena charla. Adelante, Laura, ibas a responder a Garra. No nos dejes con la intriga.

Laura apretaba los labios y miraba a todas partes. Las manos le temblaban.

—Mi hermano estaba enfermo...

—Ah, entiendo —dijo el hombre de negro—. El cáncer es una mala cosa. Terminal, si no me equivoco. ¿Funcionó?

Laura asintió, apartando la mirada.

—La sangre lo curó. Durante un tiempo, al menos... Además, Garra, lo creas o no, él insistió en convertirse para ayudarme.

—Eso lo cambia todo, ¿no crees, Garra? Parece que Laura sí tenía una razón para liberar al padre de Dani. Lástima que se escapara y formara este lío. Pero eso no cambia que estabas equivocado respecto a ella, igual que lo estabas respecto al chico. ¿Quieres ayudar a los tuyos? Es hora de que te

entregues. Como puedes ver, tus decisiones, erróneas, solo crean complicaciones para todos. —El hombre de negro se encogió de hombros—. Solo quiero ayudarte. Ya me ibas a entregar al chico, ¿recuerdas? Piénsalo. Mientras tanto, siento curiosidad, Laura. ¿Te forzó? Eso fue lo que nos contaste para que no te castigáramos. ¿Es cierto?

—Le quería —repitió Laura—. ¿Por qué nadie me cree?

—Seguro que Garra está de acuerdo conmigo en esto. ¿Qué opinas? ¿Es posible? ¿Crees que puede haber amor entre uno de los nuestros y uno de vosotros?

Garra no había apartado los ojos del hombre de negro ni un solo instante.

—Como has dicho, yo siempre saco la conclusión equivocada.

—No lo has negado. Yo tampoco lo tengo claro, por más que me repugne la idea de imaginar a una mujer con un monstruo. ¡Cosas más raras se han visto! Creo que nos quedaremos con la duda. Ah, el amor es tan complicado, ¿verdad? —El hombre de negro me miró a mí—. Vamos progresando. Es una de las virtudes de hablar con sinceridad. Pero Dani también tiene preguntas, ¿a que sí? —Apoyó las manos en las rodillas para poner su cabeza a mi altura—. Dinos, Laura, ¿por qué lo abandonaste? No es lo que hacen las madres, sobre todo cuando tienen un hijo fruto del amor puro, verdadero, que trasciende las diferencias entre especies. Dani quiere saberlo, ¿verdad?

—Quiero —asentí, muy animado.

Y miré a mi mamá.

—No sabía que podía quedarme embarazada de..., de tu padre. Lo descubrí más tarde y... no quería que te encerraran, Dani, por eso te entregué a otra familia. No podía estar contigo porque a mí me vigilaban, pero yo siempre me mantuve cerca de ti. Un médico me ayudó a cambiar tu fecha de nacimiento una vez y me informaba de tu estado. Cuando ardió el hospital salí en tu busca y te encontré, y ya no fui capaz de separarme de ti... Pero tampoco podía contarte la verdad por si te descubrían a través de mí... Lo siento. Lo siento tanto...

Necesitaba más tiempo para digerir tanta información. La mente de los adultos seguía siendo más rápida y complicada que la mía. Yo entendía bien los conceptos simples: mi mamá biológica me había abandonado. Y todavía había algo más que nadie me decía.

—¿Quién mató a mi papá?

—Tu padre era un monstruo, Dani —dijo el hombre de negro—. Igual que Garra y el Primer Colmillo y todos los demás. Un demonio, aunque no en el sentido literal.

—No le creas, Dani —dijo Garra.

—¿Qué fue lo que me dijiste en aquel parque, Garra? Ah, sí, ya recuerdo: que masticarías mi corazón. ¿Me equivoco?

No se equivocaba. Yo lo había oído justo antes de subirme al árbol.

—Dime, Dani —siguió el hombre de negro—: ¿has oído a algún ser humano sano y cabal proferir una amenaza semejante? Masticar un corazón...

—Te está mintiendo. —Esta vez fue mi mamá la que intervino.

—Tu madre sabe muy bien de qué hablo. Ella quiere hacernos creer un cuento mucho más estúpido y peligroso que la religión: la belleza está en el interior. Pero ella jamás se habría enamorado de tu papá, si de verdad lo hizo, de no ser porque podía adoptar una forma humana. Nosotros les ofrecimos una cura, pero la rechazaron. Tratamos de ayudarlos. Tú tienes parte de las dos especies, Dani, pero no eres culpable de nada. Eres un chico especial y podemos curarte para que seas completamente normal. Ven conmigo. Garra y los demás reniegan de la condición humana y quieren que seas un monstruo como ellos. Tu madre te abandonó. Yo, en cambio, quiero ayudarte. Podría haberte capturado hace un rato y te dejé ir a por tu madre. Y también extendiendo esa oferta a ti, Garra. No es tarde para acabar con esto.

—No te muevas, Dani. Te dejó ir porque quería encontrar a tu madre y puede que a mí también. Así ya nos tiene a todos. —Garra dio un paso adelante y encaró al hombre de negro—. Esto no se solucionará solo con palabras y los dos lo sabemos. Eres el humano que mejor miente, pero que yo no sepa tergiversar las palabras como tú no significa que puedas engañarme.

El hombre de negro se encogió de hombros.

—Que conste que yo intenté encontrar una salida pacífica.

La puerta se abrió de golpe justo en el momento en el que Garra salió corriendo hacia ella. Irrumpieron cuatro soldados armados.

Garra se metió entre ellos y empezó a soltar golpes por todas partes. Era fuerte, era rápido. Los soldados apenas lograban tocarlo. Garra le partió la pierna a uno, retorció el brazo de otro y lo lanzó contra un tercero, saltó para esquivar al cuarto, le dio un codazo, giró, pateó a otro, recibió un puñetazo en el estómago, y cayó y volvió a levantarse casi al instante. De un mordisco, le arrancó la mano a otro soldado.

El hombre de negro observaba con los brazos cruzados.

—Eres bueno —dijo cuando Garra había acabado con los cuatro—.

Pero vienen más y lo sabes.

—Acabemos con esto.

Se abalanzó sobre el hombre de negro, quien dio un paso atrás a tiempo de esquivar un puñetazo. Así siguió durante un tiempo, esquivando a Garra, sin demasiadas complicaciones, aparentemente. Garra, desde el suelo y torciéndose de una manera inverosímil, logró encajarle una patada en la corva, lo que desestabilizó al hombre de negro. Garra aprovechó para golpearle en la cara con un codazo. El hombre de negro resistió. Levantó el puño derecho y lo estrelló contra la cabeza de Garra, que salió despedido por el aire un par de metros. Aterrizó con un golpe sordo y resbaló sobre el suelo de la azotea hasta chocar con la puerta por la que habían entrado los soldados.

—¡Dani! ¡Transfórmate! —gritó Garra—. ¡Recuerda lo que te dije!

El hombre de negro fue a por él.

Me agaché, coloqué las manos en el suelo, y... no pasó nada. No sabía cómo convertirme y sacar las alas.

—Tienes que intentarlo, cariño —me dijo mi mamá—. ¡Puedes hacerlo! ¡Deprisa!

El hombre de negro y Garra seguían peleando. El hombre de negro era mejor, más fuerte, más ágil. Garra iba a perder, aunque no se rendía. No huía como me pedían que hiciera yo.

Una patada en el pecho envió a Garra de nuevo por los aires. Esta vez se estrelló contra la barandilla del borde de la azotea, cerca de nosotros.

—No podré entretenerlo mucho más tiempo —me susurró escupiendo agua roja.

El hombre de negro llegó hasta él andando, sin prisa, confiado. Garra esquivó su primera patada, pero no la segunda. Entonces el hombre de negro le pisó el tobillo y sonó un crujido de huesos rotos.

—¡Basta! —gritó mi mamá. Se interpuso entre Garra y el hombre de negro—. ¡Déjalo en paz! Iré contigo. Haré lo que quieras, pero no lo mates.

—Le ofrecí la oportunidad de entregarse —repuso el hombre de negro—. Él se lo ha buscado. —Aplastó el otro pie de Garra con un pisotón—.

Aún no sabes quiénes son los tuyos, Laura. Despidete de tu amigo.

Mi mamá miró a Garra, que se apoyaba contra la barandilla con los pies destrozados y la cara llena de agua roja.

—Puedes vencerlo —le dijo mi mamá.

—Es más fuerte que yo. Y pronto vendrán más de sus hombres.  
El hombre de negro asintió.

—Déjalo ya, Laura. Despídete de esta aberración, vas a venir con nosotros, con los tuyos.

Mi mamá le fulminó con una expresión de odio antes de dedicar a Garra una mirada llena de tristeza.

—No te rindas todavía.

—Todo es culpa tuya —susurró Garra.

—¡Maldito seas! —chilló mi mamá—. Hice lo posible por vosotros, pero no lo ves. Eres un...

—Dani... No puede transformarse por ti. Vuestro vínculo le recuerda su lado humano.

Garra se apoyó sobre una mano para levantarse. Con la otra mano, a una velocidad increíble, empujó a mi mamá muy fuerte. Mi mamá tropezó de espaldas contra la barandilla, sus pies se levantaron en el aire y luego cayó al vacío.



Rugí tan fuerte como pude. Luego corrí y salté por encima de la barandilla y me precipité al vacío. Y supe que, si esta vez no volaba, no me quedaría un solo hueso sano desde semejante altura. Había contado más de setenta pisos mientras subíamos por las escaleras.

Mi mamá caía por delante de mí. Parecía un muñeco que daba vueltas y agitaba los brazos y las piernas. Descendía muy deprisa, gritaba. Yo me alejaba de ella. El impulso del salto que había dado para saltar la barandilla había sido demasiado y me alejaba del edificio según caía, mientras que ella bajaba recto.

Tenía que sacar las alas.

Y lo hice, sin entender cómo. Lo noté cuando mi velocidad frenó de repente y sentí un tirón en la espalda. Lo había hecho sin pensarlo, igual que el salto, solo reaccionaba, y una parte de mí se ocupaba de mi cuerpo al margen de mi voluntad. Y, además, no me había dolido.

Del mismo modo supe que tenía que replegar las alas, pegar los brazos y encoger las piernas para bajar más rápido. Me acercaba a mi mamá, y al suelo también. Tuve que reprimir el impulso de desplegar las alas para remontar el vuelo. Separé solo un poco el ala derecha para variar mi rumbo hacia ella.

Ya casi la tenía. Ahora pesaba más y era más grande, y descendía más deprisa. Veía con toda claridad la calle contra la que nos íbamos a estrellar, los coches, las farolas, los árboles, una marquesina, papeleras, y varias personas que nos miraban espantadas. Quedaban pocos segundos para convertirnos en papilla.

Alargué el brazo para coger a mi mamá y... ¡Mi mano había cambiado! No era una mano sino una garra enorme cubierta de escamas, con uñas largas y afiladas. La atrapé por una pierna y tiré, traté de no cortarla con las uñas, que eran casi tan grandes como la mitad de sus brazos. Entonces desplegué las alas al máximo y las moví arriba y abajo. Subía otra vez, lo estaba logrando, había salvado a mi mamá. Pero un ala se enganchó en una farola. Perdí el control, giré en el aire y me empotré contra el edificio. Reboté y empecé a caer. Me giré para caer de espaldas y absorber el impacto, apretando a mi mamá contra mi vientre.

El golpe me dolió, aunque no mucho. Caímos sobre un coche, miles de cristales salieron disparados en todas direcciones. Mi mamá tenía los ojos cerrados, pero respiraba. La retiré de mi pecho.

Había muchas personas a nuestro alrededor chillando.

—¡La mujer está viva! ¡Llamad a una ambulancia!

—¡No te acerques a ella! ¿Es que no ves esa cosa?

—¡Llamad a la policía! ¡Es un monstruo! ¡Huid!

—¡Llamad al ejército!

—Tío, dime que lo has grabado con el teléfono, por favor. Lo colgamos en YouTube ¡y nos forramos!

Traté de incorporarme. No podía, algo iba mal. Necesité ayudarme con la cola para levantarme. Ahora yo era más grande, enorme, más que el coche que había aplastado al estrellarme, tal vez del tamaño de una furgoneta. Reparé en otro detalle: no podía mantenerme sobre dos piernas, necesitaba apoyar también... las patas. Ya no tenía piernas ni brazos. Mi transformación había sido completa.

Me volví en busca de un cristal en el que se reflejara mi aspecto. Con los cuernos de mi cabeza, sin darme cuenta, destrocé las ventanillas de otro coche. Enrosqué la cola alrededor de mis patas traseras y vi que en la punta también tenía cuernos, o puntas que sobresalían. Las escamas que cubrían mi cuerpo eran rojas.

—¡Por Dios santo! ¿Qué es esa cosa? —gritó una mujer.

Lo supe antes de que lo dijeran, sin necesidad de verme reflejado en

ninguna parte.

—Es un dragón, mamá. ¡Cómo mola!



## CAPÍTULO 11

La mayoría de la gente había huido, salvo algunos que me observaban desde la distancia, detrás de los coches o asomados a las esquinas. El niño que me había llamado por lo que era, por mi auténtica naturaleza, a duras penas resistía los tirones de su madre, quien lo arrastraba para llevárselo de allí. Eso me recordó a mi mamá.

Me coloqué sobre ella, con miedo a tocarla. El peso de una de mis patas podría aplastarla, mis garras la despedazarían si no tenía cuidado. En cierto modo era como cuando era un bebé y aprendí a andar. No dominaba mi nuevo cuerpo.

Ella no se movía. Bajé el hocico para olerla y examinarla.

—¡Aléjate de ella, monstruo!

Un policía me apuntaba con su pistola.

—¡Dispara! —gritó el compañero—. ¡Se va a comer a esa mujer!

Disparó. La bala me dio en el hombro. Fue un golpe seco, similar a un pequeño martillazo. Dolió solo un poco. Al parecer mis escamas eran gruesas como para resistir un balazo. Pero yo me había movido por instinto, y, al girar, la cola se enganchó en otro coche. Se me escapó un rugido, sacudí la cola y el coche salió rodando por la calle. Con los cuernos destrocé una marquesina, una pata rompió un banco, caí sobre el escaparate de un bar.

No controlaba mis movimientos y devastaba cuanto había a mi alrededor. Varios soldados recogieron a mi mamá. ¡Se la llevaban! Salí corriendo tras ellos.

Me lanzaron una salva de balas que no penetraron las escamas. En la carrera, mis pisadas se quedaban marcadas sobre el asfalto. Una garra se me quedó enganchada y frenó mi avance, aunque no lo suficiente. Rodé y terminé empotrado contra un camión, que tuve que sacudirme de encima. Me incorporé frente a los policías, preparado para soplar con todas mis fuerzas.

Lo único que salió fue un potente rugido, grave, alargado, pero ni una chispa de fuego. Los policías se habían asustado, lo que me proporcionó algo

de tiempo.

Sentí algo pesado que me aplastaba la cola. Al volverme, vi a Garra ensartado en las púas del extremo, donde había caído. Su cuerpo estaba atravesado por el pecho, una de las púas asomaba justo por el cuello, de donde más agua roja salía. No sabía por qué Garra había intentado volar si no podía convertirse. Agité la cola y el cadáver salió despedido.

Después desplegué las alas y las batí, impulsándome con las patas traseras, hacia arriba. Ascendí lento y descontrolado, me llevé otra farola por delante. Me costaba ganar altura porque mis alas arañaban cornisas y ventanas. Necesitaba subir más para ver a dónde se habían llevado a mi mamá.

Los policías abrieron fuego de nuevo. Y esta vez algo me dolió, un disparo entre el pecho y el vientre. Allí no tenía escamas, solo en el lomo, en la parte superior, pero no en la inferior. Lo mismo sucedía con mi cola. Estaba cubierta de púas, una cresta de agujas que se extendía desde la punta hasta mi espalda, pero solo por arriba. De modo que me giré mientras ganaba altura, ocultando el vientre. De nuevo me acerqué demasiado a un edificio, pero esta vez clavé las garras en la fachada y me impulsé hacia arriba. Dejé una lluvia de ladrillos y escombros a mi paso, pero logré ascender.

Volaba, por fin, ascendía como siempre había soñado, me recostaba sobre el aire, que me acariciaba. Flotaba, me sentía ligero y pesado a la vez. Qué pena que mi papá no estuviera conmigo. Había más diferencias respecto a lo que había imaginado. No controlaba del todo el vuelo, de modo que las menores variaciones de mis alas alteraban mi posición, también la cola. Descubrí que, para ganar velocidad, lo mejor era encoger las patas contra la tripa, o estirar el cuello y la cola.

Volar era cansado. Me recordaba un poco a nadar en una piscina, salvo por que eran las alas donde ahora recaía el mayor esfuerzo. A veces, cuando me apoyaba del modo adecuado en el aire, podía dejarme llevar un tiempo, como al dar una brazada fuerte en el agua, y aprovechaba para descansar las alas. Si el viento cambiaba de repente, tenía que corregir la postura para estabilizarme de nuevo. Para cuando conseguí dominar lo más básico del vuelo, estaba agotado y me dolía la herida de bala en el pecho.

La ciudad era pequeña ahí abajo, aunque, como sospechaba, mi visión era muy buena de lejos y podía ver con gran precisión el terreno que sobrevolaba, siempre que no se interpusiera una nube. No me sentí capaz de volar entre los edificios sin estrellarme contra alguno, no tenía tanto dominio

aún de mi cuerpo, y solo me quedaban fuerzas para planear en línea recta y recobrar me cuando los cambios del viento me desequilibraran. Decidí alejarme hacia el bosque.

Me elevé sobre el incendio que yo mismo había causado poco antes, cuando estaba con Ascuá. El aire caliente me ayudaba a flotar mejor. Ahora entendía mi gusto desde siempre por el fuego y el calor. La mitad de mi ser era un dragón, era fuego puro.

Dejé el incendio atrás más rápido de lo que pensaba. Volaba rápido, aunque me notaba cansado y las alas pesaban cada vez más. Me sorprendió una ráfaga de aire frío por el costado. El ala derecha se quedó un poco entumecida, lo que me inclinó hacia ese lado. Traté de rectificar mi rumbo, pero caía; despacio y sin remedio. Me concentré en aterrizar.

Como cada vez que probaba algo nuevo, descender no me salió como esperaba. Al replegar un poco las alas gané velocidad y me alarmé, así que las desplegué de nuevo, pero ya era tarde para evitar el árbol. Lo partí por la mitad con un golpe brutal. Mis alas cortaron ramas y se llevó por delante a otros árboles. El último que derribé frenó el vuelo y acabé rodando por el suelo, recibiendo golpes por todas partes, levantando tierra y porciones de suelo con las garras. Enrosqué la cola alrededor de otro árbol para dejar de derrapar, pero también lo arranqué. Sentí un tirón fuerte a lo largo del lomo. Luego se me clavaron los cuernos en el suelo y mi cabeza se detuvo en seco. Mi cuerpo, llevado por la inercia, pasó por encima y empecé a dar vueltas. Perdí el sentido de la orientación hasta que un golpe seco me nubló la vista.



Recobré el conocimiento en forma humana, desnudo. Conservar la ropa al cambiar de forma iba a ser un problema. Tampoco era algo que me preocupara en aquel momento. En cambio, tenía mucho que aprender todavía respecto a volar, en especial sobre el aterrizaje.

Ante mí se extendía una estela de destrucción, un surco enorme lleno de árboles derribados y tierra removida. Por fortuna, no me dolía nada. Pero tenía hambre, demasiada. Podría comerme... La cabeza se me volvió sola al olfatear un animal... Una vaca, si no me equivocaba. No, más de una. Debían de ser diez, al menos, pastando a unos cien metros de distancia.

Antes de darme cuenta, ya estaba corriendo hacia ellas. A pesar de la forma humana, mi parte de dragón latía por dentro. Y el dragón estaba hambriento, me dominaba, me exigía que me alimentara.

El rebaño se dispersó al verme, pero eran vacas. Por mucho que corrieran, no podían ir lejos. Salté sobre el lomo de una de ellas y mordí. La vaca mugió, se revolvió. Yo me desesperaba ante un pedazo de carne tan grande, inabarcable con mi pequeña boca humana. La estrangulé. Después, empecé a devorarla con ansia. Arrancaba la carne a bocados, masticaba; antes de tragar, ya daba un nuevo bocado. El agua roja de la vaca se derramaba sobre la hierba.

Tenía la cara metida entre las costillas de la vaca, mordiendo un pedazo que se me resistía, cuando noté que el cadáver del animal se movía a un lado, varias veces, a tirones. Levanté la cabeza. Un lobo le mordía la pata. Me miró, agachó las orejas y se tumbó con el rabo entre las piernas. Le gruñí muy bajito y moví la cabeza hacia la vaca. El lobo siguió comiendo y yo también. Poco después había más lobos mordisqueando el cuerpo de la vaca, sin tocarme. Se gruñían entre ellos de cuando en cuando. Todos se quedaron quietos cuando me levanté, saciado, y me senté contra un árbol.

Eran los mismos lobos que había conocido después de salir del cementerio. Reconocía su olor y, al parecer, ellos se acordaban de mí. Me aceptaban; más que eso, me consideraban su líder, cosa que me sorprendía. Todo el mundo me trataba como a un niño menos ellos. Debían de advertir la fuerza y la superioridad del dragón escondido en mi interior.

Me enderecé al percibir el olor de unos humanos que se acercaban. Me subí a la copa del árbol. Los lobos permanecieron alrededor del tronco. Les gruñí y se marcharon. La última vez uno de ellos murió por un disparo y no quería que volviera a ocurrir. Llegaron varios soldados. Me perseguían. Y me habían encontrado, siempre me encontraban.

El que parecía el líder levantó el puño y los otros tres se detuvieron a varios pasos de distancia.

—La vaca. Ha sido él —dijo.

—¿En serio? Y yo que creía que los árboles de ahí atrás los había derribado una ballena con patas que se había perdido en el bosque.

—Es reciente. La primera transformación y el vuelo lo habrán agotado y estará hambriento. No andará lejos.

—Entreguemos a las niñas primero. Luego peinaremos la zona.

Uno de ellos tiraba de una cadena larga que se arrastraba por el suelo. La cadena sujetaba por el cuello, con unos grilletes, a dos niñas, idénticas ambas menos por el cabello: una era rubia y otra morena. Yo las conocía. Eran las gemelas con las que Sluk y yo habíamos espiado a los mayores

cuando vivía con ellos. También las habían capturado.

Los hombres examinaron los restos de la vaca.

—Sí que tenía hambre el crío.

Luego siguieron mis huellas por el suelo, los rastros de agua roja que había dejado sobre la hierba al acercarme al árbol. Acabaron justo debajo de mí. Me dejé caer justo cuando uno de ellos, tras examinar el tronco, miraba hacia arriba.

Hice mal en tratar de caer sobre ese y no sobre uno de sus compañeros, porque estaba alerta y me esquivó a tiempo. Los otros dos me rodearon y me dieron una patada antes de que pudiera levantarme. Me cubrieron con una red que limitó mis movimientos. Tiraron de una cuerda y la red se cerró. Estaba inmobilizado.

—Lo tenemos.

—No ha sido tan complicado. No es más que un bebé, después de todo.

—¿Un bebé? Un monstruo, querrás decir. ¿Sabes a cuántos se ha cargado esta bestia?

El que me había llamado monstruo sacó una porra y me atizó en el costado. La red me impedía esquivar los golpes o defenderme. Me dio más veces. Me acurruqué, tratando de protegerme.

—Ya basta.

—¡No! ¿Se te olvida que es un maldito dragón? Le voy a hacer pagar todas las muertes que ha causado.

—Tenemos que llevarlo vivo.

—Pero no necesariamente entero. Alegaré que nos lo puso difícil y se resistió. ¿Algún problema?

Me dio con la porra en la cabeza, luego en la cara. Como resultado, me partió dos dientes. También me sacudió en la espalda y en las piernas, en todas partes. Hubo una pausa, creí que ya no me pegaría más, pero solo se le había roto la porra. Entonces me pateó, me pisó las manos.

Llegó un punto en el que ya solo notaba molestias como ecos lejanos. Creo que tantos golpes hicieron que perdiera la sensibilidad. Ya no era más que un bulto cubierto de cardenales y agua roja.

Creo que los oí reírse.

—No es tan fuerte cuando no es un bicho, ¿verdad, chicos?

Noté un líquido caliente que se derramaba sobre mi espalda. También gruñidos y aullidos animales, y que los soldados maldecían.

Los lobos habían venido. Los hombres se movieron para defenderse,

pero la manada era numerosa y su ataque contaba con el factor sorpresa. Mataron a uno cuando cayó al suelo y le mordieron en el cuello. Los otros dos huyeron, perseguidos por varios animales que no dejaban de rugir y de ladrar.

Un lobo se acercó a mí, me olió. Lamió el agua roja que tenía en el pecho y en la cara. Yo también lo lamí a él, junté mi cabeza a la suya y lo abracé, a pesar del dolor que recorría mi cuerpo. Enseguida tuve a otro lobo al otro lado, pegado a mi cuerpo, dándome calor. Otro más mordió la red hasta que pude liberarme.

—Qué conmovedor —dijo la niña morena—. Eh, idiota, ¿quieres dejar a esos chuchos y quitarnos las cadenas?

—Acaba de salvarnos —dijo la rubia—. Lo menos que podíamos hacer es darle las gracias. Además, casi no puede moverse, el pobre.

—Gracias, Dani —dijo la morena con un tono que reflejaba lo contrario a la gratitud—. ¿Te importa liberarnos para que podamos irnos antes de que vuelvan más y nos encierren a todos? ¿O prefieres lamer a los perros? Qué asco, en serio, al menos que no te chupen la cara. ¡Y la boca! ¡Arrrgghh!

Eché un vistazo a la cadena.

—No puedo romperla.

Me sentía incapaz de partir una rama después de la paliza que había recibido.

—Pues conviértete —dijo la morena—. Venga, va, ¿a qué esperas, pasmado?

—No... No sé cómo...

La rubia le dio un codazo a su hermana.

—Es un bebé, ¿recuerdas? Todavía no sabe.

—Pues el bebé tiene un instrumento de tamaño sorprendente colgando entre las piernas. Eh, tú, ¿no sabes que es de mala educación enseñar el pajarito a unas niñas? Te podrían encerrar por eso. ¡Ponte la ropa del muerto!

Me pareció una buena idea.

La rubia me ayudó a desvestirlo mientras me miraba con dulzura. El pelo no era la única diferencia entre las gemelas.

La ropa me quedaba un poco grande. Tuve que remangarme los pantalones y las mangas de la chaqueta.

—¿También sois dragonas?

—¿Nos ves cara de lagarto o qué? —preguntó la morena.

—No le hagas caso. —La rubia buscó en los bolsillos de la chaqueta y

sacó unas llaves—. Aquí está, ¿lo ves? —Le dijo a su hermana—. Ya podemos soltarnos. No hacía falta insultar a nadie.

Se quitaron los grilletes. Me parecían más pequeñas que la última vez que las había visto. Era evidente que yo había crecido desde entonces.

—¿Vosotras no crecéis?

—Ya nos gustaría —dijo la morena—. Estoy harta de este cuerpo infantil. Bueno, vámonos. Tienes mucho trabajo, bebé.

—¿Trabajo?

—Ahora no —dijo la rubia—. Está herido y tiene que recuperarse.

—Tiene que hacer lo que debe o no será más que un estorbo inútil.

La rubia fulminó a la morena con la mirada, que cerró la boca y se volvió. Luego me acarició el pelo, con suavidad, con una mirada cálida.

—Te curarás, Dani, no te preocupes. Tienes que dejar actuar al dragón que llevas dentro. La forma humana es fácil de sanar. Ven, encontraremos un lugar para que descanses. Nosotras velaremos por ti.

Descansar, recuperarme... Sonaba de maravilla.

—Y luego tendrás que matar —gritó la morena, que se había alejado mucho.



Apenas recordaba haber llegado hasta aquella cueva. Las gemelas me habían asegurado que allí no nos encontrarían y yo me había dormido nada más apoyar la cabeza en la roca. Ahora, sin embargo, tenía un montón de hojas debajo de mi cabeza. La rubia estaba a mi lado. Con una mano me acariciaba, con la otra arreglaba la improvisada almohada de hojas.

—Oh, estás despierto. ¿Te sientes mejor?

No tenía claro qué contestar. Me sentía mejor que después de recibir la paliza, cuando me atraparon con la red, pero no tan bien como acostumbraba. Estiré los brazos y las piernas, y después la espalda. Me crujieron los huesos.

De repente recibí una patada en la pierna.

—¡Ya era hora! —gruñó la morena—. Venga, arriba. Tienes mucho que hacer, bebé.

—Déjale respirar un poco. Acaba de despertarse.

Un lobo entró corriendo en la cueva y me lamió la cara. Le acaricié y él se apretó contra mí. La morena puso cara de asco.

—Lleva casi tres días durmiendo. ¡Creía que había vuelto a hibernar!

—¿Hibernar? —pregunté.

—Los dragones pueden hibernar para superar condiciones adversas — me explicó la rubia—. Descienden tu temperatura y tus constantes, y te recuperas más deprisa. Es lo que te pasó cuando te dieron por muerto y te enterraron. ¿Lo recuerdas?

Asentí. No era de mis recuerdos favoritos.

—Y te desarrollaste más deprisa, ¿a que sí? Habías crecido al despertar y salir de la tumba, ¿no?

Asentí de nuevo.

—¿Puedo hibernar un poco más? —pregunté.

—Ni de broma, bebé —dijo la morena—. Ya hemos perdido suficiente tiempo. ¡Fuera, chuchos! —Pateó el suelo y el lobo salió corriendo de la cueva—. Además, lo de dormir tanto no es tan bueno. Así capturaron a los otros idiotas.

—¿Estaban dormidos?

—Desde hace mucho —dijo la rubia—. Mucho, pero que mucho tiempo. Creemos que para superar un periodo en el que había un frío extremo. Debían despertarse, pero solo lo hicieron unos pocos y demasiado tarde. Y los humanos os encontraron.

—¿Dormidos?

—Exacto, bebé —siguió la morena—. Vaya una metedura de pata. ¡Ja! Ni siquiera hubo combate. Los encerraron a todos por necios mientras roncaban. Es lo que pasa cuando deciden los hombres; machos, en vuestro caso.

Traté de imaginar lo que sería despertar en una celda, encerrado por unos desconocidos. Mi instinto sería escapar, sin duda.

—¿Y han vuelto a capturar a todos?

—Menos a nosotros tres —dijo la rubia—. Puede que alguno más se haya escondido en alguna parte, pero no tardarán en cogerlo. Ya solo quedas tú. Eres el último dragón libre y el único que puede salvarlos a todos.

—O morir —dijo la morena—. Porque, seamos claros, mequetrefe, no apostaría por ti. Estás hecho una birria y no creo que puedas enfrentarte a los soldados. Pero al menos será divertido ver cómo lo intentas.

—Así no ayudas —protestó la rubia.

—¿Quieres mentirle? Tú misma. Le van a atrapar igual.

—No, no lo harán, si se lo explicamos de modo que él lo entienda.

—Más claro no se lo puedo decir. Yo no era tan estúpida a los dos años.

—Porque yo estaba contigo. Y no habías pasado seis meses de esos dos



años bajo tierra.

—Muy bien, adelante. Explícaselo, a ver si lo pilla. Aunque lo dudo, con esa pinta de tonto que tiene.

Era cierto que necesitaba alguna aclaración, porque cuanto más hablaban más cosas sabía, pero más confundido estaba.

La rubia se sentó enfrente de mí.

—Verás, Dani, en realidad, todo esto es un juego. ¿Te gusta jugar?

—Mucho —respondí.

—Hay que derrotar al hombre de negro.

—El hombre de negro no huele mal, como los otros humanos.

La rubia miró a su hermana.

—¿Te cae bien?

—Creo que sí —dije.

—Pues claro. Es nuestro amigo, sin él no podríamos jugar, porque hace falta un oponente, un adversario, o no hay juego.

Sonaba lógico.

—Le ganaré.

La morena se rio por lo bajo.

—Lo harás, Dani —dijo la rubia—. Él va ganando por ahora. Tiene a todos los dragones encerrados. Si te captura, gana el juego. Si los liberas, ganas tú. ¿Lo entiendes?

—Ascu me dijo que no tenía que liberarlos, sino esconderme.

—Ascu es una mala jugadora —intervino la morena—. Por eso la trincaron.

—Tienes que jugar bien, Dani, eres la última esperanza. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí —dije excitado—. Soy el mejor jugador. Mi papá me dijo que era especial.

—Tu papá era un... —empezó la morena.

—Tu papá tenía razón —la interrumpió la rubia—. Eres especial.

—A los demás les hicieron magia, ¿verdad?

—Exacto, pero tu sangre puede anular su magia. Tu sangre en forma de dragón. Por eso todos querían protegerte hasta que fueras mayor, pero ya no queda tiempo.

—¿Me tienen que sacar el agua roja?

—Si eso no los cura para que puedan transformarse, habremos perdido el juego, aunque los liberes. Será cuestión de tiempo que los vuelvan a capturar.

—No van a permitir que haya dragones volando por ahí y escupiendo fuego —añadió la morena.

—¿Y cuándo empiezo? —pregunté.

Las gemelas se miraron: la rubia con una sonrisa; la morena, seria.

—No estés tan satisfecha de ti misma —dijo la morena—. Lo ha entendido, es verdad, pero todavía no está preparado del todo. Observa y aprende. Dani, escucha: el hombre de negro y sus soldados mataron a tus papás. Y también a muchos otros. No se puede ganar sin matar, ¿está claro? Tendrás que quemarlos a todos, morderlos, aplastarlos. Lo que haga falta.

—¿A todos?

—O los dragones se extinguirán.

—Pero a lo mejor es más fácil salvarlos sin...

—También tienen a tu madre, Dani. Y la matarán, ya has visto lo que hicieron con tu mamá adoptiva, a la que le salía agua roja de la cabeza.

Se me pusieron en tensión todos los músculos.

—¡Los mataré a todos!

Ahora fue la morena la que sonrió.

—Ya está preparado para jugar. ¡Es hora de divertirse!

## CAPÍTULO 12

—Bien. Allá voy —dije emocionado.

La morena me puso la zancadilla y me tropecé.

—Quieto ahí, atontado. ¿Es que no tienes ojos en la cara? ¡Hay un maldito ejército ahí dentro! Esto no va a salir bien.

La rubia se agachó a mi lado y me ayudó a levantarme.

—Mi hermana tiene razón. No puedes entrar como si nada.

Un ejército implicaba muchos soldados, al menos cientos de ellos, o eso creía yo. Sin embargo, no había tantos frente a la entrada de la cueva a la que me habían llevado.

—Solo son doce —dije tras una rápida cuenta.

—Qué pocos, ¿verdad? —La morena negó con la cabeza—. Y yo solita he conseguido hacerte caer al suelo.

—Nosotros somos tres. Tocamos a cuatro cada uno —apunté.

—¿Que somos tres? —La morena se tiró de los pelos—. ¿Cuentas que dos niñas de diez años se enfrenten a soldados profesionales? Habla tú con él, hermana, porque me dan ganas de...

—No es que seamos muy fuertes —dijo la rubia—. Por eso nos atraparon.

—¿Y no queda nadie más?

—Antes sí, hace mucho. Había un dragón espectacular que se llamaba Bastión y fue el Primer Colmillo. Nunca ha habido uno tan fuerte. Era el mejor.

—¿Qué le pasó?

—Lo mataron, porque nadie lo ha visto desde que despertamos. Y es lo más lógico. Los humanos no se arriesgarían a que alguien tan poderoso anduviera por ahí suelto. Será mejor que te conviertas, los mates y luego vuelvas a la forma humana para entrar por esa grieta de allí, ¿la ves? Es por donde escapamos la primera vez.

—La veo.

La fisura estaba a cierta distancia de la entrada a la cueva, pero en una

zona despejada de árboles. Los soldados que custodiaban la cueva nos verían si tratábamos de alcanzarla. Era muy estrecha, ningún dragón podría introducirse por ella; de hecho, un hombre adulto de gran tamaño tampoco sería capaz de lograrlo.

Recorrimos el monte durante todo el día, solo paramos una vez a beber de un río. La manada de lobos nos había dejado, salvo uno, el que siempre me lamía, que no se separaba de mí. Creo que los otros se habían marchado por culpa de la morena, que no dejaba de insultarlos y amenazarlos. En ningún momento hizo otra cosa que meterse conmigo por no convertirme y llevarlos a todos volando.

—Todavía vuelo muy mal —me defendía.

Pero ella continuaba maldiciendo. Su hermana era más comprensiva y amable. Empezaba a pensar que no eran hermanas, a pesar de su apariencia.

Cuando llegamos, resultó que conocía el lugar. Había estado allí antes con el hombre de negro, el día que me llevó para volar y los dragones me rescataron.

—Su intención era encerrarte allí dentro. ¿Todos los bebés sois igual de bobos? A ver si pierdes la inocencia, enano, porque así no vamos a ninguna parte. El hombre de negro es malo. No vuelvas a creerte nada de lo que diga, ni una palabra. ¿Está claro?... ¡No te oigo!

—Ganar al hombre de negro será divertido —dijo la rubia—. Ya lo verás.

Tenía muchas ganas de jugar de una vez. Pero aún no sabía qué pensar de las gemelas. Yo no estaba convencido de que el hombre de negro fuera malo. Desde luego no era un mentiroso y había algo en él que... Seguía gustándome y quería pasar con él más tiempo. No podía explicarlo, pero me había sentido así desde la primera vez, en la pirámide del parque. Y me habían dicho que me fiara de mis instintos, de las cosas que sabía sin haberlas aprendido. Cuando trataba de pensar como los adultos siempre me equivocaba.

Así que, como de costumbre, estaba confuso, tenía la sensación de que mi vida entera era una cadena de sucesos que no entendía. Al menos algo tenía claro: me gustaba jugar y, sobre todo, ganar.

El lobo ladró a mi lado. Me agaché y le sujeté el hocico con las manos para que no hiciera ruido, al tiempo que retrocedíamos tras el arbusto que usábamos para escondernos.

—Cómetelo de una vez y se callará —sugirió la morena.

—Tranquila —dijo la rubia—, están acostumbrados a sonidos de animales en el bosque. No nos han visto.

—Menos mal. ¿Todavía no puedes convertirte, bebé?

—No sé hacerlo —dije—. Me sale a veces, pero nunca porque yo lo decida.

La morena suspiró y se alejó. La rubia se acercó a mí.

—Necesitas tiempo, práctica, es como dar tus primeros pasos. Al principio es muy difícil, pero cuando sabes lo que...

—¡Eh, idiotas! —gritó la morena—. ¡No podríais dar más asco ni aunque os pagaran por ello!

Pensaba que nos decía a nosotros, pero no, estaba gritando a los soldados. La rubia se alarmó tanto como yo al ver a diez soldados corriendo hacia nosotros.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó la rubia.

—Estoy segura de que sí, por confiar en ti y en el bebé atontado.

—¿Por qué nos delatas? ¡Nos encerrarán!

—Estoy salvando la situación. Dani, esconde el culo ahí atrás. Y te lo advierto, si después de esto pierdes el juego, te encontraré y ya no tendrás culo en el que sentarte.

Los soldados rodearon a las niñas y las apuntaron. Ahora podía abalanzarme sobre ellos y sorprenderlos a todos, aunque la morena me había dicho que me escondiera. Claro que también me había amenazado con hacerme algo en el culo que no había comprendido del todo.

La rubia se explicaba mejor, pero ella estaba tan sorprendida como yo, y no me miraba para darme una indicación.

—¿Estáis solas, niñas?

—¿Ves a alguien más, imbécil? —replicó la morena.

La golpearon en la cara con la culata de un rifle. La rubia la cogió antes de que cayera al suelo y le limpió la boca del agua roja que le había salido.

—Estamos solas y hemos venido a entregarnos. No tenéis por qué hacernos daño.

También la atizaron a ella. Luego les ataron las manos a la espalda y se las llevaron. Si les hubieran pegado otra vez, no me habría contenido. Los soldados fueron hasta la entrada de la cueva y allí se detuvieron un momento y hablaron entre ellos.

La rubia me miró de reojo y movió los ojos hacia un lado; hizo lo mismo varias veces. Señalaba la grieta en la montaña. Y me quedó claro que

se habían entregado como distracción para que yo pudiera llegar hasta la grieta sin que me vieran.

Corrí entre los árboles tanto como pude, hasta que solo quedaba terreno llano hasta la base de la montaña. Miré una vez más para asegurarme de que ningún soldado miraba en mi dirección.

—A varios kilómetros hacia el este, encontraréis los restos de una vaca —decía la morena—. Y a su lado el cadáver de uno de los vuestros. Lloró como una nena mientras lo matamos, se meó encima y todo. Chillaba más que nosotras y eso solo tenemos diez...

La silenciaron con un puñetazo. Sabía que lo había hecho para llamar su atención, así que aproveché para lanzarme a cuatro patas hacia la grieta.

—¡No les peguéis, idiotas! —Era el hombre de negro. No necesitaba volverme para estar seguro, conocía su voz demasiado bien. Seguí corriendo—. ¿Se han entregado solas? ¿Sin oponer resistencia? ¡Encerradlas y no les hagáis daño! ¡Vosotros, pedid refuerzos en la entrada! Cuando lleguen, venís conmigo. ¡Hay que registrar los alrededores!

Lo vi alejarse de la entrada de la cueva. Vestía la misma ropa de siempre, un traje negro, elegante, no la indumentaria de los soldados. Por suerte yo había conseguido entrar por la grieta antes de que me viera. El corazón me latía muy fuerte.

Entonces oí un aullido. El lobo venía corriendo hacia mí. El hombre de negro lo vio y también corrió en mi dirección. La hermana morena debía de estar maldiciéndome por enésima vez.

—¡Dani! —gritó el hombre de negro.

El lobo llegó primero y, al saltar al interior de la estrecha grieta, chocó con la piedra de un lateral. Sus patas no eran las adecuadas para caminar sobre la roca. Lo agarré por el cuello y tiré, y avanzamos unos pasos con dificultades. El hombre de negro llegó a la entrada de la grieta poco después.

—¡Dani! ¡Ven! ¡No entres ahí!

No creas nada de lo que diga, me había advertido la morena. El lobo se interponía entre nosotros y no podía verlo. Seguí avanzando. El hombre de negro también me perseguía. Yo iba despacio porque tenía que ayudar al lobo. Por suerte, el hombre de negro era demasiado grande para esa grieta y tampoco podía ir deprisa.

La abertura se estrechaba cada vez más; un tramo tuve que pasarlo de lado, levantando al lobo. Luego descendimos un trecho, torcimos por recovecos, y nos tuvimos que arrastrar. El lobo jadeaba detrás de mí, el

hombre de negro gruñía y me pedía que me detuviera. Pero yo no paraba. Era divertido, era excitante.

Hasta que me topé con algo que me impedía seguir adelante. Palpé con las manos. Era una superficie lisa, de madera. Dos puñetazos bastaron para que crujiera; el tercero quebró la madera.

Arranqué varios tablones y enseguida entró luz artificial. Abajo había una habitación grande llena de cajas y ropa, seguramente un almacén. El agujero por el que me asomaba estaba cerca del techo, así que salté al suelo. Una puerta se abrió en ese momento y entró un soldado. Al verme, se puso tenso. Tenía una pistola enfundada que le colgaba del cinturón. Trató de sacarla con movimientos torpes, sin dejar de mirarme, creo que no esperaba encontrarme allí. Igual me ocurrió a mí, lo que me impidió reaccionar a tiempo.

Suerte que el lobo venía conmigo. Cayó sobre él desde el agujero de la grieta, directamente sobre su cabeza. Se revolvieron en el suelo, el agua roja salpicó las paredes. Recogí el arma del suelo sin saber qué haría con ella. El soldado no tardó en dejar de moverse y el lobo regresó a mi lado con el hocico manchado de rojo.

—Dani, entrégame el arma, por favor.

El hombre de negro se asomaba por la grieta del techo. Le apunté con la pistola.

—No me dispararás, Dani, porque no eres un asesino. —Saltó al suelo con gran agilidad—. Domina tus instintos y descubrirás que no quieres matarme.

El lobo gruñó. Le tranquilicé con una caricia mientras mantenía al hombre de negro encañonado.

—No te muevas —le dije—. Tú nunca me mentiste.

—Y no pienso hacerlo, pero tienes que entregarte para que puedan ayudarte.

—Soy un dragón.

—No, Dani, eres medio dragón. No tienes por qué ser como...

—¿Esto es un juego?

—¿Cómo?

—Dime la verdad. ¿Estamos jugando?

El hombre de negro tardó un poco en contestar.

—Por supuesto, Dani —sonrió—. ¿No te diviertes? ¿No es emocionante? Solo queremos jugar contigo.

Era lo que necesitaba saber. Todos me decían que no era más que un juego y tenía sentido. A fin de cuentas, desde que tenía memoria, siempre había muerto alguien. Los niños siempre quieren jugar, eso decían los adultos. Y yo quería.

Apreté el gatillo.

No estaba preparado para el retroceso de la pistola. Nunca había disparado una y no me lo esperaba. El brazo se me fue un poco hacia atrás. El hombre de negro cayó al suelo, pero se movía, no estaba muerto. Me acerqué a él y le apunté a la cabeza.

—Dani, por favor... —susurró.

Se tapaba el hombro con la mano. Aun así, salía una cantidad grande de agua roja. Ahí era donde debía de haberle alcanzado la bala. Me coloqué encima de él, con un pie a cada lado, y acerqué el cañón de la pistola hasta casi tocar su frente. Así no podía fallar.

—Quiero ganar —le dije.

Vi el miedo en sus ojos. Trató de decir algo, pero solo balbuceó. Apoyó la cabeza en el suelo. Un charco rojo crecía bajo su hombro derecho.

El agua roja me recordó a mi mamá, reviví aquella noche que nunca podría olvidar, la imagen que se me había grabado y me impedía llamar al agua roja por su verdadero nombre. Aquella noche un hombre irrumpió en mi casa y forcejeó con mi papá. No fue el hombre de negro. Él no olía como el intruso.

Quería matarlo. Para ganar. Porque la morena me había dicho que no podría ganar sin matar, pero, de nuevo, algo dentro de mí me lo impedía, me decía que el hombre de negro no había sido malo conmigo, que no mentía. La afinidad que sentí hacia él desde la primera vez continuaba ahí.

No pude apretar el gatillo.

—Los dragones. ¿Dónde están?

—Por la... galería de la... izquierda. Al final, tras una puerta... acorazada.

Le di una patada en la cabeza y lo dejé sin sentido.

—Yo gano.



Había varios pasillos iluminados por fluorescentes. El suelo y gran parte de las paredes habían sido revestidos de modo que me recordaban un poco al hospital en el que pasé un tiempo después de mi caída. Solo el techo estaba



desnudo y dejaba a la vista la roca de la montaña. Habían excavado un edificio entero allí dentro, incluso vi un ascensor.

Me dirigía hacia la derecha, como me había indicado el hombre de negro, el que nunca mentía. Pasamos el lobo y yo frente a varias puertas, pero ninguna me pareció acorazada.

Oí pasos apresurados que se acercaban, rítmicos, de varias personas, soldados, con toda probabilidad. No podría librarme de ellos en aquel pasillo. Y no quería volver. Me acerqué a la puerta más cercana y traté de abrirla. Era pesada, de metal. Se resistió. Tiré más fuerte y el cerrojo cedió con un chasquido. Entramos y volvimos a cerrar.

Un frío inmenso me envolvió de inmediato. No me gustaba nada el frío. Me asomé por una ventanilla que había en la puerta y vi desfilar a un pelotón de soldados a paso ligero. Puede que hubieran oído el disparo y me estuvieran buscando. El lobo se acercó a mi pierna. Tenía tanto frío como yo, pobrecito. Lo acaricié. Me gustaba el lobo, me ayudaba, creo que me quería y no tenía ninguna duda de que siempre estaría a mi lado. Solo mi mamá muerta me había hecho sentir así.

El lobo retiró el labio superior, dejó escapar un pequeño gruñido.

—Yo también huelo algo...

Aquella sala no era obra del ejército, sino una parte de la montaña, una cueva natural. Era el pasillo lo que se había construido de modo que la puerta llevara hasta aquel espacio. No había mucha luz, solo la que se filtraba por la ventanilla de la puerta. El frío penetraba más y más en mi cuerpo, pero tenía que averiguar qué era lo que olía de aquel modo.

El lobo se quedó junto a la puerta con el rabo entre las patas, sin dejar de mirarme.

Encontré enseguida el origen de aquel olor. Era una roca más alta que yo, más o menos redondeada. Me producía una sensación... familiar. Junto a esa roca había otra, y otra más, y más todavía, apiladas encima de las que descansaban sobre el suelo. Tenían diferentes tamaños, pero todas presentaban una forma ovalada. Había decenas, cientos. No llegué al final de la cueva porque era inmensa.

Me acerqué a una y pegué la nariz, la toqué, la lamí con la lengua. Estaba fría. Luego descargué un puñetazo contra la roca, y otro. Seguí golpeando hasta que me salió agua roja de los puños. El frío me hacía débil. No logré romperla, pero lo supe.

Eran huevos de dragón.

Y los mantenían fríos para que no eclosionaran.



Salimos de aquella especie de nevera gigante cuando el pasillo quedó despejado. Y continuamos hacia la izquierda. Entré en más habitaciones, por si tenían más huevos congelados, pero todo me recordaba al hospital. Había muchas camas y camillas, sillas de ruedas, y armarios muy grandes y grises. En una de aquellas salas había mucha agua roja en el suelo. Entré.

Me llamaron la atención varios recipientes que tenían cabezas metidas en un líquido transparente. Reconocí la cabeza que había en el tercer recipiente, la de Sluk, el hijo del Primer Colmillo. Los ojos y la boca estaban abiertos; le faltaba la parte de arriba, donde nacía el pelo. Bajé el recipiente de la estantería y comprobé que también le faltaba el interior de la cabeza. Se la habían vaciado.

No me pareció que eso le sirviera de ayuda al chico, como me había dicho el hombre de negro. Sluk ni siquiera se consideraba un dragón, sino un humano. Yo sabía que lo era, porque olía como Garra y los demás, pero él no lo creía por la magia que le habían metido, o la ciencia, o lo que sea que hicieran los soldados con los dragones en aquel lugar.

Salí de aquella habitación con un enfado considerable. El calor empezaba a acumularse en mi pecho, lo notaba, me sentía más fuerte. Quería despedazar, matar.

—¿Me has tocado el culo? Soy una niña, ¿sabes?

Era la voz de la morena. Más adelante, el pasillo se bifurcaba. La voz de la niña venía del corredor de la izquierda.

—¡Cierra la boca, mocosa!

—No puedes hacernos daño —dijo la rubia—. Te lo han ordenado. Si no obedeces, podrían degradarte.

Sonó una bofetada.

Eché a correr sin pensarlo, giré a la izquierda. Dos soldados escoltaban a las gemelas, que tenían las manos atadas a la espalda. Cuando se volvieron ya había saltado sobre uno. El lobo, ladrando, fue a por el otro. El soldado me dio con el codo en la cara, pero no me detuvo. Me encaramé a su espalda y lo mordí encima del hombro, aunque pretendía haberlo hecho en el cuello. Trató de agarrarme pasando las manos sobre su cabeza. No lo logró porque yo me agarraba a su cuello con fuerza y no me despegaba de su espalda. Mordí hasta partirle la clavícula. Luego me solté y le empujé. El soldado tropezó con una

barandilla metálica y cayó rebotando por unas largas escaleras. Al llegar al final no se movía.

El otro soldado tenía un brazo destrozado y el lobo le mordía ahora una pierna. Le pisé la cabeza varias veces hasta que se la abrí.

—Ya era hora, bebé —protestó la morena.

—Gracias, Dani —dijo la rubia con una sonrisa.

Deshice a mordiscos las cuerdas que las ataban.

—Eh, cuidado con las manos.

—Por ahí —señaló la rubia—. ¡Corre!

Bajamos las escaleras a toda prisa, saltando por encima del cadáver del soldado en el último peldaño. Llegamos a una estancia mucho más grande, enorme. Al otro extremo había otras escaleras iguales y, en el centro, un ascensor pegado a la roca desnuda, que en aquel momento bajaba. Hacia arriba se extendía una infinita sucesión de plantas horizontales, atravesadas por el ascensor. Nos encontrábamos en la planta más baja.

Me impresionó que hubieran construido una instalación tan grande dentro de una montaña.

—¡No te pares!

La rubia iba la primera. La morena frenó hasta quedarse a mi altura.

—¿Sigues con ese chucho? Da igual. Dime que ya sabes echar fuego.

—No me ha salido todavía.

La morena escupió.

—Menudo dragón —bufó—. El calor está en tu interior, idiota. ¿No lo notas? Tú no sudas nunca. ¿En serio no lo habías notado? El calor se acumula dentro de ti para que puedas vomitar fuego.

Sabía que no sudaba, aunque no se lo dije porque se enfadaría de todos modos. Pero eso sí lo había advertido, incluso había sido una de las razones por las que había discutido con el profesor de gimnasia en el orfanato, cuando me negué a ducharme porque no estaba sucio.

—¿Cómo saco el calor?

—Por la boca, idiota.

Dejé de correr y me quedé allí plantado, con los ojos de ese modo que no ven nada porque estaba concentrado en mis pensamientos. En el hospital, el doctor había ofrecido una posible explicación para mi voz ronca. Desde luego, no la entendí en su momento, cuando habló de cuerdas vocales y de un saco que hay entre los pliegues vestibulares. No tenía ni idea de qué significaban esas palabras, salvo que hacían referencia a mi cuello por dentro,

a mi garganta. Según el doctor, ese saco era más grande de lo habitual en mi caso, la causa de que mi voz sonara más grave. Desconocía si el médico llevaba razón respecto a mi voz, pero ahora que la niña me había hablado de echar calor por la boca, no tenía duda de que en ese saco era donde lo almacenaba.

Estaba dentro, por ahí, en mi garganta, tenía que usarlo de algún modo para que soltara el calor mientras soplaba y así echaría fuego como un dragón de verdad.

—¿Por qué te paras? —gruñó la morena—. ¿Y ahora qué te pasa? ¿Qué haces? ¿Te has atragantado? No juntes los labios, so imbé... ¡Eh! ¿No irás a darme un beso?

—Estoy soplando fuego —le dije.

La morena se cubrió el rostro con las manos en un gesto de desesperación. Su cara estaba muy seria cuando resopló y retiró las manos. Creo que me habría pegado de no ser por su hermana.

—¡No os paréis! ¡Dani! ¡He encontrado a tu madre!

Eché a correr. Mi mamá estaba inconsciente sobre una camilla. La bajé y traté de despertarla. Al no lograrlo, mi mente enloqueció por un instante y miré el suelo en busca de un charco de agua roja, que por fortuna no encontré. Habría sido la segunda vez que encontraba a mi mamá muerta. El lobo lamió la cara de mi madre, sin ningún resultado. Pero su pecho se movía. Estaba viva.

—Ven aquí, bebé.

Las hermanas estaban junto a otra camilla. Caí en la cuenta de que había muchas en aquella sala. Sobre la camilla había otro cuerpo, de mujer, boca abajo, con las manos y los pies sujetos por unas correas de cuero. Bajo aquella camilla sí había agua roja, y mucha.

—En la de al lado está el Primer Colmillo —dijo la rubia.

Aflojé las correas de la mujer mientras la morena abofeteaba al Primer Colmillo sin miramientos. Le di la vuelta a la mujer para sacudirle en la cara y despertarla, pero me detuve al reconocer a Ascua, a pesar de que tenía el rostro desfigurado. Retiré parte del cabello pegado a la cara, y quedó a la vista una masa deforme donde debía estar su ojo derecho. El labio inferior estaba partido e hinchado, y le faltaban varios dientes; tenía la nariz rota, y se veía algo que podía ser el hueso a la altura de su pómulo izquierdo.

—Te dije... que no vinieras... Idiota —susurró Ascua.

Levantó una mano, yo se la cogí. Creo que su intención fue pegarme,

pero estaba muy débil. La ayudé a sentarse.

—¿Qué? —gritó la morena—. ¿Qué pasa?

Sujetaba un martillo frente al Primer Colmillo.

—¿Quieres matarlo o despertarlo? —dijo la rubia—. Apártate, anda.

—Está bien, prueba tú, pero si no lo consigues, le atizo. Ya veremos lo lista que eres cuando...

La rubia vertió un cubo de agua encima del Primer Colmillo, que se incorporó de un salto y miró a todas partes. Tenía los puños apretados, los músculos tensos.

—¡Dani! ¿Te atraparon?

—Os estamos rescatando —respondí—. Es emocionante.

El Primer Colmillo se puso en pie y miró en todas direcciones.

—¿Cómo nos has encontrado? Niñas, ¿tenéis algo que ver?

—Le ayudamos —dijo la rubia.

—¿Piensas que el bebé habría llegado hasta aquí solo?

El Primer Colmillo se acercó a Ascuá y la examinó. Ella asintió, sin fuerzas.

—¿Piensas lo mismo que yo, Ascuá?

—Lo siento, Primer Colmillo. Es culpa mía. Le pedí que no viniera, que se ocultara, pero no lo convencí. No lo castigues. Es solo un niño. La responsabilidad es solo mía.

—Ya no hay tiempo para eso, Ascuá —dijo el Primer Colmillo. La tomó en sus brazos y la llevó hasta una esquina—. Dani, trae a tu madre. Y vosotras, niñas, aquí, deprisa. ¡Obedeced!

Hice lo que me pidió, igual que las hermanas. Aunque la morena refunfuñaba por lo bajo, ya no mostraba su actitud desafiante.

—Dani, tú vendrás conmigo. Las hembras se quedarán aquí.

—¿Para qué?

—Para luchar. Pelearán tanto como puedan para entretener a los humanos y así nosotros tendremos una oportunidad de escapar.

Ascuá asintió.

—¿No vienen con nosotros?

—Solo importa que tú escapes. Dani, irás detrás de mí en todo momento. No hablarás, no pisarás más que donde yo pise y harás todo lo que te ordene.

Levantó un puño apretado delante de mi cara. Era mucho más grande que yo, en todos los sentidos. Uno de sus musculosos brazos era mayor que

los dos míos juntos.

—¿Nos llevamos los huevos?

—No podemos, Dani. Habéis llegado hasta aquí porque el hombre de negro os lo ha permitido. Tienes que irte antes de que sea demasiado tarde.

—Él no me lo permitió. Le disparé y maté a un soldado.

—¿Disparaste al hombre de negro? ¿Murió?

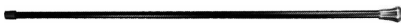
—Le di en un hombro. Luego le di una patada en la cabeza.

—¿Por qué no le disparaste otra vez? —rugió el Primer Colmillo—. ¡Es nuestro mayor enemigo!

Me dio en la cara con el revés de la mano. Salí despedido hacia atrás y choqué con una mesa. El lobo gruñó y se encaró con el Primer Colmillo.

Escuché pasos por detrás.

—Te dije que eran monstruos, Dani —dijo el hombre de negro—. Así te agradecen que intentes rescatarlos.



El hombre de negro tenía una venda improvisada alrededor del hombro en el que había recibido el disparo. Le acompañaban más de diez soldados, situados a ambos lados de él, todos armados y con un traje diferente al que llevaban antes, al menos ese yo no lo había visto nunca. La mayor diferencia en aquel nuevo uniforme era un casco que cubría por completo la cabeza de los soldados, con un cristal transparente en la parte delantera. Me recordaba a los que llevaban los buzos o los astronautas.

—Supongo que ya no tiene sentido razonar con vosotros —dijo el hombre de negro.

—¡Atrás! —ordenó el Primer Colmillo.

Sin embargo, él cargó hacia adelante, hacia el hombre de negro. Todos los rifles le apuntaron de inmediato. Ascua y las chicas volcaron varias camillas y se ocultaron tras ellas, protegiendo también a mi madre, que seguía inconsciente.

Yo no supe qué hacer. Mi instinto me pedía lanzarme contra los soldados, no quería perderme el juego, pero el Primer Colmillo me había pedido que obedeciera y una parte de mí sintió el impulso de hacerle caso al reconocerlo como a un superior.

El Primer Colmillo levantó una mesa y una silla mientras corría. Contra la mesa rebotaron un montón de dardos que escupían los rifles. Arrojó la silla y derribó a varios soldados. Luego saltó entre los del otro lado, con la mesa

por delante, que aplastó a dos de ellos. Le vi hacer volar a un soldado de un solo puñetazo. Le dio de abajo arriba y lo levantó hasta que sus pies llegaron hasta el pecho del Primer Colmillo. Cayó sobre un compañero. Al siguiente le atizó en el sentido inverso, de arriba abajo. El casco del soldado estalló y la cabeza se le hundió entre los hombros con una explosión de agua roja.

Era evidente por qué le llamaban el Primer Colmillo. Nadie podía ser más fuerte que él, ni siquiera Garra, que era el mejor jugador que yo había visto, lo igualaba en fuerza y velocidad. Los soldados retrocedían ante la amenaza. Pero eran demasiados. Los que había derribado con la silla se preparaban para descargar sobre él una nueva salva de aquellos dardos que dormían el cuerpo. No podría esquivarlos todos, con tantos frentes abiertos.

Así que me uní a él. Agarré otra silla y la arrojé sobre los soldados que apuntaban al Primer Colmillo. Mi puntería no fue tan buena, ni siquiera les di, pero impedí que dispararan y los distraje. Me lancé al suelo y repté hasta que encontré una pierna y la mordí. Otro me iba a dar en la cabeza con la culata de su rifle, pero el lobo me defendió. Le di un puñetazo a un soldado, lo derribé, aunque no lo levanté del suelo, no era tan fuerte. Cuando creciera sería tan fuerte como el Primer Colmillo y tendría unos músculos como los suyos.

Intentaba estrangular a otro soldado, cuando noté un pinchazo en el muslo. La pierna me falló, la rodilla se me dobló. El soldado me lanzó una patada en la cara.

El Primer Colmillo se dio cuenta y rugió. Partió en dos a un soldado que sujetaba sobre su cabeza y con la mitad inferior machacó a otro que había a su lado. Lanzó la mitad superior del cadáver, agarrando la cabeza con una sola mano, y la estrelló contra el que me había pateado la cara.

—¡Tocadlo y os mataré a todos! —gritó el Primer Colmillo.

El hombre de negro se plantó delante de él. El Primer Colmillo lanzó un rechazazo directo a su rostro, inclinando el cuerpo hacia adelante, cargando el peso, girando la cadera al tiempo que retiraba un poco el brazo opuesto. El hombre de negro, también de tamaño considerable, aunque mucho menor que el Primer Colmillo, alzó la mano del brazo que no tenía herido y detuvo el puño. El choque produjo un golpe seco.

Durante unos segundos permanecieron los dos inmóviles en ese pulso. El Primer Colmillo con el brazo extendido y el puño atrapado en la mano del hombre de negro, quien tenía la espalda ligeramente curvada hacia atrás con un pie retrasado, haciendo fuerza para contener el golpe. El pie atrasado del

hombre de negro resbaló hacia atrás, solo un centímetro, luego otro, la espalda cedió más todavía. El Primer Colmillo apretó la mandíbula, rugió, se inclinó más hacia adelante. Los brazos de los dos temblaban cada vez más. El hombre de negro retrocedió un poco más. El rugido del Primer Colmillo se alargó y creció, para acabar en un estallido de ferocidad.

Entonces el hombre de negro retiró el pie que tenía adelantado y se giró. Luego, cuando el Primer Colmillo avanzó descontrolado por la inercia de su propia furia, el hombre de negro levantó la pierna atrasada y empotró la rodilla contra el estómago del Primer Colmillo. El hombre de negro aprovechó que el Primer Colmillo había caído sin aliento para sacar un dardo y clavárselo en la espalda. Lo inmovilizó poniendo su rodilla en la nuca y rodeó el cuello con el brazo que no tenía herido. Y me miró.

—Tuvo su oportunidad de rendirse.

El Primer Colmillo también me miraba, con dos ojos enormes que parecían a punto de salir disparados de un rostro cada vez más morado, con el brazo y la mano extendidos hacia mí. El hombre de negro apretó y giró el brazo y la cadera. Sonó un chasquido y el cuerpo del Primer Colmillo ya no se movió más, la cabeza estaba torcida a un lado.

—Y yo ya me he cansado de tratar con monstruos como vosotros.

Escupió en la cabeza del Primer Colmillo. Yo no podía dejar de mirarlo. Quería despedazar al hombre de negro con mis garras, morderlo y triturarlo, estrellar mi cola contra su cabeza. Me enderecé y... Un rifle me golpeó en el costado.

—Preservar su vida ya no es prioritario —gritó el hombre de negro—. Capturadlos o matadlos, ¡pero hacedlo ya!

Rodé a un lado y levanté una mesa y una camilla mientras retrocedía. Los soldados me acorralaban, no me quedaba más remedio que andar de espaldas, hacia donde estaban las gemelas, Ascua y mi mamá. Al lobo lo había perdido de vista, aunque oía sus gruñidos y las maldiciones de algunos soldados.

—Tienes que convertirte o no sobreviviremos —me dijo la rubia, que se había colocado a mi lado y me ayudaba a levantar todos los muebles en una especie de barricada improvisada—. Yo confío en ti, Dani. No eres un bebé. Nunca lo has sido. Eres mucho más que...

Se quedó paralizada, con la espalda arqueada hacia adelante. Le salió agua roja por la boca y una punta de metal se asomó por su pecho. El hombre de negro estaba tras ella. Retiró la hoja del machete con el que había



atravesado a la niña rubia por la espalda y la arrojó a un lado. El arma también.

—Esa niña es idiota —escupió la morena—. Mira que se lo advertí.

La rubia era amable conmigo, me hablaba despacio y se preocupaba por mí, lo notaba. Era una niña buena y el hombre de negro la había matado con su machete, por la espalda.

Salté al cuello del hombre de negro. Pero él fue muy rápido. Me asestó un puñetazo antes de que pudiera hacerle nada. El golpe fue demoledor y me lanzó hacia atrás. Me desplomé sobre una mesa, reboté en el suelo y resbalé hasta llegar junto a los demás.

Había caído al lado de Ascuá, que aún estaba débil y pálida, y miraba embobada hacia delante. Mi mamá se había despertado. Acudió a mi lado, me ayudó a levantarme. Me abrazó.

—Todo acabará pronto, hijo mío. Lo has hecho muy bien. Nos veremos en la otra vida.

El golpe me había aturdido, supongo que por eso no entendí del todo la referencia a la otra vida. Hasta que miré en la dirección en la que ellas lo hacían. Los soldados se acercaban y nos apuntaban con sus armas. Ya no teníamos escapatoria y el hombre de negro nos había derrotado a todos. Era el mejor jugador, el más fuerte.

Los soldados pisaron el cadáver de la rubia sin inmutarse mientras se acercaban.

—Todavía puedo ganar —dije.

Mi mamá me abrazó con más fuerza y lloró. Ascuá no apartó la mirada de los soldados ni perdió su expresión derrotada. La morena negó con expresión burlona, escupió otra vez.

—Te mataría yo misma si nos quedara tiempo.

Me solté de mi mamá y me puse de pie. Los soldados me apuntaron. Yo solo tragué tanto aire como pude y luego soplé, con fuerza.

Un chorro de fuego salió de mi boca.



—Por fin sirves para algo, bebé —dijo la morena—. Pero ¿por qué paras? Sopla otra vez, imbécil.

Mi primera llamarada había cogido por sorpresa a los soldados. Los había lanzado a todos por los aires y los había empotrado contra la pared opuesta. Había humo y algunos muebles estaban recalentados, pero no ardía

nada. Todo era de metal. Claro, no podía ser una coincidencia.

Los soldados se pusieron en pie poco a poco, ayudándose entre ellos. Sus trajes, en especial sus cascos, tampoco eran producto de la casualidad. Estaban preparados para enfrentarse al fuego de un dragón.

—Sopla otra vez, Dani —me ordenó Ascua—. No los quemas, pero los derribas y puede que se rompa el casco de alguno. Además, el fuego les impide vernos y a nosotros no nos afecta.

—A mi mamá sí —repliqué.

—Hazlo, Dani —dijo mi mamá. Una tos violenta la interrumpió—. Hazlo o nos matarán.

—No quiero.

Los soldados casi se habían reagrupado. Di unos pasos hacia adelante para separarme de las chicas y apoyé las manos en el suelo. Los rifles me apuntaron y abrieron fuego. Habían cambiado la munición. Dispararon balas, no dardos. Todas y cada una me acertaron. Todas y cada una rebotaron en mis escamas.

Solo uno de los soldados volvió a dispararme. Los demás probablemente estaban al corriente de qué éramos en realidad, pero no habían visto nunca un dragón rojo, y menos a esa distancia, mirándolos, abriendo un hocico lleno de colmillos que podría partirles por la mitad de un solo bocado. Varios de ellos retrocedieron, asustados.

Rugí fuerte. La sala entera retumbó, los muebles vibraron, incluso el suelo. Luego me giré a un lado y mi cola se estrelló contra una mesa y la envió volando a los soldados. Una silla se quedó enganchada en las púas que tenía justo al final.

Abría surcos en el suelo mientras me acercaba a los soldados, sobre todo con las garras de las patas traseras. Era tan grande que no podía saltar o me daría con el techo. A cuatro patas, debía de tener la altura aproximada de un caballo, claro que yo era mucho más ancho y musculoso. Mi cola era muy gruesa y larga, recorrida por una cresta que terminaba en una bola de púas o cuernos muy afilados. Las alas eran tan grandes que no las extendía por miedo a arrastrar todo lo que hubiera a mi paso. No dejaba de asombrarme mi piel roja y brillante.

Al primer soldado lo aplasté con una zarpa. Noté que la armadura se arrugaba, que el casco reventaba bajo una de mis uñas. A otro lo lancé al otro extremo de la habitación de un golpe lateral con los cuernos de la cabeza. Recibí un balazo en el morro, cerca de los ojos. Noté el impacto, pero mis

escamas resistieron. Al que me había disparado lo mordí. Atravesé su traje con mis colmillos hasta el hueso, apreté un poco más y lo partí por la mitad. El resto de los soldados huyeron.

El lobo se había quedado, pero no se acercaba a mí. Estaba acurrucado en una esquina y me miraba con miedo, con el rabo entre las patas. No me reconocía. Yo no quería hacerle ningún daño, me había ayudado de manera desinteresada, me aceptaba, y no me trataba como a un bebé. Pero ahora me tenía miedo. Hice un leve movimiento para acercarme, y él salió corriendo y aullando.

Yo no quería que se marchara.

Destrocé la puerta y parte de la pared al salir en su persecución. Estaba en la zona más amplia y despejada de aquel complejo subterráneo, el espacio abierto en el que se veían los ascensores y las distintas plantas que ascendían hasta una altura enorme, donde mi visión de larga distancia, ahora que estaba en forma de dragón, distinguía el techo de roca desnuda de la montaña. No sabía calcular si estaba cerca de la cima, en cuyo caso tal vez podría ascender y abrir un hueco para escapar volando.

Del lobo no vi el menor rastro. Me había abandonado, como mis papás.

Un dolor agudo me atravesó el vientre. Metí la cabeza entre las patas y allí abajo descubrí al hombre de negro. Me había clavado el machete en la parte que no tenía recubierta de escamas. Lo golpeé con la pata y lo alejé, pero se recuperó con mucha rapidez y se abalanzó sobre mí. Traté de apartarme; sin embargo, el pinchazo en la tripa me había afectado. El hombre de negro me embistió por debajo del ala. Ese ataque me dolió más que los balazos. Le vi recoger el cuchillo de un charco de agua roja, la mía.

Lo barrí con el ala, con la parte del hueso, y lo aplasté contra la pared. El hombre de negro empujaba con las manos, yo apretaba. Me costaba un gran esfuerzo, porque seguía perdiendo agua roja por la tripa y eso me restaba energía.

—No pudiste matarme antes, Dani, y tampoco podrás ahora.

Ni siquiera había pensado en matarlo. Tenía que escapar, ese era el juego, rescatar a los demás y salir de aquella montaña. A veces la gente moría jugando, pero no era mi objetivo. No quería matarlo si no era imprescindible.

—Acaba con él —dijo Ascuá.

Ascuá y mi mamá se habían acercado hasta la pared que yo había derruido al salir.

—No puede escapar —insistió—. Aplástalo.

—¿Por qué? —pregunté.

Me sorprendí de mi propia voz: profunda, penetrante, grave.

—Mató al Primer Colmillo. Y nos hará lo mismo a todos. Nos odia, Dani.

—Vamos a ganar. Os sacaré de aquí.

—Si le hubieras disparado a la cabeza —dijo Ascuá—, cuando tuviste la ocasión, el Primer Colmillo seguiría vivo. Si le dejas vivir y alguien más muere otro día, tu mamá, por ejemplo, será culpa tuya.

Mi mamá se adelantó un paso.

—Volverá a encontrarnos. Tardará más o menos, pero lo hará. Es el más peligroso de todos los humanos. Tienes que acabar con él, hijo.

Volví la cabeza hacia el hombre de negro, a quien mantenía contra la pared. Solo tenía que abrir la boca y soplar. No llevaba el uniforme de los soldados ni el casco. Lo quemaría vivo. Pero seguía sin estar convencido. Algo me detenía, puede que el instinto.

—¿Tú me odias? —le pregunté.

—Las mujeres siempre tienen razón, Dani —me dijo.

La punta del cuchillo se asomó a través de la membrana de mi ala. El pinchazo fue doloroso. Dolió mucho más cuando retiré el ala y la membrana se rasgó. El hombre de negro aprovechó que me eché atrás en un acto reflejo y me golpeó con las dos manos en el hueso con el que antes lo inmovilizaba contra la pared. Oí el crujido por dentro y por fuera. La mitad del ala colgaba inerte y me taladraba de dolor.

Contraataqué con la cola. El hombre de negro se tumbó en mi ala herida para esquivarla. Luego trepó hasta colocarse sobre mi lomo. Empecé a sacudirme, a rugir, a dar saltos. El hombre de negro rebotaba sobre mi espalda mientras se agarraba a mi cuello. No podía alcanzarlo y él no se soltaba. Intenté volar para estrellarme de espaldas contra una pared y aplastarlo, pero la furia me había hecho olvidar mi ala rota. Me elevé un poco y caí hacia un lado.

—Ha llegado tu fin, monstruo —gritó el hombre de negro.

Me atravesó con el cuchillo, justo entre las dos alas. Oí gritar a Ascuá, quien había intentado enseñarme que ese era mi punto débil y que debía protegerlo a toda costa. El dolor recorrió todo mi cuerpo, me paralizó. Me desplomé en el suelo con las patas abiertas. Me salía agua roja de la herida y resbalaba por el lomo. No tenía fuerzas ni para alzar la cabeza. Jamás me había sentido tan indefenso.

Me recorrían calambres y espasmos. Traté una vez más de girarme y tosí un chorro de agua roja. No podía moverme.  
Tenía cada vez más frío.

---

—¡Dani! ¡Despierta! ¡Abre los ojos!

Oía la voz muy lejos, aunque sabía que estaba cerca porque unas manos me movían la cabeza. Creo que era mi mamá la que me gritaba.

Tuve que esforzarme para entornar los ojos. Y de repente, al contemplar lo que se cernía ante mí, se abrieron del todo. Me habían colocado boca arriba.

Un gigantesco dragón negro de escamas relucientes llenaba todo mi campo de visión. Le rodeaba un aire majestuoso, era imposible despegar los ojos de él. Varios cuernos le nacían en la frente y se curvaban hacia atrás. Tenía los ojos dorados y los colmillos brillantes. Era una obra de arte viviente, de línea fuerte y estilizada. Semejantes alas provocarían un huracán si las batía con fuerza.

La única imperfección era una herida en el hombro, una escama partida a través de la que se veía la carne. Una herida que le había causado yo.

El dragón negro torció el cuello hacia abajo, hacia mí.

—Tú me percibiste —me dijo—. Por eso no pudiste matarme, ¿verdad?

Sacudí la cabeza, aturdido. Su voz era fuerte y agradable al mismo tiempo. El dragón negro se encogió: las escamas se alisaron, los cuernos se acortaron, también las alas y la cola. Siguió reduciéndose hasta regresar a su forma del hombre de negro.

—Fue tu sangre. —Se llevó las manos a la cara—. Cuando te apuñalé me cayó encima... Justo cuando iba a matarte, tu sangre me curó, limpió la mía... Y entendí lo que había hecho.

Se retiró y se sentó algo alejado. Ascuá se acercó a mí.

—He taponado la herida lo mejor que he podido. Te repondrás, Dani. Sabemos cuidar de los nuestros. Yo te curaré y te enseñaré. Pero tenemos que irnos antes de que los humanos hagan saltar este lugar por los aires para acabar con nosotros. ¿Puedes incorporarte?

Tuvieron que ayudarme, pero logré sentarme sobre las patas traseras flexionadas. Cada movimiento suponía un millar de pinchazos. Ascuá me había atado el ala rota al cuerpo. Yo seguía observando al hombre de negro. Ahora entendía por qué siempre me resultó familiar, por qué nunca me

desagradó su olor. También quedaba claro por qué era tan fuerte y cómo acababa siempre por encontrar a los dragones fugados.

Otro dragón se acercó a nosotros. Este era más pequeño que yo, de color marrón, y tenía dos cabezas, aunque una de ellas colgaba inerte. La otra cabeza miró a todas partes con curiosidad.

—Vaya, cuánto tiempo —dijo—. Ya casi ni me acordaba.

Reconocí la voz a pesar de que sonaba diferente en esa forma. Y supe que era una dragona.

—¿Tu hermana se pondrá bien? —pregunté.

—Por desgracia —respondió la cabeza que antes era la niña morena—, en cuanto encontremos un dragón blanco que nos cure, tendré que volver a soportar su parloteo y sus asquerosos sermones de dragona buena.

Así que había dragones con dos cabezas y de diferentes colores. A pesar de que el color de la piel también cambiaba entre los humanos, esta diferencia me resultaba más llamativa en los dragones. Tenía mucho que aprender. Puede que hubiera dragones con más de dos cabezas, de otros colores que yo no había visto ni oído, y con diferentes habilidades.

Miles de preguntas se acumulaban en mi cabeza. Me sentía como cuando era un bebé y todo era sorprendente. Tal vez la niña morena no estaba tan desencaminada al llamarme de esa manera.

Sacudí la cabeza, confundido.

Ascuá se había acercado hasta el hombre de negro, que seguía sentado en el suelo, desnudo, de espaldas a ella, con la cabeza inclinada hacia abajo. Me acerqué a ellos con pasos torpes y muy dolorosos.

—Debéis iros ya —dijo el hombre de negro sin volverse—. Romperé la cima de la montaña para que podáis salir.

—¿Tú no vienes? —pregunté.

—No puedo.

—¿Por qué?

Ascuá puso la mano sobre mi pecho.

—Dani, es complicado. Déjalo.

—¿Por qué? —rugí.

El hombre de negro se levantó.

—Porque yo maté a tu padre, Dani. Y al Primer Colmillo. Y a Garra. Y te habría matado a ti hace un momento. De no haberme curado tu sangre, ahora estaríais todos muertos por mi culpa... Yo perseguí y encarcelé a nuestra raza y no puedo formar parte de todo esto ahora mismo.

—Pero no querías hacerlo, ¿no?

—Eso no importa.

—¿Por qué?

—Tú te diste cuenta de que yo no era humano. Lo supiste y no eres más que un bebé. Yo debería haberlo sabido también. Os odiaba, a todos, más de lo que puedas imaginar. Ahora no puedo... Cuando seas mayor lo entenderás.

Busqué a Ascuá con la mirada.

—Él es Bastión, ¿verdad? El mejor dragón de todos.

—Lo era —asintió ella—. Ven, tenemos que liberar a nuestros hermanos y marcharnos.

No me parecía bien que el hombre de negro no viniera con nosotros.

—¡No! —me enfurecí.

—Dani, tienes que confiar en mí —me pidió Ascuá—. Puede que tú seas el Primer Colmillo ahora.

—Deberías serlo tú, Ascuá —dijo el hombre de negro—. Si así lo decides, me batiré con quien quiera arrebatarte el puesto.

Ascuá se extrañó.

—Pero... Soy una hembra... Nunca...

—Si algo hemos aprendido, es que el mundo ha cambiado mientras dormíamos. No sobreviviremos sin adaptarnos.

—Entonces, da ejemplo y obedéceme, Bastión. No vayas por ese camino.

—Ya no puedo ser parte de vosotros —dijo el hombre de negro.

—Provocarás una guerra contra los humanos.

—Ya estamos en guerra. Y no la iniciamos nosotros. No me pidas que no haga pagar a quienes me manipularon para volverme contra mi propia sangre. Preparaos de una vez y dejadme solo.

Ascuá inclinó la cabeza.

—Ten cuidado.

—Lo único bueno de esto es que también los conozco bien a ellos —dijo el hombre de negro—. Cuidaos, escondeos, al menos hasta recuperaros. Dani se convirtió en plena calle y lo vio mucha gente. No pocos lo habrán grabado con los teléfonos. A estas alturas no creo que quede un solo humano que no haya visto uno de esos vídeos. Esto acaba de empezar.

El hombre de negro abrazó a Ascuá.

—Lo protegeré —dijo ella—. Él nos ha dado una nueva oportunidad a todos.

—¿Yo? —pregunté, inseguro.

—Nadie más podía convertirse y compartir su sangre. Ahora podemos liberar a nuestros hermanos con la sangre de cualquier dragón, pero hacía falta que uno se transformara y fuiste tú, Dani. Ven, respetemos la decisión de Bastión.

Me rodeó una de las patas delanteras y tiró para que me volviera. Estaba tan débil que no habría podido resistirme. Mi mamá se acercó a mí y me miró de un modo que no supe descifrar.

Bajé la cabeza y ella me acarició el morro.

—Hijo mío...

—Ella no puede ir con vosotros —dijo el hombre de negro.

Mi mamá se asustó, abrió mucho los ojos.

—Es verdad, es un riesgo innecesario —dijo Ascu—. Estará más seguro si te mantienes aparte porque sabes que os perseguirán a los dos. Dani estará más seguro con nosotros. No puedo dejar que tu amor de madre le ciegue. No te interpongas.

Mi mamá sacudió la cabeza. Tenía los ojos húmedos.

—Debes ir con ellos, Dani.

—Lo sé —le dije—. Eres mi mamá, lo siento aquí dentro. —Con un esfuerzo considerable logré levantar la garra y ponerla sobre mi pecho—. Siempre lo noté, aunque no sabía qué notaba. Quiero que sepas que, cuando cierro los ojos, veo a otra mamá, la que mataron, la que me daba el pecho, y nunca la olvidaré. Sin embargo, tú eres mi mamá ahora y volveré a por ti cuando Ascu me haya enseñado a ser un buen dragón y sea mayor y muy fuerte. Te doy mi palabra.

Mi mamá rompió a llorar. Me acarició con la cabeza vuelta. Yo creí que había dicho algo malo, pero Ascu me indicó con un gesto que todo estaba bien. Sería uno de esos momentos de los adultos que todavía no entendía del todo.

—Nos vamos.

Ascu tiró otra vez de mi pata y nos acercamos al dragón que eran las gemelas. La cabeza de la morena lamía la otra cabeza, la que colgaba inerte. Al vernos, se apartó y arrugó la frente de la cabeza sana.

—Ya era hora. ¿Nos vamos o esperamos a que nos capturen? Venga, bebé, no quiero que tú también te pongas a llorar.

De modo que nos íbamos, a una nueva casa, imaginaba, a una nueva vida. Aprendería a ser el mejor dragón de todos, de eso estaba convencido. Y



allí habría otros dragones que siempre querrían jugar conmigo. No sonaba mal. Pero yo no podía marcharme sin resolver algo que tenía pendiente.

Me acerqué al hombre de negro.

—Tienes que marcharte, Dani —me dijo.

—Lo sé —contesté—. Pero eso significa... ¡que he ganado yo!

## EPÍLOGO

A Paula no le gustaban los dragones. Le parecían lagartos grandes con alas y una invención bastante infantil. Recordaba una película antigua en la que un dragón devoraba vírgenes. Qué estupidez. Por supuesto, al final de aquella película, era un caballero apuesto y valiente el que acababa con el dragón y liberaba a su amada. Lo encontraba cursi, baboso y machista.

Por eso no había visto todavía el vídeo que se había hecho viral en las redes sociales y que ahora comentaban las dos chicas, menores que ella, que aguardaban en la sala de espera a que les tocara su turno con el médico.

—Me encantaría que algo así pasara de verdad, ¿a ti no? —dijo la más alta de las dos.

—A mí me parece real.

—Tía, no seas boba. —Acercó el teléfono a la cara de su amiga para que lo viera bien—. Si fuera real, ¿no crees que lo mencionarían en las noticias? El ejército intervendría.

—A lo mejor no mencionarlo es la forma de que pensemos que es un *fake*.

—Espero que la doctora encuentre lo que te pasa en la cabeza. Oye, tú, perdona, ¿has visto el vídeo del dragón? —le preguntó a Paula.

—No, lo siento —respondió Paula sin el menor interés.

—¿Te importa mirarlo un segundo y decirle a esta tarada que es un montaje?

Paula no tenía intención de hacerlo, pero se aburría mientras le llegaba el turno, y lo cierto era que ya le picaba un poco la curiosidad acerca del famoso vídeo del que todo el mundo hablaba. Era sorprendente que algo tan estúpido pudiera ser tomado en serio por tantos jóvenes. Ella nunca se había sentido cercana a la mayoría de los adolescentes y esa era una de las razones.

Ningún científico, ni biólogo, ni periodista medianamente reputado había comentado el famoso vídeo. Había salido en algunos programas de noticias en la televisión, pero solo por su repercusión entre los jóvenes en las redes sociales, no porque un dragón de verdad hubiera aparecido en medio de

la calle. Le sonaba que hacía años había sucedido algo similar con la foto de un ovni. También hubo una temporada en la que una foto del monstruo del lago Ness había estado en boca de todo el mundo. Más adelante sería una sirena o el yeti.

—De acuerdo.

Tomó el teléfono y las dos chicas la observaron con atención mientras veía el vídeo.

La cámara se movía mucho y la calidad no era precisamente la mejor, lo que le confería realismo, como si de verdad alguien lo hubiera grabado con su teléfono mientras lo presenciaba todo.

La calle parecía un campo de batalla, con surcos en el asfalto y varios coches destrozados. El plano se abrió y apareció un dragón rojo de un tamaño considerable. Paula tuvo que admitir que los efectos especiales no hacían más que mejorar en los últimos tiempos. El dragón mostraba un movimiento fluido que parecía real.

Al autor de la grabación debía de gustarle el terror. La gente huía despavorida, los policías eran buenos actores, sus caras reflejaban miedo y asombro por igual. El dragón había destrozado a un hombre con unos pinchos que tenía en la punta de la cola y se disponía a comerse a una mujer que yacía inconsciente en el suelo. Sonó un fuerte rugido, la cámara dio saltos y se perdió la imagen durante un par de segundos. Al enfocar de nuevo se vio a un policía que abría fuego sobre el dragón. Los disparos no parecían hacerle daño, saltaban chispas en sus escamas rojas. Después se volvió a perder la imagen a causa de nuevas sacudidas. El autor del vídeo se pasaba un poco con el realismo. Por último, se veía al dragón elevarse volando con torpeza, chocando con un edificio.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? ¿A que es auténtico?

Las chicas la miraban con expectación.

—¿Habéis visto algún dragón que no escupa fuego cuando lo ataquen?

—contestó Paula—. Los efectos son buenos, pero si van a hacer una peli con eso, mejor que retoquen un poco el guion.

—¡Te lo dije!

Se enzarzaron en una pequeña discusión. Paula las ignoró, aunque siguió pensando en el vídeo. Realmente estaba bien hecho, claro que hacía tiempo que las superproducciones de Hollywood eran capaces de recrear casi cualquier escenario o criatura que se pudiera imaginar.

Para matar el tiempo, imaginó que hubiera sucedido de verdad lo que

acaba de ver. Aquel dragón no le parecía cursi, precisamente, sino más bien asqueroso. No dejaría que una cosa como esa se le acercara a menos de cien metros. Seguro que apestaba. Una vez tocó la iguana de una amiga y se estremeció solo con recordarlo. Por suerte, los dragones no existían.

Y aun así no dejaba de pensar en ello. Había algo más que le había llamado la atención, un detalle que... La mujer, la que el dragón iba a comerse hasta que la policía lo ahuyentó a disparos. Esa mujer le resultaba familiar. Paula trataba de recrear su rostro de nuevo... No, no podía estar segura. Decidió pedirle el teléfono de nuevo a la chica para repetir la parte en la que se la veía tirada en el suelo. Luego cambió de opinión y sacó su propio teléfono. Encontrar ese vídeo en internet era bien sencillo.

Una enfermera la llamó en ese momento. Paula se levantó y entró en la consulta. Ya lo miraría después.

La doctora la saludó con una sonrisa y le pidió que se sentara.

—¿No te acompañan tus padres, Paula?

—Soy huérfana.

—Cierto, lo olvidé. Discúlpame. Es que pienso que sería conveniente que te acompañara algún...

—No voy a dejar que las monjas del orfanato metan las narices en mis asuntos —la cortó Paula—. Lo que me faltaba.

—Pero eres menor de edad.

—Pero es mi cuerpo. Si estoy enferma es cosa mía. Si hay algún problema, me largo y...

—¡No! —se apresuró a decir la doctora—. Quédate, por favor. Es solo que, tal vez, sería conveniente... Mejor hablamos primero.

Paula se puso tensa. El miedo se asomó en un rincón de su mente. Se llevó las manos a la tripa sin darse cuenta.

—Suéltalo de una vez —dijo tratando de parecer dura—. ¿Qué es? ¿Un maldito cáncer?

—No, nada de eso, Paula. No es nada malo, pero...

—¿Pero? —la apremió Paula.

—Estás embarazada.

El mundo de Paula se vino abajo de repente. La doctora lo notó en su rostro y guardó silencio, comprensiva.

Un bebé... Paula no quería ser madre. Estaba más que segura de que no estaba preparada, ni por sí misma ni por el ejemplo de familia en la que había crecido. Las monjas la castigarían.

—Quiero abortar.

—Paula, creo que...

—Sé que es ilegal. Y sé que sabéis cómo y dónde puedo hacerlo. O me lo decís, o lo buscaré por mi cuenta. Podéis ayudarme, pero no hacerme cambiar de opinión.

La doctora asintió con aire triste.

—Ya no puedes, Paula, lo siento. Estás embarazada de cuatro meses.

—¡Eso es imposible!

Y de repente se calmó. Había un error evidente, de modo que tal vez ni siquiera estuviese embarazada.

—Quiero repetir la prueba. Además, no me han crecido las tetas, ni tengo náuseas, ni vomito, ni nada de lo que hacen las preñadas. Solo me duele la tripa, joder. Y se ha abultado un poco. ¿Seguro que no es un tumor?

—Pero has tenido relaciones sexuales —dijo la doctora con voz suave. Paula sonrió.

—Hace cuatro meses, no, te lo puedo asegurar.

—¿Cuándo fue la última vez?

—El día del incendio en el bosque.

La doctora frunció el entrecejo.

—Eso fue hace solo diez días.

—¿Lo entiende? —dijo Paula, triunfal— No puedo estar embarazada de cuatro meses.

## **Nota del autor. Marzo de 2018**

Comencé a pensar en esta historia cuando mi hijo tenía un par de años. Como cualquier padre, supongo, habían sido numerosas las ocasiones en las que trataba de imaginar qué le pasaría por la cabeza, especialmente siendo un bebé. Yo entablaba una comunicación sencilla y me maravillaba con sus progresos.

    Mi afición por los dragones viene de lejos. Siempre me gustaron, y aún hoy me quedo embobado ante una buena ilustración.

    Creo que el germen de esta novela se originó al mezclar esas dos pasiones, al contemplar mi mundo de fantasía a través de los ojos de mi hijo. Y esa perspectiva produjo la chispa en mi cabeza que me avisa de que estoy ante una historia con la que voy a disfrutar escribiendo.

    El mejor momento de la escritura fue cuando le dije a mi hijo —ahora, marzo de 2018, tiene siete años—, que me había inspirado en él para crear al protagonista de mi nuevo libro y que le había puesto su nombre. Se le iluminó la cara. Espero que un día, cuando sea mayor, lea esta novela y, le guste o no, entienda que no podría haberla escrito sin él, que ha estado conmigo todo el tiempo que he pasado frente al ordenador machacando el teclado, que yo le veía en mi mente cuando imaginaba cada una de las escenas.

    Una pregunta que me hacen con frecuencia, para la que no suelo tener respuesta, es de dónde saco la inspiración para mis libros. La respuesta es fácil en esta ocasión: de mi hijo Daniel, o Dani, como le llamamos su familia y sus amigos.

Gracias por leer.  
Fernando Trujillo Sanz

# FERNANDO TRUJILLO SANZ

**Mail:** nandoynuba@gmail.com

**Facebook:** <https://www.facebook.com/fernando.trujillosanz>

**Twitter:** [https://twitter.com/F\\_TrujilloSanz](https://twitter.com/F_TrujilloSanz)

**Google +:** <https://plus.google.com/+FernandoTrujilloSanz/>

## COMUNIDAD

**Club de lectura en Facebook:**

<https://www.facebook.com/groups/ClubdeLecturaFTS/>

**Blog (fan) sobre el «Universo Trujillo»:** <https://teddytodd.wordpress.com/>

**Blog (fan) sobre las novelas de Fernando y César:**

<https://libroscesaryfernando.wordpress.com/>

**Página (fan) sobre *La Guerra de los Cielos* en Facebook:**

<https://www.facebook.com/PaginaFanDeLaGuerraDeLosCielos>

## **Bibliografía de Fernando Trujillo Sanz**

- La Biblia de los Caídos
- El secreto de Tedd y Todd
- El secreto del tío Óscar
- La última jugada
- Sal de mis sueños
- Yo no la maté
- La prisión de Black Rock
- La Guerra de los Cielos
- Agua roja



